
El viudo
y la bella
Indomable
MARI SILLVA

El viudo y la *bella indomable*

MARI SILLVA

© 2026 Mari Sillva

Revisión: Marilice Grimberg
Maquetación: Danielle Viegas
Portada: LS Banners

1.ª edición – 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida por cualquier forma o medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en casos de citas breves con fines de reseña crítica o uso académico, según lo permita la ley.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

Edición independiente publicada por Mari Sillva.

Índice

DEDICATORIA
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos

⚠️ Aviso importante para la lectura

Il vedovo e la megera indomabile *es una historia independiente y puede leerse por separado, sin que ello afecte a la comprensión de la trama.*

Sin embargo, a lo largo del libro hay menciones y spoilers de la historia de ***Barreto y María Cecilia****, personajes que también forman parte de este universo.*

Si prefieres descubrir cada detalle en el orden correcto y vivir todas las emociones desde el principio, te recomendamos que primero conozcas la historia de esta apasionante pareja.

A continuación, encontrarás la portada y el enlace para leerlo. 💛



https://www.amazon.es/dp/B0GJXC5RLD

Dedicatoria

Dedico este libro a Fabiano Queiroz.

Mi querido revisor, mi compañero en tantas historias, alguien que caminó conmigo durante mucho más tiempo del que cabría en palabras. Su partida, aún en medio de la revisión de este libro, dejó un vacío inmenso —de esos que aprendemos a llevar, pero nunca a llenar.

Siempre creíste en mí. Incluso en los momentos en que yo misma dudaba, fue tu voz la que me recordó mi propio valor como autora, mi camino, mi escritura. Y eso es algo que llevaré conmigo para siempre.

Con nostalgia, cariño y eterna gratitud, esta historia también es tuya.

Mari Silva

Prólogo



Silvia

He triunfado en la vida.

Eso fue lo que pensé cuando mi jefe, Otávio Barreto, me llamó a su despacho para hablar. Me dijo que, gracias a mi impecable trabajo durante todos esos años, me iba a ascender. De vicepresidenta de su multimillonaria empresa del sector del marketing, pasaría a ser socia y directora general de su primera filial internacional en Estados Unidos. Como acababa de casarse y su esposa estaba embarazada, no podía asumir un proyecto tan grande y solo confiaba en mí para ello.

Recuerdo que me sentí en las nubes. Por fin había llegado mi momento de brillar. Y era más que merecido; al fin y al cabo, me había esforzado muchísimo para conseguirlo.

Dios… *o quizá el diablo…* sabía bien las cosas que tuve que hacer para llegar a la cima.

Si mi vida fuera una película, sin duda sería la villana. Siempre he tenido un temperamento sombrío, como la Vandinha de la Familia Addams, pero en versión adulta. Totalmente carente de empatía*. Directa. Fría.* Detesto a los animales, no tengo paciencia

con los ancianos y odio a los niños. Nada, absolutamente nada, me importa más que el poder y el dinero. Si tuviera que pasar por encima de alguien para ascender en la vida, lo haría sin dudarlo.

¿Los hombres?

¡Ja!

Solo sirven para la cama — y eso si. Tengo una generosa colección de juguetes sexuales que satisfacen perfectamente mis necesidades, sin dramas, sin exigencias y sin corazones rotos. Para empezar, ni siquiera creo en toda esa mierda del amor y los finales felices. La peor raza que existe es la de los hombres románticos, esos que se presentan con el rollo de *«te quiero»* y *«quiero formar una familia contigo»*.

¡Dios me libre!

¿Romanticismo? No, gracias.

Pero, volviendo a mi tan soñada promoción... sería directora general de mi propia filial en el extranjero y convertiría la vida de mis empleados en un infierno. ¡Estaba deseando que llegara ese momento! Quería salir gritando, bailando, restregando el éxito en la cara de mis envidiosos compañeros.

Sin embargo, me contuve. Tenía que mantener la compostura delante de mi jefe.

—¿Y cuándo me mudo a Estados Unidos?— pregunté, tratando de disimular el entusiasmo.

—Tranquila, Silvia. Antes de ponernos manos a la obra con este gran proyecto, necesito que me ayudes con un asunto personal. —Se rascó la nuca mientras desviaba la mirada.

Ahí, tal vez, debería haberme dado cuenta de que algo andaba mal.

—¿Qué tipo de problema personal, Otávio Barreto? — Entrecerré los ojos.

—Pronto lo sabrás. Solo te pido que no te enfades, por favor. —Su sonrisa vaciló.

A partir de ahí todo fue cuesta abajo. ¿Y la realización de mi sueño? Bueno, estaba a punto de convertirse en una gran pesadilla.

Capítulo 1



Silvia

—¡Te voy a matar, Otávio Barreto!

Grité sola en medio de la carretera de tierra, bajo el sol de mediodía que me abrasaba la cabeza, mientras arrastraba una maleta gigantesca de Louis Vuitton que parecía pesar más con cada maldito paso. El motor de mi Porsche rojo se había parado y, por supuesto, no había ni una pizca de señal de móvil para pedir ayuda. Todavía quedaban varios kilómetros hasta Nova Aurora y, con cada grano de polvo pegándose a mi tacón carísimo, solo podía pensar que mi jefe había perdido completamente la cabeza. ¿Enviar a una publicista de mi calibre al fin del mundo para ayudar a una pandilla de granjeros en bancarrota? El colmo del absurdo.

El cínico de Barreto aún tuvo el descaro de decir que me había elegido para este trabajo porque confiaba ciegamente en mí, ya que Nova Aurora es su tierra natal y todo el mundo allí lo conoce desde que era un crío y bla, bla, bla.

¡Me importaba un comino todo eso!

Para mí, aquel lugar no era más que un nido de paletos apestosos que, con mucha suerte, se duchaban dos veces por semana. Y yo, acostumbrada al lujo de São Paulo, tendría que convivir con esa gente asquerosa por tiempo indefinido. Porque, por

lo que entendí, los ganaderos estaban enfrentando una crisis fea en el sector agropecuario: producían más de lo que podían vender.

Un auténtico caos.

Mi jefe no se enteró de la situación hasta que su padre enfermó y tuvo que dejarlo todo para cuidar de las tierras del viejo. Barreto descubrió que la Finca Esperanza estaba ahogada en deudas —y que su José no era el único productor de la región hundido hasta el cuello.

Así que decidió echar una mano.

O dicho de otra forma…

Envió a esta tonta aquí para resolver el problema. Porque Otávio Barreto sabe muy bien que soy la mejor en el sector del marketing. En la práctica, llevo la empresa a cuestas. Vendo hasta planes de salud para difuntos.

—¡Pero yo solo hago campañas para grandes marcas como *Ella* y *Gucci*, joder! No para ayudar a un granjero en bancarrota. —Pateé una piedra en el camino y solo conseguí hacerme daño en el dedo gordo.

La rabia fue creciendo hasta desbordarse en una ráfaga de palabrotas:

—¡JODER!... ¡CARAJO!... ¡PUTA MADRE!... ¡VETE A LA MIERDA, BARRETO, HIJO DE PUTA!

Mis gritos enfurecidos resonaron por las montañas.

—¿Un día difícil, señorita? —lanzó una voz grave, casi matándome del susto.

Estaba tan enfadada con ese imbécil de mi jefe que ni siquiera me di cuenta del ruido de la camioneta roja, que se desmoronaba, al acercarse. Si hubiera sido un asesino, ya habría pasado a formar parte de las estadísticas del IBGE.

—¡Gracias a Dios! Por fin una señal de vida en este fin del mundo. —Mis ojos brillaron de esperanza.

Podría hacer autostop hasta la ciudad y buscar la manera de llegar a la Finca Esperanza, donde me alojaría durante mi estancia en esa horrible ciudad.

—¿Te has perdido? —preguntó el conductor, deteniendo la camioneta a mi lado.

Sin embargo, solo podía pensar en lo familiar que me resultaba esa voz.

¿Pero de dónde?

Me pregunté, pero ni siquiera tuve que pensar mucho. Cuando el hombre se echó el sombrero hacia atrás, masticando una brizna de hierba seca en la comisura de los labios, pude ver su rostro. En ese momento, mi día pasó de malo a pésimo en una fracción de segundo.

—¿¡Tú?! —casi grité.

Conocía a ese paleto.

Era él.

Severide Ferreira.

El granjero viudo y arrogante, dueño de las tierras vecinas a las de su José. Ya me había cruzado con ese imbécil otras veces, incluso en la boda de mi jefe, cuando a última hora nos obligaron a hacer pareja en el altar como padrinos. Nos peleamos todo el tiempo. El padre Bento tuvo que intervenir antes de que le clavara mis afiladas uñas de gel en la yugular.

—Ya se dice que nada es tan malo que no pueda empeorar. —Aceleré el paso.

Lo último que quería en ese momento era lidiar con ese neandertal. Sobre todo porque yo ya era bastante insoportable.

—Y yo que pensaba que no tendría el disgusto de volver a verte, *arpía indomable* —gruñó mostrando sus afilados caninos.

—Lárgate de aquí o empezaré a gritar que hay un pervertido siguiéndome —amenacé.

—No estoy tan desesperado por ligar, chica. Y, además... —me miró de arriba abajo mientras masticaba esa maldita hierba—, no eres mi tipo.

Tuvo la desfachatez de decir.

Llegué a abrir la boca para mandarlo a la mierda, pero perdí la voz cuando un rayo de sol se reflejó en sus ojos color pistacho, jodidamente hermosos.

¡Maldita sea!

Me daba una rabia tremenda admitirlo, pero lo que ese paleto tenía de irritante, lo tenía el doble de guapo. *Lo cual no era poca cosa.* El muy cabrón debía de medir casi dos metros, muy bien distribuidos en un cuerpo repleto de músculos definidos, forjados con el duro trabajo físico en su granja. El típico hombre rudo del campo, con barba tupida, un gran sombrero de vaquero en la cabeza, camisa a cuadros y vaqueros ajustados con un cinturón de hebilla de plata.

Y además tiene una voz grave, como la de un galán de las películas del oeste, que debe hacer suspirar a muchas mujeres tontas, que se lanzan en masa a sus pies.

Puse los ojos en blanco.

Menos mal que yo era inmune al encanto de los paletos —sobre todo al de Severide Ferreira, que personificaba todo lo que más despreciaba: el chico guapo de fachada, el paleto, el bruto…

Y, para colmo, padre soltero.

¡Por Dios!

—¿Te has quedado callada de repente, arpía? ¡Menudo milagro! —Frunció el ceño.

—¡Megera es la puta que te parió, paleto insolente! —Le mostré el dedo corazón y seguí mi camino.

Prefería morir achicharrándome bajo el sol, arrastrando mi Louis Vuitton, antes que aceptar que ese hombre me llevara.

¡Sí!

Era tan orgullosa.

—Cuida cómo hablas de mi mamacita, señorita. Ella ya no está entre nosotros para defenderse —soltó con ese acento rural infernal que me sacaba de quicio.

—La pobre debe de haberse muerto de pena por haber dado a luz a un desastre como tú —repliqué con el ceño fruncido.

Tiré de mi maleta con más fuerza, aunque esta se hundía más en la tierra que avanzaba.

—*¡Maldita sea*! *¿A* qué viene tanto veneno a primera hora? —refunfuñó, siguiéndome—. La ciudad aún queda lejos, y esos tacones no aguantarán hasta allí, señorita.

—Ya te he dicho que prefiero morir antes que meterme en esa lata vieja —respondí, sin siquiera mirar atrás.

—Madre mía… no has cambiado nada. Sigues siendo la misma mujer testaruda que conocí en el bar del señor Zezinho. Donde, por cierto, gané aquella partida de billar —dijo, hinchando el pecho.

El cretino tardaba en sacar ese tema...

Me detuve. Respiré hondo. Me giré lentamente, con esa sonrisa que suele preceder a una masacre verbal.

—Por lo que parece, además de paleto, también sufres de amnesia selectiva, ¿no, querido? Porque, por lo que recuerdo, quien ganó aquella partida fui YO —le señalé con el dedo en el pecho, solo para dejar el mensaje bien claro.

Me temblaban los labios de rabia solo de recordar aquella noche en la que conocí a Severide. Había sido hacía un año, la primera vez que vine a este maldito lugar tras mi jefe. Él había dejado la empresa a mi cargo en São Paulo y había regresado a su

ciudad natal, que está aquí, en medio de la nada. Vino a visitar a su padre enfermo y descubrió que tiene una hija con su exnovia, María Cecilia —la misma mujer a la que ese cretino abandonó en el altar cuando aún era joven.

Y, por si fuera poco, el desgraciado se dio cuenta de que todavía estaba enamorado de su ex. Entonces decidió reconquistar al gran amor de su vida y madre de su única heredera: una adolescente rebelde, con energía suficiente para irritar hasta al mismísimo diablo.

¿El detalle inconveniente en el plan de mi querido jefe en aquella época? María Cecilia ya había seguido adelante hacía mucho tiempo, e incluso tenía un ligue.

Severide Ferreira.

Exacto.

El mismo paleto que se creía el dueño del mundo, parado justo delante de mí.

Aquella noche, mi jefe me llevó a su bar favorito de la juventud, un antro en el centro de la ciudad. Bastó con entrar para toparme con la ex y su actual ligue. Barreto casi se derrite de celos. La situación se volvió tan ridícula que acabamos haciendo una apuesta para decidir quién se quedaría con la mesa de billar del bar.

Pero Severide y yo somos demasiado competitivos como para compartir nada. La apuesta se convirtió en una guerra particular. Ni siquiera nos dimos cuenta de cuándo se fueron juntos Barreto y María Cecília. Pasamos el resto de la noche disputándonos golpe a golpe, cerveza a cerveza y pullita a pullita.

No recuerdo cómo me fui. Ni quién ganó la partida. Lo único claro es que bebí más de lo que debía —y él también. Pero Severide nunca lo admitiría.

¡Ni yo!

Demasiado orgullo, poca memoria.

—Soy el mejor jugador de billar de la región, chica —declaró, muy convencido—. Ya he ganado dos campeonatos. Así que es imposible que haya perdido *contra* ti.

Puse los ojos en blanco.

—Y yo soy la nieta del mejor jugador profesional de billar de este país. Campeón internacional, además. Todo lo que sé lo aprendí de él. Talento hereditario, ¿sabes? —Le di la espalda y seguí adelante con la nariz en alto.

Fue entonces cuando el universo conspiró contra mí: pisé mal, resbalé y se me rompió el tacón. Caí de culo al suelo, con toda mi dignidad por los suelos. La maleta se volcó, se abrió y esparció mi ropa por la carretera, y la lencería de *Victoria's Secret* bailó al viento como banderitas de San Juan. Sentí que se me encendía la cara de vergüenza.

Severide apagó la camioneta y vino corriendo a ayudarme, cogió unas braguitas rojas de hilo que se habían quedado colgadas en la valla de alambre y me las entregó.

—Para alguien a quien no le gusta el campo, la señorita ha venido bastante «*preparada*» —se burló, con los ojos brillando de pura diversión.

Si pudiera, cavaría un agujero y desaparecería. Pero soy Silvia Cabrini. ¿Vergüenza? Nunca me derribaría.

—Me visto bien en cualquier parte del mundo, querido. —Le arranqué las braguitas de la mano.

Pero para entonces él ya había cogido otra prenda: un sujetador marrón de encaje.

—Qué bonito... combina con los ojos de su dueña —elogió con sinceridad, levantando la prenda como un trofeo.

—¡Dámelo, ogro! —Le arrebaté con rabia.

—Tranquila, arpía, solo intento ayudar. —Recogió el resto de la ropa con una calma irritante y la metió en la maleta.

—Llámame arpía una vez más y no respondo por mí misma —cerré la cremallera a toda prisa.

Pero, cuando intenté levantarme y seguir mi camino, el tacón roto me traicionó de nuevo y acabé cayendo encima de él. Severide me sujetó con firmeza con sus fuertes brazos, y sentí cada músculo de su pecho definido bajo la camisa a cuadros rojos y negros.

Todo sucedió mientras nuestras miradas se cruzaban en unos segundos de silencio que, para mí, parecieron horas.

—¡Te pillé! —murmuró al lado de mi oído con un tono grave que llegó a resonar en mi alma.

Se me puso la piel de gallina.

—¡No me toques! —lo empujé, golpeando con las manos contra esa pared de músculos—. ¡No te necesito!

El granjero ladeó la cabeza, con sus ojos verdosos aún clavados en los míos con intensidad.

—Sí que lo necesitas. Al menos para que te lleven. O te vas a achicharrar bajo este sol —señaló hacia la camioneta—. Así que deja a un lado ese orgullo tonto y súbete ya, porque no tengo todo el día.

—Prefiero esperar a que pase otro coche, ¡gracias!

—Mmm, tú decides, muchacha —se encogió de hombros—. Puedes esperar todo lo que quieras. Pero, en esta carretera, el próximo coche pasará… no sé… por la noche. O quizá solo por la mañana.

—¿Por la mañana? —Abrí mucho los ojos.

—¡Sí! Y para que lo sepa, por aquí hay jaguares salvajes. De hecho, el mes pasado, un vaquero murió devorado por uno, a pocos metros de aquí.

Se llevó el sombrero al pecho con cara de funeral mientras miraba hacia un bosque no muy lejos, en un intento de asustarme.

¡Vaya!

Tuve que tragarme mi orgullo. Severide era mi única opción en ese momento.

—Vale, acepto ¡pero solo por este calor infernal!

—¿Ah, sí, señorita? —Frunció el ceño, con descarada burla.

—No le tengo miedo a los animales salvajes, paleto. Son ellos los que deberían tenerme miedo a mí.

Me incliné con calma y agarré por la cabeza a una cría de serpiente que cruzaba el camino de tierra.

—¿Te has vuelto loca, mujer? —me miró, perplejo—. Esa serpiente es de una de las especies más venenosas que hay por aquí.

Sonreí, lenta y peligrosamente.

—No, querido. Ahora soy yo la peor especie de serpiente de esta región. Así que no me provoques… —lancé la cría de serpiente al otro lado de la valla— o acabarás probando mi veneno letal.

—Ah... de eso no tengo ninguna duda, señorita.

El granjero esbozó una sonrisa burlona que merecía una buena bofetada, y luego colocó mi maleta en la parte trasera de la camioneta.

—¿De qué año es este vehículo? —Me horroricé al ver el lateral completamente oxidado.

—No te preocupes. Mi cacharro es casi una limusina… si no te importa el polvo en la cara y el asiento roto, claro —dijo con sarcasmo, pero me abrió la puerta para que entrara.

Se notaba a simple vista que Severide era un tipo rudo, pero también un caballero con las mujeres, incluso con aquellas que él considera que no se lo merecen, como yo.

—Es un milagro que esto aún funcione. —Subí arreglándome la falda.

Me fijé en que en el asiento trasero había un ramo de flores, claramente improvisado; el paleto debía de ir a alguna cita romántica.

¡Pobre chica!

—Este viaje va a ser largo. —Dio la vuelta a la camioneta, maldiciendo en voz baja como si leyera mis pensamientos.

La carretera parecía no tener fin. Y solo para irritarme mientras conducía, Severide puso en la radio una molesta canción country.

—¿Esto no tiene suspensión? —Me agarré al tirador al pasar por un bache y mi cabeza casi golpeó el techo y el lateral.

—Sí que la tiene. Solo que no está hecha *para* una señorita de nariz respingona.

—Ah, claro, esta porquería no está hecha para una mujer de mi clase, cariño. —Me giré hacia la ventana; era eso o darle un puñetazo en la cara.

—Ya... pero aun así, la señorita *está* aquí, en mi cacharro, ¿no? —Se rió.

—¡No me des la lata, paleto! Me da pena la pobre a la que le vas a llevar esas flores marchitas; apuesto a que las has robado de algún pantano —le provoqué, y su cuerpo se quedó completamente rígido al volante.

Por alguna razón, mi comentario enfureció mucho a Severide, y su rostro se fue enrojeciendo cada vez más.

—Pobre de ti, con todo ese veneno, seguro que nunca te han regalado flores de alguien que te quiera de verdad —apretó la mandíbula.

—Ni siquiera me gustan las flores, si quieres saberlo, me parecen cursis —me encogí de hombros.

— ¿De verdad? A todas las mujeres les gusta que les regalen flores, incluso a las más orgullosas.

—Por si aún no te has dado cuenta, que sepas que yo no formo parte del grupo *«todas las mujeres»*. Y me da pena esa idiota a la que le vas a dar ese ramo de flores que ni siquiera sirve para tirarlo a la basura; nadie debería conformarse con tan poco.

—Más te vale callar esa bocaza, arpía, no sabes de lo que estás hablando. —Apretó los dientes, furioso.

—¡Ya te he dicho que dejes de llamarme bruja, JODER! —Agarré el volante, casi tirando el coche por el barranco, riéndome como una psicópata al ver el miedo en su cara.

—¡Mujer loca del infierno! —Recuperó el control, ahora sabía con quién estaba tratando.

—¡Aún no has visto nada, cariño! —Saqué el pintalabios color sangre del bolsillo y me retocé en el espejo retrovisor—. He venido a esta horrible ciudad contra mi voluntad, así que, si te importa tu vida, no te metas conmigo.

—¿Por qué has venido a Nueva Aurora si odias tanto este lugar?

—Porque el hijo de tu vecino quiere que YO, la mejor publicista de este país, ayude a los granjeros arruinados de aquí a encontrar nuevos compradores para sus productos. —Resoplé.

Severide soltó una risa seca.

—Buena suerte. Porque vas a necesitar la ayuda del presidente de la asociación de agricultores de la región para que te respalde en esto, un tipo testarudo que no confía en los forasteros, sobre todo en los arrogantes como tú. —Por fin escupió por la ventana la maldita hierba que estaba masticando.

— ¿Y por qué no? Soy muy buena en lo que hago, un mes aquí y exportaré vuestros productos hasta China.

—Porque la última vez que alguien de la gran ciudad apareció por aquí queriendo exportar nuestros productos al extranjero, se largó con toda la cosecha de todos y dejó a los agricultores en la

mierda. —Apretó el volante hasta que le saltaron las venas de las manos.

—Tengo más dinero que todos esos granjeros en bancarrota juntos, cariño. No he venido aquí a robar a nadie, quédate tranquilo. —Me eché el pelo hacia un lado, ofendida por su insinuación.

—La modestia es tu fuerte, ¿eh? —Detuvo la camioneta con una frenada brusca; acabábamos de llegar a la ciudad.

—¿Por qué has parado aquí? Me voy a quedar en la finca de José, el padre de mi jefe; está al lado de la tuya.

—¡Rica como eres, apáñatelas, arpía! Llama *a* un jet privado para que venga a recogerte. —Prácticamente me echó del vehículo, tirando mi maleta al suelo con brusquedad.

—¡Que te jodan, capullo! Puedo llegar donde quiera yo sola —le planté cara—. Y ojalá tu cita sea una mierda y a ella le den por culo esas flores horribles.

Le lancé la maldición.

Severide ni siquiera miró atrás. Aceleró y se marchó. Y, para colmo, empezó a llover. ¿Y yo? Lo insulté de todas las formas posibles, gritando como una loca en medio de la calle.

Capítulo 2



Severide

El cielo estaba cubierto de nubes oscuras y el viento silbaba al agitar las copas de los árboles. Caía una llovizna fina, de esas que parecen no mojar, pero que se te pegan a la piel como una herida que nunca se cierra. Estaba de pie, inmóvil ante la lápida oscura, contemplando el nombre de la única mujer a la que he amado en mi vida.

Valéria Ferreira.

Mi alma gemela… madre de mi hija y esposa perfecta.

Que, por desgracia, tuvo que despedirse de este mundo demasiado pronto. Pensé que no lo aguantaría, toqué fondo durante el período de luto y solo conseguí salir de allí porque tenía en brazos a una preciosa y tan indefensa bebé a la que criar. El gran amor de mi vida se había ido, pero dejó un pedacito de ella conmigo que me hacía sonreír todos los días.

—Tenías que ver lo guapa que está nuestra niña… —murmuré, y la voz se me quebró a mitad de la frase—. *Cada día se parece más a ti, cariño.*

Tras unos minutos de silencio y mucha nostalgia, continué:

—Espero que te gusten las flores, Belinha se levantó temprano para ayudarme a recogerlas en el valle. —Me incliné y

depositéel ramo, hecho con mucho amor, a los pies de la lápida; esa era la fecha que nunca dejaba pasar desapercibida.

Nuestro aniversario de boda.

Y, como hacía todos los años, vine a traer las flores favoritas de mi esposa. Lirios silvestres. Los únicos que Valéria decía que tenían «alma», porque nacían escondidos allí en el valle, obstinados y fuertes.

Igual que ella.

—Ya han pasado seis años desde que te fuiste, pero el dolor sigue siendo el mismo. —Extendí la mano y toqué la foto de mi esposa pegada a la fría piedra.

El rostro de Valéria me sonreía igual que cuando sonreía al verme llegar a casa tras un largo día de trabajo: *suave, tranquilo… e imposible de olvidar*. Nuestro matrimonio fue perfecto desde el primer hasta el último día, nunca nos peleamos ni una sola vez. Y cuando se quedó embarazada de nuestra hija, alcanzamos la cima de la felicidad, viviendo la vida con la que sueña cualquier pareja. Pero hubo complicaciones durante el parto de Belinha, mi esposa enfermó y falleció de repente.

Nunca volví a ser el mismo después de perderla, ella era lo mejor de mí. Por eso, aunque podría tener alguna aventura por ahí, ¿enamorarme de nuevo? Nunca.

—¡Mi corazón será solo tuyo para siempre, mi amor! —Metí las manos en los bolsillos, incliné la cabeza y cerré los ojos.

La llovizna se intensificó un poco, fina y fría, resbalando por mis sienes. Nos quedamos allí —mi esposa y yo— en silencio. Solo se oía el sonido de la lluvia ligera y de mi corazón apesadumbrado.

Después de un buen rato, me ajusté el sombrero y di un paso atrás.

—Volveré pronto, cariño. ¡Te quiero! —Le di la espalda y me fui, dejando allí una parte de mí que siempre se quedaba con ella.

Mientras conducía de vuelta a la finca, con el brazo asomado por la ventanilla, todavía pensando en mi difunta esposa, inhalé

profundamente el aroma de la tierra mojada que quedó tras la breve lluvia que pasó borrando el polvo. Me encantaba ese olor porque me transportaba a mi infancia, corriendo descalzo por esos pastos verdes, robando mangos en el jardín del vecino, bañándome en la cascada con los amigos y haciendo todo tipo de travesuras que todo niño debe tener en su repertorio cuando es pequeño.

Tuve el privilegio de crecer así, *libre...* y le doy las gracias a Dios por ello. Para mí, no hay mejor lugar en el mundo que Nueva Aurora. Todos en nuestra comunidad se conocen y se apoyan como una gran familia. Por eso, de ninguna manera permitiría que otro forastero de la gran ciudad robara ni un grano de arroz de mi gente. Solo Dios sabe cuánto se dedican los agricultores de esta región durante todo el año a sus cosechas, para luego entregarlas en manos de un desconocido malintencionado.

Y más aún esa tal Silvia Cabrini...

Esa mujer era una mujer fácil, y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Aunque fuera empleada de Barreto, el hijo rico del dueño de las tierras que limitaban con mi finca, no me fiaría de ella ni con los dos ojos bien abiertos.

¡Ni hablar!

Y, además, esa no era la primera crisis a la que nos enfrentábamos los productores rurales y, sin duda, no sería la última. Si nos mantuvimos unidos, pronto superaríamos ese momento difícil sin tener que vender el alma al diablo.

—¡Buenos días, jefe! ¿Por qué ha tardado tanto en la ciudad? Ya me estaba preocupando.

Me encontré con el capataz de mi finca junto a los demás peones ajustando los arneses para la jornada del día. Donato es descendiente de una tribu indígena de la región y siempre cuenta, con orgullo, historias de su abuelo, que fue chaman, y de que su padre debería haber heredado ese cargo, pero se enamoró de la hija de un peón y eligió vivir entre los «hombres blancos» para quedarse con la muchacha. Juntos tuvieron tres hijos, siendo él el mayor.

A pesar de haber sido criado en la cultura de los «blancos», su alma era profundamente indígena. Donato se enorgullece de sus raíces y siempre visita a los parientes que aún viven en la aldea en medio de la naturaleza.

—Lo siento, Donato. Hice una parada para visitar la tumba de mi esposa, pero aquí está todo lo que pediste para empezar la cosecha. —Cogí la caja de la parte trasera de la camioneta.

— Lo siento, Severide, se me había olvidado que hoy es vuestro aniversario de boda. —Inclinó la cabeza en señal de respeto.

Donato y su esposa son los padrinos de mi hija, y me acompañaron en todo el sufrimiento que pasé cuando murió su madre; él se quedó a mi lado y se encargó de todo en la granja durante mi período de luto.

—No pasa nada, hombre, no fue solo por eso por lo que me retrasé. Tuve otro contratiempo por el camino...

— ¿Qué contratiempo fue ese que le hizo fruncir el ceño de repente, jefe? —preguntó uno de los peones.

—El hijo adinerado del señor José ha enviado a una mujer de la gran ciudad para dirigir un proyecto que, «supuestamente», va a ayudar a los productores de Nova Aurora a superar este momento de crisis en el sector agroindustrial. —Me quité el sombrero y me sequé el sudor de la nuca.

Donato arqueó una ceja mientras los demás peones intercambiaban miradas curiosas; les encantaban los chismes.

— ¿Una mujer de la gran ciudad? De esas que nunca han cortado una verdura en su vida, apuesto. —El viejo chasqueó la lengua.

—Exactamente, Donato. Tendríais que haberla visto: perdida en medio de la nada, con tacones altos en un camino de tierra —le conté.

Las carcajadas de los peatones estallaron, resonando por todo el corral.

—¡No puede ser! —exclamó uno de los chicos—. ¿Quién lleva tacones por estas carreteras llenas de baches y piedras?

—*Una arpía indomable* —me encogí de hombros—. Pero se rompió el zapato caro y se cayó de culo al suelo. Con el golpe, se le abrió el bolso y se le esparcieron las prendas íntimas por todas partes.

Los peones se rieron a carcajadas, pero Donato me lanzó una mirada seria.

—Y usted ayudó a la chica, ¿verdad, jefe?

—Claro que sí, Donato. Hice mi buena acción del día —respondí, con una sonrisa torcida.

—Algo me dice que esa mujer va a dar problemas, Severide. —Me miró de reojo.

—No lo hará, porque yo no lo permitiré —afirmé, fijando la mirada en el horizonte.

Donato soltó un «hum» de asentimiento, pero yo sabía que él estaría tan atento a esa historia como yo. Al fin y al cabo, ese viejo indio siempre presiente cuando se acerca una tormenta.

Y Silvia Cabrini...

Era más bien un huracán, de esos que arrasan con todo a su paso.

—Pero cuéntanoslo, jefe. ¿Al menos la chica es guapa? —preguntó uno de los chicos, como era de esperar.

—Guapa es poco, Gonçalo —confesé, rascándome la nuca—. La mujer es de esas que no se ven fácilmente por ahí, una auténtica tentación.

Me vi obligado a admitirlo. La forastera recién llegada a la ciudad podía tener muchos defectos, pero la falta de belleza, desde luego, no era uno de ellos.

—¡Madre mía! *Para que* usted, que es tan recto, hable así, la chica debe de estar *buenísima, tío* —comentó él, dejándome en un aprieto.

De hecho, siempre he sido del tipo respetuoso, romántico a la antigua usanza. Así es como me crió mi madre: para ser un hombre de verdad. Y no como ese canalla de mi padre, que la pegaba y nos abandonó para fugarse con una mujer cualquiera que había conocido hacía menos de un mes.

Juré que nunca sería como mi padre, y trato de ser un caballero con todas las mujeres.

—Si la señora es tan guapa *como dicen,* hasta yo quiero conocerla —comentó otro peón.

Silvia apenas había llegado y ya se había convertido en tema de conversación entre los chicos, todos animados por cortejar a la chica de la gran ciudad.

—Si yo fuera vosotros, no me ilusionaría demasiado, chicos. Porque, aunque la forastera sea guapa, cuando abre la boca, solo Dios puede con ella. No sale nada que valga la pena.

—Era demasiado bueno para ser verdad, jefe —refunfuñó Donato, provocando las risas de todos mientras nos dirigíamos al trabajo.

Trabajamos como burros de carga aquella mañana, que pasó en un abrir y cerrar de ojos. Nos estábamos preparando para el inicio de la cosecha de patatas en la finca Paraíso, que este año sería mucho mayor de lo habitual. Todavía no había conseguido comprador ni siquiera para la mitad de lo que esperaba cosechar, pero me estaba esforzando al máximo para conseguirlo.

—¡Hora de comer, muchachos! —anuncié, y todos salieron corriendo muertos de hambre, incluido yo.

—La jefa ha hecho hoy un guiso para chuparse los dedos, voy a llenarme el estómago —se jactó Guto, despertando la envidia de los peones.

Su mujer es una cocinera de primera, y él estaba muy orgulloso de ello. Yo tampoco podía quejarme, porque la chica que trabajaba en mi casa también se le daba muy bien la cocina.

—Ahora que lo mencionas, vas a compartir tu fiambrera con nosotros —bromeó Donato, revolviéndole el pelo.

Me reí mientras caminaba hacia casa; era genial trabajar con ese grupo de locos. Trabajaban duro y nunca se quejaban, se respetaban y siempre mantenían el buen humor.

—¡Ya llegué! —Me quité el sombrero y lo colgué detrás de la puerta.

El delicioso aroma de la comida en la cocina de leña inundaba la casa. Me dirigí a la cocina, sintiendo cómo me rugía el estómago.

—¡Hola, papáááá! —gritó mi hija, radiante al verme.

Belinha, mi pequeña de seis años, estaba sentada en el suelo, riéndose mientras jugaba con su cerdito —esa traviesa rosa a la que le encantaba morder mis botas y que ella llevaba a todas partes como si fuera una muñeca.

—¡Hola, princesa! —La levanté en brazos y la lancé al aire. Sus risas llenaron la cocina.

—¿A mamá le han gustado las flores, papá? He elegido las más bonitas. —Me abrazó por el cuello.

—Le encantaron, hija. La próxima vez te prometo que te llevaré a visitar su tumba. —Le di un beso en su mejilla regordeta.

—¡Yupi! —celebró aplaudiendo.

—La comida ya está lista, Severide. Siéntate ahí que te voy a servir el plato tal y como te gusta: con mucho caldo para que te dé *fuerzas* para el trabajo duro. —Sônia apareció junto a la cocina, limpiándose las manos en el delantal.

Ella era una especie de todoterreno en casa. La contraté para cuidar de Belinha después de que mi esposa se fuera. De niñera, Sônia pasó a encargarse también de la casa: limpiaba y cocinaba.

Sinceramente, no sé qué habría sido de mí sin esa mujer en los últimos seis años.

—Muchas gracias, Sônia.

—¿Puede Berenice sentarse con nosotros en la mesa, papá? —Mi hija puso una carita tan tierna que era imposible decirle que no a cualquier cosa que pidiera.

—¡Claro que sí, pequeñita! —Le guiñé un ojo y ella esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

A continuación, Belinha agarró el cerdito y se sentó feliz como una perdiz.

—Ya te he dicho que en esta casa está prohibido usar el móvil en la mesa. Así que guarda ese *trasto*. —Acerqué la silla, haciendo que chirriara a propósito para llamar la atención de cierta adolescente rebelde.

Brenda estaba sentada en el extremo de la mesa, con el plato intacto delante de ella. Como siempre, llevaba los auriculares puestos, los ojos pegados a la pantalla del móvil, el cuerpo inclinado de una forma que dejaba claro que yo no existía en su mundo. Y quizá, en cierto modo, eso fuera cierto. No sabíamos nada el uno del otro. Éramos prácticamente unos desconocidos bajo el mismo techo, unidos únicamente por la cobardía de nuestro padre, quien, recientemente, la había dejado en mi puerta como si fuera un paquete entregado por error.

No había visto a ese hombre desde que abandonó a mi madre para huir con su amante, de eso ya habían pasado casi dos décadas. Y, cuando reapareció, me dejó de regalo a una hermanastra que claramente no me soportaba.

—¿Has oído lo que he dicho? —intenté llamarla de nuevo.

Brenda ni siquiera levantó la vista. Solo tecleó más rápido en el móvil, como si quisiera dejar claro que no le interesaba conversar. Suspiré profundamente: no había forma de forzar vínculos donde no

existían. Y, siendo sincero, ni siquiera sabía cómo lidiar con una adolescente *como ella*...

Brenda es una chica trans.

Una palabra que resonaba en mi mente sin que yo comprendiera del todo su significado. Yo era un hombre de campo, criado entre bueyes, caballos y sudor. Ese tipo de tema nunca había formado parte de mi vida hasta ahora, y confieso que me sentía como un ciego tanteando en terreno desconocido.

Cualquier intento de acercarme a mi hermana sonaba artificial. *Extraño.*

—Tu hermano ya te lo ha dicho: nada de móviles en la mesa, chica. —Sônia le quitó el móvil de las manos.

Las dos no se llevaban bien desde el principio. Para Sônia, era difícil entender por qué un chico querría comportarse como una chica. Y no podía ocultar su opinión, lo que solo envenenaba aún más la relación entre ambas.

—Medio hermano, cariño. —La traviesa le quitó el móvil de nuevo.

Brenda estaba contando los días para que nuestro padre volviera a recogerla, y yo también. Apenas podía criar a mi hija pequeña, ¿qué iba a decir de una adolescente rebelde?

—No pasa nada, Sonia. Coge tu plato y ven a comer con nosotros. Tu comida tiene muy buena pinta, como siempre —intenté calmar los ánimos antes de que empezara una discusión que me quitara el apetito.

—¡Sí, señor, Severide! Me alegro de que le guste mi sazón —sonrió, agradecida por el cumplido.

—Ah, al jefe seguro que le gusta tu *sazón*... pero no tanto como tú querías, *¿verdad*, Sonia? —bromeó Brenda, haciendo que la pobre se sonrojara de vergüenza.

No era tonto, ya me había dado cuenta, hacía tiempo, de las miradas con segundas intenciones que me lanzaba la niñera de mi hija. Sin embargo, nunca alimenté sus sentimientos. Sonia era una mujer guapa, pero nunca sentí nada por ella en ese sentido.

Y, aunque lo hubiera sentido, era mi empleada y nunca habría mezclado las cosas. Como jefe, tenía que dar ejemplo de respeto.

—¡Ya basta de bromas, Brenda! —le dije en tono serio, y ella se limitó a poner los ojos en blanco, volverse a poner los auriculares y volver a ignorarme por completo.

Suspiré profundamente.

La comida siguió su curso y Belinha no paraba de reír y charlar conmigo y con Sônia en la mesa, llenando la casa de alegría, como siempre. Mi hermana, por su parte, fingía no oír nada, absorta en su propio mundo. Quizás algún día lograra llegar al otro lado del muro que ella había levantado entre nosotras. O quizás no.

Solo el tiempo lo diría.

Capítulo 3



Silvia

Apenas había llegado a Nova Aurora y mi coche, nuevo de fábrica, dejó de funcionar en medio de la nada. Se me rompió el tacón de mi zapato favorito, carísimo, que compré en París el año pasado, y además tuve el disgusto de volver a encontrarme con ese granjero asqueroso, que tuvo la osadía de tocar mi lencería con esas manos inmundas; tendría que desinfectar todas las prendas antes de usarlas.

—¡Definitivamente he empezado con mal pie en este lugar! —Respiré hondo—.

Como había dejado de llover y ya estaba en la ciudad, decidí ir directamente a la oficina de la asociación de productores rurales para comprender mejor la situación de los agricultores. El lugar estaba en un anexo en la parte trasera de la iglesia, con paredes de ladrillo visto, una mesa de madera carcomida y montones de papeles amarillentos esparcidos por todas partes.

Me recibió el padre Bento; mi jefe ya le había avisado de que me enviaría para echar una mano. Tenía un buen humor exagerado, que rayaba en lo irritante.

—Buenos días, padre. ¿El presidente de la asociación de productores rurales no está hoy aquí? Quería hablar con él

personalmente para comprender mejor la gravedad de la situación.

—No llegará hasta mañana bien temprano, hija. Pero te lo advierto ya: ese hombre es más terco que un burro encaprichado. —Frunció sus cejas gruesas.

—Sí... ya me lo han dicho —respondí con desdén—. Pero yo soy más testaruda, así que tendremos que enfrentarnos para resolver este problema de una vez y, al final, todos saldrán ganando.

—Y que Dios los bendiga para que, para entonces, no se hayan matado entre ustedes, hija —sonrió con ironía.

—¿No hay ni un ordenador aquí? —Levanté el pie, intentando que el tacón, ya roto, no se enredara en el viejo cableado que serpenteaba por el suelo.

No quería perder el viaje, así que estaba decidida a echar un vistazo a ese papeleo interminable.

—Nos gusta registrarlo todo a mano, hija. No confiamos en esas modernidades de la gran ciudad —dijo el cura en un tono casi de sermón.

—¡Qué *le vamos a* hacer! No queda más remedio que trabajar a la antigua usanza. —Dejé mi maleta en un rincón y me arremangué.

Me pasé toda la mañana examinando carpetas, cuentas y anotaciones escritas con una caligrafía horrible que apenas se entendía, tratando de hacerme una idea general de la situación. Primero tenía que entender el problema para luego pensar en una solución precisa y rápida. Pero cuanto más leía, más me latía la cabeza. La tragedia era evidente: hacía tiempo que los productores cosechaban casi tres veces más de lo que podían vender, lo que generaba una crisis de sobreproducción.

Esta situación se produce cuando la oferta de un producto en el mercado es mayor que la demanda, lo que provoca una caída drástica de los precios y genera pérdidas a los agricultores. Es decir, había muchos vendedores y pocos compradores. Y como en Nueva

Aurora no comerciaban con ciudades más grandes, la situación se fue agravando cada vez más.

La mayoría de los granjeros estaban endeudados hasta el cuello. Si no encontraban una solución rápida al problema, perderían sus tierras en breve.

—¡Estoy jodida! —Cerré los ojos y dejé caer la carpeta sobre la mesa.

El sonido de mi propia voz resonó en la pequeña sala sofocante. Cuando me di cuenta, el padre Bento estaba de pie en la puerta, con una bandeja en la mano, en la que equilibraba una taza de café humeante y un plato de galletas caseras.

—Mira qué boca sucia en mi iglesia, jovencita. —Frunció el ceño, pero el tono no era de regaño, sino de alguien que se divertía con mi angustia.

Me sonrojé al instante, enderezando la postura como si fuera una niña pillada in fraganti.

—Lo siento, padre… es que… Bueno, la situación de los agricultores es mucho peor de lo que imaginaba.

Él se rió, una risa leve, casi cómplice, y dejó la bandeja sobre la mesa.

—No tiene por qué disculparse. Todo el mundo suelta alguna palabrota de vez en cuando, sobre todo cuando se trata de cuentas. —Empujó la taza de café hacia mí.

—¡Parece que me ha leído el pensamiento! —Di un sorbo al líquido negro, caliente y fuerte.

No me lo habían servido en una vajilla de porcelana importada, como estaba acostumbrada, pero ya me valía. Después de la mañana de mierda que había tenido, aquello era casi el paraíso.

—Quiero darle las gracias por haber venido, hija mía. Estos hombres y mujeres de Nueva Aurora que luchan tanto necesitan

ayuda, y saber que alguien con estudios de la gran ciudad se preocupa por ellos ya les devuelve la esperanza. —Se le humedecieron los ojos, estaba realmente agradecido.

Suspiré y cogí una galleta de la bandeja, sintiendo una pizca de culpa. Algo que rara vez me pasa. Si el cura supiera que mi visita a esa ciudad estaba motivada por puro interés personal, quizá no fuera tan amable conmigo.

—La esperanza por sí sola no paga las deudas ni impide que el banco se lleve la finca, padre. Estos agricultores tienen que despertar a la realidad. No entiendo cómo han dejado que la situación llegara a este punto. —Negué con la cabeza, indignada.

Él me miró con esa serenidad de quien ya ha visto muchas cosas en la vida.

—Así es. Quizá usted sea precisamente el soplo de cambio que esta gente tanto necesita.

—No soy ninguna santa capaz de hacer milagros, pero prometo que daré lo mejor de mí.

Soplé la taza y tomé otro sorbo de café, todavía intentando asimilar la idea de que ahora yo era la *«tabla de* salvación» de esa gente.

—¡Ya lo sé! Pero algo me dice que usted es fantástica encontrando soluciones a problemas difíciles, señorita Silvia. —El cura sonrió antes de marcharse.

Pasé el resto del día analizando ese aburrido papeleo, pero, como no soy contable, necesitaba encontrar uno pronto —y bueno— para tener gráficos con cifras precisas. Cuando me di cuenta, ya había anochecido y no tenía ni idea de cómo llegaría a la Finca Esperanza. Porque el personal del taller que había remolcado mi Porsche me dijo que no tenían ni idea de cuál era el problema del motor, pero que me llamarían cuando lo descubrieran.

Hasta entonces, tendría que apañármelas sin coche, pero el problema era que seguramente no había servicio de taxi ni Uber en

esa ciudad. Y no quería pedirle a alguien de la finca que viniera a recogerme y demostrar que, nada más llegar, ya estaba pidiendo ayuda al padre de mi jefe.

—¿Hay alguna posada aquí en el centro donde pueda pasar la noche, padre?

—Sí que hay, hija, la de la señora Gertrudes. Es la mejor de la zona, puedes ir sin miedo —me aseguró él.

Encontré el lugar con una rápida búsqueda en Google. Por las fotos, parecía bastante decente y además ofrecía servicio de habitaciones. Hice la reserva directamente por internet. Como no estaba lejos, fui andando.

—¡Dios mío! Esto no puede ser mi alojamiento —murmuré, en estado de shock.

El lugar era completamente diferente de las fotos de Internet. La mansión era más antigua que las pirámides de Egipto, pintada de un amarillo descolorido que daba pena. El techo, hecho de tejas de barro naranja, parecía a punto de derrumbarse. Y el letrero torcido en la fachada decía:

«Pousada Recanto Feliz»

—¡Más bien parece un rincón de la tristeza, eso sí! —solté entre dientes mientras arrastraba mi maleta, que valía más que todo ese lugar.

Pasé junto a un gato gordo y perezoso en el porche y dos gallinas escarbaban en el jardín como si eso fuera perfectamente normal. Llegué a la recepción, que parecía sacada de una película de terror de los años 80, con su mostrador de madera gastada. El ambiente olía fuertemente a naftalina, sin duda procedente de la vieja rara que estaba detrás del mostrador, que me recibió con una sonrisa forzada.

—¡Bienvenida a mi posada, querida! —Me tendió la mano para saludarme, pero la ignoré y fui directa al grano.

—¡Y una mierda bienvenida, señora! ¿No le da vergüenza engañar a la gente publicando fotos falsas de este antro en Internet?

—Cálmate, *hija*, no hace falta que le grites a una anciana. Tengo edad para ser tu abuela, ¿sabes?

La vieja farsante fingió toser, haciéndose la pobrecita, pero yo reconocía a una estafadora desde lejos. Al fin y al cabo, yo era una.

—Con todo ese pelo, se refiere a mi tatarabuela, ¿no?

—¡Qué joven tan insolente! *Mira* cómo me hablas.

—Le hablo como me da la gana. Ahora devuélvame mi dinero, porque ya pagué cuando hice la reserva por internet —extendí la mano por encima del mostrador—. Voy a buscar otro sitio más decente donde alojarme en esta ciudad olvidada de Dios.

—Esta es la única pensión disponible en el centro, señorita —me miró por encima de sus gafas graduadas—. Y, además, solo devolvemos el dinero en caso de cancelación realizada con al menos un día de antelación.

—¡Pero qué mierda! Entonces dame ya la maldita llave de mi habitación. Solo quiero darme un baño y descansar después del día de mierda que he tenido. —Resoplé, furiosa.

Yo, acostumbrada al servicio de alta calidad de hoteles de cinco estrellas como el Plaza, con lujosas suites, spa y un impecable servicio de habitaciones las 24 horas, ahora estaba discutiendo con una vieja descarada que me había dado un golpe bajo.

¡Respira, Silvia Cabrini!

«Después de hacerle este favor a tu jefe, el éxito en Estados Unidos te espera».

Me lo repetí mentalmente, intentando no perder los nervios del todo. Pero confieso que me costaba.

—Necesito un documento con foto para registrar su llegada. Es rapidísimo.

—Aquí lo tiene. —Prácticamente le tiré mi carné de conducir encima.

—Silvia Cabrini, 28 años, de São Paulo—, repitió ella mientras anotaba en la hoja muy despacio, solo para irritarme aún más.

—Solo espero que al menos haya una conexión wifi que valga la pena en este antro. —Miré a mi alrededor con asco.

La mujer se rió a carcajadas como si le hubiera contado el mejor chiste del año.

—¡Claro que lo tenemos! Pero funciona mejor cerca de la terraza.

—¡Qué maravilla! Voy a tener que compartir espacio con las gallinas para poder abrir mis correos del trabajo. Peor que eso, imposible —refunfuñé.

—No sé si es una buena idea. A mis gallinas no les gusta compartir espacio con vacas, y menos aún con las creídas de la gran ciudad —la anciana tuvo la osadía de decirme eso a la cara.

—¿Cómo me ha llamado?

—De nada, señorita Silvia. Su habitación es la 13. Aquí tiene la llave. —Esbozó una sonrisa más falsa que un billete de tres reales.

Cuando subí a la habitación, casi me da un ataque. La cama era de madera maciza, con un colchón mugriento que parecía la escena de un crimen; solo faltaba la marca de tiza blanca en el lugar donde se encontró el cadáver. El ventilador de techo hacía un ruido espantoso; sería imposible dormir con eso encendido. Y, con el calor que hace en Goiás, me moriría asada. Pero lo peor era el baño.

¡Dios mío!

Era minúsculo, con azulejos floridos, toallas bordadas a mano, un espejo tan empañado que apenas reflejaba y un lavabo agrietado con marcas de óxido. No tendría valor para lavarme los dientes allí, ni de coña.

—¡Barreto, ya me la pagarás! —Me tiré en la cama y me quedé mirando el techo mohoso, pero estaba tan agotada que acabé durmiéndome.

Me desperté a altas horas de la noche, con la espalda dolorida por el colchón duro. No tenía ganas de deshacer la maleta. Lo único que quería era volver corriendo a São Paulo. Sin embargo, nunca he sido de las que se rinden fácilmente. Me quedaría y haría mi trabajo a la perfección, como siempre.

—Pero antes necesito un baño. —Hice una mueca al olerme la axila; el desodorante hacía tiempo que se había caducado.

Me arrastré hasta el baño. Todo iba bien, dentro de lo posible, hasta que...

—¡No me lo puedo creer! —grité cuando, de repente, el agua de la ducha dejó de caer y tenía el pelo cubierto de champú.

Me envolví la toalla a toda prisa y fui a recepción, descalza. Estaba furiosa y lista para montar un escándalo.

—¿Qué pasa ahora, señorita? —preguntó la descarada, tejiendo detrás del mostrador mientras veía una reposición de la telenovela de las nueve.

—¡Ah, todo está maravilloso! ¿No lo ve? —señalé mi pelo lleno de espuma—. Solo he dejado la ducha a medias para venir a saludar a la vieja más pícara de esta ciudad.

—*Vaya, señorita*... la tubería debe de haberse roto otra vez, pero no se preocupe, *amiga.* Mi nieto viene aquí todas las mañanas *a* traerme la *comida*. Le pediré que le eche un vistazo.

respondió ella, con una calma que no hacía más que enfurecerme aún más.

—¡Tengo que terminar mi ducha ya! ¡Pues llama a tu nieto o incluso al Papa, pero arregla esa ducha, inmediatamente! —grité en recepción, llamando la atención de otros huéspedes en la sala de al lado.

—Cálmese, señorita Silvia. Así va a tener un ataque y va a caer de bruces en este suelo de madera.

—Aún no me ha visto enfadada, señora. Y mejor que no lo vea. —Al darme cuenta de que discutir con esa criatura no servía de nada, me di la vuelta para volver a la habitación.

Pero la toalla se enredó en una rendija del mostrador de madera y cayó al suelo, dejándome completamente desnuda ante todo el mundo.

¡Qué vergüenza, Dios mío!

—¿*Una noche difícil, señorita*? —Oí esa voz grave e inconfundible.

Cuando miré hacia la puerta, allí estaba él: Severide, con una cesta llena de verduras y hortalizas. Me agaché rápidamente, cogí la toalla y me cubrí el cuerpo, pero por la forma en que el granjero me devoró con la mirada, seguro que me había visto hasta el alma.

—¡Justo lo que me faltaba para joderlo todo de una vez! —Crucé los brazos, frustrada.

—Hola, mi querido nieto. Pensaba que no vendrías hasta mañana. —Esbozó una enorme sonrisa.

Así que Severide era su nieto. Ni siquiera me sorprendió. Eran la pareja perfecta: el paleto irritante y la vieja pícara.

—Dios te bendiga, mi preciosa abuelita del corazón —se inclinó y le dio un beso cariñoso en la frente—. He venido corriendo a entregarte tus pedidos porque mañana temprano empieza la cosecha en la granja y no habría podido venir.

—Que Dios te bendiga, *hijito* —lo abrazó, agradecida—. Ha sido Dios quien te ha enviado. La ducha de la habitación 13 se ha vuelto a estropear. ¿Podrías echarle un vistazo *a* tu abuelita?

—Claro que puedo, abuela. Solo voy a dejar esta cesta en la cocina y ya vuelvo. —Pasó junto a mí, mirándome fijamente a los ojos, apuesto a que riéndose por dentro.

El muy sinvergüenza me había visto desnuda, con el pelo lleno de champú pareciendo un nido de pájaros y totalmente descontrolada en la recepción de la pensión de su abuela.

¡Más humillante que eso, imposible!

Capítulo 4



Severide

Mientras desmontaba la ducha, Silvia iba de un lado a otro por la habitación con el móvil en la mano. Hablaba en voz alta al cruzar la puerta, gesticulando y maldiciendo cada rincón de aquella ciudad como si estar allí fuera un castigo divino.

—¡Odio este puto pueblucho! Odio esta pensión vieja, este calor insoportable, esta gente cotilla que se queda mirándome como si fuera un extraterrestre venido de otro planeta —gritaba sin ningún miramiento.

Me detuve un segundo solo para reírme por dentro. Parecía un huracán encerrado entre cuatro paredes. Al otro lado de la línea, se oía la voz tranquila del pobre Barreto intentando calmar a la fiera:

—Silvia, respira… con el tiempo te adaptarás.

—¡Adaptarme, y una mierda! No nací para vivir en medio del monte, Barreto. Soy alérgica a la gente pobre, ¿y si alguno de ellos me contagia alguna enfermedad? —dijo ella, visiblemente preocupada.

¡Por Dios!

¡Qué mujer más insoportable!

Seguí trabajando en la tubería, conteniendo la risa. Pero no podía evitar prestar atención a la conversación de los dos. No sé qué le respondió su jefe, pero la arpía se volvió loca de una vez. Nunca había oído tantas palabrotas seguidas, algunas tan creativas que ni siquiera sabía que existían.

De repente, silencio.

Me pareció extraño, miré por encima del hombro y vi a la mujer parada, con los ojos muy abiertos.

—¡AYUDA! —gritó.

Cogí el martillo de la caja de herramientas y salí corriendo, pensando que algún ladrón había entrado en la habitación.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ahí! ¡Ahí! —gritaba, casi llorando.

Seguí su dedo tembloroso y vi la amenaza mortal: una cucaracha voladora, que estaba más asustada de Silvia que ella del insecto. La plaga daba vueltas por la habitación, desafiando a cualquiera a enfrentarse a ella. Me quedé desconcertado; al fin y al cabo, aquella mujer aterrorizada no se parecía en nada a la que, ese mismo día por la mañana, había sostenido una serpiente venenosa en la mano con una sonrisa arrogante en el rostro.

—¡Por favor, sácala de aquí antes de que me mate! —lloriqueó, completamente fuera de sí.

—Tampoco hay por qué dramatizar tanto, ¡solo es una cucaracha! —intenté tranquilizarla.

Pero, antes de que pudiera reaccionar, la cucaracha voló hacia Silvia y ella se abalanzó sobre mí, armando un escándalo tremendo. El impacto fue tan fuerte que tropezamos y caímos los dos en la cama. Su cuerpo se pegó al mío y, por un instante, todo a nuestro alrededor desapareció. El aroma del champú floral, el calor de su piel, el peso ligero sobre mi pecho.

Y fue en ese momento cuando me vi en apuros.

La toalla se deslizó y me quedé hipnotizado ante la visión parcial de uno de sus pechos, delicado, con el pezón rosado endurecido —por el frío o quizá por nuestro contacto—. Ni siquiera había superado aún la imagen de ella desnuda en la recepción, y ahora esto. Se me secó la boca, la respiración se aceleró y el deseo de tocarla me golpeó con fuerza, como un puñetazo en el estómago.

Confieso que ya había visto a muchas mujeres hermosas en mi vida, pero la megera indomable...

Ella estaba a otro nivel.

Su rostro exhibía rasgos marcados, definidos, llenos de personalidad. La nariz respingona le confería un aire desafiante, de quien jamás aceptaría ser domada.

¿Y esos labios carnosos?

¡Dios mío!

Eran provocativos, capaces de sonreír y destruir al mismo tiempo.

Silvia tiene un cuerpo esculpido por el diablo, curvas que parecen moverse por voluntad propia, una combinación de fuerza y delicadeza capaz de corromper a cualquier hombre. Yo mismo, en ese momento, ya estaba completamente desorientado. Ella también parecía afectada, pues hasta se olvidó de la cucaracha voladora.

Nuestros rostros estaban tan cerca que mi boca quedó a un centímetro de la suya. Mis ojos no podían apartarse de los suyos, parecía hasta un hechizo.

Casi cedí a la tentación.

Casi.

Pero entonces recordé quién era ella: una mujer arrogante y sin corazón, que despreciaba mi tierra y a mi gente sencilla. Así que reuní todas las fuerzas que tenía para ignorar esa energía magnética que me atraía hacia ella y la aparté lentamente, levantándome de un tirón.

—Lo siento, amiguita, pero no hay sitio para las dos en esta habitación. —Con una revista vieja que había en la mesita de noche, cogí la cucaracha con cuidado y la tiré por la ventana.

Silvia seguía en la cama, con la toalla mal ajustada, jadeando como si acabara de correr una maratón. No sabía muy bien si era por el susto que se había llevado con el insecto intruso o por nuestro *casi beso.*

Preferí no pensar en ello.

Volví mi atención a la ducha, terminé la reparación en silencio y, al acabar, solo dije:

—Su ducha está lista, señorita. Creo que ya no dará más problemas. —Evité mirarla, por miedo a caer de nuevo en la tentación.

—¿No te gusta mi nombre? Porque nunca me llamas Silvia —preguntó, pillándome por sorpresa.

—*Me gusta más de lo que debería*. Ese es el problema. —Salí de la habitación antes de que mi lengua me traicionara de nuevo.

Pero la imagen de los pequeños y rosados labios de Silvia tan cerca de los míos seguía grabada en mi mente. Y, siendo sincero, creo que no se borraría tan pronto.

Capítulo 5



Silvia

En cuanto Severide se marchó, me quedé sentada en el borde de la cama, mirando al vacío, tratando de entender qué demonios acababa de pasar. Ese granjero tan guapo y yo… ¿de verdad casi nos habíamos besado? Eso no era posible.

— ¡Ni hablar! — Entrecerré los ojos.

No estaba tan desesperada, ¿verdad? Al fin y al cabo, una mujer con un coño de mi pedigrí nunca se sentiría atraída por la polla peluda de un paleto. Por eso me encogí de hombros como quien ahuyenta una idea absurda y decidí terminar mi ducha. Y, para mi sorpresa, Severide sí que había arreglado la ducha. El agua caía fuerte y caliente, mejor que antes de la avería.

Después del baño, me puse mi pijama de seda azul —el único artículo de lujo en ese momento que me permitía recordar quién era realmente en aquel antro— y bajé a la planta baja. Era tarde, mi estómago rugía y necesitaba encontrar algo decente para comer. La cocina, claro, era tan anticuada como el resto de aquella posada. Ollas viejas colgadas de la pared, olor a café recalentado y una nevera con el tirador remendado que debía de haber sido traída del desguace.

Por supuesto, no encontré nada digno de llamarse cena dentro de aquel trasto, así que tendría que acostarme con hambre. Sin embargo, cuando me di la vuelta para volver a mi habitación, vi sobre la mesa la cesta con verduras frescas que Severide le había traído a la abuela. Los tomates estaban preciosos, grandes y de un rojo vivo que parecían suplicar que los devoraran. No se me daba bien la cocina, pero decidí intentar hacer una ensalada.

Cogí un plato y un cuchillo del cajón, corté tomate, pepino y unas hojas de lechuga. Espolvoreé un poco de sal por encima y exprimí medio limón, dando como resultado la mejor ensalada que he comido en toda mi vida, digna de una estrella Michelin.

—¡Dios mío! ¿Cuál es el secreto de este paleto para cosechar productos tan buenos en su granja? —me pregunté con la boca llena; estaba tan delicioso que acabé preparándome otro plato de ensalada.

Cuando terminé de comer, volví a mi habitación satisfecha. Había sido un día difícil, pero sobreviví.

—Ojalá mañana tenga más suerte —deseé antes de cerrar los ojos y dormir.

Me desperté sobresaltada a las cinco en punto de la mañana con el maldito canto de un gallo bajo mi ventana. Intenté volver a dormir, pero no pude. Así que aproveché el silencio de la madrugada para repasar mi agenda del día, cuyos puntos principales eran pasar por el taller para ver cómo iba la reparación de mi coche y conseguir hablar en persona con el jefe de la asociación de productores rurales, ya que en el número que me dio Barreto el hombre no contestaba ni por asomo.

Parecía incluso que se estaba escondiendo de mí como el diablo huye de la cruz, pero yo lo iba a encontrar de una forma u otra, aunque tuviera que poner esta ciudad patas arriba.

—Pues vamos a la batalla, guapa. —Le guiñé un ojo a mi reflejo en el espejo empañado del baño.

Incluso en ese lugar perdido, me arreglé como si fuera a una reunión con las personas más influyentes del país. Conseguí devolverle la dignidad a mi pelo, que quedó liso y sedoso. El maquillaje también quedó impecable, me puse un traje de tres piezas y me calé unos maravillosos tacones de quince centímetros.

—Falta algo... —Me toqué la frente con la yema del dedo, tratando de recordar—. ¡Ah, ya sé! —Cogí mi bolso de Prada de encima de la cama y me lo colgué al hombro.

Ahora sí, estaba perfecta.

Al bajar las escaleras hacia la planta baja tuve que taparme la nariz, el olor a frito era insoportable. Pero no más que el sonido de las risas y las animadas conversaciones de los huéspedes de la posada mientras se servía el desayuno. Creo que engordé dos kilos solo con mirar esa mesa llena de delicias caseras.

Era una pandilla de niños feos y mocosos corriendo por todas partes con el plato en la mano. Un niño gordito y maleducado, sin los dientes delanteros, casi tropieza y me manchó la ropa.

—¡Mira por dónde vas, mocoso! —le gruñí a esa bola de bolos, que me sacó la lengua.

—Veo que *te* has levantado de mal humor, ¿verdad, *nena*? —Me crucé con la dueña de la posada, que venía de la cocina con una bandeja recién salida del horno.

—¡Ahora está peor que cuando te encontré, vieja pesada! —Me puse las gafas de sol y salí contoneándome.

Como mi estancia no terminaba hasta el mediodía, volvería más tarde a recoger mi maleta. Con mucha suerte, para entonces mi coche ya estaría arreglado.

—¡Que tengas un día horrible, mocosa! —oí gritar a la descarada a mis espaldas entre una risa ronca.

Parecía mentira, pero en el balcón estaba el gato perezoso en la misma posición que cuando llegué a la posada, tumbado en la mecedora profundamente dormido. Ignoré al gatito perezoso y seguí

mi camino. Al pasar por delante de una farmacia, decidí comprar un protector solar para proteger mi piel sedosa de ese clima árido del campo. Mientras buscaba en las estanterías, oí sonar el timbre de la puerta; había llegado otro cliente.

Estaba recorriendo el segundo pasillo cuando oí una voz tímida en la caja. Levanté la vista y vi a una chica bajita, con los auriculares metidos en los oídos y un paquete de compresas en la mano. El capullo del dependiente, un chaval cachas que se creía un bombón solo porque probablemente es hijo del dueño, decidió humillar a la pobre chica.

—Oye… *¿para* qué quieres eso, si las chicas como tú no lo necesitan? —preguntó, burlón.

Poniendo mucho énfasis venenoso en el:

«Como tú».

La pobre se sonrojó al instante. Al fijarme mejor en su rostro, entendí el porqué: es Brenda, una chica trans. Y hermana de Severide, a quien conocí en la boda de mi jefe.

—No son para mí… son para mi amiga —dijo con un hilo de voz, bajando la mirada al suelo.

Pero el imbécil no paró. Siguió burlándose, como si hubiera encontrado el mejor material cómico de su vida. Respiré hondo, pero la paciencia —que nunca ha sido mi fuerte— se acabó allí mismo.

Di un paso adelante y miré al tipo a los ojos.

—¿Sueles hacer un cuestionario a todos los clientes que compran aquí, señor Anabolizantes?

Tragó saliva con dificultad, enrojeciéndose cada vez más.

—N-no, señorita… solo estaba bromeando —tartamudeó.

—¿Bromeando? —Arqueé una ceja con ese tono que hacía temblar incluso a los directores de grandes empresas.

Entonces conté hasta *uno... dos... tres* y di un golpe con toda mi fuerza sobre la barra, haciendo que el chico diera un respingo hacia atrás del susto.

—Creo que será mejor que cierres la puta boca y hagas tu trabajo, cariño. Porque si pierdo un segundo más de mi vida escuchándote decir tonterías a esa chica, voy a coger esa bolsa de compresas y te la voy a meter por el culo —le amenacé.

Y él vio en mi mirada segura que hablaba muy en serio.

—L-lo siento… no quería ser grosero —le temblaba el labio, con ganas de llorar.

Sonreí más fría que un iceberg.

—¡Qué bien! Porque si me entero de que le has vuelto a mirar mal a esa chica, volveré aquí con mucho gusto y acabaré con tu vida —le dediqué mi mejor sonrisa de loca de remate.

Y el cobarde casi se hizo pis encima de tanto miedo. Solo era bueno enfrentándose a personas que consideraba más débiles que él.

—¡Guau! Cuando sea mayor quiero ser igual que tú, chica. —Fue entonces cuando la niña soltó una carcajada, de esas en las que echas la cabeza hacia atrás.

—Lo siento, angelito, pero yo soy una edición limitada. —Me eché el pelo hacia un lado, poderosa como siempre.

En cuanto al mierdecilla, no volvió a abrir la boca y pasó a pagar con la cabeza gacha. Cuando la niña recibió la bolsa, me miró y murmuró casi emocionada:

—*Gracias…*

Le hice un gesto con la mano.

—No hace falta que me des las gracias, cariño. Sé muy bien lo que es que no te acepten solo por ser *diferente* de lo que los demás esperan. —Le guiñé un ojo antes de marcharme.

Fui directamente al taller para ver cómo iba la reparación de mi coche. Pero, obviamente, la suerte no estaba de mi lado.

—Mire, señora… para arreglar un coche importado como el suyo, tardaremos al menos dos semanas —dijo el mecánico, rascándose la cabeza con las manos manchadas de grasa—. La pieza del motor se ha quemado por completo y voy a tener que pedirla al extranjero. Tardará una eternidad en llegar a Nova Aurora.

— ¿No hay forma de pedirla por *envío urgente*? No puedo estar tanto tiempo sin coche en este lugar perdido.

—*¿Entrega rápida qué*, señorita? No sé qué es eso.

—¡Es *«fast delivery»*! —puse los ojos en blanco, exasperada —. En fin, intenta conseguir esa pieza lo antes posible, por favor.

Salí del taller echando humo por las fosas nasales. Si hubiera un dragón cerca, seguro que me consideraría de la familia. Y por si fuera poco, mi segunda parada fue otro desastre. El padre Bento me había asegurado que el jefe de la asociación de productores estaría allí por la mañana, y yo estaba segura de que por fin podría hablar con él.

Esperé. Esperé. Esperé...

Y esperé un poco más.

Y ni rastro de ese tipo, parecía que la gente de ese lugar fuera alérgica a los compromisos. Con el paso del tiempo y la hora de *la salida* acercándose, volví a la posada a buscar mi maleta, antes de que esa vieja estafadora decidiera cobrarme otra noche en ese antro. Además, el padre me dijo que todos los viernes hay reunión con los agricultores de la región, así que el jefe de la asociación seguro que estaría allí y esta vez no se me escaparía.

Al llegar a la recepción de la pensión con mi maleta para hacer el *check-out*, me topé con una escena tan surrealista que llegué a dudar de mi cordura. Por un momento, pensé que me había fumado un porro y estaba viendo cosas. Había una niña rubia, de

ojos claros, con un mono vaquero y botas de lluvia amarillas, sentada en un puf, jugando con un cerdito en el regazo.

Para empeorar la extraña escena, el animal llevaba un enorme lazo rosa en la oreja y un collar de perlas —obviamente falso— en el cuello.

—Este lugar se vuelve cada vez más extraño —comenté en voz alta, frunciendo el ceño con repulsión.

—Hola, guapa. La abuela me ha dicho *que* te avise de que ha ido al baño y que ya vuelve —dijo la niña con una voz irritantemente dulce.

No solía fijarme en los niños, pero esa niña... tenía rasgos extrañamente familiares.

—Sabes que esa cosita asquerosa que llevas en el regazo está llena de gérmenes, ¿verdad? —Señalé con asco el trozo de tocino andante.

—¡Berenice no tiene gérmenes! La baño todos los días —respondió, mirándome con una seguridad excesiva para alguien de su tamaño.

—Qué bien por Berenice —repliqué con un gesto de desprecio.

—¿Ya se va, señorita? —preguntó la vieja pesada, que por fin regresaba del baño.

—Gracias a Dios, sí —respondí, tirando la llave de la habitación sobre el mostrador.

—¿Y adónde va ahora, privándonos del placer de su presencia? —pinchó ella, cargada de ironía.

—No es asunto suyo, pero me voy a la Finca Esperanza.

—¡Yo vivo muy cerca de allí, guapa! Si quieres, podemos llevarte —dijo la niña, animada.

—¿Llevar a quién, pequeña? —Una voz masculina inundó el ambiente; se podía oler la testosterona desde lejos.

Puse los ojos en blanco al reconocer ese tono insoportable.

—¡Tú otra vez, no! —exclamé al mirar a Severide por encima del hombro.

El granjero descarado me miraba con el mismo desprecio con el que yo lo miraba a él. Si había algo que los dos teníamos en común, era el odio mutuo.

Capítulo 6



Severide

Por mucho que no quisiera, ahí estaba el destino riéndose en mi cara otra vez al cruzar mi camino con el de la arpía indomable. Mi hija echaba de menos a su bisabuela, así que después de recogerla del colegio, la dejé en la posada para comprar unos sacos de abono en la tienda de productos agrícolas que hay al lado. Pensé que, con mucha suerte, no vería a Silvia. Pero ocurrió lo contrario: me topé con ella en recepción cuando volví a recoger a Belinha.

Lo intenté todo para escapar.

Le dije que tenía prisa, inventé que tenía que pasar antes por la cooperativa, incluso me arriesgué a decir *«no hay más sitio en la camioneta*». Pero nada funcionó. Mi abuela, la señora Gertrudes, me lanzó esa mirada de reproche que ponía fin a cualquier discusión:

— Llévala, Severide. No queda bien dejar a una dama sola en la carretera.

«Señora».

Dijo mi abuela.

Aquella mujer con la boca más sucia que un palo de gallinero podía ser cualquier cosa menos una dama.

Sin embargo, acabé cediendo, sin otra alternativa.

Y allí estaba ella otra vez, Silvia Cabrini, la encarnación misma del caos urbano, sentada en el asiento de cuero raído de mi vieja lata, con sus enormes gafas de sol y un atuendo que parecía sacado de un catálogo de un desfile de moda. El tacón fino se hundía en la alfombra polvorienta que había debajo del asiento, y el dulce aroma de su caro perfume contrastaba con el olor a cuero y gasolina que siempre impregnaba el interior.

Solo de pensar que aquella mujer se alojaría tan cerca —en la Finca Esperanza, vecina de la mía—, me entraban ganas de darme un cabezazo contra el volante. Era como si cada palabra que salía de su boca estuviera elegida a dedo solo para provocarme, y ahora tendría que aguantarla sin saber por cuánto tiempo.

¡Parecía hasta un castigo!

El camino de tierra se extendía ante nosotros, y el sonido del motor se mezclaba con el canto lejano de los pájaros. En el asiento trasero, Belinha estaba entretenida con su cerdito de peluche, envuelto en un paño de flores en su regazo. La niña le hablaba al animalito como si fuera una persona, y su risa suave aliviaba un poco el ambiente pesado dentro de la cabina.

Silvia, a mi lado, no apartaba los ojos de la tableta. Sus dedos volaban por la pantalla como si el mundo dependiera de ello. Típico de la gente de la gran ciudad: conectada con todo, menos con lo que realmente importa. De vez en cuando le echaba un vistazo de reojo, solo para confirmar lo que ya sabía: se estaba esforzando al máximo por no fijarse en mí. Y menos mal para mí, porque yo tampoco tenía muchas ganas de entablar conversación.

Pero el silencio no duró mucho, por mi mala suerte. De repente, la serpiente soltó un gruñido irritado a mi lado, de esos muy audibles, de quien está a punto de estallar.

—¿Todo bien por ahí, chica? —pregunté, sin muchas ganas, solo por ser educado.

—Todo va fatal —soltó con aire pesado—. No consigo hablar con el imbécil del jefe de la asociación de productores rurales.

Arqueé una ceja, tratando de contener la risa.

—Quizá el hombre esté muy ocupado... ¿lo has pensado?

—O quizá solo sea un vago incompetente —replicó, con los ojos aún pegados a la maldita tableta.

— ¿Y qué te ha llevado a esa conclusión?

—Por lo que he leído en los informes de la oficina, los granjeros de la región están a punto de perder sus tierras. Y ese inútil no está haciendo nada para impedirlo, por eso ahora estoy aquí contra mi voluntad para hacer su trabajo —descargó su ira.

Volví la cara hacia ella, curioso.

—Es curioso que digas eso con tanta certeza, ya que ni siquiera conoces al tipo todavía —me reí, irónico.

Se quitó las gafas de sol y me miró fijamente, como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—Los hechos dicen más que mil palabras, querido —replicó con esa boca descarada que parecía tener respuesta para todo.

—Lo dice la dueña de la verdad. —Tuve que reírme, pero ella no se lo tomó a la ligera.

Se volvió a poner las gafas de sol y soltó con sarcasmo:

—¡Vete al infierno, paleto! —espetó, maleducada.

—¡Vete tú al infierno, arpía! —respondí en el mismo tono.

Volvió el silencio, pero esta vez cargado de electricidad. La tensión en el aire era tal que, si alguien encendiera una cerilla allí dentro, la camioneta probablemente explotaría.

—¿Estáis saliendo juntos? —La dulce voz de mi hija puso fin a nuestra guerra.

La verdad es que hasta se me había olvidado que Belinha estaba en el asiento trasero. Y cuando por fin entendimos su pregunta, Silvia y yo nos giramos al mismo tiempo, incrédulos, y respondimos al unísono:

—¡NO!

—¿Por qué preguntas eso, hija? —La miré por el retrovisor.

Ella se encogió de hombros, acariciando el hocico rosado de Berenice.

—La abuela me dijo que, cuando dos personas se pelean mucho, es porque se quieren. —Soltó una risita adorable, tapándose la boca con la mano.

—Pero ese no es nuestro caso, Belinha —le dejé claro.

—Entonces, ¿por qué la chica guapa está enfadada con el señor, papá?

—No estoy enfadada con tu padre, cariño. Es solo que no me gusta. —Silvia soltó un gruñido.

—Por lo que parece, tienes buen gusto para la ropa, pero no para los hombres. —Mi hija salió en mi defensa, y no pude contener la risa.

Belinha siempre había sido demasiado lista para su edad. Aun así, siempre se las arreglaba para sorprenderme con esas respuestas rápidas, mordaces… y, a veces, desarmadoras.

La arpía soltó una risita, divertida.

—Ah, ¿de verdad, bajita?

—¡Sí! —confirmó, muy segura de sí misma—. Es guapo, trabajador y un padre estupendo. Siempre juega conmigo, incluso cuando está cansado…

Su voz se fue apagando poco a poco, y la sonrisa perdió fuerza.

—Y… siempre lleva las flores favoritas de mamá a su tumba.

Se hizo un silencio sepulcral entre nosotras.

— Ayer mismo papá fue allí… —continuó, en voz más baja—. Era el aniversario de su boda.

Se me hizo un nudo en el pecho. Porque, aunque intento seguir adelante…

Hay fechas que nunca dejan de doler.

—¿Aniversario de boda? —La cara de Silvia se puso muy roja, ya que se había burlado de mi ramo de flores.

—Valeria y yo íbamos a cumplir diez años de casados ayer, pero, por desgracia, Dios me la quitó el día en que nació nuestra hija. —Tragué saliva con dificultad, con la mirada fija en la carretera.

—Severide, lo siento mu...—empezó a decir, pero la interrumpí.

—No quiero oírlo. —Puse la radio a todo volumen, impidiendo cualquier intento de diálogo por su parte.

Belinha se distrajo cantando la canción que sonaba, mientras que yo me quedé en silencio y volví a centrar mi atención en la carretera. Pero notaba que Silvia no paraba de moverse en el asiento, incómoda.

¡Genial!

Así aprendió que, si no tiene nada bueno que decir, es mejor callarse.

Doy gracias a Dios cuando la verja de la Finca Esperanza apareció delante. Fue como ganar una batalla. Frené en seco y anuncié secamente:

—Ya hemos llegado.

Ella levantó la barbilla y abrió la puerta.

—Por fin me libraré de ti. —Bajó manteniendo el equilibrio sobre los tacones; lo hacía parecer tan fácil como si hubiera nacido encima de esa cosa.

—¡Yo digo lo mismo! —murmuré entre dientes.

—¡Adiós, bajita! —se despidió solo de mi hija.

—¡Adiós, guapa! —Belinha saludó sonriendo.

Silvia cerró la puerta con más fuerza de la necesaria, dio media vuelta y siguió por el camino de tierra, con el sol del mediodía reflejándose en los oscuros mechones de su cabello impecablemente liso. Y yo me quedé paralizado agarrando el volante, preguntándome por qué demonios aquella mujer me sacaba tanto de quicio.

—¿No nos vamos *a* casa, papá? Tengo sueño. —Mi princesita bostezó, frotándose los ojitos.

Ya era la hora de su siesta de la tarde.

—¡Lo siento, princesa! —Salí del trance y puse el coche en marcha.

Cuando llegamos a casa, tanto Belinha como su cerdita ya se habían quedado dormidas. Las llevé a las dos al dormitorio y las acosté en la cama con cuidado. Después fui directo a la cocina a beber un vaso de agua helada —tenía la garganta seca como el desierto.

—*Vaya*, Severide... ¿de quién es esa maleta elegante que hay en la caja de la camioneta? —preguntó Sônia, entrando en la cocina con un paño de cocina colgado del hombro.

Escupí el agua lejos cuando miré por la ventana sobre el fregadero y vi, brillando bajo el sol, la llamativa maleta de la arpía indomable. Aquello solo podía ser una broma. Por mucho que intentara deshacerme de aquella mujer, ella siempre encontraba la manera de volver a mi vida.

—¡Maldición! —maldije—. ¿Cómo se puede olvidar un *tren* de ese tamaño? —Me pasé las manos por la cara, frustrado.

—¿De quién *estás* hablando? —Sônia se llevó las manos a las caderas.

—De nadie importante, no te preocupes —desvié el tema.

Y me fui a trabajar. Si la chica de la gran ciudad quería recuperar su maleta, que viniera a buscarla.

No era problema mío.

Tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparme: ese día habíamos empezado la cosecha de patatas en mi granja y teníamos mucho trabajo por delante. Era ya bien entrada la tarde cuando Donato se acercó a mí, lanzándome otra bolsa de patatas a la espalda con la misma naturalidad de quien lleva toda la vida haciendo eso.

—Bueno, jefe, ¿ya ha conseguido todos los compradores que necesita? Porque este año la cosecha va a ser buena —dijo, sudando.

Era el tercer camión que descargábamos y ya sentía la espalda agarrotada, pero seguí adelante.

—Todavía no —respondí, sintiendo el peso de los sacos y una preocupación que no me abandonaba—. Pero estoy trabajando en ello. Puedes estar tranquilo.

La mentira salió con cariño, porque, en realidad, no estaba seguro de nada. Pero no quería preocupar a mis empleados. Solo que la verdad era que llevaba ya un tiempo esforzándome al máximo para no tener que despedir a nadie.

Sin embargo, la crisis empeoraba cada día y sentía la presión como si fuera una soga alrededor de mi cuello.

—Sé que usted encontrará una solución, como siempre. —Me dio una palmada en el hombro como quien transmite confianza.

—Tengo que hacerlo, Donato —confesé, en voz baja—. Hay mucha gente en esta finca que cuenta conmigo.

Se quitó el sombrero y se rascó la nuca, permaneció un instante en silencio. Y cuando empezó a hablar, su voz sonó cautelosa.

—Bueno, jefe... he estado preguntando a los empleados de la Finca Esperanza por la chica que vino de la gran ciudad. Por lo que me han dicho, es buena en lo que hace. Y puede que nos ayude de verdad en este momento de crisis —concluyó con un carraspeo.

Bastó con mencionar a Silvia para que un sabor amargo me subiera a la boca; mi santo realmente no se llevaba bien con ella.

—Eso es porque no la conoces en persona —respondí, con brusquedad—. A ella no le importan las personas sencillas como nosotros. Odia todo y a todos los de aquí.

Donato se encogió de hombros, paciente.

—Pero si el hijo ricachón de tu José envió a la chica a Nova Aurora, al menos deberíamos darle una oportunidad —insistió en aquella conversación incómoda.

—¿Y por qué iba a confiar en Otávio Barreto? El tipo que dejó plantada en el altar a la mujer a la que decía amar tanto, y encima con el hocico grande.

—Cuando se fugó, Barreto no sabía que su prometida estaba embarazada.

— ¿Y eso cambia algo, Donato? El cobarde no se dio cuenta de la cagada que había metido hasta diecisiete años después y volvió con el rabo entre las piernas suplicando el perdón de todos, que se lo creyeron. Menos yo —dijo, algo que todos fingieron haber olvidado.

Pero yo lo recordaba perfectamente.

Barreto podría estar intentando hacerse pasar por el buen samaritano ayudando a los agricultores de la región, pero a mí no me engaña. Yo era amigo de María Cecilia, tuvimos una relación de amigos con derecho a roce durante mucho tiempo. Por eso respeté su decisión de perdonar al padre de su hija, tanto que incluso fui a la boda de los dos y fui padrino.

Aunque solo acepté participar en eso para asegurarme de que el novio no se escaparía otra vez, y de hecho esta vez el cobarde no

se echó atrás.

—Todo el mundo merece al menos una oportunidad, jefe.

—No esa arpía, Donato. No veo nada bueno en ella, así que quiero que ella y su jefe se mantengan bien lejos de mi finca —dijo con firmeza.

—Usted sabe... —frunció el ceño—. Pero, cambiando de tema, mira quién llega a casa ahora mismo. —Hizo un gesto hacia la puerta principal.

Mi hermana aparecía en la carretera, pedaleando rápido en su bicicleta. Se había ido muy temprano por la mañana para ir al colegio y volvía ahora, cuando empezaba a anochecer; siempre ha sido así.

—¿Dónde has estado todo el día, chica? —grité desde lejos.

—¡No es asunto tuyo, tío! —respondió maleducada.

Atravesó el patio y dejó la bicicleta en el suelo, como quien se deshace de un problema, y entró en casa cerrando la puerta de un portazo.

—No sé qué hacer con esa testaruda —murmuré entre dientes—. Uno de estos días le voy a dar una buena paliza con el cinturón.

—A quién le habrá salido esa malcriada, ¿no? —Donato me tiró otra bolsa de patatas a la espalda.

— ¡Suéltalo de una vez, hombre!

—Por alguna razón, el señor está enfadado con la chica de la gran ciudad y no quiere confiar en ella por pura terquedad.

—La última vez que le confiamos nuestra cosecha a alguien de la gran ciudad, ¿te acuerdas de lo que pasó, verdad? Lo perdimos todo. Me da rabia solo de recordarlo. —Apreté la mandíbula.

—No sé, pero algo me dice que todo ese resentimiento que tienes hacia la forastera no es solo por miedo a que nos vuelvan a

estafar. —Movió las cejas canosas.

—No sé de qué estás hablando, Donato. —Fruncí el ceño.

—¡Pero lo descubrirá pronto, no se preocupe! —Sonrió enigmático con ese aire místico suyo y se marchó silbando tras terminar otro intenso día de trabajo.

Me quedé allí plantado, con la espalda ardiendo, el olor a tierra en los pulmones y la cabeza llena de conjeturas. Desde lejos aún se podía ver la silueta del viejo indígena perdiéndose en el camino de piedras, mientras la enorme pulga que había dejado bailaba detrás de mi oreja.

¿Por qué me daba tanto miedo darle una oportunidad a Silvia?

No sabía la respuesta.

Y no tenía ningún interés en descubrirla.

Capítulo 7



Silvia

—¡Vaya! Estás enorme, María Cecilia. —Observé, sorprendida, su barriga, ya en el octavo mes de embarazo.

Parecía que había al menos tres bebés ahí dentro.

—Eres tan amable como siempre, ¿verdad, Silvia? —Soltó una carcajada mientras caminábamos juntas por la Finca Esperanza, disfrutando del aire fresco del atardecer.

Después de insistirle mucho, ella perdonó a ese imbécil de mi jefe, y hoy los dos están casados y esperando a su segundo hijo, un niño que se llamará Otávio Barreto Júnior. Yo, sinceramente, me pareció una locura por parte de María Cecilia. Si un hombre me dejara plantada en el altar en una iglesia llena de gente y, encima, con un hijo suyo en el vientre, lo perseguiría hasta el infierno. Le arrancaría el corazón y me lo comería con tenedor y cuchillo mientras bebía su sangre en una copa de cristal.

¡Sí!

Yo soy ese tipo de persona. Vengativa hasta la última hebra de pelo.

—¿Dónde está tu primogénita? No la he visto por ningún lado desde que llegué a la finca.

—¡Ni idea! Desde que Ana Luiza se hizo amiga de la hermana de nuestro vecino, las dos no paran en casa —respondió con un suspiro cansado, acariciándose la barriga.

—Me encontré con Brenda en la ciudad esta mañana, parece una buena chica, totalmente diferente del paleto grosero de su hermano. —Puse una mueca de disgusto.

—Severide es un chico majo, solo tienes que conocerlo mejor.

—No quiero conocer mejor a nadie de esta ciudad cutre, solo quiero hacer mi trabajo e irme lo antes posible —Aparté con la punta del zapato a un cabrito manchado que intentaba acercarse.

Aquel lugar parecía un zoológico. Había animales por todas partes, un auténtico caos.

—Barreto me ha dicho que no estás muy contenta de pasar una temporada aquí en Nova Aurora, Silvia. Pero ten por seguro que haremos todo lo posible para que te sientas bienvenida, así que, si necesitas algo, solo tienes que buscarme.

—Por ahora, solo quiero darme un buen baño y descansar. El viaje hasta aquí ha sido muy agotador... —Me despedí de María Cecilia y me dirigí a la habitación de invitados que me habían reservado.

No era nada extraordinario, pero en comparación con la pensión que se caía a pedazos de la vieja estafadora, era casi un resort. Lo único que quería era una ducha rápida y una cama. Sin embargo, me estaba preparando para entrar en el baño cuando me di cuenta de que me faltaba algo muy importante.

—¡Mi maleta! —Me di una palmada en la frente, sintiéndome la más tonta del universo.

Con las prisas por deshacerme del granjero arrogante, me había olvidado la maleta en la caja de su camioneta. Es decir, en ese momento no tenía ni una sola prenda limpia que ponerme. Tenía que ir a buscar mis cosas lo antes posible.

Busqué a alguien que pudiera hacerlo por mí, pero todos los peones de la finca estaban ocupados.

—¡Maldita sea! —refunfuñé.

Después del desliz que cometí al mencionar las flores que Severide llevó a la tumba de su esposa ayer, en el aniversario de boda de ambos, lo último que quería era tener que enfrentarme a él tan pronto. Sin embargo, sin otra opción, tuve que ir yo misma a buscar mi maldita maleta. El sol ya se ponía mientras cruzaba el prado verde, maldiciendo a cada paso. El viento me despeinaba y los zapatos se hundían en el estiércol seco de vaca, por no hablar del olor insoportable.

Tendría que darme al menos dos baños para quitarme ese olor a estiércol, y el estómago no dejaba de revolverse.

—¡Menuda situación, Dios mío! —murmuré entre dientes, levantándome la falda para pasar por debajo de la valla de alambre que separaba las dos granjas.

¡Oh, Dios mío!

Eso fue lo que pensé al encontrarme con Severide fuera de la mansión, sin camisa, vestido solo con unos vaqueros gastados y un sombrero blanco ladeado sobre la cabeza. Estaba bañando a su caballo, en una escena que parecía sacada de una película prohibida para menores.

¡Caramba! ¿Quién era ese hombre?

Tuve que esconderme detrás de un árbol cercano para poder observar mejor la escena. El sol poniente dibujaba tonos dorados sobre su cuerpo, resaltando cada músculo, cada curva de su amplio pecho, cada gota de agua que resbalaba por su piel bronceada. Sus grandes manos se deslizaban con firmeza y destreza por la espuma del pelaje del animal.

Me quedé sin aliento.

¡Dios mío!

El pecho de aquel hombre parecía un frigorífico de acero inoxidable de doble puerta. ¿Y esos pectorales definidos? Como una obra de arte esculpida por las propias manos de Miguel Ángel. Era altísimo, con brazos musculosos y venas marcadas: el tipo de hombre que, no lo dudaba, me levantaría en el aire con una sola mano sin ninguna dificultad.

—Que este desgraciado es un puto bombón, nadie puede negarlo —murmuré para mí misma, sintiendo cómo el fuego me consumía por completo.

Tuve que ventilarme la cara con las manos, pero el calor no hacía más que aumentar. Sobre todo entre las piernas.

¡Maldita sea!

Debía de estar delirando. Había cruzado el prado solo para buscar una maleta y ahora estaba escondida detrás de un árbol, espiando al paleto que más odiaba —como un vicio prohibido del que no podemos desprendernos.

Y de vicios yo entendía muy bien...

—¿Pero qué te crees que estás haciendo ahí, *espiando* a mi jefe? —Una voz aguda sonó a mis espaldas.

Grité de susto y me llevé la mano al pecho. Me giré bruscamente y me topé de frente con una mujer rubia y guapa, aunque de aspecto desaliñado, vestida con ropa sencilla y con una cesta llena de huevos en las manos. Me miraba fijamente con las cejas arqueadas, como si fuera una ladrona o algo por el estilo.

—Yo... solo he venido a buscar algo que me pertenece —balbuceé, avergonzada.

—¿Y qué sería eso, señora? —Me miró de arriba abajo con desdén.

—No es asunto tuyo, hija —le respondí con el mismo tono brusco.

Mujer entrometida.

—*Mira* lo que he encontrado perdida aquí, Severide. Una flacucha cotilla —el grito de la chismosa cortó el aire como una navaja, delatando mi escondite.

—No te preocupes, Sonia —oí el tono grave del granjero muy cerca, su respiración como un trueno en mi nuca—. Ya sabía que esta intrusa estaba aquí desde que llegó.

—¿Y cómo lo sabías? —pregunté, muerta de vergüenza solo de imaginar que él pudiera haberme visto espiándolo todo este tiempo.

—Tu perfume azucarado te delató en cuanto pisaste mis tierras, muchacha. Lo reconocería a kilómetros de distancia. —Cruzó los brazos sobre el pecho con ese aire de dominio absoluto.

¡Mierda!

Ese simple gesto no hizo más que resaltar aún más sus músculos. Tuve que apartar la mirada para no babear delante de él. Así, de cerca y sin camiseta, el muy cabrón estaba aún más bueno.

—Solo he venido a recoger mi maleta, Severide —dije intentando sonar firme, aunque la voz me temblaba.

—Está ahí dentro. Ven conmigo, te la voy a traer. —Se adelantó.

Y yo, sin querer, me vi recompensada con una vista detallada de su espalda desnuda y bien esculpida.

¡Controla ese fuego en el culo, Silvia!

Intenté concentrarme, pero los vaqueros ajustados le marcaban el culo al granjero de tal manera que me dieron ganas de meter la mano y apretarlo.

—Espera aquí, ahora vuelvo —dijo cuando entramos en el salón de la mansión.

—Vale —respondí, observando todo lo que me rodeaba.

Confieso que la decoración del lugar me pilló desprevenida: muebles de madera rústica, telas de colores, todo con historia. Nunca pensé que diría esto, pero la casa de Severide me pareció preciosa.

Acogedora y rústica, pero al mismo tiempo con aspecto de hogar.

—Aquí tienes tus trastos —dejó la maleta a mis pies con brusquedad—. Ahora ya te puedes ir.

—¿Ni siquiera me vas a ofrecer un café, maleducado? —lo provoqué.

—No tengo café —replicó secamente—. Pero puedo prepararte una dosis de veneno con hielo y limón, si quieres.

Una sonrisa se le escapó por la comisura de los labios; sabía cómo manejarme a la perfección. Algo poco habitual entre los hombres de mi mundo.

—Dudo que tengas ahí algo lo suficientemente fuerte como para derribar a una mujer como yo, ni siquiera me dejaría mareada. —Lo miré fijamente, desafiante.

—Mareada, no sé… *¡pero viendo estrellas*, seguro! —respondió con firmeza, con cara de pícaro.

Seguro que no se refería al veneno.

Nos quedamos cara a cara, midiendo fuerzas con la mirada como dos pistoleros listos para disparar en cualquier momento. La tensión era palpable.

—¿Qué haces aquí, mi heroína?

Su hermana apareció en la sala con un plato lleno de patatas fritas, manchadas de ketchup; iba igual que cuando la vi en la farmacia por la mañana.

—Solo he venido a recoger algo mío que tu hermano se trajo a casa por error, pero ya me voy.

—*Medio hermano* —me corrigió ella—. Y si por mí fuera, ni siquiera seríamos eso.

—Es una pena que no podamos elegir a nuestros familiares, ¿verdad? Te entiendo más de lo que imaginas. —Las dos nos reímos.

Severide, por su parte... nos observaba con la mandíbula apretada, visiblemente irritado.

—¿Por qué la has llamado tu heroína, Brenda? —Se volvió hacia su hermana, receloso.

—Hoy fui a la farmacia antes de ir al colegio, y Ana Luiza me pidió que le comprara compresas —comenzó, avergonzada—. Entonces, el imbécil del hijo del dueño pensó que eran para mí e hizo unos chistes sin gracia, pero mi heroína le dio una buena lección.

La chica se rió a carcajadas al recordar la escena.

—¿Qué dijo ese mocoso insolente? Le voy a arrancar la cabeza.

—Tranquilo, Seve, como te dije, la chica ya ha resuelto el problema —me guiñó un ojo—. Jonatan debe de estar llorando todavía de miedo.

—¿Qué le voy a hacer? Causo ese efecto aterrador en los hombres —bromeé encogiéndome de hombros.

—Muchas gracias por haber defendido a mi hermana, *Silvia*. —El granjero me miró a los ojos, llamándome por mi nombre por primera vez.

¡Y, madre mía! Nunca antes me había parecido tan bonito mi nombre como sonó en su voz grave; me quedé sin reaccionar durante unos segundos.

Largos segundos.

—¡De nada! Asustar a la gente es mi deporte favorito. —Robé una patata frita del plato de Brenda, me la metí en la boca y me llevé una gran sorpresa.

En el instante en que la patata frita tocó mi lengua, juro que casi alcancé el clímax. La corteza estaba perfectamente crujiente, y el interior… ah, el interior era tan suave que se deshacía en la boca. El sabor era intenso, ligero y puro al mismo tiempo.

Gemi.

Sí. Gemí.

Un sonido se escapó de mi garganta sin permiso, entre el placer y la incredulidad. Aquella, sin lugar a dudas, era la mejor patata frita del mundo, y eso que ya las había probado en varios países.

—Dios mío... —murmuré, sin dejar de masticar—. ¿De dónde viene esta patata?

Brenda me miró como si fuera una extraterrestre recién teletransportada. Severide, por su parte, esbozó una sonrisa —esa sonrisa irritantemente segura que ponía cada vez que quería dejarme con las bragas mojadas.

—Son de mi granja —dijo orgulloso—. Son orgánicas. Sin pesticidas. Yo mismo superviso todo el proceso, desde la siembra hasta la cosecha.

Tragué el último bocado, intentando mantener la compostura. Si por mí fuera, me olvidaría de mi dieta y me devoraría todo el plato.

—Entonces por eso tienen ese sabor diferente... son patatas de verdad —constaté.

—¿Y de qué son las que comes en la gran ciudad? ¿De plástico? —Al idiota le hizo gracia, pero yo hablaba muy en serio.

En mi cabeza se encendió una bombilla. Ahora entendía por qué las verduras que Severide le llevó a su abuela eran tan apetitosas, porque tampoco se habían utilizado pesticidas en su cultivo.

—Severide… ¿todos los agricultores de aquí producen alimentos así, de forma natural?

Me miró con recelo, pero respondió:

—La mayoría, sí. Intentamos mantener el cultivo limpio. Es parte de lo que creemos, ¿sabes? Buena tierra, buena comida.

Fue en ese instante cuando mis ojos brillaron y una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Ya sé cómo acabar con esta crisis —exclamé, aplaudiendo de alegría.

Severide y su hermana me miraron al mismo tiempo, pensando que había perdido la cabeza por completo, pero en realidad acababa de descubrir una forma de que los granjeros vendieran toda su cosecha a un precio muy superior al del mercado regional. Y además de poder pagar sus deudas, aún podrían embolsarse un buen dinero.

Capítulo 8



Severide

Desde que conocí a Silvia, ese fue el único momento en el que la vi de buen humor. O es que, de hecho, se había vuelto loca de una vez por todas. Saltaba por mi salón con la emoción de alguien que realmente creía que podía resolver el problema del país con una varita mágica. Era casi gracioso.

—¿Por qué tanta alegría solo por unas patatas fritas? —Entrecerré los ojos.

La mujer respiró hondo y empezó a parlotear sin parar, como siempre.

—¡Solo escúchame, Severide! —pidió, gesticulando frenéticamente con las manos.

—Soy todo oídos, señorita. —Crucé los brazos y la miré fijamente.

—Aquí están produciendo alimentos increíbles, que valen su peso en oro en las grandes ciudades. Lo único que necesitan es una marca de productos orgánicos con una historia, una identidad. Yo, como publicista, puedo hacerlo gracias a mis amplios conocimientos en marketing y creación de imagen profesional —explicó ella, pero yo no entendí ni pío.

«Marketing».

La palabra salió de su boca como si fuera un hechizo. La repetí, despacio, tratando de entender qué diablos tenía eso que ver con mis patatas.

—¿Marketing? No entiendo nada de eso —dije, como quien mastica una lengua extranjera.

Ella se puso las manos en la cintura y me lanzó esa mirada petulante que me sacaba de quicio, pero que también me provocaba pensamientos inapropiados.

—Exacto, Severide. ¡Marketing! Con eso, puedo hacer que todo el país quiera comer tus patatas. Solo necesito que confíes en mí. —Me lanzó un guiño seductor, como si fuera a convencerme solo con eso.

Me quedé mirándola fijamente durante un buen rato, sin saber si reírme, echarla de mi casa o pedirle que repitiera lo dicho, solo para asegurarme del absurdo que acababa de oír.

—Estás más loca de lo que pensaba, chica —dije al fin, sacudiendo la cabeza.

Ella sonrió, triunfante, como si acabara de hacerle un cumplido.

—Puede que sí —me dio una palmadita en el brazo—, pero soy una loca genial, que va a salvar tu pellejo y el de todos los agricultores de esta región.

—No me metas en medio de esa idea sin pies ni cabeza, porque no confío en ti.

—Qué suerte la mía que no necesito tu permiso para nada, paleto. Cuando hable con el presidente de la asociación de agricultores, con su apoyo convenceré al mayor número posible de productores para que se sumen a este proyecto conmigo.

Levantó la nariz al aire y salió arrastrando sin cuidado esa enorme maleta por el suelo encerado de mi salón, rayándolo a

propósito.

—¡Ya te has ido tarde, arpía! —gruñí.

—Para ser sincera, me pareció una idea maravillosa, Severide —comentó mi hermana.

—Por lo que parece, la chica de la gran ciudad ya se ha ganado a su primera admiradora por aquí, ¿no?

—¡Ah, puedes estar segura de que sí! Tiene la mente abierta y en ningún momento me miró como si fuera un error de la naturaleza, tal y como hacéis tú y la mayoría de la gente de esta ciudad —me espetó, pillándome por sorpresa.

¿Así era como mi hermana pensaba que yo la veía? ¿Como un error de la naturaleza? Me sentí fatal. Ya era suficiente con todo el prejuicio al que se enfrentaba fuera, como hoy con el hijo del dueño de la farmacia. No quería, de ninguna manera, que se sintiera rechazada también dentro de casa.

—Nunca te he visto como un error, Brenda. Por muy diferente que seas, sigues siendo mi hermana. —Intenté acercarme, pero ella dio un paso atrás de repente, como un animal herido.

—Nuestro padre siempre dice lo mismo, pero nunca me defendió de las humillaciones que sufrí ni me presentó a ninguno de sus amigos, porque le da vergüenza tener una hija trans. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y, entonces, se fue a su habitación.

En ese momento, me di cuenta de que nuestro padre no solo me había abandonado a mí, sino también a Brenda. Ella creció a su lado, pero aun así cargaba con una soledad enorme, de esas que dejan huellas profundas. Necesitaba encontrar una forma diferente de acercarme a mi hermana, quería que viera en mí a alguien en quien pudiera confiar.

—Pero, ¿cómo voy a hacerlo? —Me pasé las manos por la cara, exhausto.

Me metí directamente en la ducha, deseando que el agua caliente se llevara un poco del enorme peso que cargaba a mis

espaldas. Eran muchas cosas de las que preocuparme a la vez. El trabajo en la granja, las deudas por la crisis del sector agrícola, una hija pequeña que criar.

—Y ahora, una hermana llena de traumas que me odia. —Apoyé la cabeza contra la pared de azulejos blancos del baño.

Parecía que, cuanto más caía el agua de la ducha, más se empeñaba mi mente en sabotearme y todos los problemas no dejaban de darme vueltas en la cabeza. Cerré los ojos intentando pensar en otra cosa, en algo que me aportara un poco de paz. Sin embargo, mi plan salió completamente diferente de lo esperado.

Y su rostro apareció en mi mente...

La mujer de lengua afilada y sonrisa peligrosa, que resucitaba en mí sentimientos que creía que ya no existían.

Silvia Cabrini.

—¿En serio, amigo? —Miré hacia abajo y me topé con una erección de las buenas.

Pero me negaba a masturbarme pensando en esa arpía indomable. Así que salí de la ducha con la polla dura. Tarde o temprano tendría que ceder por sí sola. Solo quería tumbarme, apoyar la cabeza en la almohada y olvidar el largo día que había tenido. Busqué la toalla donde juraba haberla dejado colgada en la mampara, pero simplemente había desaparecido.

Resoplé, cruzando la habitación tal y como estaba —desnudo y empapado—, listo para coger otra toalla del armario.

Fue entonces cuando me llevé un susto.

—¿Pero qué haces aquí? ¡Pensaba que ya te habías ido! —dije, tirando instintivamente de la primera sábana que vi y envolviéndomela alrededor de la cintura.

Sônia estaba sentada en el borde de mi cama, tranquila, doblando una cesta de ropa.

—¡Lo siento, jefe! No sabía que estuviera aquí. Solo he venido a dejar la ropa limpia, ¡pero ya me voy!

Sin ningún tipo de ceremonias, bajó la mirada directamente hacia la cabaña que se escondía bajo la sábana blanca. Mi erección seguía firme y fuerte. Me cubrí con la mano rápidamente, avergonzado.

—Déjame terminar esto, Sonia. Y, por favor... la próxima vez, llama a la puerta antes de entrar, ¿entiendes?

Mi tono salió más brusco de lo que pretendía, pero aquella situación era inadmisible. Soy su jefe, no debería haber ningún tipo de acercamiento indebido entre nosotros.

—¡Sí, señor! —Asintió apresuradamente y salió casi tropezando con sus propios pies, cerrando la puerta tras de sí.

Por fin conseguí tirarme en la cama y cedí al cansancio, cayendo en un sueño profundo. Pensé que así estaría a salvo de pensar en lo que no debía… o mejor dicho, en *quien* no debía. Pero no hubo manera, acabé soñando con Silvia. Y fue un sueño precioso. Ella corría descalza por el campo, toda vestida de blanco, con el pelo suelto ondeando al viento y rozándole la cintura.

Pero, de repente, Silvia dejó de correr, me miró por encima del hombro y sonrió con serenidad, como si por fin hubiera encontrado la paz que ni siquiera sabía que tanto buscaba. Fue en ese momento cuando me desperté de golpe, empapado en sudor y con una extraña sensación en el pecho.

—¡*Maldita sea*! Ahora esa mujer también aparece en mis sueños.

Salté de la cama furioso y me preparé para ir al trabajo. Aún era temprano, pero me puse manos a la obra de todos modos. No habría podido volver a dormir aunque hubiera querido. Pero cuando entré en el establo para coger mi caballo y dar una vuelta por la finca, como hacía todas las mañanas para comprobar que todo estaba bien, no lo encontré.

—¿Dónde te has metido, Trovão? —me pregunté al encontrar la puerta del box abierta.

Menos mal que ni siquiera tuve que buscarlo, porque oí relinchar al animal no muy lejos. Salí corriendo y encontré a mi caballo en el prado, jugando y corriendo de un lado a otro, y no estaba solo.

—¡Sabía que andabas liado con alguna yegua, muy travieso! —sonreí al ver lo felices que estaban los dos juntos—. Lo que no me imaginaba es que fuera con una que pertenece a nuestros vecinos.

Miré hacia la Finca Esperanza con un nudo en la garganta. Esa yegua pertenecía a María Cecilia; la conocía bien porque, cuando los dos teníamos una relación *de amigos con derecho a* roce, a veces ella venía montándola y la dejaba en mi establo. Probablemente así fue como Violeta y Trovão comenzaron esa historia de amor que pronto daría fruto.

—¡Violeta está preñada, bien hecho, semental! —Le alisé la crin a mi compañero de batalla.

Tuve que ir hasta la finca vecina para devolver a Violeta; debían de estar preocupados por ella. Recé para no tener el disgusto de encontrarme allí con la indomable arpía; sería extraño después de haber tenido una erección bajo la ducha pensando en ella.

—¡Gracias a Dios que has encontrado a mi chica! —María Cecilia vino corriendo a recibirme, se le notaba el alivio en el rostro.

—Creo que vamos a ser abuelos, Ceci —bromeé, haciéndola reír a carcajadas.

—Así que por eso Violeta se escapa tanto en mitad de la noche, se va a tu finca en busca de diversión —soltó entre carcajadas.

—Igual que su dueña en su día, ¿verdad? —bromeé, riendo también.

Me sentía lo suficientemente cómodo como para gastarle ese tipo de bromas a María Cecilia, porque nos conocíamos bien. Al fin y

al cabo, en el pasado, nos habíamos consolado mutuamente durante mucho tiempo. Ella no quería volver a enamorarse después de haber sido rechazada en el pasado por el hombre al que amaba, y yo ya había perdido a mi alma gemela por culpa de la muerte y no quería encontrar otra.

En resumen, éramos la pareja perfecta.

La madre soltera con el corazón roto.

Y el viudo solitario.

Por eso María Cecilia y yo nos llevábamos tan bien, porque sabíamos exactamente lo que queríamos. Compañía, pero sin involucrarnos emocionalmente. Nos veíamos en la calada de la noche, hablábamos, bebíamos, reíamos y siempre acabábamos en la cama.

Teníamos lo que la gente llama una amistad con derecho a roce, y siempre funcionó muy bien. Luego volvió Barreto y los dos se reconciliaron, pero Ceci y yo seguimos siendo amigos.

—¡No seas tonto, Seve! —me dio un golpecito en el brazo—. Ahora soy una mujer casada, no puedo estar recordando nuestras aventuras del pasado.

—Casada, feliz y esperando a vuestro segundo hijo. Enhorabuena, Ceci. —Le acaricié la barriga; no tardaría en dar a luz al benjamín de la familia.

—¡Gracias, querido amigo! —Me abrazó con cariño.

—Creo que es mejor que me sueltes, porque tenemos público y podrían malinterpretarnos.

Asentí con la cabeza en dirección al porche, donde estaban Barreto y Silvia, ambos mirándonos a los dos.

—No te preocupes por Barreto, él sabe lo que tuvimos en el pasado y no le importa —me aseguró ella. —Y en cuanto a Silvia...

—¿Qué pasa con esa arpía indomable? —Mi rostro se ensombreció al instante.

—A veces puede dar miedo. —Miró hacia la forastera, que tenía su habitual cara de pocos amigos.

—¿Solo a veces, Ceci? —Arqueé una ceja.

—Vale, da miedo siempre —tuvo que admitir—. Pero en el fondo... en lo más profundo, Silvia es más sensible de lo que puedas imaginar. Así que tómatelo con calma con la chica. —Me dio un golpecito en el ala del sombrero.

—¡No prometo nada, vaquera!—Le devolví el golpecito en el ala del sombrero.

A continuación, monté en mi caballo y me fui antes de que aquella situación se volviera aún más extraña.

Capítulo 9



Silvia

— ¿Verlos juntos no te da celos, Barreto?

Tuve que preguntarlo después de presenciar el cariñoso abrazo entre el guapo granjero y su esposa, ya que no es ningún secreto que los dos tuvieron algo en el pasado.

—¡No! Porque confío en la madre de mis hijos —le guiñó un ojo desde lejos, con ternura—. Lo que pasó entre ellos fue algo esporádico, y fue antes de que yo volviera a Nova Aurora.

—Si tú lo dices... —replicó.

—No seas maliciosa, Silvia. Y cuéntame esa idea que se te ocurrió para resolver el problema de la crisis local en el sector agroindustrial. Me has hecho levantarme temprano solo para eso, ¿no? —Me condujo hasta la oficina de la finca, con la cara hinchada por el sueño.

—¡Te vas a volver loco cuando lo oigas, Barreto! —Caminé rápido detrás de él, emocionada.

Barreto apenas había llegado a la Finca Esperanza para reunirse con la familia, y yo ya le estaba parloteando al oído como un tocadiscos rayado. Simplemente no podía dejar de hablar de mi brillante idea de crear una marca de productos orgánicos en Nova

Aurora —sería un éxito, sin duda. Se lo expliqué todo, con todo detalle: el potencial de ganancias, las grandes ciudades a las que podríamos llegar, los nichos de mercado, la creciente demanda de alimentos naturales.

Dependiendo de la época del año y de la región a la que exportáramos, el valor de los productos podría subir entre un 30 % y un 100 % en comparación con los llenos de pesticidas que se vendían en los mercados. Estábamos ante una mina de oro verde, que solo necesitaba presentarse al mundo de la manera adecuada, y yo era la persona perfecta para hacerlo.

—Entonces, ¿qué te ha parecido todo lo que te he contado? —le pregunté después de que Barreto me escuchara en silencio.

Estaba sentado en la silla de cuero, con esa mirada de empresario experimentado que ya calculaba las cifras mentalmente.

—Me gusta tu idea, Silvia —silbó, admirado—. ¡Muchísimo! —afirmó.

—Ni que lo digas —sonreí—. ¡Sé que soy genial!

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Tienes carta blanca en esto —me aseguró.

Barreto era el tipo de hombre que, cuando creía en algo, lo hacía realidad.

—De verdad voy a necesitar tu ayuda, jefe. Para empezar, necesitamos urgentemente una oficina decente en la ciudad, camiones para transportar los productos, entre otras cosas.

—Eso es fácil de resolver, Silvia. El mayor problema será conseguir que los productores confíen en alguien como *tú*. —Se rascó las sienes, preocupado.

—¿Qué quieres decir con *«alguien como yo»*? —pregunté, sin entender a qué se refería.

—No eres muy cuidadosa con las palabras, ni siquiera conmigo, que soy tu jefe.

—¡Ah, vete a la mierda, Barreto! Soy un encanto cuando quiero. —Me sentí ofendida.

—Dime una sola vez en la que le hayas dado una palabra de consuelo a alguien, Silvia. —Frunció el ceño.

No supe qué responder.

—¡Vale! Soy una persona horrible, lo admito —puse los ojos en blanco—. Me cuesta relacionarme con la gente de forma pacífica.

— ¿Y cómo vas a resolver eso?

—Ya se me ocurrirá algo, como siempre, Barreto. Pronto tendré a todos esos paletos idiotas comiendo de mi mano, y mi proyecto será un éxito —aseguré con una mirada triunfal.

—Para alguien que vino aquí a regañadientes, estás bastante animada con tu proyecto de productos orgánicos —se echó a reír en mi cara.

— Lo que me emociona es restregarte en la cara que soy la mejor en todo lo que hago, Otávio Barreto. Porque sé que me has dado esta misión del diablo solo para ponerme a prueba, quieres saber si estoy lista para ser la directora general de tu empresa en el extranjero, ¿verdad, maldito? —Apoyé las manos sobre la mesa, con el ceño fruncido.

—Si dijera que no, estaría mintiendo, Silvia —respiró hondo—. Me asustaste mucho hace unos meses, cuando casi pasas a mejor vida por ese *«pequeño* problema» que tenías con los antidepresivos, ¿te acuerdas? —Sacudió la cabeza, decepcionado.

Barreto nunca volvió a confiar plenamente en mí después de aquello. Pensaba que podía tener otra recaída. Pero desde que sufrí la última sobredosis por abuso de medicamentos y mi chófer me encontró tirada en el suelo de mi ático, prácticamente muerta, nunca más me volví a meter una pastilla en la boca. Seguía yendo a terapia dos veces al mes e incluso llegué a participar en un grupo para adictos en São Paulo.

Sin embargo, no era fácil mantenerme limpia. Había muchas capas detrás de la razón de mi adicción a los antidepresivos que nadie conocía.

Solo yo.

—Me conoces desde hace tiempo suficiente para saber que lo que no me mata, jefe, me hace más fuerte. —Salí de la oficina con paso firme.

Hacía años que no me sentía así. Emocionada. Con un propósito. Y cuando me ponía en ese modo, nada ni nadie era capaz de detenerme. Me obsesionaba. Tanto que pasé toda la mañana en mi habitación investigando y tomando notas; quería aprender todo lo posible sobre el mercado de los productos orgánicos. Sin embargo, tras horas sentada en la misma postura, sumergida entre textos largos y monótonos en una pantalla que me quemaba los ojos, mi cuerpo finalmente entró en modo rebelión.

Me dolía el cuello, me latía la cabeza y mi espalda protestaba como si hubiera cargado con el peso del mundo.

—Necesito respirar. Ahora mismo. —Cerré el portátil de un golpe.

Decidí estirar las piernas en un paseo sin rumbo fijo, explorando más a fondo las tierras de la Finca Esperanza. Caminé por los caminos de tierra roja, esquivando ramas secas y observando a los pájaros que volaban bajo. El paisaje era bonito —eso tenía que admitirlo—, pero nunca se lo confesaría a nadie.

Después de unos treinta minutos, el sendero se abrió como un portal secreto a otro mundo. Vi un valle escondido, con un bosque de flores silvestres que exhalaba un suave perfume, y sombras frescas se formaban bajo los densos árboles.

En el centro, una cascada caía desde una roca alta, formando un lago cristalino que reflejaba el cielo.

—Este lugar es sencillamente mágico. —Sonreí para mis adentros, encantada con todo lo que me rodeaba.

Pero hacía calor. Mucho calor. Miré el agua brillante y tentadora y pensé:

—¡Ah, qué más da!

Me quité el vestido lentamente, dejando que la tela se deslizara por mi cuerpo sudoroso. Me quedé solo con la ropa interior; no había venido preparada para bañarme. El aire fresco me golpeó la piel desnuda y un escalofrío eléctrico me recorrió la espalda. Me metí en el agua lentamente. Estaba más fría de lo que esperaba, pero deliciosa. Un contraste perfecto contra el calor abrasador. Mis músculos se relajaron al instante.

Me sumergí en las profundidades. Sentía cómo cada gota me envolvía como un abrazo purificador. La irritación, la tensión e incluso un poco del resentimiento hacia todos los habitantes de aquella ciudad se disiparon.

Pero cuando salí a la superficie...

Casi me da un infarto.

Me topé con un muro de músculos.

—¿Quieres matarme del susto, Severide? —Mi voz salió sin aliento.

Pero no por el susto, sino por el envidiable físico de aquel hombre divino a menos de un paso de mí. Si estirara el brazo, podría tocarlo. El agua resbalaba por su pecho marcado, bajando por cada músculo del abdomen hasta desaparecer en la línea de los calzoncillos blancos sumergidos. Las gotas brillaban a la luz y resbalaban lentamente por los surcos de su cuerpo.

Tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no era un espejismo causado por la insolación, porque aquella vista parecía demasiado buena para ser verdad.

—Te asustas fácilmente, chica. —Severide me miró.

No solo me miró.

Me devoró.

Y esa mirada atrevida se detuvo justo donde mi piel estaba más expuesta.

—¿Por casualidad me estás siguiendo, paleto? —Fruncí el ceño.

Arqueó una ceja, provocador.

—La verdad es que yo podría hacerte la misma pregunta, arpía. —Su voz era grave.

Caliente de una forma que no era ira —aunque a Severide le gustara fingir que lo era.

—Mira, tú... —Intenté pensar en una respuesta mordaz, pero me costaba mantener la compostura con él tan cerca.

Solo podía admirar la fuerza de su mandíbula cuadrada, la espesa barba que le ensombrecía el rostro y una boca que parecía suplicar por encontrarse con la mía. Lo que dejaba muy claro que me había comido mis palabras y que me sentía atraída por un paleto.

Severide se dio cuenta.

Se dio cuenta exactamente de dónde se había detenido mi mirada. Y sonrió. Esa sonrisa de vagabundo, lenta, que delataba que él sabía —sabía demasiado— el efecto que causaba en mí.

—¿Has perdido algo por aquí? —me provocó, inclinando la cadera, haciendo que el agua se levantara y revelara más.

Idiota egocéntrico.

—¡No me molestes, tío! —espeté—. ¿No te da vergüenza invadir la propiedad ajena? ¡Que seas dueño de la finca de al lado no significa que puedas nadar donde te dé la gana!

Se rió. Esa risa ronca que parecía rasguñarme por dentro.

—La verdad, señorita, la que *está* invadiendo la propiedad aquí es usted.

Señaló hacia el valle.

—Esto pertenece a mis tierras. No a la Finca Esperanza.

Me alejé sin rumbo fijo y ni siquiera me di cuenta de que había cruzado la frontera entre las dos fincas.

—Ah... —Fue todo lo que pude decir, sin admitir mi error, claro está.

—Creo que la señorita me debe una disculpa, ¿no le parece? —La sonrisa del cretino se amplió.

—¡Ni muerta! —puse el pie en el suelo—. Pero no se preocupe, porque nunca volveré aquí —le aseguré, orgullosa.

Giré el cuerpo para salir del agua, pero sus dedos envolvieron mi brazo. *Cálidos. Firmes*. Capaces de estremecer a cualquier mujer de este planeta.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan dura, eh? —murmuró, acercándose lentamente.

Levanté la cara, poniéndome de puntillas.

—Y algo me dice que eso es lo que te encanta de mí, ¿verdad, Severide? —lo provoqué.

El silencio fue eléctrico. Estaba tan cerca que el calor de su cuerpo atravesaba el agua y chocaba contra el mío.

—La verdad es que... —comenzó, acercándose aún más.

Dio un paso atrás y Severide dio dos hacia mí. Solo se detuvo cuando mi espalda chocó contra una pared de piedra y ya no tuve adónde huir de él.

—En realidad, ¿qué? —Repetí en voz baja, totalmente desconcertada.

Severide se había inclinado, acercando nuestras bocas como si fuera a besarme. Llegué a cerrar los ojos a la espera. Pero sentí su aliento rozando el lado de mi cara hasta detenerse junto a mi oído.

Entonces susurró:

—No soporto tu actitud mandona, Silvia Cabrini. Te crees mejor que todo el mundo y solo haces lo que te reporta algún beneficio. ¿Me equivoco? —Su voz ronca quedó grabada en mi mente.

—No lo estás —fui sincera, no tenía por qué mentir—. No me importa nadie de este puñetero pueblucho. Por mí, que todos perdáis vuestras tierras a manos del banco.

—Si piensas así, ¿por qué te esfuerzas tanto para que aceptemos tu ayuda?

—Porque hay algo muy importante en juego para mi carrera. Solo por eso. —Me encogí de hombros con total desdén, no tenía por qué mentir, nunca he sido de las que se hacen las santas.

La mirada del granjero se ensombreció. Y eso me afectó de una manera extraña.

—Genial —apretó la mandíbula—. Era justo lo que necesitaba saber.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse de la cascada, con los voluminosos músculos de su espalda moviéndose de forma provocativa.

—Siento decepcionarte, señor perfecto. Pero nací para ser la villana. ¡Nunca tuve vocación de ser la buena!

Fui tras él para discutir, no aceptaba que nadie me dejara hablando sola.

—Aprecio tu sinceridad, Silvia—, se detuvo y me miró de reojo, con los ojos ardientes—. Pero no voy a permitir que alguien con tu carácter se meta con los agricultores de aquí. Porque sé que, cuando ya no tengan ningún valor *para* ti, los descartarás.

El golpe me caló hondo. Porque Severide tenía razón, pero no lo dejé entrever.

—No eres más que un granjero testarudo. ¡No tienes poder alguno para detenerme!

—¡Ya lo veremos! —me desafió.

—¿Entonces estamos en guerra, paleto? —pregunté, mientras me quitaba el vestido por la cabeza.

No iba a darle el honor de verme casi desnuda otra vez. Ni hablar.

—Llámame como quieras, arpía. —Sonrió, lentamente.

Malicioso.

—¡De acuerdo! Entonces, uno a cero para mí —respondí a su sonrisa con más malicia.

Severide frunció el ceño, confundido. Fue entonces cuando me agaché rápidamente y agarré su ropa doblada sobre la roca.

—¡Silvia! No te atrevas a hacer eso —gritó.

— Sé muy bien cómo jugar sucio, Severide. ¡Así que ten cuidado! — Exclamé con su ropa en los brazos, sin poder dejar de reírme.

—¡HIJA DE PUTA! —su voz enfurecida resonó en el valle.

Miré hacia atrás, y allí estaba el pringado. Solo en calzoncillos blancos. Mojado. Furioso.

Y absurdamente sexy.

Mi actitud fue muy infantil, lo sé. Pero fue divertidísima. No recordaba la última vez que me había reído tanto; provocar a Severide Ferreira era peligrosamente adictivo.

Y superar adicciones, definitivamente no era mi fuerte.

Capítulo 10



Silvia

Ni siquiera pude dormir bien, preparándome para la reunión en la asociación de productores rurales del viernes. Parecía hasta que me iba a la guerra. Y, sinceramente, era casi eso mismo. Porque algo me decía que ese paleto insolente iba a intentar arruinar mis planes. Menos mal que no tenía la más mínima posibilidad contra mí. Pasé los últimos días revisando la presentación en el portátil, intentando que fuera didáctica y sencilla —casi un *«Agronegocios para* tontos»— porque sabía que esa gente no entendería ni la mitad de las palabras de mi vocabulario.

Creé diapositivas a todo color con gráficos grandes, frases cortas e incluso figuritas de camioncitos verdes para ilustrar el concepto de transportista de productos orgánicos. Todo pensado con la paciencia de una santa, como si fuera una clase para niños.

—Disculpe molest*arla*, señorita Silvia, pero he venido a avisarle de que la comida *está* en la mesa —aviso doña Margarida llamando a la puerta; era una especie de ama de llaves de la finca y se ocupaba de todo y de todos allí.

—Ya voy, doña Margarida, muchas gracias. —Cerré el portátil y lo guardé junto con mi cuaderno de notas.

Fui a la cocina a reunirme con ellos, pero confieso que no podía estar más asustada por el alboroto que se había formado alrededor de la extensa mesa de madera de doce plazas. El señor José, el patriarca de la familia, hablaba en voz alta sentado en el extremo. A veces era incluso difícil entenderlo, porque el acento del interior estaba lleno de jerga que yo simplemente no conocía. El viejo parecía una radio vieja con el volumen al máximo: garantía de ruido y confusión.

María Cecilia y Barreto estaban en un momento de romanticismo tan cursi y apasionado que daban ganas de vomitar un arcoíris. Él no le quitaba la mano de la barriga ni un segundo; hasta el pobre bebé de dentro ya debía de estar harto de tantos mimos del padre. Solo con mirar esa escena empalagosa de los dos, se me subió el azúcar.

—Para mi cumpleaños quiero una fiesta de rodeo, con un concierto de un dúo de música country famoso y todo —charloteaba la hija mayor de mi jefe, con la boca llena; no hablaba de otra cosa.

—¡Ni hablar, Ana! Eso saldría muy caro, así que vamos a hacer algo más sencillo, como en tus otros cumpleaños —le advirtió su madre.

María Cecilia insistía en llevar una vida modesta, incluso después de casarse con uno de los hombres más ricos del país. Más tonta, imposible. Yo, en su lugar, haría que Barreto se gastara sus miles de millones solo en mis lujos, más aún después de todo lo que le hizo en el pasado. A eso se le llama reparación histórica.

Con razón dicen que Dios no le da alas a la serpiente, porque si me las diera, los hombres estarían jodidos en mis manos.

—Pero en mis otros cumpleaños no sabía que tenía un padre forrado de pasta, mamá —replicó la chica lista.

—¡Eres de las mías, Ana Luiza! El dinero está hecho para gastarlo. —Le di una palmada en la mano.

—No le des cuerda a esta niña, Silvia. —Maria Cecília se enfadó conmigo.

—Deja que nuestra hija tenga lo que quiera en su fiesta, amor. Quiero compensar todos los demás cumpleaños en los que no estuve presente. —Barreto besó a su esposa en la mejilla.

—Ese es un argumento estupendo, señor maridito. Pero aún no me has convencido —exclamó la obstinada embarazada.

—Tengo otro argumento aún mejor, cariño —Barreto miró a su hija—. Pronto, nuestra primogénita estudiará veterinaria en la mejor facultad del país, que está a varios kilómetros de aquí… y, con suerte, la veremos al menos una vez al mes.

Le cogió la mano a su hija, tragándose las lágrimas, ese blando de corazón. Sin embargo, debía de ser realmente difícil para los padres ver a sus queridos hijos abandonar el nido y volar por el mundo —a lugares extraños donde tendrán que aprender a valerse por sí mismos. Y, en el caso de Ana Luiza, su personalidad impulsiva y agresiva era una preocupación añadida para mi jefe y su esposa.

— ¡Está bien! Estoy de acuerdo contigo, amor… ¡antes de irse a estudiar al extranjero, nuestra preciosa hija se merece una fiesta de cumpleaños por todo lo alto! — Maria Célia acabó cediendo, para alegría de su primogénita.

—¿Podría pasarme la sal, por favor? —pidió el guapo vaquero sentado frente a mí.

Ah, ese Tião Carreiro...

Además de vaquero profesional, también es capataz de la finca, un moreno de aspecto severo, guapísimo. Confieso que me tiraría a él sin pensarlo dos veces solo para saber cuál es la potencia de los machos en este universo rústico. Pero claro —mala suerte para mis planes—, recientemente ha salido del armario y ya le ha presentado a su novio a la familia.

—Qué desperdicio —mi pensamiento se escapó en medio de un largo suspiro.

—¿Qué es un desperdicio, querida? —preguntó doña Margarida, madre del vaquero gay guapísimo.

—Dije que *era raro* ese buey con la cabeza asomada por la ventana, mirándonos. —Disimulé señalando al tranquilo animal que observaba nuestro almuerzo.

—Ah, ese es Espoleta, mi mascota —respondió Ana Luiza, con la naturalidad de quien habla del tiempo.

—¿Mascota? —Miré de nuevo al buey, incrédula. El animal debía de pesar al menos media tonelada.

Definitivamente, en esa ciudad solo había gente loca. Primero vi a una niña pequeña abrazada a un lechón como si fuera una muñeca, y luego oí a una adolescente decir que un buey gigante y aterrador era su mascota.

¡Por Dios!

Tenía que encontrar la manera de irme de Nueva Aurora cuanto antes, antes de que yo también empezara a formar parte de ese manicomio. Y mi única salida era asegurarme de que mi proyecto saliera bien lo antes posible, pero para eso necesitaba conseguir el apoyo del jefe de la asociación de productores en la reunión que tendría lugar esa tarde en el salón de la iglesia del padre Bento.

—¿A qué hora es la reunión hoy, Silvia? No podemos llegar tarde y dar una mala impresión —preguntó mi jefe, como si me leyera el pensamiento.

—No hace falta que vayas, Barreto, quédate en casa cuidando de tu mujer, que puede dar a luz en cualquier momento. ¿No fue para eso para lo que te tomaste la baja del trabajo?

—No me parece buena idea que vayas sola; será bueno que los agricultores vean la cara de alguien conocido, que ha crecido entre ellos.

— Puedo arreglármelas, jefe, ¡no se preocupe! —le aseguré con seguridad—. Solo necesito que me preste su coche para ir a la

ciudad, del resto se encarga usted.

—Si tú lo quieres así, ¡de acuerdo! —asintió.

Después de comer, me arreglé, cogí todo lo que necesitaba para la presentación del proyecto y me fui a la reunión.

—¡Que Dios me ayude! —Me arreglé el pelo y respiré hondo.

Cuando llegué al salón de la iglesia, sentí un nudo en el estómago. Debería haber aceptado la oferta de Barreto de venir a darme apoyo moral, pero fui orgullosa y la rechacé. Sin embargo, me arrepentí al ver el lugar abarrotado: hombres y mujeres con rostros marcados por el sol, ropa gastada y manos callosas de quienes habían trabajado toda la vida con la azada.

Yo, con mis tacones de aguja y mi chaqueta beis de diseño, parecía una princesa fuera de lugar entre plebeyos.

¡Maldita sea!

No debería haberme arreglado tanto.

—Qué bien que hayas llegado, hija, la reunión está empezando ahora. —El padre Bento me recibió sonriendo.

—Sí. Ya lo veo. —Miré hacia el altar.

Y ahí fue donde comenzó el apocalipsis. Allí delante, con el micrófono en la mano y la postura de un Mesías del campo, estaba él, el granjero de cuello grueso, pronunciando su discurso.

Severide hablaba con una convicción absurda ante un público atento, casi en trance:

—¡No debemos poner nuestra cosecha en manos de quienes apenas conocemos! —gritó, mirándome directamente a mí—. Sobre todo de forasteros que aparecen con promesas de salvación, pero que, en realidad, no se preocupan por nosotros.

La sangre me hervía al escuchar esas palabras. Y él continuó, como si quisiera enterrarme viva:

—Esta no es la primera crisis a la que nos enfrentamos, y no será la última. Sobreviviremos, como siempre lo hemos hecho. ¡Sin necesidad de vender el alma al diablo!

Aplausos.

Miré a mi alrededor, indignada, mientras todos asentían con la cabeza como si él fuera un profeta. Aquello parecía una secta, y él, el líder de la manada.

Respiré hondo. Me volví hacia el padre Bento y le susurré:

—Padre, por el amor de Dios, ¡dile al jefe de la asociación que saque a ese imbécil de ahí delante antes de que diga más tonterías! —le supliqué.

El padre se rascó la cabeza, avergonzado.

—Hija mía… no puedo hacer eso.

— ¿Cómo que no puede?

—Porque Severide es el jefe de la asociación de productores. Lucha con uñas y dientes para proteger los derechos de esta gente —dijo—. Confían ciegamente en él.

Mi mundo se derrumbó. ¡No podía ser!

—¡QUÉ HIJO DE PUTA DESGRACIADO! — se me escapó en voz alta, resonando por la iglesia antes de que pudiera contenerme.

Silencio total.

Más de cincuenta pares de ojos se volvieron hacia mí, sorprendidos por mi blasfemia dentro de la casa de Dios. Menos él, el astuto Severide, que tenía una sonrisita victoriosa en la comisura de los labios.

Como si dijera:

«Jaque mate, arpía».

—Yo... yo quería decir *«hijo de* puta», padre —improvisé, avergonzada—. Solo fue un malentendido lingüístico.

Intenté arreglarlo, pero ya era tarde.

¡Mierda!

Necesitaba urgentemente controlar mi boca, antes de que me metiera en más líos. No sabía dónde esconder mi cara de tanta vergüenza, todos me miraban como si hubiera cometido un delito. Severide soltó el micrófono y se acercó a mí con esa mirada provocativa que mezclaba burla y encanto rústico.

El tipo de mirada que hacía que cualquier mujer perdiera la cabeza. Cualquier mujer, *menos yo.* Mantuve la cabeza alta, incluso después de la enorme vergüenza que había pasado.

—Buenas noches a ti también, chica de la gran ciudad —dijo, tranquilo e irónico—. Aquí en el campo así es como nos saludamos cuando llegamos a un sitio.

Algunos se rieron. Otros tosieron para disimular la risa. Yo quería morirme. O matar a ese maldito granjero. Quizás las dos cosas. Pero, en lugar de eso, abrí la boca y acabé jodiéndolo todo de una vez.

—¿Sabes qué, Severide? Vete a la mierda, tú y tu discurso retrógrado de mierda. —Levanté la barbilla dejando a todos con la boca abierta, pero no iba a dejar que nadie me pisoteara.

—Solo intento evitar que estos trabajadores honestos caigan en otra estafa como la del año pasado —respondió entre dientes, inclinándose hacia delante.

¡Ay, qué odio!

—Quien no arriesga, no gana, ¿sabes? Se aprende de los errores —repliqué, mirándole a los ojos—. Aquí producís productos ecológicos increíbles, eso es un hecho. Lo único que necesitáis es a alguien que valore ese esfuerzo, aportando beneficios, visibilidad y el desarrollo que esta ciudad se merece.

— ¿Y beneficios para quién? ¿Para ti y tu jefe, Otávio Barreto? Porque no me creo que queráis ayudarnos a cambio de nada; al fin y

al cabo, cuando la caridad es excesiva, el santo desconfía —me provocó.

—Barreto creció en esta ciudad y ama este lugar, por eso se compadeció de vuestra situación y me envió para ayudaros.

—Ya... —El cretino apretó la mandíbula, incrédulo.

—¿Sabes qué, eh, tío? —perdí el poco de paciencia que me quedaba.

—Sé que ya he visto a muchos aprovechados salir de aquí con los bolsillos llenos, mientras nuestros graneros se quedaban vacíos.

El público murmuró en señal de acuerdo. Sentía el peso de las miradas, el juicio, el machismo impregnado en el aire. Porque, si yo fuera hombre, al menos escucharían mi propuesta.

—¡Así es, Severide! Nadie quiere a esta flacucha metida aquí, así que vuelve a la gran ciudad —gritó un hombre desde el fondo con rudeza.

—Hermanos, hermanas, mantengamos el respeto —intentó intervenir el padre.

—No he venido aquí para que me traten mal, padre. ¡Solo quiero ayudar, con una colaboración que puede salvar a esta ciudad de la ruina! —arguí.

Pero solo recibí silencio.

Hasta que, claro, Severide volvió a esbozar esa sonrisa irritante.

—Pues sí —dijo, señalando hacia la salida—, pero quizá no queramos tu ayuda.

Aplausos.

Una vez más, sus fieles seguidores lo aclamaron. Sentí que me ardía la cara. Apreté mi maletín y el portátil contra el pecho y grité:

—Que los jodan a todos, pandilla de calvos engreídos. ¡Me da igual! —Me di la vuelta y salí pisando fuerte.

Mientras salía, oí la voz del maldito granjero detrás de mí, alta, cargada de ironía:

—¡Buen viaje de vuelta a tu castillo en São Paulo, princesa! —me espetó.

La risa general resonó por todo el salón.

Juro por Dios que tenía muchas ganas de volver y darle un puñetazo en la cara a Severide. Todavía no podía creer que se hubiera guardado esa carta bajo la manga todo el tiempo, mientras me analizaba de cerca, esperando el momento adecuado para revelar su identidad y joderme delante de todo el mundo.

No tenía nada de paleto tonto, era más bien un jugador frío y calculador que no acepta nada menos que ganar.

—¡Cómo odio a este tipo! —dije, dando un portazo al salir del coche.

Volví a la finca conduciendo a toda velocidad, cabreada como una perra. No tendría la más mínima posibilidad de llevar a cabo ese proyecto sin el apoyo de Severide, ya que esa gente estúpida lo veneraba.

—¿Qué tal la reunión, Silvia? —preguntó Barreto mientras le daba un masaje en los pies hinchados a su esposa, que estaba tumbada en el sofá con esa enorme barriga.

Estaba tan enfadada que ni siquiera respondí, pasé de largo resoplando, me fui a mi habitación y me encerré allí. No quería ver la cara de nadie tan pronto.

—Cómo me gustaría irme de esta ciudad infernal. —Me tiré en la cama, sintiéndome en el fondo del pozo.

Me habían humillado delante de todos los agricultores de la región. Nadie me tomaría en serio después de lo que había pasado. Lo que quería era volver a São Paulo, pero mi orgullo no me lo

permitía. Le había garantizado a mi jefe que era capaz de resolver cualquier cosa que me pidiera; no podía rendirme ahora o nunca volvería a confiar en mí de verdad otra vez.

—¡Ese maldito paleto me lo va a pagar! —Me cubrí la cabeza con la almohada, en un intento por sofocar mi rabia.

—No sé qué pasó en la reunión, pero pensaba que Silvia Cabrini no era el tipo de mujer que se encierra en la habitación y se queda lamentándose solo porque algo no salió como esperaba —dijo María Cecilia, pasando algo por debajo de la puerta y marchándose.

Dejó un folleto que decía que esa noche se celebraría la inauguración de un nuevo bar en la ciudad, con barra libre y buena música.

Capítulo 11



Severide

El salón de la iglesia aún olía a café y pan de maíz, las sillas estaban desordenadas, había folletos arrugados por el suelo y un silencio extraño llenaba el espacio tras la tumultuosa reunión. El padre Bento y yo trabajábamos para ponerlo todo en orden, arrastrando un banco pesado que crujía como si protestara contra el esfuerzo.

—¿No crees que te has pasado un poco con la chica, hijo mío? Sobre todo porque, en este momento, ella es la única oportunidad que tenemos de salir de esta crisis. —El padre me lanzó una mirada llena de paciencia, pero también de preocupación.

Hice como si la crítica no me hubiera afectado. Pero ajusté el banco en su sitio con más fuerza de la necesaria.

—No podemos depositar todas nuestras esperanzas en alguien de carácter dudoso a quien apenas conocemos, padre.

Él negó con la cabeza, recogiendo unos cartones esparcidos por el suelo. Siempre tan tranquilo, tan lleno de confianza en la gente, tan diferente a mí.

—Pero ahora, ¿qué vamos a hacer, Severide? No tenemos un plan B. —Se detuvo frente a mí esperando una buena respuesta.

— Tampoco es así, padre. Yo, como jefe de la asociación, no me quedo de brazos cruzados, he estado trabajando duro en una idea para, al menos, sacar a los productores de números rojos.

El padre arqueó las cejas, interesado.

—¿Y qué idea sería esa, hijo mío?

Me pasé la mano por la barba, tratando de ordenar lo que todavía estaba a medio formar en mi cabeza.

—Todavía estoy trabajando en algunas cosas, padre. Cuando tenga algo concreto, usted será el primero en saberlo —le prometí.

—Sea lo que sea, confío en ti, Severide. Y te bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —Me hizo la señal de la cruz en la frente, como solía hacer desde que era niño.

Un gesto sencillo, pero lleno de fe.

Cerré los ojos por un instante, dejando que esa fuerza superior me atravesara. Era impresionante cómo el padre Bento conseguía creer en mí, incluso cuando a veces ni yo mismo era capaz de hacerlo; él es la figura más cercana a un padre que he tenido en mi vida, por eso no podía decepcionarlo.

Y no iba a hacerlo.

Cuando terminamos de organizar todo en el salón de la iglesia, volví a la finca; allí me esperaban un montón de problemas. Tuve que lidiar con el buey más arisco que decidió escaparse de la cerca, el tractor que se rompió justo a la hora de arar y la tubería principal del depósito de agua que reventó, convirtiendo el patio en un lodazal.

—Parece hasta una maldición de cierta arpía —refunfuñé con barro hasta en los calzoncillos.

Menos mal que, tras la humillación pública delante de todos los agricultores, Silvia ya debía de haber hecho las maletas y haber vuelto corriendo a su vida perfecta en São Paulo. Y, con mucha suerte, no volvería a aparecer por aquí nunca más.

—¿Estás hablando solo, jefe? —Donato contuvo la risa mientras cerraba la puerta del granero; era imposible verme en ese estado y no encontrarlo gracioso.

—Ya te dije que se acabó el trabajo por hoy, amigo. Vete a casa a descansar. —Le hice un gesto con la cabeza y me fui.

El sol ya se estaba poniendo detrás de las colinas. Era uno de esos atardeceres espectaculares, pero yo estaba demasiado cansado para apreciar nada. Fui directamente a darme una ducha y arreglarme. Estaba muerto de cansancio, pero aún tenía un compromiso por la noche: la inauguración del bar de un gran amigo.

Nos conocíamos desde la época del colegio, qué buenos tiempos aquellos. Marcos estaba muy emocionado con esta nueva etapa de su vida, su bar iba a ser un lugar de moda en la ciudad. Y, por mucho que me apeteciera tirarme a la cama, tenía que aparecer para apoyarle.

Mientras terminaba de abrocharme la camisa, tras una ducha que no fue tan larga como me hubiera gustado, oí unos pasos pequeños detrás de mí.

—Hoy estás guapo, papá.

Miré por el espejo y vi a Belinha parada en la puerta del dormitorio con el pelo todo revuelto, sonriendo. Ella siempre sabía cómo derretir cualquier dureza que aún me quedara.

—¿Papá solo está guapo hoy, hija? —Arqueé una ceja.

—¡No, papá, tú estás guapo todos los días! —Corrió y me abrazó la pierna.

—Tú eres la que estás guapísima, mi amor. —La cogí en brazos y la llené de besos.

—¡Ay... eso me hace cosquillas! —Sus carcajadas llenaron el pasillo mientras caminaba hacia el salón.

—¿Tienes ganas de quedarte en casa de la abuela esta noche?

—¡Muchísimo! —Aplaudió, emocionada—. La abuela dijo que nos va a enseñar a la tía Brenda y a mí a tejer. ¿A que mola?

—Muchísimo, hija. Pero no sabía que a tu tía le gusta tejer.

Miré a Brenda, que estaba tumbada en el sofá, jugando con el móvil, con la expresión aburrida de siempre estampada en el rostro.

—A mí no me gusta —respondió mi hermana sin apartar la vista de la pantalla. —Pero me encanta mi preciosa sobrina. Y también me gusta la señora Gertrudes, aunque no sea mi abuela de verdad. Así que va a ser divertido.

La traviesa se encogió de hombros, con ese aire rebelde tan característico de ella. Aun así, eso me hizo feliz. Ver a Brenda, con toda esa actitud de adolescente difícil, llevándose bien al menos con mi abuela, ya era una gran victoria. Sin embargo, en ese mismo instante, un pensamiento amargo cruzó mi mente. Incluso la señora Gertrudes se había ganado el corazón de mi hermana.

Y yo…

Bueno, apenas conseguía arrancarle una respuesta de tres palabras sin que me lanzara una mirada torcida. Y por mucho que intentara acercarme, parecía que solo aumentaba aún más la distancia entre nosotros.

—Ya estoy listo, ¿vamos, chicas? —Cogí mi cartera y las llaves del coche del cajón.

—La que llegue primero al garaje, se sienta delante —dijo Brenda, y su sobrina salió corriendo detrás de ella, las dos riendo a carcajadas.

Cuando llegamos a casa de mi abuela, había un festín con todo tipo de golosinas esperando a las chicas. Confieso que hasta me dieron ganas de quedarme allí con ellas, aprendiendo a tejer, viendo la tele y atiborrándome de porquerías.

—Gracias por hacer mi dulce favorito, abuela. ¡Eres genial! —Brenda le dio un beso en la mejilla y se abalanzó sobre la mesa.

— ¿Así que ahora le llama «abuela»? Y conmigo se empeña en dejar claro que solo soy su *«medio hermano».*

— Ten paciencia, cariño, solo tiene miedo de confiar *en ti y de que la* vuelvan a abandonar, como hizo ese inútil de su padre.

—Yo nunca haría eso, abuela. —Miré a mi hermana, feliz, hablando con mi hija; las dos se llevaban muy bien.

—Lo sé, Severide, ahora solo tienes que hacer que nuestra niña también lo crea. —Me acarició la cara con cariño.

—¡Gracias por el consejo! Siempre es un placer hablar contigo, mi querida abuela —le di un beso en la frente—. Pero ahora tengo que irme, prometo no volver tarde.

—De nada, nieto mío, ¡diviértete!

—Gracias por cuidar de las niñas por mí, te quiero.

Me despedí de las tres y me fui a la inauguración del bar, pero no estaba nada animado. Prometí pasarme, tomarme una cerveza, felicitar a mi amigo e irme. *Nada más*. Después de la semana estresante que había tenido lidiando con cierta forastera problemática, lo único que quería era una noche tranquila de sueño.

—Apenas he llegado y ya quiero irme —refunfuñé mientras aparcaba la camioneta delante del bar; el local estaba a reventar.

Cuando entré, el volumen de la música casi me revienta los tímpanos. Todo el mundo bebía, reía y bailaba animadamente. *Menos yo*. Desde joven nunca me ha gustado este tipo de jaleo, siempre he sido hogareño, prefiero quedarme en casa con la familia viendo una película aburrida que salir de juerga.

—¡Eh, tío, no me puedo creer que hayas venido de verdad! —Marcos me dio un abrazo.

—No me perdería la inauguración del bar por nada del mundo, hermano. ¡Y enhorabuena, el local ha quedado increíble!

—¡Gracias por tu apoyo de siempre, Severide! Y esta noche, las bebidas corren a cargo de la casa.

—Gracias, tío… pero dime: ¿dónde está la verdadera dueña de este sitio? —le provoqué, con una sonrisa de oreja a oreja.

Marcos soltó una risita, ya acostumbrado a mis bromas.

—La jefa está justo ahí, amigo. —Me guiñó un ojo, inclinando la cabeza hacia el salón.

Marisa estaba en medio del ajetreo, ayudando a los camareros con total naturalidad, como si fuera solo una empleada más y no la dueña. Ella y Marcos llevaban juntos desde la época del colegio… y, a diferencia de la mayoría, crecieron codo con codo. Lo construyeron todo juntos, con esfuerzo, complicidad y un tipo de amor poco común que ya casi no se ve hoy en día.

—¡Bienvenido, Seve! —gritó desde lejos, saludando con una amplia sonrisa que iluminaba el ambiente.

Levanté la mano en respuesta, devolviéndole el gesto.

—Genial… ahora sí. Vamos a tomar algo, amigo mío. —Marcos me dio una palmadita en el hombro y le hizo una señal al camarero para que se acercara.

—Me has leído el pensamiento, Marcos.

Me apoyé en la barra esperando mi bebida, empezaba a animarme.

Pero el destino tenía otros planes...

—¿Quién es esa morena tan guapa? —pensó el camarero en voz alta mientras me entregaba la cerveza, literalmente con la boca abierta.

Curioso, seguí su mirada hasta la pista de baile y casi me da un infarto.

—¡No puede ser! —Me atraganté con el trago de cerveza que me llevé a la boca.

Menos mal que estaba apoyado en la barra o me habría caído de bruces al suelo al ver a Silvia Cabrini dándolo todo en la pista de baile. Por un segundo, pensé que estaba imaginando cosas. Pero no. La diablesa estaba justo ahí, a pocos metros de mí. Dentro de un maldito vestido dorado, corto y demasiado ajustado para mi cordura. Las luces del DJ se reflejaban en ella, creando un espectáculo de colores a su alrededor.

¿Y yo? Me quedé clavado.

Con la maldita botella de cerveza en la mano, sin poder apartar la mirada de ella, al igual que todos los hombres presentes. Silvia deslizaba las manos por su cuerpo con los ojos cerrados, siguiendo el ritmo de la música— lenta, segura y sensual de una manera que...

¡Joder!

Nunca había visto a nadie bailar de esa manera tan sensual, que te vuelve loco. El suelo vibraba, las luces parpadeaban, pero esa mujer… parecía estar en otro mundo. *En su mundo*. Se echaba el pelo hacia un lado, luego hacia el otro, rozando sus hombros desnudos. El vestido se subía un poco con cada movimiento, mostrando más piel de la que mi estructura emocional podía procesar.

Una sensación de calor me subió por dentro de la camisa y tuve que agarrarme del cuello y balancearme, en un intento por bajar la temperatura. Pero fue en vano. Porque era inevitable mirar a esa mujer y seguir respirando con normalidad. Me sentí como un novillo enfurecido al que le habían echado el lazo. Y por mucho que luchara por liberarme, era imposible. Así que me quedé inmóvil, disfrutando del espectáculo desde mi palco.

Tenía la polla dura y un sabor amargo en la boca al tener que admitir que Silvia Cabrini era el espejismo más peligroso —y jodidamente guapa— que se me había cruzado en el camino. Y deshacerme de ella iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

—Ni siquiera parece una forastera intentando adaptarse —apreté la mandíbula—. *Parece la jodida dueña del lugar.*

—Y la forastera no parece muy contenta de verte, amigo mío —Marcos se rió, dándome un codazo en las costillas.

—El sentimiento es mutuo —gruñí cuando la arpía me pilló mirándola.

Por su expresión, parecía que hubiera salido directamente del infierno solo para arruinarle la diversión. La mujer estaba furiosa conmigo por lo que pasó en la reunión, y con razón. Fui muy duro con ella. Y aun así, ni de lejos logré intimidarla.

—*Uf...* Mi noche estaba yendo demasiado bien para ser verdad. —Movió los labios mientras ponía los ojos en blanco.

Empezó la siguiente canción, aún más animada. Y Silvia volvió a bailar como si nadie la estuviera mirando, ignorando por completo mi presencia. El sudor le resbalaba libremente por la piel y el vestido se deslizó hasta quedar un poco más arriba de los muslos, pero a la muy traviesa no le importaba.

Le gusta ser el centro de atención.

—¡Dios mío, Severide! Conozco esa mirada, te gusta ella.

—¡No sé de qué estás hablando, Marcos! Sabes muy bien que no me va *«ese tipo de mujer*». —Le di la espalda a la pista de baile y volví a beberme mi cerveza, que a esas alturas ya estaba caliente.

— ¿Qué tipo de mujer, hermano? ¿Guapísima? ¿Encantadora? ¿El tipo de mujer que le gusta a cualquier hombre?

—No exageres, tío. No es todo eso. —Mentí descaradamente.

Silvia es todo eso y más, tan guapa que duele a la vista.

Podía estar orgulloso, pero no ciego. El día que vi a esa mujer zambullirse en la cascada, ¡madre mía! Parecía una sirena, sencillamente perfecta. Me hechizó hasta el punto de que ni siquiera recuerdo cómo me metí en el agua, solo me di cuenta cuando me encontré cara a cara con esos ojos preciosos.

—Te mereces volver a ser feliz, hermano, lo sabes, *¿verdad*? —Marcos empezó con la misma cantinela de siempre.

—Ya soy feliz, no necesito nada más en mi vida. —Intenté cortar el tema, pero él no se rendía fácilmente.

—Tienes que superarlo, amigo. *Ya ha pasado mucho tiempo.*

Marcos puso esa misma mirada de lástima que ponía cada vez que surgía cualquier tema sobre mi esposa, porque sabía que eso siempre me destrozaba. Sentía como si reviviera su muerte una vez más.

El dolor era el mismo.

—Hace mucho tiempo que tú no perdiste a tu esposa, Marcos. —Le respondí dolido.

—Eres como un hermano para mí, Severide. Solo quiero verte de verdad feliz otra vez.

—Voy a fumar un cigarrillo, ahora vuelvo. —Dejé mi cerveza sobre la barra y salí caminando rápido, necesitaba aire fresco.

El bar estaba sofocante, y el calor se pegaba a la piel como una sábana mojada. Apenas podía respirar allí dentro. Abrí la puerta lateral y me encontré con el callejón iluminado por una farola medio apagada, el sonido de la música filtrándose por la ventana.

—Cómo me gustaría estar en mi cama ahora mismo. —Saqué el papel de fumar del bolsillo, lo rasgué con calma y empecé a liar mi cigarrillo.

Era un ritual que me ayudaba a relajarme. Pero, en medio del proceso, recordé un pequeño detalle.

—Mierda… no he traído el mechero. —Maldije, pero no todo estaba perdido.

Levanté la cara y solo entonces me di cuenta de que no estaba sola en el callejón. Había una silueta apoyada contra la pared, medio oculta en la sombra —una postura demasiado relajada

para ser alguien inocente. Pero por el olor a humo, también había salido del bar a fumar.

— ¿Tienes fuego? — pregunté.

La respuesta llegó como una lamida caliente detrás de la oreja:

—Si hay algo que me sobra, guapo, es fuego.

Esa voz… aterciopelada, provocativa, casi pornográfica.

Claro.

Tenía que ser ella.

Silvia dio un paso adelante y la luz del farol apagado reveló su rostro, con el maquillaje un poco corrido por el sudor tras haberlo dado todo en la pista de baile. Sostenía un cigarrillo con elegancia entre los dedos, con ese brillo arrogante en la mirada de quien dice, sin palabras:

«Te pongo de rodillas cuando quiera».

—¡Dios mío! ¿Es que no puedo tener ni unos minutos de paz? —Me metí el cigarrillo de paja en la comisura de la boca, irritado.

—La que debería estar enfadada de verte aquí soy yo, paleto —replicó con voz arrastrada, balanceándose ligeramente sobre los tacones—. Siempre apareces donde estoy, estás obsesionado conmigo.

— ¿Obsesionado contigo, Silvia? — solté una risa amarga. — A estas alturas pensaba que ya estarías en São Paulo con el rabo entre las piernas. Pero por lo que parece… la vergüenza que pasaste en la reunión no fue suficiente.

—Esto tendrá consecuencias, Severide. ¡Puedes estar seguro! —Me apretó la barbilla con la mano.

— Lo esperaré con ansias — Aproveché la cercanía para usar el cigarrillo que tenía en la boca para encender el mío.

La punta encendida tocó la de mi cigarrillo y, por un segundo, nuestros rostros quedaron tan cerca que su dulce aroma me subió a la cabeza como un disparo caliente.

Ese perfume…

Volvería loco a cualquier hombre. Yo no era una excepción. Por eso di un paso atrás, antes de meter la pata, porque las ganas eran grandes.

—Te has comportado como un crío, ocultando todo este tiempo que eres el jefe de la asociación de productores —Me señaló con el dedo a la cara, escupiendo veneno—.

—No estoy obligado a darte ninguna información. Ni siquiera te conozco. Y mucho menos confío en ti —dije, dando una calada a mi cigarrillo sin prisas.

Mientras la arpía apretaba los dientes.

—¡Dios mío, qué pesado eres, Severide!

—Y tú eres un encanto, ¿no, Silvia? —pregunté con ironía—. Solo estás tan enfadada porque has encontrado a alguien que te hace frente.

La provoqué.

Ella resopló, abalanzándose sobre mí, lista para una buena pelea.

—¡No lo entiendo, joder! ¿Por qué me odias tanto?—su voz sonó baja, ronca y peligrosa.

La pregunta quedó suspendida entre nosotros.

Pesada. Densa. Imposible de ignorar.

Di un paso adelante, acortando cualquier distancia que aún existiera entre nosotros.

—No te odio, Silvia… —dije despacio, con cuidado—. *Odio lo que me haces.*

Ella tragó saliva ante mi declaración, se mordió el labio inferior y levantó la mirada, mirándome fijamente como si quisiera arrancarme la verdad a la fuerza.

—¿Y qué te hago sentir, paleto?

Respiré hondo antes de responder. Porque esa era la cruda verdad, la que había estado luchando con todas mis fuerzas por ocultarme a mí mismo.

—Como si nada en este mundo importara más que tú, arpía indomable.

Por fin lo admití.

Y, una vez más, sucumbí al canto de la sirena.

Cuando me di cuenta, mi boca ya estaba pegada a la de Silvia. En un beso ardiente, desesperado, lleno de un deseo que ambos llevábamos en silencio desde el primer encuentro. Pero los dos éramos demasiado orgullosos para admitirlo.

Capítulo 12



Silvia

Antes de que pudiera reaccionar, Severide me atrajo hacia él por la cintura con una firmeza que me dejó sin aliento. Mi cuerpo chocó contra el suyo y, a continuación, contra la pared fría y húmeda del callejón que tenía detrás, mientras la penumbra nos envolvía por completo. Entonces, me besó. Y no fue un beso cualquiera. Fue salvaje, casi profano. El cigarrillo se me escapó de los dedos y cayó al suelo, olvidado en el instante exacto en que me entregué a los brazos del hombre al que, hasta segundos atrás, odiaba con todas mis fuerzas.

Su barba me rozaba ligeramente la piel mientras su lengua invadía mi boca con precisión, explorando, exigiendo. Mientras sus dedos se deslizaban por mi espalda como si quisieran memorizar cada línea, cada curva. Me apretaba, me tiraba, me tocaba… como si no pudiera esperar ni un segundo más para tenerme.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvimos allí, aferrados el uno al otro. ¿Minutos? ¿Una eternidad, tal vez? Lo único que sabía era que el mundo había desaparecido.

Solo quedábamos él y yo...

Y un enorme deseo acumulado.

Cuando Severide finalmente se apartó, fue como salir a la superficie del agua. El aire volvió a mis pulmones, pesado, impregnado de todo lo que no nos atrevimos a decir.

—Me vuelves completamente loco, Silvia... —apoyó su frente contra la mía, aún jadeando.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, no había vuelta atrás después de ese beso.

Sonreí, sin ocultar el fuego que ardía dentro de mí.

—Genial... entonces estamos empatados.

Agarré con fuerza el cuello de su camisa y, con un movimiento rápido, invertí nuestras posiciones. Ahora era Severide quien estaba aplastado contra la pared, y mi boca devoraba la suya con toda la intensidad que él había despertado.

¡Sí!

Esta vez, fui yo quien lo atacó.

Mi mano se deslizó sin dudar por dentro de sus pantalones hasta encontrar lo que buscaba: la polla dura, caliente, palpitante... lista para mí. La froté, la agarré con firmeza, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba rígido y rendido. En ese momento, ya no había ira.

Solo excitación. Pura y salvaje.

Por mí, nos lo haríamos allí mismo, en el callejón oscuro de un bar abarrotado, sin ningún pudor. Yo quería eso. Lo quería dentro de mí. Ahora.

Pero entonces…

—Esto no debería haber pasado. —Su voz sonó firme.

Y, de un salto, Severide se alejó de mí como si mi contacto le quemara. El ambiente de coqueteo se evaporó como el humo al viento.

Me reí. Una risa seca, incrédula.

—Pues pasó, cariño —crucé los brazos—. Y, por si se te ha olvidado... fuiste tú quien me besó primero.

Intenté mantener la compostura. Pero por dentro… todavía estaba en llamas.

—Eres un problema, Silvia Cabrini —respiró con dificultad—. Y ya tengo demasiados problemas en mi vida.

—Por cómo lo dices, parece que yo quiera algo más contigo aparte de sexo. —Me reí en su cara.

—En nuestro caso eso no funcionaría, al menos por mi parte. —Apretó la mandíbula, como si intentara mantener el control.

—¿Y por qué no? —pregunté frustrada.

—Por muy tentador que sea, un hombre sensato no probaría algo de lo que está seguro que se va a volver adicto —filosofó, demostrando ser tan conservador como pensaba.

—¡Madre mía, qué drama! Los dos somos adultos, podemos simplemente tener un buen polvo y luego cada uno sigue su camino. Así de sencillo.

—Nada es sencillo contigo, Silvia. —La comisura de sus labios se curvó en una media sonrisa, demasiado rápida para ser sincera.

Pero yo lo vi.

Vi el deseo aún palpitando detrás de esa mirada dura.

—¿Por qué tanto miedo de mí, paleto? —Deslicé el dedo índice por su amplio pecho, provocándolo.

Intenté retomar nuestro coqueteo donde lo habíamos dejado, pero no funcionó.

—Vete *a* casa, Silvia. Ya es tarde. —Dijo secamente, apartando mi mano de su cuerpo.

— ¿Eso fue una orden? —Crucé los brazos.

—Te *estoy* pidiendo que te vayas… antes de que haga otra tontería y… —No terminó la frase.

Ni siquiera hizo falta, porque solo esa parte:

«Antes de que haga otra tontería».

Dicho en un tono casi ronco, entre la rabia y la rendición, me desarmó por completo. Para Severide, quedarse conmigo era algo tan terrible, casi como cometer un delito. Debía de pensarme una persona horrible, por eso luchaba tanto contra la fuerte atracción que sentía por mí.

—¿Que me vaya? ¡Ni de coña, cariño! —levanté la barbilla con aire desafiante—. Mi noche acaba de empezar.

—¡Pues diviértete! —Me dio la espalda y se alejó caminando hacia el aparcamiento del bar, con las botas de cuero golpeando con fuerza contra el suelo grueso.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció en la esquina del callejón, sintiendo cómo todo mi cuerpo palpitaba entre la indignación y algo que no quería nombrar.

Algo que nunca había sentido antes.

—¡Que le den a ese imbécil! —Me recompuse a la velocidad de la luz.

Volví al bar dispuesta a olvidar lo que había pasado en ese callejón; al fin y al cabo, había venido a la inauguración del local para divertirme y eso fue lo que hice. Bailé, bebí e incluso besé a otros chicos para quitarme el sabor de boca de ese granjero idiota. Volví a casa de madrugada, tambaleándome de lo borracha que estaba, pero me desperté el sábado animada. No hay nada como una buena noche de juerga para aclarar las ideas, y las mías estaban más vivas que nunca en mi mente.

Estaba decidida a que ese sería el día en que cambiaría la mentalidad de los agricultores de Nova Aurora, los visitaría uno por uno para tener una charla franca. Sin tacones, sin pretensiones, sin *«cara de chica de ciudad*». Me puse unos vaqueros, una camiseta blanca, zapatillas y me lancé a la batalla con mi maletín bajo el brazo. Pero también sabía que solo una apariencia más sociable no

serviría de nada, así que pedí refuerzos. Si aparecía sola en las granjas, no me dejarían ni abrir la boca de nuevo.

Entonces se me ocurrió una idea genial: llevarme al padre Bento conmigo. Él conoce a todo el mundo, y todo el mundo respeta al hombre de Dios. Si decía «*escuchad a* la chica», ellos escucharían. O, al menos, fingirían escuchar. Y sin la presencia del apodo de Severide, tendría al menos una oportunidad de intentarlo.

Y eso era justo lo que necesitaba, una oportunidad, para demostrar la excelente publicista que soy.

—¡Pues vamos a por ello! —Cogí mi maletín con el material del proyecto que había preparado para la reunión y me lancé a la batalla.

Sin embargo, antes de salir, una voz animada resonó por el pasillo:

— ¡Silvia! ¿Vas a la ciudad?

—preguntó Ana Luiza, toda arreglada con esa ropa tan llamativa que solía llevar. Parecía una versión hortera de la cantante Ana Castela.

—Sí, voy. Tengo que pasar por la iglesia a recoger al padre Bento. ¿Por qué?

—¡Queremos que nos lleves! —respondió, jadeando.

— *¿«Nosotros»* quiénes, jovencita?

—¡Brenda! —señaló hacia fuera, y vi a la niña saludando desde la puerta, radiante con un precioso vestido rosa con volantes.

—¿Y tu madre sabe que las dos vais a la ciudad y que estáis tan arregladas? —Arqueé una ceja.

—Sí, Silvia, las han invitado a la fiesta de cumpleaños de la chica más popular del colegio y están muy emocionadas.

Maria Cecília apareció comiéndose helado directamente del bote de un kilo; el hambre de ella y de ese bebé nunca se acaba.

—No estoy nada emocionada, madre. Solo habrá un montón de pijas creídas allí. —Hizo un puchero enorme—. Pero Brenda está muy emocionada, porque parece que por fin la aceptan de verdad en el colegio.

—Si tu amiga está feliz, entonces haz un esfuerzo por ella, cariño. —Le dio un beso en la frente a su hija.

—Está bien, mamá. —Resopló.

—Papá los recogerá por la noche, cariño. —Maria Cecília saludó con la mano desde lejos.

—¡Vale! Entonces vamos ya, chicas. —Puse los ojos en blanco mientras las dos se subían al coche.

Ya sabía que tendría que aguantar todo el camino de conversaciones sobre enamoramientos, redes sociales y dramas adolescentes. Y fue exactamente lo que pasó. Las dos no pararon de parlotear ni un segundo, mis tímpanos estaban a punto de estallar.

Doy gracias a Dios cuando llegamos a la casa de la cumpleañera; ellas seguían riéndose a carcajadas y gesticulando.

—¡Salid las dos de este coche ahora mismo, antes de que me vuelva loca con tantas hormonas juveniles! —Abrí la puerta y prácticamente las eché.

—Eres muy graciosa, Silvia. —Brenda se rió, sacudiendo la cabeza, y luego se bajaron.

—¡Que se diviertan, chicas! —grité, lanzando un beso teatral por la ventanilla y me dirigí a la iglesia.

Cuando llegué, el padre ya me estaba esperando con su sombrero de paja ladeado en la cabeza y una cesta con aperitivos para tomar por el camino; realmente se había preparado para aquella aventura.

—Gracias por seguir apoyándome incluso después del desastre que fue la reunión, padre. —Esbocé una sonrisa forzada.

—¡No hace falta que me des las gracias, hija! Me encanta Severide, pero la terquedad de ese hombre no tiene límites.

—¿Y no se enfadará porque usted me está ayudando? —Le abrí la puerta del coche para que entrara.

—Déjame eso a mí, ya me las arreglaré con Severide más tarde. —Se rió, torciéndose todo para abrocharse el cinturón sobre su barriguita.

—¡Pues vamos allá! —Pisé el acelerador.

La primera parada que hicimos fue en una pequeña granja, cuyo dueño cultiva unos tomates preciosos. Nos recibió un señor de aspecto severo, con bigote canoso y la mirada de quien ya ha visto a vendedores de todo tipo llamando a su puerta —desde fertilizantes hasta polvos mágicos.

—¡Buenos días, señor Mauro Arlindo! —dijo el cura con energía—. He venido a traer bendición y esperanza a su hogar.

—La bendición la acepto, padre. Pero esa esperanza, no sé... —Me miró de arriba abajo con recelo.

Fue entonces cuando entré en escena, con mi sonrisa de diez: simpática, segura e imposible de ignorar.

—La propuesta que tengo para usted es buena, señor Mauro. Le prometo beneficios, reconocimiento y la oportunidad de poner el nombre de su familia en las estanterías de la gran ciudad.

Arqueó las cejas canosas.

— ¿El nombre de la familia, eh?

—Exacto. «*Tomates* Arlindo» quedaría muy bien en una etiqueta de supermercado, ¿no le parece?

El hombre se rió, rascándose la cabeza.

—Eso sería la realización de un sueño de mi difunto padre, señorita. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y yo puedo hacerlo realidad, solo tiene que confiar en mí. —Le tendí la mano.

—¡Puede contar conmigo! —Me apretó la mano con fuerza; ese fue mi primer logro desde que llegué a esa jodida ciudad.

—¡Lo has clavado! —Di un puñetazo al aire en cuanto salimos de allí, celebrando.

—Tienes el don de la palabra, Silvia. —El cura me miró de reojo, impresionado.

—Yo lo llamo marketing, soy la mejor publicista de este país. —Hice un gesto de orgullo, llenándome el pecho de aire.

La segunda granja en la que paramos fue un poco más complicada. El propietario, el señor Juvenal, juraba que no necesitaba ayuda alguna en ese momento de crisis. Y mucho menos de una forastera de nariz respingona de la gran ciudad y no sé qué más. Era uno de los seguidores más fieles del jefe de la asociación de productores y seguía al pie de la letra todo lo que decía Severide.

Pero después de mostrarle todos los gráficos con un margen de beneficio exorbitante y explicárselo todo con detalle, también conseguí su apoyo. Así fue todo el día. En cada granja a la que fuimos, una historia diferente, una mirada recelosa y, al final, recibíamos un «sí» como respuesta. Aún quedaban muchos productores por convencer, pero mi suerte empezó a cambiar.

Al final de la tarde, el padre Bento y yo estábamos cubiertos de polvo y agotados, pero felices. Mientras conducía de vuelta a la ciudad, miré por el retrovisor y vi a mi compañero de viaje todo encorvado en el asiento, con el sombrero de paja caído sobre la cara.

—Gracias a Dios, hija. Ha sido un día muy productivo. —Se bajó del coche frotándose los ojos, todavía somnoliento.

—Y mañana continúa nuestra aventura, padre. Le recojo a la misma hora, ¡que descanse bien! —Me despedí de él y me fui riéndome sola.

Estaba animada de nuevo por dar vida a mi proyecto de productos orgánicos, estaba deseando llegar a casa y contarle a mi jefe que las cosas por fin estaban empezando a salir bien.

Sin embargo, estaba a mitad de camino de la finca Esperanza cuando Ana Luiza me llamó llorando.

—¿Qué ha pasado, Ana? —le pregunté preocupada; ella y su amiga estaban tan ilusionadas con la fiesta en casa de su compañera de colegio.

—¿Podrías venir a recogernos, por favor? Mi padre no contesta y no quiero llamar a mi madre para no asustarla. —La pobrecita lloraba tanto que apenas se le entendía.

—Claro que puedo, pero antes, ¿me cuentas qué ha pasado? ¿Dónde está Brenda?

—Brenda se ha encerrado en el baño, no quiere que nadie vea lo que le han hecho —sollozó.

—Voy para allá, no te preocupes, cariño. —Giré el volante, di la vuelta y conduje tan rápido como pude.

Cuando llegué a la casa donde había dejado a las chicas, la escena que vi me partió el corazón. Y yo que pensaba que ni siquiera tenía uno latiendo en el pecho. Nunca he sido de llorar fácilmente, pero en ese momento no pude contener las lágrimas.

Capítulo 13



Severide

Me pasé todo el día cortando una pila gigante de leña, pero, aun así, no conseguí quitarme toda la tensión de encima. Silvia no se me quitó de la cabeza ni un segundo después de nuestro beso. Fui débil y cedí a la tentación del diablo y ahora tendría que pagar un alto precio, deseando locamente a una mujer que nunca podría ser mía. Éramos de mundos totalmente diferentes, y cualquier tipo de relación entre nosotros nunca funcionaría.

—Hoy está distraído, jefe.

Sonia me sacó de mis pensamientos; me había traído un vaso de limonada y ni siquiera me había dado cuenta.

—Lo siento, Sonia, ni siquiera te vi llegar. —Cogí el vaso de su mano y le di las gracias sin mucho entusiasmo.

Di un largo sorbo al líquido helado y sentí un poco de alivio del fuerte calor que hacía; era justo lo que necesitaba en ese momento.

—¿No estarás enfermo? Casi no has comido nada hoy en el almuerzo, y a ti te encanta mi comida. —Me tocó la cara para comprobar la temperatura; yo estaba sin camisa y todo sudado.

—Estoy muy bien. No te preocupes. —Le aparté la mano, sintiéndome incómodo.

—De todas formas, le voy a preparar un té de berro con limón, porque si es gripe, se le pasará enseguida.

—¿Por qué has venido a trabajar, Sônia? Hoy es sábado, tu día libre.

—No tengo ningún otro sitio adonde ir, soy una mujer sola. —Se alisó el lateral del vestido con las mejillas sonrojadas.

Nunca entendí por qué la niñera de mi hija no tenía novio; era una mujer guapa, de buen corazón y muy trabajadora. El hombre que se casara con ella tendría mucha suerte.

—Tienes que encontrar a alguien agradable para formar una bonita familia, pero, para eso, tienes que salir y conocer gente.

—Ya he encontrado al hombre perfecto para mí, jefe. Solo que él aún no sabe lo que siento por él. —Se sonrojó aún más, jugueteando con el pelo todo el rato.

—Pues dile a ese afortunado lo que sientes, ¡venga ya! Y si hay boda, quiero ser el padrino.

—No podrás ser el padrino, porque serás el no...

—Mira, papá, Berenice y yo hemos aprendido un nuevo truco de magia. —Mi hija gritó desde lejos, sonriendo, interrumpiendo nuestra conversación.

Había escondido a Berenice detrás de un mantel y fingió que había hecho desaparecer al animal, y estaba muy orgullosa de ello.

—Vaya, pequeña, qué guay. Pero ahora trae a Berê de vuelta, por favor. —Le guiñé un ojo a mi traviesa niña y ella sonrió.

Mi hija estaba jugando con su cerdito en el porche de la mansión; echaba de menos a su tía, que se había ido al cumpleaños de una compañera del colegio. Solo le di permiso porque conocía a la madre de la niña, y además nunca había visto a mi hermana tan

animada antes; se arregló toda guapa e incluso me dedicó una sonrisa antes de salir, algo que rara vez ocurre.

Sin embargo, no me dejó llevarla a la ciudad; dijo que iba a ir con Ana Luiza. Esas dos parecían uña y carne, no se separaban ni un momento.

—Bueno, creo que voy a seguir tu consejo y voy a disfrutar del resto de mi día libre.

—Qué bien, Sônia. Trabajas duro y te mereces divertirte también.

—Pero antes de irme, jefe, tengo que contarle algo importante que la empleada del señor Mauro me acaba de llamar para decirme.

—¿Qué ha dicho esta vez la chismosa de Denise? —Di otro sorbo a mi limonada.

—Que la chica de la gran ciudad estuvo allí esta mañana con el padre Bento y convenció a su jefe para que incluyera sus tomates en ese proyecto de productos orgánicos; por lo que entendí, sabe hablar muy bien y está yendo, granja por granja, a hablar con los agricultores personalmente. —Me contó todo el chisme.

—¡*Maldita sea*! Esa mujer nunca se rinde —gruñí.

Y lo peor era que el padre siguiera apoyando las locas ideas de Silvia. La veía como una santa que había venido a salvarnos, pero estaba muy lejos de eso.

—¡No soporto a esa estirada, ojalá desapareciera de nuestras vidas para siempre! —Sônia puso una expresión sombría, que nunca le había visto antes.

— Yo me encargaré de esto, no te preocupes. Pero ahora vete a casa, nos vemos el lunes.

—Sí, señor, jefe. —Se despidió de mi hija y luego se marchó.

Decidí hacer una parada para descansar; tenía las manos en callos de tanto agarrar el mango áspero del hacha. Me senté en el

porche para ver el espectáculo completo de magia de Belinha y Berenice, que parecía más bien una comedia, porque me estaba partiendo de risa con las dos.

—Mira, papá, viene un coche —Belinha señaló con su dedito regordete hacia la carretera.

El todoterreno negro levantaba polvo, deslizándose por el camino de tierra hasta detenerse frente a la mansión. Al volante, una morena de nariz respingona y mirada decidida. Se me quedó la mandíbula abierta al instante.

¡Era increíble!

¿Cómo se atrevía Silvia a visitar mi finca para hablar de ese maldito proyecto de productos orgánicos? No tenía ni idea, pero pronto lo descubriría.

—Quédate aquí con Berê, hija. Papá ya vuelve. —Le di un beso en la coronilla.

—¡Vale, papá! —Volvió a jugar con su cerdito.

Me acerqué a Silvia con paso firme, ya listo para otra pelea con ella.

— Mira, si has venido a intentar convencerme otra vez de que me meta en ese proyecto loco tuyo, puedes largarte de mis tierras ahora mismo. — Le dije con firmeza, antes incluso de que abriera la boca.

Ah, esa boca...

De la que, por supuesto, no pude apartar la mirada y a la que me encantaría volver a besar. Infinitas veces.

¡Contrólate, tío!

Repetí en mi mente cuando la bella morena se detuvo justo delante de mí, respirando hondo y, por un instante, su mirada no tenía nada de provocativa como de costumbre.

Había algo diferente…

Preocupación.

—No es nada de eso, Severide —su voz sonó baja, tensa—. Ha pasado algo y necesito que mantengas la calma, ¿vale?

Se me oprimieron el pecho.

—¿Qué ha pasado?

—Es Brenda —respondió, señalando hacia el interior del coche.

Preocupado, rodeé el vehículo y abrí la puerta trasera de un tirón. Y lo que vi… me destrozó por dentro. Mi hermana estaba acurrucada en el asiento, tumbada en posición fetal, con la cara escondida entre las manos, sollozando. El pelo que antes le llegaba hasta la mitad de la espalda ahora estaba todo revuelto, cortado sin cuidado. El maquillaje corrido dejaba marcas rojas en la piel, como si alguien hubiera intentado arrancárselo a la fuerza.

Y el bonito vestido rosa que llevaba esa mañana cuando salió de casa había desaparecido; ahora vestía ropa de niño, demasiado grande para ella.

Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

—¿Quién le ha hecho esto, Silvia? Quiero los nombres de todas esas chicas, esto no va a quedar así. —Me enfurecí.

—Severide, tienes que respirar antes de nada...

—Solo dime quién fue, por favor. Solo voy a hablar con sus padres, para que pongan orden en esas pestes sin corazón.

—No fue ninguna de las chicas que estaban en la fiesta quien le hizo esa crueldad a tu hermana, fue un adulto. —Silvia me miró con los ojos llorosos.

Mientras yo solo sentía cómo la ira crecía dentro de mí, apreté los puños contra el cuerpo. Furioso. ¿Cómo podía un adulto hacer algo así? Destrozar aún más a una chica, que ya tenía que lidiar con tanta mierda, solo para ganarse el derecho a ser aceptada tal y como es.

—Quiero saber exactamente qué pasó —grité, y el eco de mi ira se extendió por toda la finca.

Me ardía el pecho. Me dolían los puños cerrados. Temblaba de odio. Por fin, Silvia respiró hondo y explicó, con voz temblorosa:

—Antes de dejar a Ana Luiza en casa, me contó que las chicas estaban bailando y divirtiéndose en la fiesta, cuando el padrastro de la cumpleañera llegó antes del trabajo, vio a Brenda entre ellas y se volvió loco. La llamó monstruo y… —no pudo terminar de contarlo.

—¿Y qué, Silvia? ¡Dilo de una vez!

—La sacó de tu hermana del pelo y dijo que si tú no le habías enseñado a ser un hombre, él se encargaría de hacerlo —concluyó por fin.

Todo se volvió rojo ante mis ojos, cada palabra suya fue una puñalada para mí.

—Cuida de Brenda y de mi hija hasta que vuelva, por favor —le pedí mientras caminaba rápidamente hacia mi camioneta.

Silvia corrió detrás de mí y me agarró del brazo.

—¡Severide, no lo hagas!

—Tengo que hacerlo. —Me metí en el vehículo.

—¡Pero no te pongas así de nervioso, perdóname! —Me quitó la llave de la mano y la tiró lejos.

—Ni tú ni nadie puede impedirme defender el honor de mi hermana, Silvia. —Corrí hasta el establo.

Me subí a lomos de mi caballo y salí galopando a toda velocidad hacia la ciudad. La rabia me cegaba. Cada metro recorrido era una promesa silenciosa de justicia.

Al llegar a la casa del cobarde, su mujer, Marisa, salió a recibirme, pálida.

—¿Dónde está tu marido? —Fui directo al grano.

—No *está* aquí, Severide —dijo, nerviosa—. Siento mucho lo que le ha pasado a tu hermana, somos cristianos y él solo… perdió la cabeza. Pensaba que estaba protegiendo a su hijastra de malas influencias.

«Proteger».

La palabra me hizo reír, una risa fría y pesada.

— ¿Proteger a su hijastra? —repetí, mirándola fijamente—. Su marido es un cobarde. Pero veamos si es lo suficientemente hombre como para enfrentarse a alguien de su tamaño.

—Vete, Severide, como te he dicho, mi marido no está en casa.

—Sí que está, mamá —su hija llegó a la puerta, entregándole a su propio padrastro—. Pero, cobarde como es Fernando, seguro que intentará escapar por la puerta trasera, así que si quieres atraparlo tienes que darte prisa.

—¿Por qué has hecho eso, hija? Va a matar a tu padre. —La mujer sacudió a la chica por los hombros.

—¡Ese hombre no es mi padre! ¡Y ojalá Severide mate de verdad a ese cabrón! Así ya no maltratará a nadie, sobre todo a usted —dijo la chica con voz llena de rencor.

Era obvio que las dos también eran víctimas de ese hijo de puta, pero había llegado el día de que él ajustara cuentas con Dios y sería a mis manos.

—Por lo que parece, tu hija tiene más sentido común que tú, Marisa —dije, y la mujer empezó a llorar, pero yo ya le había dado la espalda y me había subido de nuevo a lomos de mi caballo.

Trovão sintió mi ira en ese mismo instante y salió disparado, rodeando la casa por un lado, y cuando llegué al patio, oí el ruido de la puerta trasera al cerrarse. El bastardo acababa de huir, pero no había lugar en el mundo donde pudiera esconderse de mí.

—¡No sirve de nada correr, Fernando! —gruñí, apretando las riendas.

—Ya he llamado a la policía, Severide. Llegarán en cualquier momento y estarás jodido —gritó muerto de miedo.

—Ni el mismísimo diablo puede protegerte de mí, maldito —aceleré el paso.

Fernando corría por las calles más estrechas de la ciudad como una rata desesperada, mientras yo cabalgaba persiguiéndolo. Y tal y como hacía con los novillos fugitivos de mi granja, tiré del lazo atado a la celda de Trovão, giré el brazo y sentí cómo la cuerda cobraba vida en el aire. Era como si cada movimiento fuera instintivo, automático, enseñado por generaciones de mi familia.

Me acomodé en la silla, apunté y lancé.

La cuerda se abrió en el aire, en un círculo perfecto.

Y dio en el blanco.

Enredé al cobarde fugitivo por la cintura, arrancándole un grito antes de que cayera. Fernando golpeó el suelo con fuerza, rodando por el polvo, intentando deshacer el nudo desesperadamente antes de que yo llegara hasta él. Trueno se detuvo a mi orden, y salté del animal de un brinco. No pensé. Mi cuerpo actuó por sí solo.

Agarré al maldito por el cuello de la camisa y lo levanté del suelo como si estuviera hecho de paja. Temblaba de miedo, y tenía la cara toda roja, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

—Ahora quiero ver si eres un hombre capaz de enfrentarme —dije, antes de asestarle el primer puñetazo.

Luego vino el segundo.

El tercero.

Y pronto ya había dejado de contar.

Mis puños le golpeaban con una fuerza que ni siquiera sabía que tenía. Fernando intentaba encogerse, pero yo no se lo permitía.

—Si vuelves a tocar a mi hermanita, te rompo todos los huesos del cuerpo. ¿Lo has entendido bien? —le grité a la cara.

— ¿Mi hermanita? Eso no es más que un marica llorón. Pero hoy le he dado una lección que nunca olvidará. — Se rió mientras le goteaba sangre por la comisura de los labios.

Perdí los estribos por completo.

Mi cuerpo se convirtió en pura furia, puro instinto, puro odio. Ya no oía nada. Ya no veía nada. Solo su maldita sonrisa burlona, que le arranqué a la fuerza, a base de puñetazos. Fernando ya ni siquiera tenía fuerzas para levantar los brazos. Estaba completamente desfigurado, con la cara hinchada, dos dientes rotos y la respiración entrecortada. Pero yo no podía parar. Quería que sintiera cada pedacito del dolor que le había causado a mi hermana.

Oí gritos lejanos, gente que se amontonaba en la calle, en estado de shock. Algunos intentaron apartarme de encima de Fernando, pero nadie se atrevió a acercarse demasiado. Mi fuerza parecía la de mil hombres.

Solo cuando oí el sonido metálico de un arma amartillándose se me congeló el puño en el aire: había llegado la policía.

—Levanta las manos y aléjate de él, Severide—, ordenó una voz firme.

Giré la cabeza.

El comisario estaba parado a pocos metros, con el arma apuntándome directamente. Me quedé sin aliento, con el pecho subiendo y bajando rápidamente.

Miré a Fernando en el suelo.

Apenas respiraba.

—Ese maldito se merece morir por lo que le hizo a mi hermana —dije, aún dominado por la ira, levantando el puño de

nuevo.

El comisario endureció la mirada.

—Si no te alejas ahora de la víctima, me veré obligado a disparar. No me obligues a hacerlo, Severide.

La amenaza no me asustó.

No en aquel estado.

Pero el pensamiento me vino rápido: tenía una hermana y una hija a las que cuidar. Si moría allí, ¿quién cuidaría de ellas? Me pregunté. Entonces, exhalé con dificultad y bajé el brazo.

—¡Está bien, me rindo! —Me alejé, levantando las manos.

—Estás detenido, Severide Ferreira. —Me esposó.

—¿Y mi caballo? Pídele a alguien que lo cuide, por favor —le pedí mientras me subían al coche patrulla.

Trovão estaba totalmente perdido en medio de aquella multitud de gente curiosa; una ambulancia se acercaba con la sirena a todo volumen para atender a Fernando, lo que asustaba aún más al animal.

—Ahora tienes cosas más importantes de las que preocuparte que tu caballo, chico. —Respondió el comisario, con brusquedad.

Me llevaron a la comisaría, donde descubrí que Fernando es sobrino del comisario, por eso ese sinvergüenza dijo que estaría jodido cuando llegara la policía. Y, de hecho, tenía razón. Me metieron a la fuerza en una celda y me explicaron que, para salir, tenía que pagar una fianza —el procedimiento habitual—. Solo que la cantidad era abusiva, nunca había visto tantos ceros juntos.

Me vi en un callejón sin salida, porque solo conocía a alguien capaz de reunir todo ese dinero rápidamente:

Otávio Barreto.

No me caía muy bien, pero necesitaba que me liberaran pronto e ir a casa a ver personalmente cómo estaba mi hermana.

Por eso me tragué el orgullo, le pedí al comisario la llamada a la que todo preso tiene derecho y llamé a Fazenda Esperança y le expliqué rápidamente lo que había pasado.

—Ya voy para allá. —Barreto colgó el teléfono, viniendo a ayudarme sin siquiera preguntar nada.

Poco después, el hombre llegó a la comisaría. Se ocupó de todo con la frialdad práctica de quien sabe lidiar con el dinero y la gente arrogante. Los dos salimos juntos por la puerta principal, y yo no podía estar más agradecido. Porque, además de pagar mi fianza, Barreto pidió a uno de los peones de la finca que fuera a buscar mi caballo y lo llevara a casa.

—Gracias por todo, Barreto, te devolveré todo el dinero lo antes posible.

—No te preocupes por eso, Severide. Lo más importante ahora es que cuides de tu hermana, te necesita.

—¿Me puedes llevar, por favor?

—Claro que puedo, súbete, tío.

—Gracias de nuevo, ¡te debo otra!

El motor del coche ronroneaba suavemente; ya era de noche y la carretera llena de baches de Nueva Aurora pasaba lentamente ante los faros. Barreto conducía tranquilo, como si su calma fuera de otro planeta.

—Si fuera mi hermana, habría hecho lo mismo, Severide.

Miré al poderoso director general, sorprendido.

— ¿Tú? ¿El ricachón todo engomado, con traje, corbata y la imagen perfecta de ciudadano de la alta sociedad, dándole una paliza a alguien delante de toda la ciudad? ¡Imposible!

—Solo porque tenga mucho dinero, no significa que sea un santo. —Se encogió de hombros.

—¡Vaya! Ahora hasta me ha dado miedo. —Bromeé.

—Y con razón, en São Paulo me conocen casi como un mafioso. —Se sumó a la broma, riéndose conmigo.

—Sinceramente, ni siquiera sé qué decirle a Brenda después de lo que ha pasado. —Me pasé la mano por el pelo y volví a ponerme serio.

— En ese momento, sabrás qué decir, tío. No te preocupes.

—Conozco a mi hermana desde hace poco tiempo, y me da miedo que esto la haga encerrarse aún más en sí misma.

—Yo ya he estado en una situación parecida a la tuya, Severide. Al fin y al cabo, cuando descubrí que tenía una hija, ella ya tenía dieciséis años —se emocionó—. Y ya conoces el carácter de Ana Luiza, es tan tempestuoso como el de su madre.

— ¿Y cómo conseguiste acercarte a tu hija, si no sabían nada el uno del otro?

— ¡Al principio, Dios mío! Esa chica me volvió loco, pero con el tiempo nos fuimos acercando y al final todo salió bien. Solo tienes que tener paciencia y dejar claro que tu hermana siempre puede contar contigo.

—¡Gracias por el consejo, Barreto! Al final no eres tan cabrón como pensaba —dije, y él soltó una carcajada vigorosa.

—Tuviste una relación de amigos con derecho a roce con mi mujer cuando los dos estábamos separados, así que yo debería considerarte un gran hijo de puta, ¿no crees? —respondió en tono bromista.

—Bueno... viéndolo así, tengo que darte la razón. —Hice una mueca graciosa y él se rió aún más fuerte.

Fue un agradable viaje en coche hasta mi finca, nunca imaginé que Barreto fuera un tipo tan majo. Bien dicen que no debemos juzgar a nadie antes de conocerlo de verdad, porque luego nos podemos llevar una gran sorpresa.

—¡Gracias de nuevo por todo, Barreto! De verdad te debo una —le di las gracias cuando me dejó en la puerta de casa.

—Devuélveme el favor dándole una oportunidad al proyecto de Silvia, te prometo que no te arrepentirás —me aseguró.

— ¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque Silvia puede tener muchos defectos, pero está obsesionada con el éxito en todo lo que hace. Y no va a parar hasta llevar los productos de los agricultores de esta región a las estanterías de los supermercados de todo el país. —Concluyó y se marchó, tras un gesto de despedida.

Por fin entré en casa, todo estaba en silencio. Subí las escaleras, sintiendo cómo mi cuerpo se hacía más pesado a cada escalón. La puerta del dormitorio de Brenda estaba entreabierta y una luz tenue se escapaba por ella. La empujé despacio, sin hacer ruido. Mi hermana dormía profundamente, con la carita aún marcada por las lágrimas, abrazada a Silvia —que también dormía, con el brazo rodeando a la niña como quien protege una joya rara.

Belinha estaba tumbada entre las dos, medio envuelta en la manta. Y a los pies de la cama, la cerdita Berenice roncaba suavemente, un montoncito rosado y mullido sobre el edredón.

—Qué bonitas están juntas —susurré.

Por un instante, me quedé parado en la puerta, sin saber qué hacer. Aquella escena improbable me desarmó por completo. Parecía hasta una mentira, pero la mujer a la que yo solía llamar megera indomable, entre otros adjetivos fútiles, ahora estaba allí, sosteniendo todo mi mundo en sus brazos para que no se derrumbara.

Capítulo 14



Silvia

Me desperté asustada por la fuerte lluvia que caía afuera, sin saber qué hora era. La habitación estaba a oscuras, en silencio, y el único ruido que oía era el trío respirando en un sueño profundo: Belinha, Brenda y la cerdita Berenice, todas acurrucadas como en un nido cálido, en medio de la cama, aferradas a mí. Arropé a las niñas con cuidado, cerré la ventana y salí de la habitación de puntillas. El pasillo estaba frío; me alisé los pelos erizados de los brazos mientras bajaba las escaleras lentamente.

Cuando me acerqué a la cocina, vi que había una luz tenue encendida. Severide estaba sentado a la mesa, con la cabeza gacha y los hombros tensos. Una botella de whisky casi vacía en la mano, totalmente en el fondo del pozo.

—¿*Una noche difícil, granjero?* —susurré acercándome unos pasos.

—No tienes ni idea de lo difícil que ha sido, chica. —Levantó la cara lentamente, con los ojos enrojecidos y cansados.

Pero lo que realmente me asustó fueron sus manos. Tenía los nudillos y los puños llenos de heridas, con la piel arañada y enrojecida. Era obvio que había metido la pata, y de las gordas.

—Madre mía, Severide… ¿qué te ha pasado en la mano?

—¡No fue nada! Tendrías que haber visto al otro tipo... —bromeó.

Pero yo no me reí.

—¡Eso no tiene gracia, maldita sea! —dije con firmeza—. Espero que no hayas metido la pata de forma irremediable, porque hay dos niñas durmiendo arriba que te necesitan.

—No he matado al cabrón, si es eso lo que estás pensando.

—¡Gracias a Dios! —suspiré aliviada—. Ahora tienes que ponerte un vendaje antes de que se infecte, ¿tienes un botiquín de primeros auxilios?

—En el armario del baño. Voy a buscarlo… —intentó levantarse, pero casi se cae.

El reflejo fue automático: lo sujeté por el brazo.

—¡Madre mía, Severide! Estás completamente borracho.

—No lo estoy… — sollozó, tropezando con sus propias palabras.

—Ven, borracho —le ordené—. Necesitas un baño helado.

El paleto aceptó sin oponer resistencia. Lo llevé apoyado en mi hombro hasta el baño. Pero, cuando llegamos allí e intentó quitarse la camisa, me di cuenta de que apenas podía levantar los brazos.

Suspiré profundamente.

—Vale... Te ayudo. —Puse los ojos en blanco mientras me quitaba las zapatillas y la ropa, quedándome solo en lencería para no mojarme toda, ya que ni siquiera conseguía mantenerse en pie.

Yo, Silvia Cabrini, una publicista de renombre… estaba haciendo de niñera de un hombre adulto de ese calibre, borracho, herido por la vida y tan vulnerable.

—¡Vaya! Esta agua está muy fría —maldijo cuando lo metí bajo la ducha.

—Deja de quejarte como un bebé llorón, deberías haberlo pensado antes de emborracharte —repliqué enfadada.

—Perdona por darte tanto trabajo, Silvia. —Levantó la cara, haciendo un puchero adorable.

El agua le resbalaba por el pelo, pegándoselo a la frente, por los anchos hombros, por el pecho marcado, y fue bajando hasta...

¡Madre mía!

Ese granjero seguro que está bien dotado. Y cómo. Su polla es enorme. De verdad, muy grande. Gorda, surcada por gruesas venas y rosada en la punta. De esas que dan ganas de chupársela con solo mirarla; llegué a humedecerme los labios con la lengua, con mil guarradas pasando por mi cabeza.

¡Qué tío más bueno, joder!

—¿Es tan grande como te imaginabas? —Severide sonrió con malicia, con una mueca en los labios.

Por si fuera poco, el muy cabrón se agarró la polla, que ya tenía una erección generosa, y empezó a hacer movimientos de arriba abajo, masturbándose justo delante de mí con una cara de pervertido que me puso a mil.

—Voy a buscar una toalla para que te la pongas cuando termines de bañarte, ¡ya vuelvo! —Intenté salir de allí antes de que me abalanzara sobre él y me aprovechara de un hombre borracho.

Pero cuando me di la vuelta para salir, sentí su mano en mi muñeca.

—No te vayas —su voz era ronca y baja—. Quédate, por favor.

—*Severide…* has bebido demasiado, luego te arrepentirás de esto. —Intenté hacer lo correcto, y eso ni siquiera era propio de mí.

Él solo negó con la cabeza lentamente, con los ojos clavados en los míos.

—Estoy borracho, pero nunca he tenido tan claro lo que quiero. —Sonrió con esa sonrisa torcida que me hace temblar las piernas.

—No me enciendas si luego no vas a apagarme, Severide. Ya he visto esa película antes en el callejón del bar, y no me gustó nada el final.

—Puedes estar segura, no sería tan tonto como para cometer el mismo error dos veces. —Me quitó la goma que me sujetaba el pelo, soltando mis largos mechones, lleno de segundas intenciones.

—Pero quizá ahora, paleto… soy yo quien ya no quiere. —Mis dedos se cerraron sobre su nuca, acercando nuestros rostros.

Pero me detuve ahí. No dejé que me besara.

—Sé que me deseas —rozó sus labios contra los míos, sin tocarlos de verdad—. *Tanto como yo te deseo a* ti*.*

Su afirmación estaba cargada de certeza; ese hijo de puta sabía exactamente el efecto que causaba en mí. Y cuando me di cuenta, ya estábamos los dos bajo el agua fría de la ducha, abrazándonos con un hambre insaciable. Sus grandes manos se aferraron con firmeza a mi cintura, tirando de mí con fuerza para que nuestros cuerpos se fundieran.

Fue la primera vez que vi a Severide completamente expuesto —no solo desnudo, sino despojado de todas sus defensas.

Y deseándome locamente.

—Tócame —ordenó, guiando mi mano hasta su erección palpitante.

Y yo obedecí.

Agarré su polla con firmeza, con movimientos rápidos y precisos que le arrancaron un gruñido ronco del pecho.

—¿Te gusta eso? —lo provoqué, pasando la lengua lentamente por su pecho húmedo, sin detener el movimiento de la mano ahí abajo.

—¡Joder! Me gusta mucho —apretó los dientes, con los músculos tensos.

—Y te va a gustar aún más —susurré, antes de arrodillarme justo delante de él y devorar su erección con ganas.

Alterné entre largas lamidas y lentas succiones, luego aumenté el ritmo, apretándolo con los labios, jugando con la lengua, dejando a Severide completamente fuera de sí.

Cuando sentí que estaba a punto de perder el control, fui más allá y me tragué toda su longitud en una garganta profunda, lo que le arrancó un taco.

—¡Joder, Silvia! —Me folló la boca sin piedad.

Las lágrimas brotaron por el rabillo de mis ojos, pero aguanté firme. Porque soy dura. Y quería verlo perder el control por mi culpa. Y lo conseguí. Cuando Severide estaba a punto de correrse, paré. Me levanté despacio, me di la vuelta, apoyé las manos en la pared y le ofrecí el culo.

—¡Fóllame ahora, paleto! —giré la cara por encima del hombro con mi mejor sonrisa de guarra—. —Profundo y fuerte— ordené.

—Sus órdenes son órdenes, señora —respondió con una deliciosa palmada en mi culo.

Con una mano, Severide me apartó las bragas y me agarró por la cintura, y con la otra me recogió el pelo en una coleta firme. Entonces me penetró con una embestida profunda, que me arrancó un gemido alto de la garganta.

—Hijo de puta, qué bueno —gemí, sintiendo cómo vibraba todo mi cuerpo.

—Te voy a follar hasta que pierdas el sentido —prometió.

Me empujó con fuerza contra su cadera, embistiendo rápido, con una precisión que me dejó sin fuerzas. Sus embestidas eran tan rápidas, tan intensas, que apenas había intervalo entre un choque y otro de nuestros cuerpos.

—Estás tan apretadito... me *estás* aplastando la polla —gruñó entre dientes, saliendo despacio y volviendo con todo, haciendo que mi cuerpo temblara.

—Severide... —gemí en voz alta, con los ojos en blanco.

Estaba a punto de llegar.

—Eso es. Córrete *para* mí, Silvia —me sujetó los brazos hacia atrás y me penetró aún más rápido, hasta que mi cuerpo estalló en un orgasmo devastador.

Sin aliento, todavía temblando, me volví hacia él y le sonreí con picardía.

—Ahora te toca a ti correrte... pero quiero que sea en mi boca.

Me agaché de nuevo, volviendo loco a Severide. Chupé su enorme polla con ganas, como si fuera totalmente sumisa a su antojo.

Y en ese momento… lo era.

—Ni idea tienes de cuántas veces he soñado con callar esa boquita atrevida tuya con mi semen —reveló, jadeando, apoyando las manos en la pared mientras se corría, echando la cabeza hacia atrás, rendido.

—¡Qué delicia! —Me tragué cada gota con placer.

Cuando terminé, pasé el pulgar por mis labios y lo lamí, mirándole directamente a los ojos a Severide.

—Joder... —se rió, aún jadeando—. Apenas me he corrido y ya me has vuelto a poner duro.

Severide me atrajo hacia él para besarme, sintiendo su sabor en mi boca.

—Pero ahora quiero follarte en mi cama. Y en cada rincón de mi habitación.

Me cogió en brazos con facilidad y salió conmigo del baño como si no pesara nada. Su borrachera incluso se había evaporado. Y lo único que me importaba ahora era repetir lo que sentí con ese hombre dentro de mí otra vez, una y otra vez esa noche.

Capítulo 15



Severide

Llevaba ya una hora despierto. *Una hora sin poder apartar los ojos de ella*. La hermosa mujer dormía profundamente en mis brazos, con el rostro ligeramente vuelto hacia mí y el cabello esparcido por la almohada como un marco viviente. Su respiración era suave, tranquila… y tan hermosa que me dolía el alma.

—Me confundes mucho, ¿lo sabías? —Le acaricié los labios con el pulgar y le di un beso suave.

Silvia murmuró algo que no entendí y se acurrucó más, apoyando la cabeza en mi pecho. El recuerdo de la noche anterior me golpeó con fuerza. Estaba borracho, sí, pero lo recordaba todo. *Cada gesto. Cada caricia. Cada sensación.* Esa mujer tiene un fuego que no se apaga fácilmente, y me encantó dejarme consumir por él. Apenas terminábamos una ronda y ya se me ponía dura con solo mirarla, hermosa a un nivel difícil de explicar.

Estaba obsesionado con esa arpía indomable, ya no podía negarlo. Es de esas que dicen lo que les viene a la cabeza, no le importan las opiniones ajenas y tiene una confianza en sí misma mayor que el mundo.

Nunca había conocido a nadie así.

—Y eso me asusta mucho —susurré, más para mí que para ella.

No tenía ni idea de lo que pasaría entre Silvia y yo a partir de ese momento, pero no quería pensar en eso por ahora. Mi mayor preocupación en ese momento era mi hermana, necesitaba asegurarme de que estaba bien.

—¡Ahora vuelvo, preciosa! —Le di un beso en la frente y me levanté despacio para no despertarla.

Me puse la primera ropa que encontré y fui al cuarto de Brenda, pero solo encontré a mi hija y a su cerdito entre las mantas. Mi hermana no estaba allí. Un nudo en el pecho me hizo buscarla por toda la casa. La llamé por su nombre una o dos veces. Nada. Fue entonces cuando vi que la luz del baño estaba encendida; empujé la puerta lentamente y la vi de pie frente al espejo, con los hombros temblando y el rostro cubierto de lágrimas.

Era un llanto silencioso, mirando su reflejo con un dolor que me partió por dentro.

—Tu pelo volverá a crecer, Brenda. No te preocupes. —Me acerqué con cuidado.

Ella sollozó, mirándome a través del espejo, con los ojos enrojecidos.

—Y cuando crezca, aparecerá otro homófobo y te lo volverá a cortar —sollozó.

—Si eso pasa, vuelvo a mandar al muy cabrón *al* hospital —respondí sin dudar, con los puños aún marcados por la pelea de la noche anterior.

—¿De verdad lo mandaste al hospital, Seve? —Se quedó boquiabierta.

—¡Sí! Nadie le pone la mano encima a mi hermanita y se sale con la suya.

Ella asintió sorprendida, tragándose el llanto.

—Espero que le hayas hecho mucho daño —murmuró.

—Ah, sí que se la hice, ¡puedes estar segura! Fernando va a pasar un buen rato sin sonreír con esa cara toda destrozada.

—¡Bien hecho! —dijo, cruzando los brazos con ese aire obstinado que solo ella tiene.

Me acerqué un poco más.

—Siento mucho todo lo que has pasado, Brenda. De verdad —le cogí la mano—. Que sepas que estoy muy orgullosa de ti. Por ser quien eres, por ser valiente, por no esconderte de este mundo lleno de prejuicios. No cambiaría absolutamente nada de ti. Nada —le aseguré con firmeza.

Mi hermana me miró con los ojos llenos de lágrimas de emoción; lo único que siempre ha querido de mí es sentir que realmente la acepto.

—Gracias, Severide. No sabes lo mucho que significa esto *para* mí —se lanzó a mis brazos—. Tengo suerte de que seas mi hermano.

— Yo siento lo mismo por ti, Brenda. — La abracé con fuerza.

A pesar de todo, al menos el abismo entre nosotros parecía haberse desvanecido. Tras un rato en silencio, con la barbilla apoyada en la coronilla de ella, bromeé:

—Ahora tenemos que arreglarte el pelo, pareces una muñeca de paja mal hecha. —Me reí al ver su cara.

—Deja de ser tan grosero, tío. —Ella también se rió, dándome un golpecito en el brazo.

—Puede que sea un descarado, pero también se me dan muy bien las tijeras.

Improvisé un taburete en el baño. Brenda se sentó con confianza. Hablamos de varias cosas mientras yo recortaba las puntas desiguales, intentando uniformarlas lo máximo posible. Ella hablaba de la escuela, decía que odiaba las matemáticas, pero que

le encantaban las artes. Y que quería ser profesora de guardería, porque le encantan los niños. Por primera vez, hablábamos como hermanos de verdad. Por fin nos estábamos conociendo, pero sabía que sería un proceso largo.

Pero habíamos dado el primer paso, y eso era lo más importante, para ser por fin una verdadera familia.

—Ya terminé el corte, ¿qué te parece tu nuevo peinado? —le pregunté.

Se miró en el espejo y silbó:

—Mira... hasta que ha quedado elegante. —Giró la cara hacia un lado y luego hacia el otro, satisfecha.

—Me alegro de que te guste, Brenda. Ahora vuelve a la cama, aún es temprano. Voy a preparar el desayuno.

—No tengo sueño, hermano. ¿Quieres ayuda?

—La ayuda siempre es bienvenida, hermana. —Fuimos juntos a la cocina.

Preparar el desayuno con Brenda fue divertido, aunque más estorbaba que ayudaba. Sin embargo, no dejaba de sonreír, y eso finalmente me tranquilizó.

— ¿Para quién es esta bandeja tan bonita? Porque con tanta comida, no debe de ser *para* Belinha. — Esbozó una sonrisita desconfiada.

—No es asunto tuyo, jovencita. —Cogí la bandeja y salí con una sonrisa tonta en la cara.

—¡Sabía que todas esas peleas entre tú y Silvia eran pura energía sexual, y apruebo totalmente que estén juntos! —gritó desde la cocina, la traviesa.

No confirmé nada, pero tampoco lo negué. Sin embargo, mi sonrisa se desvaneció. Entré en la habitación y Silvia aún dormía, en la misma postura en la que la dejé.

—¡Buenos días, dormilona!

—¡Maldición! ¿Qué hora es? —Se despertó asustada, recogiendo su ropa y las zapatillas por la habitación y vistiéndose a toda prisa.

—¿Por qué tanta prisa, Silvia?

—Porque sé lo que vas a decir ahora, que estabas borracho, que lo que pasó fue un error y no sé qué más. —Puso los ojos en blanco.

—La verdad es que iba a decirte que te he preparado el desayuno. No es nada sofisticado, como debes de estar acostumbrada, pero espero que te guste.

Me detuve frente a ella y solo entonces se fijó en la bandeja que llevaba en la mano.

— ¡Ha sido muy amable por tu parte, Severide! Gracias. — La mujer sonrió de una forma diferente.

¿Tímida, tal vez?

—Así que la arpía indomable sabe decir «gracias»? Eso es nuevo *para* mí. —La provoqué.

—Es que ningún hombre me ha traído nunca el desayuno a la cama, siempre me voy antes de que salga el sol. —Sus mejillas se sonrojaron.

Silvia Cabrini mostrando un lado vulnerable.

Interesante.

—Me alegra saber que soy el primero, Silvia.

—Yo también... —se le escapó sin querer, sonrojándose un poco más.

—Me gusta tu pelo natural, deberías llevarlo siempre así. —Le aparté un mechón rebelde de la cara y se lo coloqué detrás de la oreja.

—¿Así? ¡Dios mío! —gritó al verse en el espejo—. ¡Parezco una leona! Necesito un secador y una plancha urgentemente.

—¡Estás perfecta, como siempre, Silvia!

—Pues odio mi pelo natural —dijo mientras mordía un trozo de tostada—. Me *acosaban* por eso en el colegio. Mi madre decía que lo había heredado de un pariente lejano, que es negro. Por eso tengo este aspecto tan... —se detuvo y desvió la mirada.

—¿Tan qué? —Le giré la cara hacia mí.

—Tan descuidada y con pinta de pobre. —Respiró hondo, encogiéndose de hombros.

Y yo me quedé perplejo.

¡Joder!

¿Qué clase de madre le dice algo tan horrible a su propia hija? Una muy racista, sin duda.

—Nunca cambies quién eres para complacer a los demás, ni siquiera a tu madre. —Le sostuve la cara entre mis manos, y nos miramos a los ojos.

El ambiente se caldeó.

En una fracción de segundo, empezamos a besarnos locamente. Pero entonces, la puerta de la habitación se abrió de repente.

—¡*Ay, por Dios*! ¿Qué descaro es este? —Mi abuela se tapó la cara al pillarnos in fraganti en la cama.

—¿Qué haces aquí tan temprano, abuela?

—Me enteré de lo que le pasó a nuestra Brenda, así que vine a ver cómo está —explicó—. Pero ahora dime, ¿desde cuándo están saliendo juntos?

—Buena pregunta, abuela, yo también quiero saber la respuesta —Brenda apareció en la puerta, riéndose de mí.

—¿Qué *está* pasando?

Para completar el grupo de cotillas, mi hija llegó frotándose los ojos, todavía somnolienta, acababa de despertarse.

—No pasa nada, hija. Vuelve a la cama, cariño.

—¿Ves, bisabuela? Te dije que papá *está* saliendo con la chica guapa. —Hizo una mueca pícara.

—Sí. Lo dijiste, cariño. Pero la abuela no te creyó.

—¡Yuju! Ahora voy a tener una mamá, y ella mandará en toda la casa, incluso en papá —celebró mi hija.

—Lleva a tu sobrina a su habitación, Brenda. Esta es una conversación de adultos —le ordené.

— ¡Eso no es justo, Seve! Cuando por fin pasa algo interesante en esta casa, tenemos que quedarnos fuera.

—¡Ahora, Brenda! —La miré con malicia.

—Ya voy... —Cogió a su sobrina en brazos y por fin se marchó.

—¡Qué vergüenza, Dios mío! Creo que será mejor que me vaya. —Silvia no sabía dónde esconderse.

—No hay motivo para avergonzarse. Los dos somos adultos y pasamos la noche juntos, no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Hace unos minutos me prometiste el mundo, incluso hablaste de boda! —dramatizó, con la mano en el pecho y los labios temblorosos.

—¿Matrimonio? ¿De dónde has sacado eso, mujer? —Miré a Silvia, confundido.

—¡No te hagas el tonto, Severide! ¡Lo sabes muy bien! —fingió llorar delante de mi abuela, pero se notaba lo mucho que se estaba divirtiendo con aquello.

—¡Esto no tiene gracia, Silvia! —Empecé a ponerme de verdad nervioso.

— ¿Has conseguido lo que querías y ahora ya no me quieres? Típico de vosotros, los hombres, usar a las mujeres y luego desecharlas. — Se levantó con una actuación dramática.

¿Y lo peor? Todo jugaba en mi contra. Silvia en mi cama y una preciosa bandeja con el desayuno al lado. Una escena de película romántica de esas que ponen por la tarde.

—¡No te vas a ir de aquí sin contarle la verdad a mi abuela! — Le agarré del brazo.

—¿Ve cómo me trata? —se hizo la víctima.

Falsa de mierda.

—¡Me lo vas a pagar, arpía! —gruñí.

—¡Ya basta! —gritó ella—. —Si eso es lo que quieres, ¡se acabó todo entre nosotros! —Concluyó su pequeño teatro con broche de oro.

Después, Silvia se marchó, pero no sin antes llevarse todos los panes de queso de la bandeja del desayuno que este idiota le había preparado. Pocos segundos después de que se fuera, mi móvil pitó; era un mensaje de la arpía.

«Esto es por lo que me hiciste en la reunión con los productores, paleto. ¿De verdad creías que me iba a quedar de brazos cruzados? Otro punto para mí».

—¡Qué hija de puta! —exclamé en voz alta en un arranque de ira.

—¡Mira qué boca tan sucia, Severide Ferreira! —Mi abuela me dio una palmada en la nuca.

—¡Ay, abuela, eso duele!

—¡Es para que te duela! Y ahora *tú* y yo vamos a tener una larga charla, jovencito. —Me tiró de la oreja.

Mi abuela me dio un sermón de casi una hora sobre cómo los hombres debemos tratar a las mujeres. Y al final, solo pude reírme

de la situación. Silvia es realmente una arpía indomable.

Y fue precisamente por eso por lo que caí rendido a sus encantos, y de una forma de la que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 16



Silvia

Ahí estaba yo otra vez, cruzando la verja que separaba las tierras de las fincas Paraíso y Esperanza. Pero, esta vez… había algo diferente en mí. Aparqué el coche antes incluso de llegar a la casa grande y decidí seguir a pie. *Necesitaba sentir*. Respirar y asimilarlo todo. El pasto aún estaba húmedo por el rocío de la mañana, mojándome los bajos de la ropa mientras caminaba sin prisa, dejando que el viento jugara con mis rizos —recién liberados de la prisión de años de la plancha alisadora.

Sonreí para mis adentros.

No era solo el viento el que me despeinaba.

Los recuerdos de la noche anterior aún recorrían mi cuerpo como un escalofrío lento e insistente. Severide y yo hicimos el amor salvajemente bajo la ducha… y después por todos los rincones de su habitación.

—*Ahh,* paleto… —suspiré, riendo a carcajadas.

Solo recordar mi actuación digna de un Óscar delante de su abuela me hacía reír a carcajadas hasta que se me saltaban las lágrimas. La cara de desconcierto del pringado no tenía precio. Era

lo mínimo que se merecía después de humillarme a propósito en la reunión, delante de todos los productores.

Por no hablar del detalle de haber ocultado que era precisamente el jefe de la asociación a quien tanto buscaba.

Canalla.

—¡Eh, Silvia! —gritó alguien a lo lejos.

—¿Por qué esta gente del campo se levanta tan temprano? —murmuré, girando la cabeza al reconocer la silueta a caballo que se acercaba al galope.

Ana Luiza frenó el caballo al alcanzarme, con mirada preocupada.

—¡Buenos días! —dijo, jadeando—. ¿Cómo está Brenda?

—Ayer lloró hasta quedarse dormida, pobrecita. Pero la vi esta mañana y parecía estar mucho mejor.

—Lo que le hicieron fue cruel. Espero que algún día pueda superarlo.

—Lo conseguirá, no te preocupes. Brenda solo necesita tiempo… y gente a su lado que la quiera por lo que es, una niña increíble.

—Pasaré por allí más tarde. Podemos ver una película y atiborrarnos de palomitas y refrescos —sugirió, más animada.

—Una idea estupenda, cariño.

—Gracias por todo, Silvia. Si no hubieras ido ayer…

—Oye —la interrumpí, levantando la mano—. No tienes que dar las gracias. Volvería a hacerlo todo.

¿Y lo más loco? No estaba siendo amable por conveniencia. No era porque Ana Luiza fuera la hija de mi jefe. Ni porque Brenda fuera útil para mi proyecto, ya que es hermana del jefe de la asociación de productores. Me importaban de verdad esas dos chicas.

¿Qué me estaba pasando?

Aquella pequeña ciudad en medio de la nada me estaba cambiando. Y tal vez… *solo tal* vez… eso no fuera tan malo.

—La verdad es que eres muy simpática, ¿sabes? —Ana Luiza me miró con una media sonrisa.

—¿Simpática? Soy maravillosa, chica. Una perfección de la naturaleza. —Arrébaleé la nariz.

—No exageres —hizo una mueca hilarante—. ¿Quieres que te lleve?

—¡Ni hablar! Una vez me llevó tu madre en su yegua y sigo traumatizada hasta hoy. Prefiero ir andando.

—¡De acuerdo, señora perfección de la naturaleza! Y no te preocupes, no *le* diré a nadie que te he visto volver de la casa de nuestro vecino guapo sola a primera hora de la mañana y con esa camiseta del revés. —Se rió, señalando mi ropa toda desarreglada.

—Ana Luiza… —le advertí, entrecerrando los ojos.

—¡Tranquila, Silvia! Mi boca es una tumba —me aseguró, haciendo un gesto de cremallera—. Ah, y me encanta tu nuevo peinado.

—¡Gracias, angelito! —Asentí, arreglándome mis voluminosos rizos, algo sorprendida, ya que nunca me había sentido guapa con mi pelo natural.

Y la chica se marchó a caballo, mientras yo seguía mi camino de vuelta a pie. Tras el sábado agitado, decidí tomarme el domingo para descansar. Acordé con el padre Bento que las visitas a los productores se reanudarían el lunes por la mañana. Necesitaba un tiempo para mí.

Más tarde, por fin estaba en paz. Sentada en el porche de la granja, con los pies descalzos sobre el murete, un cigarrillo entre los dedos y una cerveza bien fría en la otra mano. El sonido de los

pájaros cantando, del viento meciendo los árboles, todo me arrullaba en un raro momento de silencio interior.

Hasta que…

—¡Va a parir en el granero! —gritó Doña Margarida en medio del patio, corriendo con la falda de flores en las manos.

El caos se apoderó de la finca. Gente corriendo, gritos, caballos relinchando. Yo, en medio del pandemónium, tratando de entender lo que estaba pasando. Hasta que caí en la cuenta.

—María Cecilia va a tener al bebé antes de tiempo —murmuré, saltando de la silla y corriendo con el corazón acelerado.

Todo el mundo estaba en pánico porque aún faltaban dos semanas para el nacimiento del pequeño Otávio Barreto Júnior. El riesgo era alto. Corrí tan rápido como pude, aunque no entendía nada de partos. Pero cuando entré en el granero… me detuve de repente.

María Cecilia estaba estupenda. Sentada en el suelo, sirviendo de apoyo para la cabeza de su yegua en trabajo de parto.

Sí. Una yegua.

—¿Todo este alboroto… por un animal? —murmuré, dándome la vuelta para volver a mi raro momento de paz interior.

—Quédate, Silvia. Tienes que ver esto —me pidió María Cecilia, tomándome de la mano con esa sonrisa dulce y convincente.

Y me quedé.

¿A regañadientes? Por supuesto. ¿Pensando que vería algo asqueroso? Totalmente. Pero me quedé. Al fin y al cabo, llevarle la contraria a una embarazada es buscar la muerte.

—Nadie se lo merece… —siseé, enfadada.

—Deja de ser pesada, Silvia. Esto es un milagro de la naturaleza —dijo Barreto, animado.

Me parecía patético cuando mi jefe desconectaba el modo «empresario poderoso» y conectaba el modo «hijo de la tierra». Parecía otra persona. Sencillo. Verdaderamente feliz.

—Acaben de una vez con eso. —Crucé los brazos.

—Como usted quiera, señora —bromeó José, provocando carcajadas en todo el mundo.

El patriarca de la familia se arrodilló junto a su hijo y a Tião, el vaquero gay guapísimo. Todos estaban sudados, sucios, pero con los ojos brillantes. Y yo allí, apoyada en un montón de heno, contemplando aquella escena que, por alguna razón, me cautivó.

—¡Vamos, Violeta, mi niña! —la animó María Cecilia, acariciando a la yegua.

—¿Sabías que el padre del potro de Violeta es Trovão? El caballo del dueño de la finca Paraíso, nuestro vecino guapo, el mismo al que te vi volviendo de su casa esta mañana —me susurró Ana Luiza a mi lado, la traviesa.

—¡No hay remedio contigo, chica!

Le di un codazo en las costillas discretamente para que cerrara la boca, antes de que le contara mi secretito a toda la familia.

—¡Es una potra! —gritó Tião, emocionado.

El granero estalló en aplausos, gritos y abrazos. Parecía la final del Mundial. Ya me estaba dando la vuelta para salir de aquel alboroto colectivo, cuando algo me llamó la atención. La forma cariñosa en que la yegua trató a su cría tras el parto, la lamió y la acogió, acercándola a ella con tanto cuidado, tanta dulzura.

Un cariño natural, instintivo. De una madre que ama a su hijo.

Y yo, bueno… nunca tuve eso.

Cuando nací, según una tía chismosa que estaba presente en la sala de partos tomando fotos, mi madre ni siquiera quiso

sostenerme cuando el médico anunció que era una niña. Hubo un error en las pruebas, y mis padres pasaron todo el embarazo creyendo que tendrían un niño —el gran sueño de ellos—.

«Lleváosla lejos de mí».

Fue la primera frase que mi madre dijo sobre mí, con un disgusto tan crudo que hasta hoy siento su sabor amargo. Apartó la cara, como si renegar de su propia hija fuera algo normal. Y así fue, durante toda mi vida.

Nada de lo que hiciera era suficiente.

Nada era bueno.

Nada me hacía digna de ser su hija.

Y mi padre, ese cobarde, por supuesto, siempre del lado de esa serpiente de mi madre. Nunca logró ocultar la frustración de tener que lidiar con mi existencia. Para empeorar las cosas, el parto tuvo complicaciones. Mi madre nunca más pudo volver a quedarse embarazada —y, como si fuera culpa mía, me convertí en el recordatorio viviente del sueño que ellos nunca podrían cumplir: tener un heredero varón.

Mi infancia fue una mierda. Mi adolescencia, un infierno. Y me niego a volver a ese pasado; ni siquiera recordaba la última vez que vi a mis padres.

—Oye, Silvia. ¿Quieres ser la primera en acariciar al cachorro? —La voz de Barreto me sacó de mis recuerdos.

—¿Por qué yo? —pregunté, sorprendida, secándome discretamente los ojos.

—Porque la potra es tuya, Silvia —respondió María Cecilia, sonriendo—. Tú puedes elegir el nombre.

Durante unos segundos, me quedé inmóvil. ¿Yo? ¿Ganar una potranca? ¿Justo yo, que siempre he tenido pánico a cualquier animal más grande que un gato? Además, ¿dónde diablos iba a poner una yegua? En breve estaría en Estados Unidos, dando el

paso más importante de mi carrera. Era obvio que no tenía sentido aceptarla.

No podía.

De ninguna manera.

Ni hablar.

—Se llamará Atena —dije en voz baja, traicionando toda mi lógica.

—¡Es un nombre precioso! ¿Qué significa? —preguntó Ana Luiza, emocionada.

—Atena es la diosa de la sabiduría, la justicia y la guerra estratégica. Una reina —me arrodillé cerca de la manta donde la potranca estaba acurrucada—. Ya que este animal será mío, necesita un nombre a la altura de su dueña.

Acaricié suavemente la barbilla de Atena. Era perfecta. Manchada de marrón y blanco, con sus ojitos azules brillando con curiosidad, sus patitas delgadas aún aprendiendo a obedecer a su propio cuerpo. Se me hizo un nudo en la garganta cuando la cogí en brazos con un cuidado que ni yo misma conocía.

Algo dentro de mí —algo antiguo, profundo, roto— pareció recomponerse.

Yo, que al principio ni siquiera quería aceptar a la cría, acabé pegada a Atena el resto del día. La potranca parecía haberme elegido también a mí, porque no dejaba de mirarme. Ya era de noche cuando salí del establo, con olor a heno en el pelo y paja pegada a la ropa, y vi a Severide hablando con Barreto en el patio.

Me agaché automáticamente detrás de un murete de piedra. ¿Vergüenza? No. Tenía curiosidad, quería saber qué hacía él allí detrás de mi jefe, en la Finca Esperanza, como si nada.

—Tal y como prometí, aquí está el dinero de mi fianza que pagaste ayer —Severide sacó un cheque de la cartera.

—No hace falta, Severide. Por mi parte, todo está en orden.

—No me gusta deberle nada *a* nadie, Barreto —le metió el cheque en el bolsillo de la camisa de mi jefe con firmeza—. Pero te estaré eternamente agradecido. Nunca olvido quién me tendió la mano cuando lo necesitaba.

—Y si vuelves a necesitarme, solo tienes que llamarme —dijo Barreto.

—Lo mismo digo, vecino. En cuanto podamos, saldremos a tomar una cerveza. Yo invito, claro.

—Quedado, vecino —los dos se rieron y se dieron un apretón de manos firme, de esa forma en que los hombres del campo lo hacen con respeto.

Estaba a punto de salir a hurtadillas cuando Severide giró el cuello y me miró directamente, como si sintiera mi presencia.

—Buenas noches, arpía. Nos vemos mañana —pude sentir su sonrisa de reojo, mientras se subía a su camioneta roja que se caía a pedazos.

—¡Maldita sea! ¿Cómo me ha visto aquí? —refunfuñé, arreglándome la ropa mientras salía de mi escondite.

Pero, ¿qué quiso decir Severide con «nos vemos mañana»? ¿Qué estaba tramando ahora ese paleto?

Me pregunté.

Pero respiré hondo, intentando no alterarme. Tenía cosas más importantes que hacer.

A la mañana siguiente, continuaría mi recorrido con el padre Bento por las granjas, convenciendo a los agricultores uno por uno para que se unieran a mi proyecto. Así que lo último que necesitaba en ese momento era estresarme con ese paleto descarado. Tras una noche de sueño tranquilo, me desperté temprano, más animada que nunca. Antes de salir hacia la ciudad, pasé por el establo para dar los buenos días a Violeta y a su preciosa bebé, Atena. Les di un beso en el hocico a las dos, como si eso fuera la nueva normalidad de mi vida.

Pero nada me preparó para lo que me encontré al aparcar frente a la iglesia del padre Bento. Una multitud. Gente por todas partes. El caos organizado de los agricultores de la ciudad.

—¡Sabía que estaba tramando algo! —murmuré entre dientes.

Al verlo...

En medio de la multitud.

Severide.

Sosteniendo el sombrero, sonriendo como si fuera el dueño del mundo. El sol le daba en el pecho ancho, el pelo revuelto como si acabara de salir de un editorial country sexy.

Resoplé furiosa.

Me quité las gafas de sol de un tirón, cerré la puerta del coche de un portazo y me dirigí hacia él como una general en el campo de batalla.

—¿No te cansas de sabotear mi vida, Severide? —espeté.

Él no se inmutó. Claro que no.

—Te has dejado el pelo natural, Silvia —me acarició un mechón a un lado de la cara, con una sonrisa que daba ganas de abofetearlo y besarlo al mismo tiempo.

—¡No cambies de tema! —aparté su mano de mí—. ¡Ya no te aguanto más en mi camino, eres como una piedra en el zapato!

—¿Ya has terminado? ¿Estás más tranquila? —preguntó con un cinismo que me dio más ganas de darle un puñetazo en la cara.

—¡Tranquila, y una mierda! —grité, como una sirena descontrolada.

—¡Vaya lenguaje tan soez delante de mi iglesia, señorita! —reprendió el padre Bento, apareciendo con las manos cruzadas delante del cuerpo.

—¡Ah, no me vengas tú también, padre! —me volví hacia él, fuera de control—. No me puedo creer que te hayas pasado *al* bando

de ese imbécil. Ni siquiera me avisaste de esa reunión sorpresa.

—No me he pasado *al* bando de nadie, hija —respondió con paciencia—. Esta vez, Severide ha venido a ayudarnos en nuestra misión.

— ¿Ayudar? —Arqueé una ceja.

—Exactamente lo que has oído —respondió Severide—. He convocado a todos los productores *para* decirles que me había equivocado. Que al menos deberíamos escuchar tu idea sobre el proyecto de productos orgánicos, por eso están todos aquí ahora.

Fruncí el ceño, desconfiada. Aquello era demasiado fácil para mi gusto.

—¿Y por qué harías eso exactamente?

Suspiró, se pasó la mano por la barba y me miró con una expresión difícil de descifrar.

—Después de lo que hiciste ayer por mi hermana… me di cuenta de que no solo te preocupas por ti misma, como yo pensaba —explicó.

Me quedé sin palabras.

—¿Lo dices en serio, Severide?

—Sí. Pero si metes la pata con esa gente una sola vez, Silvia… se acabó. —Confirmó con un ligero tono amenazante, pero lo confirmó.

Para mí aquello fue como un rayo de sol abriéndose paso entre las nubes, tras una larga tormenta. La emoción fue tal que ni siquiera lo pensé: me abalancé sobre Severide y lo abracé con fuerza. Sentí su olor, ese aroma a campo, tierra y testosterona pura. Y por un segundo, deseé quedarme allí. Solo por un segundo.

Entonces recordé que había gente mirando. Es decir… todo el mundo. El padre Bento, sobre todo, tenía una sonrisita que lo decía todo sin decir nada.

—Por lo que parece, por la gracia de Dios, estos dos se están entendiendo —comentó, levantando el brazo en nuestra dirección como si fuera a bendecir nuestro matrimonio.

—Tenemos que llevarnos bien, padre. Al fin y al cabo, Severide y yo vamos a trabajar juntos en este proyecto.

—¿Cómo que juntos, Silvia? —preguntó el paleto, un poco confundido.

—Nadie me gana en publicidad. Y tú eres genial con la gente, has conseguido reunir a toda esta gente para una reunión de última hora. Si trabajamos juntos, este proyecto de productos orgánicos no puede salir mal.

—No sé si eso funcionaría, nos peleamos todo el tiempo.

—Alguien tiene que encargarse de todo cuando yo me vaya, y esa persona tienes que ser tú, Severide. Por eso, te propongo una tregua. —Le tendí la mano.

Me miró un segundo. Y luego me la estrechó con fuerza, sellando nuestra alianza.

—Acepto. Pero no podemos fallar, Silvia. Esta gente *se está* jugando todo lo que tiene en este proyecto.

—Lo vamos a petar, Severide. Te lo prometo —le aseguré, guiñándole un ojo.

A nuestro alrededor surgieron tímidos aplausos. Los rostros, antes recelosos, ahora mostraban sonrisas esperanzadas. Me llevó un tiempo, pero estaba ganando esa guerra. Y muy pronto tendría las maletas listas para mi traslado a Estados Unidos. Donde seré la directora ejecutiva de mi propia empresa y nunca más recordaría que este fin del mundo existe.

Estaba deseando que llegara ese momento...

Capítulo 17



Severide

Aún no sabía si había hecho lo correcto al dar un voto de confianza a Silvia, pero tras ver la presentación completa de su proyecto, tuve que admitir una cosa: la idea tenía sentido. Y mucho. Y yo no era el único que pensaba eso, porque la sala de la iglesia estaba abarrotada con todos los agricultores de la región, pero no se oía ni la respiración de nadie. Todos estaban hipnotizados, escuchando a la publicista de la gran ciudad hablar con entusiasmo sobre la exportación de productos orgánicos, el nicho de mercado, la demanda creciente, la ventaja competitiva y no sé qué más.

Yo ni siquiera entendí la mitad de los términos, pero la mujer explicaba cada detalle con tanta seguridad, como si ya viera todo sucediendo ante sus ojos, que empecé a creer que aquello realmente podría salir bien.

—Esta chica es genial, ¿verdad, hijo? Ha sido una bendición de Dios en nuestras vidas —el padre Bento se acercó a mi lado con ese aire de quien sabe más de lo que dice.

—¡Tampoco exagera, padre! —murmuré, todavía con mis reservas respecto a Silvia—. Solo el tiempo nos dirá adónde va a parar todo esto, así que hay que tener mucha calma.

—¡No estoy exagerando nada, chico! Silvia, además de inteligente, es obstinada. Y muy guapa también, ¿o me vas a decir que no te has dado cuenta? —Movió sus cejas gruesas con aire malicioso.

—Ah... ¡la chica es guapa, sin duda! Pero está doblemente loca —me pillé riéndome solo, recordando la bronca que me echó mi abuela por su culpa.

—Esas son las mejores para casarse, Severide. Nunca dejan que la vida de un hombre caiga en la monotonía, como ha sido la tuya en los últimos años, ¿no? —Me dio una palmada en la espalda y me dejó solo pensando en lo que había dicho.

Miré hacia delante y me topé con Silvia. Justo en el momento en que señalaba uno de los gráficos, con la mano en la cintura y esa mirada pretenciosa que solo ella sabía poner. El tipo de mirada que decía que el mundo estaba en la palma de su mano. Y, para irritación general de la humanidad, casi siempre era así.

—Bueno, señoras y señores, espero que después de todo lo que les he mostrado no tengan más dudas sobre el éxito que será nuestra colaboración —concluyó la presentación entre una lluvia de aplausos, y yo formaba parte de ella.

Todo el mundo estaba muy animado, así que empezaron a hacerle un montón de preguntas a Silvia. Tenía muchas ganas de hablar con ella antes de irme, pero iba a ser difícil. Así que me despedí del cura y me escabullí. Tenía mucho que hacer en la finca, estábamos en pleno apogeo de la cosecha.

—No me puedo creer que te fueras sin hablar conmigo. —Me llevé un susto cuando Silvia asomó la cabeza por la ventanilla de mi camioneta; acababa de subir al vehículo.

—Lo intenté, pero parecías un poco ocupada ahí dentro.

—Solo quería darte las gracias por confiar por fin en mí, Seve —se mordió el labio inferior—. Ya puedo llamarte así, *¿no*? Ya que somos compañeros de trabajo.

Se mostró encantadora jugueteando con la maraña de rizos salvajes que enmarcaban su rostro; cada vez que la miraba, me parecían aún más bonitos y sedosos. Sinceramente, ya ni siquiera podía imaginarla de otra manera.

—Confiar es una palabra un poco fuerte, ¿no crees? —la provoqué.

— Sea lo que sea, solo quiero darte las gracias. Y ya que estamos en un momento de paz y colaboración… ¿te gustaría cenar conmigo esta noche?

—¿Cenar? —repetí sorprendido.

—¡Sí! Pero no es una cita romántica, si es eso lo que estás pensando —se apresuró a aclarar—. Ayer tuvimos un sexo muy placentero, pero no se va a repetir, porque no me acuesto con el mismo hombre más de una vez.

—Nunca imaginé que una mujer tan dura como tú tuviera miedo de encariñarse y sufrir, confieso que estoy sorprendido.

—¿Yo, encariñarme? Lo único a lo que le tengo cariño es al éxito, querido —se rió de mí—. Si no tengo ninguna foto repetida en mi álbum, es porque no me gusta ningún hombre.

—Puedes estar tranquila porque no pienso volver a enamorarme en esta vida, Silvia. Sobre todo de ti. —También me aseguré de dejarlo claro.

—¡Genial! Entonces los dos estamos en la misma onda. —Exhaló aliviada.

—Sé sincera, ¿por qué quieres cenar conmigo esta noche?

—¡Para hablar de cómo vamos a sacar adelante el proyecto de productos orgánicos y convertirlo en realidad, por supuesto! ¿Qué otra cosa podría ser?

—Entiendo. Pero no puedo aceptar tu invitación, lo siento. —Esbocé una breve sonrisa y asentí con la cabeza.

— ¿Por qué no? ¿Me vas a decir que tienes otro compromiso más importante en este fin del mundo?

—No. Es que… de donde yo vengo, son los hombres los que invitan *a* salir a las mujeres. —Me quité el sombrero y me rascé la nuca.

—¡Dios mío, qué machista! —resopló ella, irritada.

—No soy machista, solo un hombre a la antigua usanza.

—Estamos en el siglo XXI, Severide. Por cierto, ya has estado dentro de mí. Así que no hace falta que seas tan mojigato.

—Nunca lo entenderías, estás acostumbrada a salir con críos, no con hombres de verdad —dije sin pensar, arrepintiéndome al instante.

—¡Que le den! Olvida lo que he dicho, tío —se dio la vuelta para marcharse.

—Tranquila, mujer, solo quería decir que quiero tratarte como te mereces —le agarré del brazo.

—No sé qué quieres decir con eso... —Frunció el ceño.

—Quiero decir que, como el caballero que soy, Silvia Cabrini, quiero invitarte a cenar esta noche. ¿Aceptas?

—Depende, Severide Ferreira… —se hizo la difícil. —¿A qué sitio pretendes llevarme? Porque soy una mujer muy cara.

—Tendrás que aceptar la invitación para descubrirlo —dije con aire misterioso.

Ella fingió pensar durante dos segundos, dándose golpecitos con la yema del dedo en la barbilla, y luego asintió con una sonrisa.

—Estaré lista a las siete. No llegues tarde, ¿vale? —dijo con tono mandón y se marchó contoneándose.

—¡Esto va a ser divertido! —Sonreí con un movimiento de cabeza mientras arrancaba el coche y me marchaba.

Tenía que recoger a mi hija y a mi hermana en el colegio. Era el primer día de clase de Brenda después de todo lo que había pasado, y la inquietud me acompañaba desde por la mañana; temía que no pudiera integrarse con el resto de compañeros tras el trauma que había sufrido por culpa del cobarde de Fernando.

—¡Ha llegado mi papá, profesora!

Primero, pasé por el colegio de mi hija. Al verme, agarró la mochila y corrió hacia mí, como siempre hacía. Ese sencillo gesto aún tenía el poder de aliviar mis miedos.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la clase? —le pregunté, tomándola en mis brazos y dándole un beso en la mejilla.

—Ha ido muy bien, papá. He aprendido las banderas de los países y me las he aprendido todas de memoria. La profesora ha dicho que tengo memoria fotográfica —me contó orgullosa.

Belinha es muy inteligente, sabía leer mucho mejor que yo a los seis años y siempre sacaba las mejores notas en el colegio.

— ¡Qué bien, hija! Eso se merece una celebración. —Le hice cosquillas—. ¿Qué tal si llamamos a tu tía para ir a tomar un helado bien grande?

—¡Genial! ¿Puedo elegir el sabor?

—Quizás. Pero eso tendrás que negociarlo con tu tía.

Saludé a Brenda, que atravesaba la puerta del colegio entre risas, rodeada de un grupo de amigos, como si el mundo nunca más fuera capaz de hacerle daño.

—Tenías que haberlo visto, Seve. Todos han elogiado el corte de pelo que me has hecho. Dicen que ahora tengo más estilo —me abrazó con fuerza—. Gracias, hermano.

—Por lo que parece, mis dos princesas han tenido un día estupendo —comenté—. Un helado es más que merecido.

—¡Vaya, Seve, eres el mejor! ¿Verdad, Belinha? —dijo animada, cogiendo a mi sobrina de mis brazos.

—¡Claro que sí! ¡Mi papá es el mejor! —Las dos me besaron en la mejilla al mismo tiempo.

Caminamos hasta la heladería charlando y riendo, como una familia que intenta mantenerse unida a pesar de las grietas invisibles. Después, volvimos a casa, donde Sônia nos esperaba con la mesa puesta para el almuerzo y el olor a comida llenando el ambiente.

—Qué bien que hayáis llegado. He hecho tu plato favorito, Severide.

—Qué dedicación tan conmovedora por tu parte con el jefe, Sonia… —murmuró Brenda, incapaz de disimular el tono ácido.

—No empieces —le advertí a mi hermana con una mirada.

—Voy a llevar a Belinha a lavarse las manos antes de comer —dijo Sônia, tendiéndole la mano—. Ven, cariño.

Mi hija, sin embargo, no se movió. Se encogió ligeramente, con la mirada clavada en el suelo.

—Quiero ir con mi tía. Ella imita la graciosa voz del monstruo del agua.

—¡Pues corre, princesa, antes de que te coja! —Brenda salió disparada por el pasillo tras ella, y las carcajadas de ambas resonaron por toda la casa.

—¿Lo ves? —Sônia se llevó las manos a las caderas, con voz cargada de resentimiento—. Desde que llegó tu hermana, Belinha ya no quiere saber nada de mí. Está poniendo a la niña en mi contra.

—No exageres —respondí, cansado—. Solo está encantada con la tía.

—Brenda no es ese angelito que tú te imaginas. Después no digas que no te lo advertí. —La mujer se alejó hacia la cocina.

Suspiré.

Ser el único hombre en una casa llena de mujeres, cada una con una personalidad diferente, exigía un equilibrio que no siempre tenía. Aun así, sobreviví al almuerzo. Después, me fui a trabajar. La finca exigía atención: estábamos en pleno apogeo de la cosecha de patatas, y la tierra no esperaba a que se resolvieran los conflictos domésticos.

Hacía calor, de ese tipo que hace que el sudor te corra por la espalda incluso antes de que el sol llegara a lo alto del cielo. Pero, aun así, era un buen día para trabajar en el campo. De hecho, cualquier día es bueno para eso. Tener contacto directo con la naturaleza, con los animales, y pasar horas junto a los peones más graciosos de esta ciudad, que te hacen reír todo el tiempo con las cosas más ridículas posibles.

—Mirad lo que he encontrado, chicos, una patata con forma de pene. —Pedro dejó de cosechar para mostrar orgulloso su gran hallazgo.

— Y sí que lo parece, y para colmo, es más grande que el mío —comentó otro peón entre carcajadas.

—¡No hay remedio con vosotros, chicos! —Negué con la cabeza riendo.

—Parecen una pandilla de mocosos, uno más descarado que el otro —refunfuñó Donato; los chicos le respetaban más a él que a mí, que soy el jefe.

En realidad, aquel viejo indígena, la mayoría de las veces, incluso me mandaba a mí, pero lo hacía parecer como si la idea fuera mía para no herir mi ego.

—¡Deja de quejarte, hombre! ¿Me vas a decir que eso no es gracioso? —Pedro sujetó la patata con forma de órgano genital y fingió estar meando, haciendo que todo el grupo se revolcara por el suelo de tanto reír.

—¡Sinceramente, no sé qué hacer con vosotros! —Donato acabó riéndose también.

A pesar de las bromas, estábamos trabajando duro en la cosecha de patatas. Filas y más filas de ellas, tierra blanda, el olor de la plantación, el sonido de las azadas clavándose en el suelo. Caminaba entre los peones, ayudando a tirar de las cajas, riéndome de sus tonterías. Ese día estaba realmente feliz, más de lo habitual. Y eso no pasó desapercibido para el capataz de la finca Paraíso.

En un momento dado, Donato se acercó a mí. Se secó la cara con la manga de la camisa, observándome como si intentara descifrar un enigma.

—¿Ha pasado algo, jefe? —preguntó carraspeando—. Hace tiempo que no le veo con esa sonrisa tonta en la cara.

—Solo estoy de buen humor, Donato —dije mientras arrancaba una patata enorme—. Este año será nuestra mejor cosecha, y si ese proyecto de Silvia sale bien, incluso pueda daros a todos un buen aumento de sueldo.

Lo prometí, y todos los peones lo celebraron silbando y lanzando el sombrero al aire. Menos el viejo indígena, que se quedó mirándome con una expresión de risa.

Esa risa burlona...

—Hum, *Silvia*... —repitió en un tono lleno de malicia—. Así que ese es el nombre de la felicidad del señor, ¿sabes que tiene cola de falda en medio?

—No me molestes, hombre. ¡Vete a trabajar! —bromeé dándole una patada en el trasero a Donato y salí corriendo y riendo por el pasillo entre los bancales de patatas.

La gente a nuestro alrededor no podía dejar de reír mientras Donato me insultaba con todo tipo de palabrotas; estaba siendo un día divertido de trabajo. Pero también pesado. Todos dieron gracias cuando llegó la hora de irse a casa a descansar, porque sabían que al día siguiente la saga empezaría de nuevo.

Yo solo podría descansar más tarde, porque tenía esa cena de «negocios» con la arpía indomable. Ya estaba casi listo para salir,

cuando Brenda apareció enfadada.

—No entiendo por qué le has pedido a Sônia que se quede aquí hasta más tarde hoy —refunfuñó, entrando en mi habitación sin llamar a la puerta—. Tengo casi diecisiete años, puedo cuidar perfectamente de mi sobrina yo sola durante unas horas.

—Sé que puedes, pero me quedo más tranquilo dejando a mis dos princesas con un adulto en casa.

—¿Y por qué no has llamado a la abuela Gertrudes entonces? —replicó obstinada—. Ya aguanto a la pesada de Sonia durante el día. No quiero aguantarla también por la noche.

—Te prometo que no llegaré tarde, ¿vale? —Le guiñé un ojo.

Ella mantuvo esa expresión de enfado durante unos tres segundos… hasta que se desvaneció en una sonrisa torcida.

—Solo no estoy enfadada contigo, Seve, porque sé que vas a ir todo guapo así a conocer a mi futura cuñada —dijo, riendo.

—Solo es una cena de negocios, no es una cita. ¿Entendido, jovencita? —Le hice cosquillas y ella se rió a carcajadas.

—¡Deja de mentirte a ti mismo, hermano! Silvia y tú hacéis una pareja preciosa, así que no dejes escapar a esa mujer. —Se puso de puntillas y me arregló el pelo, aún húmedo, con los dedos.

—¿Qué mujer no puede dejar escapar tu hermano? —Sônia apareció en la puerta, con muy mal aspecto.

—Seguro que nadie a tu altura, cariño. —Brenda puso los ojos en blanco y pasó junto a ella resoplando.

—Lo siento, Sonia —dije, rascándome la nuca—. Hablaré con ella más tarde.

—No le hagas caso a tu hermana maleducada, Severide. Solo quiero saber el nombre de la mujer que te tiene así. Tú nunca sales con este capricho. ¿Quién es ella? —Fue directa al grano.

Su tono no me gustó nada. Con las manos en las caderas, esperaba una respuesta por mi parte.

—Con todo respeto, Sonia, soy tu jefe. No tengo ninguna obligación de dar explicaciones sobre mi vida personal —fui directo y tajante.

Sonia dio un paso atrás, avergonzada. Y salió de la habitación. Había entendido el mensaje.

¡Genial!

Me despedí de las chicas, les pedí que se portaran bien y me fui. Me dirigí directamente a la Finca Esperanza, a recoger a Silvia. El corazón me daba unos latidos extraños en el pecho, pero intenté ignorarlos. Cuando aparqué frente a la mansión, respiré hondo, tratando de prepararme para una cena de negocios junto a una mujer que me afectaba más de lo que debería.

Bajé de la camioneta y envié un mensaje para avisar de que había llegado. Me sudaban las manos, parecía como si nunca hubiera salido con una mujer antes.

—Vaya... —Fue lo único que pude decir cuando se abrió la puerta.

Y Silvia salió.

Caminaba despacio, con esa confianza que solo ella tiene. Y… bueno, se me cayó la mandíbula, literalmente, al verla con ese maldito vestido rojo. Un rojo intenso, provocativo. Tirantes finos, largo, un tejido ceñido que le abrazaba el cuerpo como si estuviera hecho a medida.

Llevaba el pelo suelto y natural, cayéndole en amplios rizos por la espalda, brillando bajo la luz del porche. El maquillaje impecable resaltaba sus labios carnosos, pintados de rojo, del mismo tono que el vestido.

Silvia estaba impecable.

Tan guapa que dolía solo con mirarla. Aquello definitivamente no era ropa para una cena de negocios.

—Llegas cuarenta y cinco segundos tarde, paleto. —Me llamó la atención, pero en un tono divertido.

Silvia caminaba hacia mí como si fuera la dueña del mundo. *Elegante. Segura de sí misma.* Seductora sin esfuerzo. Intenté decir algo. Cualquier cosa.

«Buenas noches. ¿Vamos?»

«Estás… preciosa».

No me salió nada.

Me quedé apoyado contra la camioneta, paralizado, tratando de entender cómo una sola mujer podía dejarme tan desarmado solo por el hecho de existir. Nunca antes había sentido nada ni remotamente parecido, y eso me aterrorizaba.

Capítulo 18



Silvia

—¿No vas a abrirme la puerta del coche para que entre, Severide? —Arqueé una ceja.

Porque el hombre estaba inmóvil como una estatua, mirándome fijamente. Ni siquiera parpadeaba.

—Lo... lo siento —tartamudeó, como si se le hubiera atascado la lengua.

Sin embargo, al menos dio la vuelta a la camioneta con torpe prisa y me abrió la puerta para que entrara.

—Gracias. —Entré, intentando no reírme.

El hombre volvió al lado del conductor y, cuando fue a arrancar el vehículo, se lió todo, parecía que se había olvidado de cómo se conducía.

—¡*Maldita sea*! —gruñó cuando la llave se le escapó de la mano y cayó debajo del asiento.

Me incliné un poco, observando la escena con diversión.

—¿Estás bien, Severide? Pareces nervioso. —Tuve que preguntarle.

Recogió la llave con un movimiento rápido, enderezó la postura y evitó mirarme.

—¿Y cómo iba a estar bien contigo tan guapa a mi lado, Silvia? —respondió con otra pregunta, la voz casi un susurro.

El cumplido me pilló desprevenida. Sonreí, pero no respondí. No quería empeorar su estado, porque tal y como estaba de nervioso Severide, era capaz de estrellar la camioneta en un barranco en cualquier momento. Así que me quedé en silencio mientras él conducía.

Pero al cabo de un rato, me di cuenta de que algo iba muy mal.

—Vas en la dirección equivocada, Severide. La ciudad está *por* ahí —señalé hacia el lado opuesto, frunciendo el ceño.

—No vamos a la ciudad —respondió, dejándome más que confundida.

La carretera asfaltada quedó atrás y, de repente, estábamos subiendo por un camino de tierra lleno de baches, piedras y curvas tan cerradas que empecé a agarrarme a la puerta como si eso fuera a salvarme la vida. Con cada sacudida, mi vestido se pegaba más a mi cuerpo, mi pelo se agitaba como si estuviera en un videoclip de Britney Spears de los 80, todo muy extraño.

—No me has traído aquí *para* matarme, ¿verdad? —Lo miré de reojo, intentando no perder los nervios—. Porque este es un escenario perfecto para esconder un cadáver.

Él soltó una risa baja y ronca. El tipo de risa que te pone la piel de gallina sin pedir permiso.

—Tienes mucha imaginación, ¿lo sabías?

—Prefiero llamarlo instinto de supervivencia. —Tragué saliva, mirando a mi alrededor.

Solo muerte, rocas y más subida llena de curvas peligrosas. Mi paciencia estaba al límite.

—Entonces, si no es para matarme, ¿adónde me *estás* llevando? —insistí—. ¿Y por qué tiene que estar tan alto? ¿Vamos a cenar al cielo?

Fue entonces cuando por fin volvió la cara y me miró de verdad. Una de esas miradas que me hicieron sentir un escalofrío recorriendo toda la espalda; incluso me sudaban las manos de los nervios.

—Una mujer como tú se merece cenar contemplando la vista más bonita de la ciudad, Silvia. —Su tono era grave, firme.

Y me dejó sin palabras al instante.

Un rato después, la camioneta se detuvo y lo entendí todo. En la cima de la montaña había un pequeño restaurante inspirado en las cabañas suizas. Era rústico, acogedor, de madera e iluminado por luces amarillentas que parecían luciérnagas atrapadas dentro de faroles de cristal.

Y las vistas…

¡Caramba!

Se podía ver toda la ciudad brillando allá abajo como si alguien hubiera derramado un puñado de estrellas en el valle. Las luces de las casas parpadeaban, la luna se reflejaba en el lago y las montañas dibujaban una línea oscura en el horizonte.

—Vaya… —susurré, encantada—. Ha merecido la pena todo el esfuerzo para llegar hasta aquí arriba.

—Sabía que te iba a gustar, Silvia. —Me guiñó un ojo.

Severide ya no estaba tan nervioso, había recuperado su actitud de hombre de campo seguro de sí mismo.

—Me gusta es poco, ¡me ha encantado! El lugar es perfecto… pero ¿por qué está vacío? —comenté, extrañándome de que no hubiera nadie más allí, aparte de nosotros.

—El restaurante no abre los lunes, pero conozco al dueño y me las arreglé; quería que nuestra cena fuera en un lugar especial.

—Entonces hoy solo seremos nosotros dos como clientes. ¡Qué elegante!

—En realidad, tú serás la única clienta esta noche. Yo seré el chef y te prepararé la cena. —Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta de la cabaña.

Me quedé paralizada.

—¿Vas a cocinar para mí, Severide?

Me miró fijamente, como si estuviera evaluando mi reacción.

—Me dijiste que ningún hombre te había llevado nunca el desayuno a la cama. Así que supuse que tampoco te había preparado la cena ninguno. ¿Me he equivocado? —preguntó.

Asentí lentamente, un poco avergonzada de que eso fuera cierto.

—Me alegro de que *seas el primero* una vez más, Severide. —Me toqué el pelo solo para disimular el nerviosismo.

¡Maldita sea!

Mis mejillas ardían. Y no recordaba la última vez que sentí mariposas en el estómago, como una adolescente insegura.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó, poniendo una canción suave.

El interior del restaurante era tan bonito como las vistas del exterior. Todo era de madera sin tratar, tallada a mano. Me enamoré de la chimenea de piedra que encendió Severide; por la noche hace frío en la cima de la montaña. También había cuadros sencillos y bonitos en la pared, y una lámpara de araña en espiral colgando del techo. La cocina estaba a la vista, para que los clientes pudieran presenciar el espectáculo de cómo el chef creaba sus platos, en directo y a todo color.

—Acepto, sin duda. —Respondí rápido, porque necesitaba urgentemente alcohol en la sangre.

—¿Tinto o blanco? —Me acercó un taburete alto de la barra para que me sentara.

—Tinto.

—¿Seco o suave? —Se inclinó sobre la barra para mirarme fijamente a los ojos.

—Da igual, Severide. Solo dame ese vino ya, por favor. —Me enfadé, y ni siquiera sabía muy bien por qué.

El muy cabrón esbozó una sonrisa. *Encantador.*

—Responde. Soy un hombre *detallista.* —Insistió, en un tono casi provocador.

—Suave. —Sacudí la cabeza, sintiendo un calor que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Excelente elección. —Me entregó la copa.

Di un trago demasiado grande y él se rió.

—Tómatelo con calma, chica. Nuestra noche apenas está empezando, no quiero que te emborraches antes de tiempo. —Me guiñó un ojo.

A continuación, Severide se quitó el sombrero, se desabrochó las mangas de la camisa blanca y se las remangó hasta el codo. Cada movimiento fue lento, calculado, indecentemente sexy. Como si supiera exactamente el efecto que tiene en mí por el simple hecho de existir.

Lo observé coger un delantal y atárselo a la cintura con la naturalidad de quien lo ha hecho muchas veces. Y empezó a cocinar. Severide sostenía la sartén como si fuera parte de su cuerpo. Picó ajo, cebolla, removió las especias, probó la salsa y la ajustó con precisión. El olor subió rápido, invadió el ambiente y me hizo salivar.

Severide hacía que todo pareciera tan espectacular que hasta daba gusto verlo. Lanzó la comida hacia arriba con un movimiento rápido y perfecto, casi aplaudí. En el siguiente, se atrevió con una

llamarada de fuego que iluminó su rostro por un segundo y me hipnotizó; el tipo, además de estar bueno, sabía cocinar bien.

—Y además es bueno en la cama—, susurré para mí misma entre un suspiro.

Cuando por fin estuvo lista la comida, Severide preparó con esmero el plato con un filete de cordero en su punto cubierto de salsa picante y puré de patatas como guarnición, y lo llevó a la mesa de la terraza, justo frente a las hermosas vistas de la ciudad. Intenté ayudarle, pero él me acercó la silla para que me sentara. No me dejó hacer absolutamente nada.

Cuando cogí la botella de vino, porque mi copa no dejaba de llenarse, me la quitó de la mano y me sirvió.

—Déjame eso a mí, Silvia.

—No soy una inútil. —Fruncí el ceño, molesta por tanta atención por su parte.

Ni siquiera era una cita, pero Severide estaba actuando claramente como si lo fuera.

—Sé que no lo es —respondió él, mientras me servía el plato con cuidado—. Pero no pasa nada por dejar que alguien cuide de ti de vez en cuando, ¿sabes?

Me removí en la silla, incómoda de una forma nueva. Porque ya había cenado en sitios absurdamente caros, en compañía de hombres ricachones que parecían más preocupados por el reloj que por mí y solo hablaban de negocios, poder y ego. Pero ninguno de ellos me había frito ni siquiera un huevo. Ninguno había dejado de lado su propia vida ni siquiera por una mísera hora solo para servirme un plato hecho con sus propias manos.

Y ahora ahí estaba Severide, un simple granjero del campo tratándome como si fuera una prioridad. Insistiendo en convertir la maldita cena, que se suponía que era para tratar asuntos profesionales, en algo especial.

¿Y por qué?

Yo era una narcisista declarada, venenosa, orgullosa… y él lo sabía. Aun así, se esforzaba por ser amable conmigo y eso me irritaba profundamente.

—¿No tienes hambre? —Miró el plato intacto que tenía delante.

—La verdad es que estoy hambrienta. Solo me preguntaba si ese puré está hecho con esas deliciosas patatas de tu granja. Porque tiene muy buena pinta.

—De hecho, yo suministro todas las carnes, hortalizas y verduras que se sirven en este restaurante desde que abrió sus puertas, hace unos años —explicó.

—A ver si lo he entendido bien: además de haberlo cocinado, ¿también has cultivado todo lo que hay en este plato?

—¡Exactamente! —confirmó orgulloso.

—¡Caramba, Severide! Realmente sabes cómo impresionar a una mujer.

Corté un generoso trozo del filete de cordero poco hecho y lo mojé en la salsa picante; estaba extremadamente tierno y en su punto. ¿Y el puré de patatas? ¡Dios mío! Simplemente divino.

—Vaya… *se* nota que es de tu granja solo por ese sabor único. Se deshace en la boca. Esto *está* absurdamente bueno. —Me llevé otro bocado a la boca, no podía dejar de comer.

—Me alegro de que te haya gustado, Silvia. —Severide se recostó en la silla observándome devorar el plato.

Nuestra cena estaba siendo increíble y, por primera vez desde que llegué a Nova Aurora, no estaba pensando en objetivos, contratos, beneficios ni plazos.

Estaba simplemente… disfrutando del momento en buena compañía.

Severide es una compañía estupenda, sabe hacer que cualquier tema parezca interesante. Me contó todo sobre su granja,

porque ama y se enorgullece de lo que hace. Y cuando me tocaba hablar a mí, me escuchaba de verdad. Siempre mirándome a los ojos, interesado en cada palabra que salía de mi boca. Hablamos de muchas cosas, nos reímos e intercambiamos pullas, claro.

—Me ha encantado la comida… pero creo que ha llegado el momento de hablar de lo que realmente importa, ¿no crees? —dije, intentando volver a centrar la conversación en el proyecto de productos orgánicos.

Severide ni siquiera fingió que iba a estar de acuerdo. Simplemente me cogió la mano por encima de la mesa, con un toque cálido y firme, y ese simple contacto fue suficiente para darme un ligero escalofrío.

—Tenemos tiempo de sobra para hablar del proyecto más tarde. Antes, tenemos que resolver algo muy importante.

—¿Qué cosa importante? —Arqueé una ceja.

Severide se levantó de la silla, tirando de mí para que me levantara con él.

—Ven conmigo.

Lo seguí por el pasillo de la cabaña hasta una puerta junto a la bodega. Cuando la abrió, vi la sala de juegos. Era espaciosa, acogedora, con paredes de madera y un sofá de cuero desgastado. Y justo en el centro, una preciosa mesa de billar, de esas que salen en las películas.

Allí lo entendí todo: quería la revancha.

—No vas a estar tranquila hasta descubrir quién es el mejor en una mesa de billar, ¿verdad, paleta? —Me volví hacia él mientras me dirigía directamente al soporte de los tacos.

Yo era competitiva. Severide también. Era una cuestión de honor.

— Ni de coña, arpía —Su mirada era desafiante.

Cogí un taco y probé su peso en la mano. Severide me observaba atento, estudiando cada uno de mis movimientos.

—Si gano, ¿qué gano? —pregunté, sin disimular la provocación.

—Puedes pedirme lo que quieras —colocó las bolas en el triángulo con calma, como si fuera un ritual—. Y lo mismo vale *para* mí.

—¡Perfecto! Entonces empecemos esta partida decisiva. —Nos dimos un apretón de manos, sellando el acuerdo.

Di el primer golpe.

El chasquido de las bolas al chocar resonó por la sala, y sentí cómo la adrenalina crecía dentro de mí. Ganar siempre era una obligación para mí. La disputa fue reñida. Severide jugaba sin prisas, como si cada golpe estuviera pensado con mucha antelación. Yo jugaba por impulso, por instinto, por odio competitivo.

Solo me faltaba una bola para ganar la partida, cuando el granjero decidió actuar.

—¿Qué pasa, Silvia? Pareces nerviosa. —Se acercó sigilosamente, colocándose detrás de mí.

—Para nada, estoy concentrada como siempre. —Respiré hondo, hasta me estaba sudando frío en la frente.

—Ya…—Severide se acercó lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo.

El perfume rústico, limpio, masculino.

El tipo de cercanía que parecía inofensiva, pero no lo era. Y cuando se inclinó un poco, como si quisiera observar el ángulo de la bola, su aliento rozó mi nuca.

Me puse tensa.

—Severide… —le advertí, sin girar la cara. —¡Eso es juego sucio!

—¿Qué? No estoy haciendo nada —se hizo el difícil. —Solo estoy viendo si vas a acertar, ¿no puedo?

Sentí su sonrisa de cabrón detrás de mí.

¡Hijo de puta!

Intenté ignorar el hecho de que mi corazón había perdido por completo el ritmo cerca de él, apunté e intenté concentrarme, y funcionó. Acerté. La bola entró perfecta.

—¡Toma eso, paleto! —grité como una loca, victoriosa.

Él soltó una risa ahogada y levantó las manos en señal de rendición.

—*Está* bien, Silvia. Has ganado. —Tuvo que aceptar la derrota.

—Entonces ahora puedo pedirte cualquier cosa, ¿verdad? —Me enderecé, triunfante, apoyando el palo en el suelo.

Severide dio un paso hacia mí, lentamente. Su mirada ya no era de broma. Era la de un hombre dispuesto a cualquier cosa para satisfacerme.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz sonó grave.

Abrí la boca para decir cualquier cosa. Cualquier cosa segura. Una provocación. Una petición ridícula que lo dejara en ridículo. Una revancha. Pero no salió nada. Porque Severide estaba demasiado cerca. Y entonces se acercó aún más y me levantó la barbilla con el pulgar y el índice, con un cuidado que me desestabilizó por completo.

—¿Te gustaría saber qué te pediría si hubiera ganado? —Severide inclinó la cara, lentamente, como si me diera tiempo para huir.

Como si quisiera poner a prueba hasta dónde le dejaría llegar.

—Me gustaría saberlo —continuó, en voz baja—. ¿Por qué tienes tanto miedo de involucrarte emocionalmente con alguien,

Silvia?

La pregunta me dio de lleno.

Y lo odié.

—No le tengo miedo a nada en esta vida, Severide —afirmé, y fui aún más lejos—. Ni siquiera a la muerte.

—¡Sí que lo tienes! Por eso te esfuerzas tanto por ser siempre la villana de la historia, pero sé que estás muy lejos de serlo —hizo su análisis, sacándome aún más de quicio.

—No te hagas ilusiones, paleto. No sabes nada de mí —le ataqué.

Severide no apartó la mirada. Al contrario. Parecía aún más atento.

—¿Quién te ha hecho tanto daño para que tengas que ser tan dura? —Insistió.

Se me revolvió el estómago. No quería esa conversación. No allí.

No con él.

—Nadie me ha hecho daño, ¿vale? —respondí, golpeando con fuerza la mesa con el palo que tenía en la mano—. Soy mala por naturaleza. Ya está. ¿Podemos cambiar de tema ahora?

—¡No! —dijo él, firme, sin levantar la voz—. No puedes vivir guardándote todo ese dolor para siempre. Un día morirás asfixiada por él.

Esa frase me atravesó como un cuchillo. Y fue entonces cuando perdí el control. Todo lo que había estado conteniendo durante años, todo lo que había estado reprimiendo y ocultando tras el trabajo, la ambición, el sarcasmo y el veneno… empezó a subir y explotó con la fuerza de una bomba atómica.

—¿Quieres saber por qué estoy tan destrozada, Severide? Mis padres no pueden quererme porque no soy el hijo varón con el que

soñaban —las palabras salieron antes incluso de que decidiera decirlas—. ¿Ya estás contento? ¿Era eso lo que querías oír?

Se quedó inmóvil, pero sus ojos cambiaron. No había juicio en ellos. Solo pena. Y yo continué, como si su silencio hubiera abierto una puerta por la que nunca había dejado que nadie pasara.

—Lo pasé fatal en esa casa infernal. Me criaron dos monstruos que me miraban como si fuera un error, me pegaban, me humillaban y me castigaban sin motivo alguno —mi voz se quebró, pero tenía que soltar el resto—. Crecí deprimida, a los quince años ya era adicta a los antidepresivos.

Me abracé a mí misma, con las manos temblorosas. Luego continué:

—El año pasado… casi muero de una sobredosis. Por eso Barreto me envió aquí, para sacarme del caos que era mi vida en São Paulo. —Revelé mi lado más oscuro.

Solo me di cuenta de que estaba llorando cuando sentí una lágrima caer sobre mi barbilla; otras muchas le siguieron.

—De verdad siento mucho que hayas pasado por todo eso, Silvia. —Intentó tocarme la cara, pero no se lo permití.

—Sí, Severide, yo también lamento haber crecido en una familia de mierda —sonreí con amargura—. Y si no me encariño con nadie, no es por miedo, sino porque no sé cómo amar a nadie. Al fin y al cabo, es imposible dar lo que nunca has tenido. —Le di la espalda y me fui de allí; necesitaba respirar aire fresco.

Me acerqué al borde de la terraza, contemplando las vistas como si aquellas luces de abajo pudieran tragarse todo mi dolor. No quería que Severide viera mi lado débil. No quería que nadie lo viera, pero también estaba harta de hacerme la mujer fuerte durante todo ese tiempo.

Hacer de villana es más agotador de lo que la gente cree, y yo ya había superado mi límite hacía tiempo.

Capítulo 19



Severide

Silvia estaba de pie al borde de la terraza, con las manos firmes en la barandilla, contemplando la vista hacia abajo como si aquella ciudad iluminada pudiera responder a algo que ella no era capaz de decir en voz alta. El viento allí arriba era frío y constante. Le azotaba el pelo y le despeinaba los largos rizos con insistencia, como si la propia naturaleza intentara ofrecer algún tipo de consuelo a una mujer que vivía en guerra consigo misma.

Sus hombros temblaban ligeramente, tratando de controlar la respiración, como si llorar fuera una derrota… y respirar lo suficientemente hondo pudiera empujar el dolor de vuelta al lugar donde lo había estado escondiendo durante demasiado tiempo, detrás de su pose de chica dura.

No dije nada.

Porque no existía palabra que pudiera arreglar la terrible infancia que Silvia había tenido. Ni frase lo suficientemente bonita como para borrar la crueldad de unos padres que no supieron amar a una hija solo porque ella no encajaba en el molde del *«hijo varón* perfecto» que se habían inventado en la cabeza.

Solo me acerqué.

Despacio. Con cuidado.

Cuando me detuve detrás de ella, vi que tenía las manos blancas de tanto apretar la barandilla. Todo el cuerpo rígido. Parecía mantenerse en pie por pura terquedad, haciendo fuerza para no derrumbarse delante de mí.

Le puse la palma de la mano en medio de la espalda, sintiendo la tensión en sus músculos.

—No tienes que fingir todo el tiempo que eres fuerte, Silvia —le dije en voz baja—. Al menos… *no conmigo.*

Le rodeé la cintura con los brazos y la atraje hacia mí. No fue un abrazo delicado. Fue el abrazo fuerte de quien sujeta a alguien en medio de un huracán, para no dejar que esa persona se pierda en la tormenta.

Silvia se tensó al instante.

Su cuerpo se tensó, y sentí su intento inmediato de soltarse, de alejarse de mí, de volver a ponerse la máscara afilada de la mujer que sabe exactamente qué decir para herir antes de que la hieran a ella.

Porque, la mayoría de las veces, cuando alguien crece aprendiendo a ser el blanco… la defensa se convierte en ataque.

—¡No! —protestó, tratando de soltarse, y casi pude oír cómo crujía la armadura en su interior—. Aléjate de mí, Severide.

Exigió.

No me moví ni un centímetro.

Al contrario, la abracé aún más fuerte. No como quien retiene, sino como quien protege. Como quien dice sin palabras: *estoy aquí*. No tienes que luchar ahora.

Y fue entonces cuando Silvia finalmente cedió.

Primero poco a poco, como si su cuerpo no creyera que podía relajarse. Después de un momento, como si todo lo que había

aguantado durante años hubiera encontrado una rendija en mi pecho.

—Estoy tan cansada… —susurró, y se derrumbó por completo.

El llanto fue fuerte, entrecortado, urgente.

Silvia hundió la cara en mi camisa y sentí cómo la tela se humedecía poco a poco, volviéndose pesada con las lágrimas. Todo su cuerpo temblaba, y cada sollozo parecía cargar con más que aquella noche, más que el mundo entero, más que cualquier cosa.

Era un llanto antiguo.

El llanto de la niña a la que sus padres no amaron. El llanto de la adolescente que se tragó una montaña de medicamentos fuertes para no sentir nada más. El llanto de una mujer que aprendió a ser cruel, porque nadie le cogió de la mano cuando lo necesitaba y le dijo que ya era suficiente, y que no tenía que demostrar nada para merecer el amor de alguien.

Así que se lo diría a Silvia ahora. Y tantas veces como fuera necesario. Hasta que entendiera que no había absolutamente nada malo en ella.

—Eres lo mejor que les ha pasado a tus padres en la vida, Silvia—, le acaricié el pelo con cuidado, como si fuera lo más precioso del mundo. —Y siento mucho que ellos no fueran capaces de darse cuenta de eso.

Ella no dijo nada, solo lloró durante un largo rato, hasta que los sollozos fueron disminuyendo, quedando solo la respiración pesada y temblorosa, el cuerpo aún pegado al mío como si yo fuera el único lugar seguro en mar abierto.

—¿Te sientes mejor ahora? —Le di un beso en la coronilla.

Ella solo hizo un pequeño gesto con la cabeza, casi imperceptible.

—*Está* haciendo frío aquí fuera, Silvia. Te llevaré *a* casa. No quiero que te resfríes. —Le pasé el pulgar por la cara y le sequé una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

—No quiero irme *a* casa, Severide. —Dejó escapar un breve sollozo y negó con la cabeza.

Respiré hondo y le sujeté la barbilla con cuidado, haciendo que me mirara. Los ojos enrojecidos y brillantes. La boca hinchada. El rostro marcado por las lágrimas. Y aun así… absurdamente hermosa. No esa belleza arrogante de la arpía indomable que domina cualquier ambiente.

Era otra cosa.

Una belleza desnuda. Humana. Real.

—Entonces, ¿qué quieres, Silvia? —le pregunté con calma, sin presionarla.

Ella tragó saliva. Los dedos aferrados a mi camisa, como si necesitaran anclarse a algo.

—Quiero que seas el primero… una vez más en mi vida, Severide —respondió.

Eso me pilló desprevenido.

—¿El primero en qué? —Analicé atentamente sus rasgos.

Silvia respiró hondo, con la voz ronca, pero decidida.

—Quiero que hagas el amor conmigo, Severide. Quiero saber qué se siente… al ser amada por alguien. *Aunque solo sea por una noche*.

Se secó la cara con el dorso de la mano, pareciendo enfadada consigo misma por haber llorado. Me quedé quieto, unos segundos sin responder.

—Pero dijiste que no te acuestas con el mismo hombre dos veces —le recordé, porque guardaba cada frase suya, incluso cuando fingía que no me importaba.

No quería que Silvia actuara por impulso. Y mucho menos por necesidad o por haber bebido demasiado. Quería estar seguro de que era una decisión suya, y no porque viera en mí una especie de vía de escape de todo su tormento.

—Eso fue antes de conocerte, Severide. Antes de que tú… me vieras de verdad —su voz sonó baja, pero firme—. *Ahora… todo es diferente.*

Afirmó.

A continuación, me besó.

No fue como los otros besos que nos habíamos dado, llenos de desafío y rabia disimulada. No tuvo esa urgencia brutal, ni esa provocación. *Fue lento. Cuidadoso*. Un beso que pedía permiso y, al mismo tiempo, lo entregaba todo.

Y eso me desarmó.

Acaricié su frente con la mía por un segundo, respirando el mismo aire, sintiendo su decisión allí, sólida y tan viva.

—Si eso es lo que quieres… —la miré a los ojos—, te amaré esta noche como si nada de lo que hay ahí fuera importara.

Pasé un brazo por debajo de sus piernas y otro por su espalda, y la levanté del suelo con cuidado. Silvia soltó un suspiro bajo y se aferró a mi cuello, escondiendo el rostro en el mío como si ese fuera el único lugar seguro en el que hubiera estado antes. La abracé con más fuerza, decidido a no dejarla caer. *Nunca más*.

La llevé al interior de la cabaña, la puerta se cerró tras nosotros y el mundo quedó fuera, lejano, amortiguado. La chimenea crepitaba, proyectando sombras cálidas por las paredes, y aquella luz anaranjada hacía que la piel de Silvia pareciera aún más suave, aún más viva. La tumbé lentamente sobre la manta de felpa, justo frente al fuego. Como si cualquier brusquedad pudiera asustar a la mujer que, durante tanto tiempo, solo había sabido luchar.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular. Me arrodillé a su lado y le acaricié el rostro con los dedos, recorriendo su delicada

boca y la línea del cuello.

—Mírame —le pedí en voz baja, sin ordenar, solo con mi presencia.

Silvia me miró.

Me incliné y le besé primero la frente. Luego la sien. Después la punta de la nariz. Besos sencillos, lentos, quería enseñarle a su cuerpo que el cariño también existe. Cuando mis labios encontraron los suyos, el beso vino cargado de entrega.

—Si en algún momento quieres parar… —comencé.

—No quiero parar —me interrumpió ella—. Solo sigue tocándome, por favor. —Casi suplicó, dándome carta blanca total.

Deslicé el tirante del vestido lentamente, sin prisas, quería prolongar ese momento para ella tanto como fuera posible. Mi boca siguió el recorrido de la tela roja, dejando un rastro cálido de besos en la suave piel. Silvia contuvo la respiración, y sentí cómo sus dedos se cerraban sobre mi camisa, arrugando la tela como si necesitara agarrarse a algo.

—*Severide…* —gimió mi nombre.

Besé su clavícula, el hombro, y fui bajando lentamente, venerando cada pedacito como si tuviera todo el tiempo del mundo y ella fuera algo sagrado. La luz de la chimenea titilaba sobre su cuerpo, y vi cómo Silvia reaccionaba a cada caricia, reaprendiendo a sentir sin defenderse.

Ella llevó la mano hasta mi rostro, con los dedos temblando ligeramente, y me atrajo hacia ella, exigiendo mi boca de nuevo. Su beso cobró fuerza, hambre, pero aún así tenía una dulzura que nunca había visto en ella.

—Eres irresistible, Severide Ferreira… —susurró entre beso y beso, y yo sonreí contra su boca.

—No tanto como tú, Silvia Cabrini. —Le mordisqueé el lóbulo de la oreja y ella gimió en voz baja.

Cuando me quité la camisa, sentí su mirada recorrerme sin pudor. Y cuando volví a inclinarme sobre ella, Silvia se entregó a mí por completo. La atraje hacia mí, uniendo nuestros cuerpos, y la oí soltar un suspiro que parecía mitad alivio, mitad deseo.

Le pasé la mano por la cintura, por la espalda, por esas curvas que antes me sacaban de quicio y ahora me dejaban sin aliento de una forma diferente. Porque además del deseo, ahora también había *sentimiento*. Y allí, sobre la alfombra de aquel salón frente a la chimenea encendida, hicimos el amor.

Lentamente.

En mis brazos, Silvia ya no tenía que demostrar nada. No tenía que ser fuerte. No tenía que atacar primero. Yo fui guiando cada movimiento, mostrándole lo que es ser *amada* de verdad.

Capítulo 20



Silvia

El sol aún estaba saliendo cuando salimos del restaurante y bajamos por el valle, de vuelta a casa. Esa luz dorada fue invadiendo el horizonte lentamente, pintando las montañas y dando a la carretera de tierra un aire de película romántica. Pero el ambiente dentro del coche era completamente diferente. Severide conducía con un ojo en la carretera y el otro en mí. Yo estaba tensa como un palo desde que me desperté esa mañana, evitando cualquier tipo de contacto visual con él.

No intercambiamos más de cinco palabras, porque no sabía cómo actuar después de todo lo que habíamos vivido la noche anterior. Ese hombre tan sencillo a mi lado hizo más por mí en una sola noche que mis padres en toda mi vida. Severide fue tan amable y cariñoso conmigo que solo de recordarlo me daban ganas de llorar. No de tristeza, sino de emoción por saber lo que es que alguien te trate con *amor*.

Cada vez que me tocaba, era como si una herida dentro de mí se curara. Ya no me sentía vacía. Por primera vez en mi vida, me sentí completa.

Suficiente.

Eso debería ser algo bueno, pero no lo era. De hecho, daba miedo. Cuando creces teniendo que valerte por ti misma, tratada por tu propia familia con total desprecio, no aprendes a dar ni a recibir cariño de otras personas. Y menos aún de alguien como Severide, que sabe exactamente cómo hacer que una mujer se sienta única, incluso en un mundo con ocho mil millones de personas.

—Sabes que tenemos que hablar de lo que pasó anoche, ¿verdad? —Severide detuvo la camioneta de repente, en medio de la carretera.

Los rayos de sol atravesaban el cristal y le daban en la cara, iluminando sus preciosos ojos verdes. Era algo fascinante de ver, ni siquiera me di cuenta de cuándo solté un suspiro, encantada. Era como si, de la noche a la mañana, aquel paleto se hubiera convertido en un príncipe azul para mí.

Cada vez que me miraba, me entraban ganas de abalanzarme sobre él y no salir de allí tan pronto.

—En realidad, no tenemos que hablar de nada. Solo quiero irme a casa. —Intenté parecer segura.

—Lejos de mí, supongo.

—Exactamente, Severide. —Respondí, más bruscamente de lo que quería.

—No te entiendo, Silvia. Primero me pides que haga el amor contigo, y fue increíble. Pero ahora actúas como si estuvieras enfadada conmigo, y no tengo ni idea de por qué.

—No estoy enfadada contigo. Solo... —No pude terminar la frase.

—Solo te has vuelto a poner la coraza de arpía indomable porque tienes miedo de que te haga daño, como te han hecho todas las personas de tu vida. —Respondió él mismo por mí.

—No quiero tener esta conversación contigo, Severide. Voy a terminar el camino hasta la granja andando. —Salté de la camioneta antes de que pudiera decir nada.

El corazón me latía demasiado rápido, como si intentara escapar de mi pecho. Empecé a caminar por el camino de tierra, en dirección a la Finca Esperanza, sintiendo el peso de la decisión a cada paso. No quería hablar, pero sabía que debía hacerlo.

—Silvia, vuelve al coche —su voz me siguió, firme.

Fingí no haberlo oído. El viento me azotaba la cara, cálido, casi sofocante, y me aferré a esa incomodidad física para no pensar en la noche anterior. En la forma en que Severide me había tocado. En la forma en que yo había cedido.

En lo mucho que me había gustado.

—Deja de comportarte como una niña —dijo, ahora más cerca.

Eso me dio en el clavo, porque nunca he sido inmadura en lo que respecta a los hombres. Pero con *Severide todo es diferente*. Por eso seguí caminando. Si me paraba, me derrumbaría.

Entonces, todo sucedió demasiado rápido.

Sentí unos brazos fuertes rodearme por la cintura y, al segundo siguiente, mis pies ya no tocaban el suelo. Un grito se me escapó de la garganta cuando Severide me echó al hombro, como si fuera uno de los sacos de patatas que ayudaba a cargar y descargar de su plantación.

—¡Suéltame! —le di un golpe en la espalda, invadida por una mezcla de rabia y vergüenza—. ¡No tienes derecho a hacer eso!

—Sí que lo tengo, cuando decides huir en lugar de hablar como un adulto normal —respondió, sin bajar el paso.

Me metió en la camioneta de una manera nada amable, cerró la puerta con un golpe seco que resonó dentro de mí. Cuando se sentó en el asiento del conductor, tenía el rostro cerrado, duro, irreconocible.

—Si quieres fingir que la noche increíble que pasamos ayer no ocurrió, genial —dijo, arrancando el motor, con una voz fría como el

acero—. Yo haré lo mismo.

Contuve la respiración. Esas palabras me desgarraron por dentro como una espada afilada.

—De ahora *en* adelante, Silvia —continuó él—, solo hablaremos de trabajo, ¿vale? Solo eso.

Lo decretó.

El silencio que siguió fue brutal. Severide condujo con la espalda erguida y sin mirarme ni una sola vez, como si fuera invisible. Cuando la camioneta se detuvo frente a la verja de la Finca Esperanza, él solo desbloqueó la puerta. Ni una palabra. Ni un adiós. Bajé y me quedé allí, parada, mientras el coche se alejaba levantando polvo.

Llevándoselo lejos de mí.

Entré en casa como si estuviera huyendo de algo. Me temblaban tanto las manos que casi se me cae el bolso al suelo nada más entrar. Era como si las paredes se hicieran eco de lo que yo intentaba evitar: pensamientos, sensaciones… y él.

Severide Ferreira.

Solo de recordar la hermosa noche que pasamos juntos, se me oprimía el pecho. Necesitaba ayuda. Ya. Sin pensarlo dos veces, cogí el móvil y marqué el número de mi psicóloga, Vanda. La única persona que tenía el valor suficiente para mirarme a los ojos sin filtros, sin rodeos, sin acariciarme la cabeza.

El teléfono sonó varias veces hasta que ella contestó.

—Silvia, ahora no puedo hablar. Estoy atendiendo a un paciente.

—¡Pues despídelo! —espeté, con una voz más alta de lo que pretendía—. No importa quién sea. Necesito hablar contigo, es urgente.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Sabía que me estaba analizando, aunque no me viera.

—¿Qué está pasando? —preguntó, ya con otro tono, más atento.

—Yo… no consigo respirar bien.

Otro segundo de silencio.

—Dame cinco minutos. Te llamaré por videollamada. —La llamada se cortó antes de que pudiera responder.

Empecé a dar vueltas por la sala, pasándome las manos por el pelo, intentando llenar los pulmones de aire, pero este simplemente no se quedaba. Mi corazón parecía descoordinado, demasiado acelerado, como si quisiera salirse del pecho.

Cuando el móvil volvió a sonar, contesté al instante. La imagen de Vanda, una mujer de mediana edad, apareció en la pantalla. Como siempre, postura erguida, expresión firme, mirada directa. Sin sonreír.

—Dime qué ha pasado —pidió, sin rodeos—. ¿Has tenido alguna recaída con los antidepresivos?

—No —respondí, mordiéndome las uñas sin darme cuenta—. Es… es mucho peor que eso.

Ella arqueó una ceja.

—¿Peor que eso?

—Mucho peor —confirmé.

Su silencio me presionó para que continuara.

—Conocí a un chico —confesé de una vez, como si me arrancara una tirita—. Y no sé qué estoy sintiendo. Solo sé que… da miedo.

—¿Da miedo cómo? —preguntó ella, inmediatamente alerta—. ¿Intentó hacerte daño de alguna manera?

Negué con la cabeza, aunque sabía que ella no necesitaba ese gesto.

—No. Él… —tragué saliva—. Anoche hizo el amor conmigo.

Por un instante, Vanda se quedó en silencio. Eso, viniendo de mí, claramente no era algo habitual.

—Y estás en pánico porque te gusta ese hombre y no sabes cómo actuar —concluyó ella, con una calma irritante.

—¡No me gusta ese paleto en absoluto! —estallé—. Ni siquiera sabe hablar bien, lleva vaqueros raídos, camisa a cuadros, sombrero de cuero… ¡y esas ridículas botas viejas!

Vanda no reaccionó. Solo me miró.

—Y, aun así, te has enamorado de él, querida —dijo, tranquila —. Y, por lo que parece, va en serio.

—¡Deja de decir eso, Vanda! —prácticamente grité—. ¡No estoy enamorada de Severide en absoluto!

Mi propio tono me asustó. Ella respiró hondo, manteniendo la voz firme.

—Tienes que calmarte, Silvia. Esto es un ataque de pánico, provocado por viejos desencadenantes —explicó.

Cerré los ojos, sintiendo cómo aumentaba la presión en el pecho.

—Estás reaccionando así porque te has pasado toda la vida lidiando con el rechazo —continuó—. Tus padres nunca te aceptaron desde que naciste. Y ahora que has encontrado a alguien que te ve, que te acepta tal y como eres… no sabes cómo lidiar con eso.

Sus palabras me dieron de lleno.

Demasiado fuerte.

—No quiero hablar de los padres de mierda que tengo, Vanda. Hoy no. —Respiré hondo—. Puedes volver con tu otro paciente.

Antes de que mi psicóloga pudiera preguntarme nada, colgué el teléfono. Yo era Silvia Cabrini, podía manejar cualquier situación por mí misma.

Eso es lo que pensé...

Pero el tiempo pasó, y Severide cumplió su promesa con precisión quirúrgica. Me trataba con una frialdad calculada, como si aquella noche —demasiado hermosa para ser olvidada— nunca hubiera existido. Hablaba solo lo indispensable, siempre formal y distante.

Irónicamente, los dos funcionábamos muy bien juntos. El proyecto de productos orgánicos avanzó a un ritmo acelerado. En poco tiempo, encontramos un edificio excelente en el centro de la ciudad y alquilamos todo el espacio para albergar la distribuidora. Con el generoso capital de mi jefe, Otávio Barreto, compramos camiones, invertimos en equipos modernos y montamos toda la estructura necesaria para empezar.

Severide se encargó de esa parte con la competencia de quien ha nacido para ocuparse de los aspectos prácticos. Maquinaria, rutas, logística: todo pasaba por él. Yo me quedé con lo que siempre se me dio mejor. Creé la identidad de la marca, planifiqué campañas, redes sociales y presentaciones corporativas. Ya negociaba con cadenas de fruterías y grandes mercados de las ciudades más importantes. Llamadas interminables, reuniones en línea y contratos en borrador.

Dormía poco. Pensaba demasiado. Trabajaba como si ese proyecto fuera lo único que me mantenía en pie.

Quizá lo fuera.

Porque estar tan cerca de Severide y, al mismo tiempo, tan excluida de su mundo, era un tipo especial de tortura. Nuestras oficinas estaban una frente a la otra. Nos cruzábamos todo el tiempo, pero él nunca me miraba. Cabeza gacha, pasos firmes, siempre yendo en dirección contraria a la mía.

—Mejor así. Cuanto menos contacto tenga con él, más fácil será olvidarlo cuando me vaya de esta jodida ciudad —murmuré, mirando la pantalla del ordenador.

Intentaba cerrar un gran contrato con el dueño de la mayor cadena de supermercados del estado. Al tipo se le conocía como el rey de los productos orgánicos de Goiás. El mero hecho de que nuestra exportadora trabajara con ellos ya pondría la marca en el punto de mira. Por eso, de una forma u otra, tenía que conseguir que ese acuerdo saliera bien.

El problema era sencillo —y cruel—: éramos nuevos en el mercado. Llamar la atención del rey de los productos orgánicos rayaba en lo imposible. Lo máximo que conseguí fue suplicarle a su asistente unos minutos de conversación con el todopoderoso. Ella prometió intentarlo, pero sin garantizar nada. Desde entonces, no me despegaba del teléfono, a la espera de un milagro.

—¿A quién es más fácil olvidar, jefa? —preguntó Francisca, mi nueva secretaria.

Ella siempre entraba en mi despacho sin llamar todos los días, casi matándome del susto.

—A nadie. Y deja de llamarme jefa, porque lo detesto —respondí, sin paciencia con la gente zalamera.

Aquella criatura llevaba los mismos zapatos gastados todos los santos días, aparte de los vestidos de flores, a cuál más feo. Era demasiado sencilla, demasiado tímida. Hablaba mirando al suelo, apenas sabía encender el ordenador. Si hubiera dependido de mí, nunca la habría contratado. Pero el padre Bento insistió. Su padre había fallecido, su madre estaba enferma y Francisca mantenía la casa ella sola.

—Disculpe, solo quería saber si sabe dónde está el señor Severide.

—No vendrá a la sede esta mañana, está comprobando personalmente cómo va el proceso de cosecha de cada uno de los

agricultores. Porque cuando empecemos con las entregas, no puede haber errores —le expliqué.

Mi secretaria dudó antes de continuar.

—Ha llamado el colegio de su hija. Ha surgido un problema y no han podido localizar a ningún responsable.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué tipo de problema?

—No lo han dicho.

—Mierda —cogí el bolso por impulso—. Echa un ojo a todo esto, por favor. Ahora vuelvo.

Fui al colegio echando chispas por las orejas. Precisamente no quise tener hijos para no tener que lidar con este tipo de situaciones. Al llegar, pedí hablar directamente con la directora. Me esperaba en una sala fría. Ropa en tonos neutros, cabello canoso recogido en un moño demasiado apretado, dientes grandes y una expresión dura. Un lunar peludo en la punta de la nariz hacía difícil mantener la mirada en ella por mucho tiempo, parecía una bruja de los libros infantiles.

—¿Cuál es su relación con la alumna? —preguntó, recelosa, mirándome por encima de las gafas.

—La chica guapa es la novia de papá, incluso ya se han acostado juntos —respondió una voz infantil, casi matándome de verdad.

Miré hacia un lado. La niña estaba sentada encogida en un rincón, demasiado pequeña para toda aquella tensión.

—No sabía que el señor Severide tuviera novia —comentó la directora, visiblemente molesta.

—Ha sido algo rápido —esbocé una sonrisa forzada—. Pero ¿puedes decirme qué ha pasado?

—Isabela empujó a una compañera por las escaleras. Por suerte, solo se hizo un rasguño en la rodilla.

—¿Está segura? —mi voz se endureció—. Esa es una acusación grave.

—Ella lo ha confesado. Tenemos las imágenes de la cámara.

— ¿Y el motivo? — insistí. — Belinha no haría daño a nadie sin razón.

La niña bajó la cabeza, avergonzada.

—Clara me dijo que no podía participar en la obra del Día de la Madre… porque solo tengo padre —contó, conteniendo el llanto.

Algo se rompió dentro de mí.

—A ver si lo he entendido bien —crucé los brazos—. ¿Una niña reacciona ante una burla cruel de otra niña y solo ella va a ser castigada?

—No toleramos la violencia en esta institución, señorita — respondió la directora, de forma automática.

—*El acoso escolar* también es violencia —repliqué—. Y a la Secretaría de Educación le encantará saber cómo eligen ignorar eso.

La bruja palideció.

—Si expulsan a Belinha, también deben expulsar a la otra alumna —continué, firme—. De lo contrario, volverá a oír hablar de mí.

Salí de allí con la niña en brazos, invadida por una indignación que ni siquiera era mía.

—¿Adónde vamos, guapa? —preguntó ella, acurrucándose en mi hombro.

—A casa de tu bisabuela, cariño. Tengo que trabajar.

—La bisabuela se ha ido de viaje, a visitar a una pariente que está enferma.

—¡Qué maravilla! —Puse los ojos en blanco.

—¿Podemos pasar por el parque para jugar un rato? Me gusta el columpio que hay allí. —Hizo una carita tan mona que era imposible decirle que no.

—¡Vale! Pero solo cinco minutos, yo... —me interrumpió.

—Eres muy maja, guapa. —Y entonces me dio un beso en la mejilla.

Sonreí sin darme cuenta.

Me compadecí de lo que le había pasado a Belinha, porque, aunque mi madre aún estaba viva, no había estado presente en mi vida. Nunca fue a una fiesta del Día de la Madre en el colegio. Conocía bien ese vacío, el *acoso*, el llanto silencioso mientras otros niños recibían cariño.

Quizá por eso defendí a Belinha con tanta furia. O quizá porque ella —y su padre— ya significaban más para mí de lo que estaba dispuesta a admitir.

Capítulo 21



Severide

Llegué a la oficina con el cuerpo pesado y la cabeza palpitando después de pasar toda la mañana en la carretera, pero, gracias a Dios, en todas las granjas la cosecha estaba dentro de lo esperado. Mejor aún: la mayoría de los agricultores conseguirían terminar el proceso antes de la fecha límite, no teníamos ningún motivo para preocuparnos.

—Buenas tardes, Francisca. ¿Cómo van las cosas por aquí? —pregunté, dejando el maletín sobre el mostrador.

—Buenas tardes, señor Severide. Todo va bien, sí… —respondió ella, vacilante por un segundo—. Pero la escuela de su hija llamó antes buscándole, aunque la señora Silvia fue hasta allí y lo resolvió todo.

—¿Cómo que Silvia fue allí y lo solucionó todo? ¿Y por qué no me llamaron directamente a mí? —Me preocupé.

—Lo intentaron, pero no consiguieron hablar con ningún responsable de la niña —explicó.

En ese mismo instante metí la mano en el bolsillo y encontré el móvil apagado; ni siquiera me había dado cuenta de que se había quedado sin batería. Y justo el día en que la niñera de mi hija pidió

el día libre para resolver un problema personal, y mi abuela se fue al campo a visitar a un conocido enfermo con el padre Bento. Debería haber estado más atento, por si acaso surgía algún imprevisto con Belinha.

Pero es que había estado trabajando tanto en la cosecha de mi finca y en el proyecto de la empresa exportadora, que estaba distraído.

—Maldición… —murmuré.

—Pero ahora todo está bien, no te preocupes —se apresuró a decir—. La señora Silvia ha traído a su hija aquí. Están en su habitación.

—Muchas gracias, Francisca.

Seguí por el pasillo, todavía perplejo ante la situación, y solo me detuve cuando llegué a la puerta del salón de Silvia. Y la escena que vi me impactó de lleno. Ella estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, completamente a gusto. Belinha, sentada a su lado, le hacía trenzas en el pelo con una concentración casi solemne. Las dos charlaban animadamente, reían en voz baja, como si compartieran un secreto solo suyo.

Y yo me quedé allí, ni sé cuánto tiempo, parado en la puerta, observando. Mi hija estaba a gusto. Feliz. Y Silvia… parecía pertenecer a ese momento de una forma que no tenía ningún sentido para mí, quizá ni siquiera para ella misma.

Y antes de que pudiera evitarlo, una sonrisa se dibujó en mi rostro al verlas a las dos juntas llevándose tan bien.

—¡Hola, papí! ¡Ya has llegado! —Belinha corrió hacia mí y se subió a mi regazo.

—Hola, mi amor—respondí, apretándola contra mi pecho—. ¿Qué ha pasado en tu colegio?

—Empujé a Clara por las escaleras, es pesada —contó—. Dijo que no puedo participar en la obra de la fiestita del Día de las Madres porque solo tengo papá.

Mi sonrisa se desvaneció al oír eso.

—Estoy muy decepcionado contigo, hija —le dije, serio—. ¿Qué te dijo papá sobre pelearse en el colegio?

—Que está mal… y que las niñas buenas no hacen eso — encogió los hombros, con la cabeza gacha.

—Exactamente —confirmé—. ¿Y le has pedido perdón a Clara?

—Pero fue ella quien empezó, papá. ¡No es justo! —replicó, indignada.

Antes de que pudiera responder, sentí que Silvia se acercaba. No habló en voz alta, no me confrontó directamente. Solo dijo, con demasiada calma:

—Estoy de acuerdo con tu hija, la pobrecita solo se defendió de la niña que la *acosaba*.

Mi mandíbula se tensó.

—No importa quién empezara la pelea, nada justifica la violencia. —Miré fijamente a la arpía.

¿Quién se creía que era para entrometerse en la conversación con mi hija?

—Mira quién habla, ¿no? El tipo que acaba de ser detenido por agresión. —Replicó, rápida en el gatillo como siempre.

Levanté la mirada furioso hacia Silvia, ella aguantó sin retroceder. La muy bruja sabía jugar sucio, sobre todo cuando quería demostrar que tenía razón.

—Te agradezco que hayas ido al colegio en mi lugar — comencé, controlando la voz—. Pero sé muy bien cómo educar a mi hija.

—Sí. Ya lo veo —se rió con ironía—. Haces una cosa y le enseñas otra.

—Aquella situación con Fernando fue diferente —mi tono fue áspero—. Estaba defendiendo el honor de mi hermana.

—Y tu hija estaba defendiendo su honor, no puedes regañarla por eso —replicó de nuevo.

Por un instante, me quedé sin respuesta. Aquello me irritó profundamente… quizá porque, en el fondo, sabía que tenía algo de razón. Sin embargo, no quería que Belinha aprendiera que está bien pegarle a alguien cada vez que oye algo que no le gusta.

—¡Ya basta! No quiero discutir, Silvia —dije al fin, secamente —. Tú no lo entenderías, porque no tienes hijos.

—¡Gracias a Dios! —refunfuñó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Me voy a llevar a mi hija a casa, y no vuelvas a menospreciar mi autoridad como padre delante de ella.

Me di la vuelta para salir, con Belinha ya en brazos, cuando sentí que su manita se soltaba de mi cuello.

—Espera, papá… tengo que hacer algo.

Antes de que pudiera impedirlo, se bajó de mi regazo y abrió la mochila. Sacó de allí una invitación colorida, hecha a mano, llena de dibujos torcidos y purpurina mal esparcida, y se la tendió a Silvia con una sonrisa orgullosa.

Silvia se llevó la mano a la boca. Se le llenaron los ojos de lágrimas al instante.

—Te agradezco mucho la invitación, mi amor —su voz se quebró—. Pero no puedo aceptarla.

—¿Por qué no, guapa? —preguntó Belinha, confundida—. Eres la novia de papá… y cuando os caséis, serás mi nueva mamá.

—Silvia no es, ni será nunca, mi novia —aclaré, demasiado rápido—. Y tú ya tienes madre, Isabela Ferreira.

Le arrebaté la invitación de la mano a Silvia antes de que pudiera pensarlo mejor, evitando cualquier contacto visual con ella. Si la mirara, tal vez acabaría cediendo. Y no podía alimentar más esa ilusión de mi hija, de que una mujer a la que apenas conocía se convirtiera en su madre.

—¡Pero me gusta Silvia, es buena conmigo! —empezó a llorar, forcejeando.

—No quiero volver a oír hablar de este tema, pequeña. —La cogí en brazos y nos fuimos.

El llanto se convirtió en un escándalo en el aparcamiento. Se negaba a subir al coche, pataleaba, gritaba y decía que me odiaba. Todo el mundo que pasaba se quedaba mirando, parecía incluso que estuviera secuestrando a mi propia hija.

—¡Ya basta de rabietas, Isabela! —grité, sentándola a la fuerza en la sillita.

Se quedó paralizada por un segundo, asustada. Nunca antes había perdido la paciencia así con ella.

—Lo siento, hija, papá no quería gritarte. —Intenté abrazarla, pero la pequeña rebelde no me dejó.

Belinha volvió a ponerse a llorar y no paró hasta que se quedó dormida, totalmente agotada. Conduje hasta la granja en silencio, pero con su llanto aún resonando en mi cabeza incluso después de que cesara. Me sentí fatal. Porque lo sabía. *Siempre lo supe*. La ausencia de su madre en la vida de mi hija era un vacío profundo que yo nunca sería capaz de llenar. Y, en contra de mi voluntad… Silvia, de alguna manera, había tocado precisamente ese punto.

Pero no podía permitir, bajo ningún concepto, que Belinha se encariñara con una mujer que claramente no quería ningún vínculo emocional con nadie, y menos aún con la gente de mi mundo. Además, en breve, Silvia estaría terminando su trabajo aquí en Nova Aurora, y volvería al lujo de la gran ciudad que tanto amaba.

Y seguiría con su vida, muy lejos de nosotros.

*

Cuando llegué a casa, acosté a Belinha con cuidado; dormía profundamente. Aproveché para llamar al colegio y pedir disculpas por lo ocurrido. Para mi sorpresa, la directora también me pidió disculpas. Me dijo que la niña implicada en la pelea también había sido suspendida y que ya no volvería a *acosar* a mi hija, y que mi novia no tenía por qué denunciarlos ante la Secretaría de Educación.

Colgué el teléfono perplejo, imaginándome la escena de Silvia amenazando con denunciar a la directora y a toda la escuela si no castigaba a ambas partes por lo ocurrido.

—Ni el diablo puede con esa mujer. —Sonreí para mis adentros.

Más tarde, durante la cena, me aseguré de preparar el postre favorito de mi hija: un pastel de chocolate, aún caliente, cubierto por un almíbar espeso que se deslizaba lentamente por los lados. Quería redimirme por haberle gritado, y me prometí a mí mismo que eso nunca volvería a suceder.

Pero Isabela Ferreira era tan testaruda como su padre.

No salió de su habitación para no tener que hablar conmigo. Rechazó la cena e incluso su postre favorito. Tras mucho insistir, aceptó solo un vaso de leche tibia y le pidió a la tía Brenda que le contara un cuento antes de dormir. Me sentí aún peor por su rechazo; Belinha estaba realmente dolida conmigo, y yo tenía que cambiar eso. Me desperté antes del amanecer, decidido a arreglarlo todo. Era hora de probar el plan B, así que preparé una mesa de

desayuno exagerada, con una pila enorme de tortitas doradas con formas que harían las delicias de cualquier niño.

Era imposible que mi hija se resistiera a eso.

Eso fue lo que pensé.

—Mmm… ¡qué buen olor, Seve! —Brenda apareció en la cocina, frotándose los ojos somnolienta.

—El desayuno está listo. Despierta a tu sobrina, por favor.

—¡Déjalo en mis manos, hermano!

—Gracias, hermana —respondí, dándole una palmada en la mano.

El silencio que siguió duró menos de un minuto. Brenda volvió corriendo, pálida, con la voz entrecortada por la falta de aliento.

—Belinha no está en la cama… y la ventana de su habitación está abierta.

Dejé de respirar.

—Dios mío…

Corrí. Grité su nombre. La finca se despertó de golpe, con gente apareciendo por todas partes, linternas en las manos, pasos apresurados cortando la mañana aún gris. Buscamos en el granero, en el prado, detrás de las casas, cerca de la valla. Nada.

Ni rastro de Belinha.

Ni de la cerdita Berenice.

En la habitación, la ausencia gritaba más fuerte que cualquier respuesta. Su mochila había desaparecido. También algunos juguetes. Pequeñas señales dejadas atrás como migajas de pánico.

Mi hija no se había perdido ni la habían secuestrado.

Se había escapado de casa por voluntad propia.

Y nadie tenía ni idea de adónde podría ir sola una niña tan pequeña. El mundo exterior era demasiado grande, demasiado

peligroso. La culpa me aplastó en el mismo instante en que comprendí que el único responsable de aquello era yo; no debería haber sido tan duro con ella ayer.

Capítulo 22



Silvia

Después de lo que pareció una eternidad, por fin terminaron de arreglar mi Porsche. Casi le doy un abrazo al mecánico cuando me entregó la llave. Ya no tendría que depender del coche prestado de mi querido jefe, lo cual, para mí, ya era una victoria personal; nunca me ha gustado depender de nadie para nada.

—¡Buenos días a todos!

Pasé por la cocina y cogí una manzana de la cesta que había sobre la mesa; tenía tantas ganas de conducir mi coche que ni siquiera iba a desayunar antes de ir al trabajo.

— ¿Me lo parece a mí o hoy te has levantado de buen humor, Silvia? —preguntó mi jefe, mientras tomaba su café solo sin azúcar.

—¿Cómo no iba a estarlo? Si vuelvo a tener mi motor. —Solté un suspiro de emoción.

—Qué bien que alguien esté de buen humor, porque ya no puedo esperar más a que ese niño hambriento salga de dentro de mí.

—Refunfuñó María Cecilia con la boca llena; estaba comiendo aún más debido a la ansiedad.

—Es precisamente por eso por lo que nunca, bajo ningún concepto, tendré hijos —me puse las gafas de sol y me fui a trabajar.

Mientras caminaba hacia mi coche, vi a Atena y a su madre jugando a perseguirse una a otra dentro del cercado. Esa preciosa escena me mejoró aún más el humor. Mi potra estaba creciendo y cada vez era más bonita; estaba deseando poder montarla algún día.

—¡Buenos días, sol! —Miré el precioso cielo azul sobre mi cabeza y respiré hondo el aire fresco; estaba empezando a acostumbrarme a vivir en el campo.

A continuación, me puse en marcha. Mi Porsche respondió al más mínimo toque del acelerador, levantando polvo en el camino de tierra y arrancándome una sonrisa involuntaria. Conducir aquella máquina me devolvió un pedacito de mi antigua vida en São Paulo, pero solo un poquito. Todavía echaba de menos el tráfico caótico, las citas frenéticas, la sensación constante de llegar siempre tarde a todo.

Lo echaba de menos más de lo que me gustaba admitir; estaba contando los segundos para volver a vivir en medio de la civilización normal.

—No… debo de estar volviéndome loca —murmuré, entrecerrando los ojos.

Delante, en medio del camino de tierra, caminaba una criaturita muy familiar. Demasiado pequeña para estar sola. Una mochila rosa a la espalda, casi más grande que ella, y una cerdita regordeta y muy tranquila acurrucada en sus brazos.

Pisé el freno con fuerza.

Bajé la ventanilla.

—¿Adónde crees que vas, jovencita?

Se detuvo, se giró lentamente y me lanzó una mirada profundamente ofendida. Todavía llevaba el pijama de una de las

princesas de Disney, arrugado, como si hubiera vivido una gran aventura.

—Berenice y yo nos vamos —declaró, cruzando los brazos con dificultad por culpa de la cerdita. —Ya no nos gusta papá.

Me mordí el labio para no reírme. No lo conseguí.

—Entiendo… —dije, en un tono demasiado divertido para ser verdad. —¿Y dónde pensáis vivir las dos?

—En cualquier lugar muy lejos de aquí —respondió, convencida, como quien ya lo tenía todo planeado.

—Pero tu padre, la abuela y tu tía Brenda se pondrán muy tristes si tú y Berê os vais, ¿no crees? —intenté, apelando a lo emocional.

Ella se encogió de hombros con una madurez que no encajaba con su edad.

—No pasa nada. Lo superarán —aseguró muy seria.

No pude evitar soltar una carcajada muy fuerte. Esa es de las mías. Cuando decide algo, no mira atrás. Observé mejor a esa niña. La barbilla levantada, los ojos atentos, la postura firme. Me recordaba de forma inquietante a mí misma cuando tenía esa edad —y eso, de alguna manera, me llenó de orgullo.

—Oye, ¿qué tal si hacemos un trato? —propuse, apoyando el brazo en la puerta del coche—. Te regalo esta bonita pulsera que llevo en la muñeca y te dejo dar una vuelta en mi coche molón.

—¿Y después, guapa? —preguntó desconfiada.

—Después de eso, te llevo a casa, porque tu padre debe de estar loco de preocupación buscándote. —Lancé el anzuelo.

Me miró como si fuera una agente inmobiliaria intentando vender una propiedad que no parecía ser un buen negocio.

—¿Solo la pulsera? —levantó una ceja—. Berenice dijo que también le gustó mucho tu cordón. —Hizo una contrapropuesta.

La pequeña era lista. Muy lista.

—Pues dile a Berenice que eso está fuera de discusión —repliqué—. Ese cordón es de oro blanco puro. Me costó una fortuna.

Ella suspiró profundamente, exageradamente.

—Entonces está bien, guapa. Ha sido un placer conocerte. Adiós. —Siguió caminando por la carretera, decidida a desaparecer en el mundo.

—¡Está bien! —cedí, poniendo los ojos en blanco—. Te doy el collar también.

Abrí la puerta del coche a la pícara, que esbozó una sonrisa victoriosa y vino corriendo.

—Trato hecho —dijo, satisfecha—. Ha sido un placer negociar contigo.

Se sentó en el asiento del copiloto, acomodó a su mascota en el regazo y empezó a reír, balanceando las piernecitas en el aire. Cerré la puerta y respiré hondo antes de arrancar el coche y dar media vuelta, en dirección a la granja de su padre. Acababa de ser chantajeada por una niña de seis años y una cerda llamada Berenice.

¡Nadie se merece eso!

Sin embargo, para mi sorpresa, el camino hasta la granja fue… sorprendentemente divertido. Belinha abrió la ventanilla en cuanto el coche cogió velocidad, dejando que el viento le despeinara el pelo, mientras la cerdita permanecía tranquila en su regazo, como si estuviera acostumbrada a los paseos de lujo.

—¿Quieres ver algo muy chulo? —le pregunté con aire misterioso.

—¡Síííí! —se animó.

—Pues prepárate, princesa. —Conté hasta tres y bajé la capota del coche.

La niña se quedó literalmente con la boca abierta; seguro que pensó que era algún tipo de magia.

—¡Guau! —exclamó, con los ojos brillantes—. Es lo más chulo que he visto en toda mi vida.

—Y aún puede mejorar —respondí, pisando ligeramente el acelerador solo para escuchar el sonido grave del motor.

Ella se rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, y yo me sorprendí sonriendo también. De hecho, no recordaba la última vez que había sonreído así, sin pensar en plazos ajustados del trabajo, problemas o gente gruñona.

—Cuando sea mayor, quiero ser como tú, guapa —soltó, de repente.

Eché un vistazo a esa pícara irritantemente adorable.

—¿Como yo? —pregunté, curiosa.

—Sí. Inteligente, ¿sabes? Quiero llevar ropa bonita, conducir un coche chulo como este… —hizo una pausa dramática—. Y mandar a todo el mundo.

—Creo que a tu padre no le gustaría mucho esa idea, cariño. —Me reía más de lo que hablaba.

—Es problema suyo —respondió ella, encogiéndose de hombros, con la naturalidad de quien ha nacido preparada para resolver cualquier problema.

Me reí aún más fuerte.

— Y hablando de tu padre… —murmuré al divisar la entrada de la Finca Paraíso.

Como era de esperar, el lugar era un caos. Gente yendo de un lado a otro, voces exaltadas, la desesperación era palpable.

—¡Gracias a Dios! —Severide respiró aliviado al ver a su hija.

Apenas aparqué el coche y él vino corriendo, con el rostro tenso y los ojos desesperados.

—La encontré caminando sola por la carretera, se había escapado de casa, pero ahora todo está bien —intenté tranquilizarlo.

—Muchas gracias, Silvia, ni sé cómo agradecértelo. —Su voz sonó temblorosa.

Por un segundo, pensé que un hombre de ese tamaño iba a llorar delante de mí.

—No hace falta que me des las gracias, solo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. —Me aparté el pelo detrás de la oreja; la intensidad con la que me miraba me hacía sentir incómoda.

—¡Sí que tengo que darte las gracias! Es la segunda vez que me ayudas con mi hija, así que no seas modesta.

—¡Vale! Entonces, digamos que me debes una después de hoy. —Me volví a apartar el pelo detrás de la oreja, incómoda; él me miraba de una forma que parecía desnudarme solo con la mirada.

—Y te la pagaré cuando tú quieras —carraspeó, también incómodo por nuestro intenso intercambio de miradas—. Y tú, pequeña, ven aquí, papá estaba muy preocupado.

Abrió los brazos, pero la niña fue más rápida.

—Ya no te quiero, papá —murmuró, escondiéndose detrás de mis piernas—. Me gritaste.

El golpe fue evidente. Severide se detuvo a mitad de camino, como si una espada le hubiera atravesado el pecho.

—¡Mira cómo le hablas a tu padre, niña! —la niñera de la niña apareció muy nerviosa—. Has dejado a todo el mundo preocupado al escaparte, y ahora te vas a quedar castigada. —Intentó tirarla de los brazos a la fuerza.

—Oye, aléjate de la niña. —Bloqueé el paso a la mocosa, actuando por instinto.

—No te metas en esto, pija de la gran ciudad —agarró a la niña por el brazo—. Tú no formas parte de la familia.

—¡Suéltame, Sônia! A mí tampoco me gustas, siempre eres mala conmigo.

—Deja de inventarte historias, Isabela. ¡Ya no aguanto más tus malcriadas!

—¡No soy mentirosa! —Le dio una patada en la espinilla a la bruja.

— ¿Qué te he dicho sobre pegar a la gente, hija? No sé qué te pasa, yo no te crié así. — Severide intentó mantener la autoridad.

—¡Quiere castigarme, papá!

—Sônia solo está preocupada por ti, al igual que todos en esta granja. ¿Te haces una idea del peligro que has corrido? Creo que no —se pasó las manos por el rostro angustiado—. Ni siquiera sé qué habría pasado si Silvia no te hubiera encontrado.

—Sé cuidarme sola, soy una mujer *independiente*. —Belinha cruzó los brazos con seguridad, todavía detrás de mí.

—Es independiente, querida. —Me eché a reír a carcajadas y su padre me miró con malicia.

—Una palabra más, hija, y además de castigarte a ti, castigaré hasta a Berenice por el resto de la vida de ambas —amenazó un padre muy enfadado.

Aquello claramente no iba a acabar bien, así que decidí salir de todo ese drama familiar. Nunca se me han dado bien las situaciones con este tipo de conflictos.

—Bueno… —carraspeé, dando un paso hacia un lado—. Tengo que irme a trabajar ahora, que tengan todos un buen día.

—Una vez más, muchas gracias, Silvia. Y perdón por las molestias.

—Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, Severide. No hace falta que me des las gracias.

Me di la vuelta para subir al coche cuando oí un carraspeo muy familiar detrás de mí; sabía que cierta niña muy lista no me dejaría marchar tan fácilmente.

—¿No te estás olvidando de nada, guapa?

Belinha extendió su manita, esperando su recompensa.

—¿Qué voy a hacer? Un trato es un trato. —Suspiré.

Me quité la pulsera y el cordón, y se los entregué. Pero, al ver el brillo en los ojos de la niña al sostener las piezas, lo pensé mejor.

—Ah, ¿sabes qué? —me incliné hacia ella—. Quédate también con los pendientes. Así podrás llevar el juego completo cuando crezcas.

Le toqué la punta de la nariz respingona a la pícara y sonreí; me había jugado una bonita broma.

—¡Ni hablar! —replicó Severide al instante—. Esas joyas parecen valer mucho dinero. Devuélvelas ahora mismo, Isabela.

—¡No lo haré, papá! —replicó ella, levantando la barbilla—. Hicimos un trato, y tú dijiste que nunca debemos romper una promesa.

La respuesta fue tan mordaz que tuve que morderme el labio para no reírme a carcajadas; su padre ya estaba lo suficientemente enfadado.

—Te ha pillado, paleto —le guiñé un ojo, subí a mi coche y por fin me dirigí al trabajo.

Dejé escapar la risa que se me había quedado atascada en la garganta mientras conducía; cada vez me gustaba más esa niña.

—Buenos días, señora Silvia —me saludó mi secretaria cuando llegué a la oficina.

—Buenos días, Francisca. ¿Qué es todo esto?

Señalé el enorme tarro de galletas caseras que había sobre mi mesa. Estaban recién hechas, y su maravilloso aroma inundó mi

despacho.

—Me lo envió mi madre, para agradecerle que me contratara. Si no fuera por este trabajo, hoy no tendríamos ni dónde vivir.

Me abrazó, llena de gratitud, y luego se marchó. Me quedé paralizada, con los puños apretando el asa del bolso bajo el brazo. Un bolso que costó una fortuna, al igual que todo lo que hay en mi armario. Mientras tanto, personas como Francisca y su madre apenas tenían dinero para pagar el alquiler.

Eso me hizo sentir avergonzada. De hecho, me sentí muy mal.

—Maldita sea… ¿Qué me está pasando?

Una lágrima descarada cayó mientras mordía una galleta que la madre de mi secretaria me había hecho. Estaba deliciosa. Me pasé el día pensando en ellas dos. Apenas pude trabajar en condiciones. Quería mejorar la situación de Francisca. Por eso, además de un aumento de sueldo repentino, la llevé de compras después del trabajo. Necesitaba renovar su armario; no podía trabajar todos los días con los mismos zapatos gastados.

—¡Dios mío! ¡Hoy es el mejor día de mi vida! —celebró Francisca, tratando de equilibrar todas las bolsas.

—No exageres. Solo han sido unas cositas —dije encogiéndome de hombros, mientras le entregaba la tarjeta a la dependienta.

—Hoy he recibido más regalos que en toda mi vida, señora Silvia. ¡Muchísimas gracias!

Me dio las gracias al menos una docena de veces.

—¡Y gracias también por el aumento! Estoy deseando contarle la noticia a mi madre.

Después de despedirse, la chica se marchó dando saltitos de alegría. Era un placer verla. Yo también me fui a casa con una extraña sensación de gratitud.

— ¿Así es como se siente la gente cuando hace una buena acción?

Abrí los brazos y me dejé caer en la cama soltando un largo suspiro, de esos que salen del fondo del alma. En mi cabeza, había terminado otro día en esa pequeña ciudad en medio de la nada. Cerré los ojos, lista para echar una siesta.

Qué equivocada estaba.

Ni siquiera había relajado el cuerpo cuando oí gritos fuera de la habitación. Voces apresuradas, pasos apresurados, alguien pidiendo ayuda. Fruncí el ceño y caminé hasta la puerta. Descubrí que a la esposa de mi jefe se le había roto la bolsa. El benjamín de la familia estaba a punto de nacer.

Barreto entró en pánico total —una escena divertida, debo admitir—.

—¡Dios mío! ¡Dios mío del cielo! ¡El bebé va a nacer! ¡Tenemos que ir al hospital ahora mismo!

Antes de que alguien pudiera decir algo mínimamente coherente, un padre totalmente desesperado cogió la bolsa del hospital, corrió hasta el coche, se subió, arrancó… y salió a toda velocidad. Solo.

Dejando atrás a su propia esposa a punto de dar a luz.

—¡BARRETO! —gritó ella, ya con fuertes contracciones—. ¡LOCO, VUELVE AQUÍ!

Me quedé parada un segundo, tratando de asimilar la hilarante escena. Solo entonces me di cuenta de que el coche frenaba bruscamente unos metros más adelante.

Barreto asomó la cabeza por la ventanilla, con los ojos muy abiertos.

— ¿Dónde… dónde está mi mujer?!

—¡Dios mío! Se ha olvidado de su mujer, que está de parto. —Dona Margarida se llevó la mano a la frente.

— ¡Caramba! ¡Mi padre se ha vuelto loco de una vez, mamá! — Ana Luiza no paraba de reír.

—Creo que es mejor que conduzca yo, o nadie llegará vivo al hospital —dijo el padre de Barreto, tomando el volante.

—Buena idea, señor José —asentí.

Barreto se sentó en el asiento del copiloto. Ana Luiza y yo nos sentamos con María Cecilia en el asiento trasero. Ella se retorcía con cada contracción, respirando con dificultad, sudando y maldiciendo a su marido con una creatividad impresionante.

—Vamos, mantén la calma —le pedí, cogiéndole la mano—. Respira conmigo.

—¡Tranquila, y una mierda! ¡Acelera el coche! —gritó ella.

Cuando llegamos al hospital, la ayudé a salir del coche. Barreto temblaba tanto que apenas podía mantenerse en pie. Pero entró con su mujer en la sala de maternidad, acompañados de médicos y enfermeros. Nos quedamos en la sala de espera, que pronto se quedó pequeña para tanta gente. Aparecieron todos los empleados de la finca. Incluso el vaquero gay guapísimo, Tião Carreiro, acompañado de su novio —igualmente guapo. Un desperdicio de hombre por partida doble.

Hasta Severide apareció con su hermana. Solo intercambiamos una mirada desde la distancia.

—Qué bien que hayas venido, Brenda. Hace ya un buen rato que mis padres entraron, pero nadie ha dicho si mi hermano ha nacido bien —se quejó Ana Luiza, mordiéndose las uñas de preocupación.

—Tranquila, amiga. Todo va a salir bien. —Brenda la abrazó.

—Exacto. Tenemos que pensar en positivo —dijo doña Margarida, tratando de parecer firme.

El señor José permanecía en silencio, sujetándose el sombrero contra el pecho.

Me apoyé en una silla, observándolo todo con una media sonrisa cansada. Había gente rezando, hablando en voz alta, haciendo promesas para que el bebé naciera sano.

Y hablando de oraciones…

El padre Bento fue el último en llegar al hospital y, tras saludar a todos, vino directamente a hablar conmigo. Quería agradecerme la buena acción que había hecho por Francisca. Al parecer, mi secretaria ya le había contado mi buena acción a toda la ciudad.

—Lo que hiciste por esa chica y por su madre fue muy amable, querida. Que Dios te bendiga.

—Solo le di el aumento porque, a pesar de su poca experiencia, la chica es muy trabajadora —respondí con indiferencia, encogiéndome de hombros—. Y en cuanto a los regalos… no podía soportar verla trabajar con esa ropa vieja, así que lo hice por el bien de la estética de la oficina.

—Tener un buen corazón no te convierte en una persona débil, hija. —Me dio dos palmaditas en el brazo y se marchó.

Cuando me giré, me di cuenta de que Severide había escuchado la conversación. Me observaba con una mirada enigmática.

—Dios mío… este día no acaba nunca. —Suspiré.

El parto tuvo complicaciones y duró horas. En algún momento, acabé echándome una siesta apoyada contra la pared. Me desperté asustada con los gritos de Barreto anunciando que había nacido su hijo y que María Cecilia estaba bien. En ese momento solo había alegría. Los peones levantaron al papá orgulloso en el aire, en señal de celebración. La enfermera les regañó por el ruido en la sala de espera, pero no les importó.

Doña Margarida y su José se abrazaron, llorando de alegría.

—Enhorabuena, Barreto. El nacimiento de un hijo es siempre el mejor regalo que alguien puede recibir —dijo Severide,

abrazándolo.

—¡Gracias, tío! Gracias por estar aquí con nosotros en este momento tan especial.

—¿Quién diría que el jefe tan pesado que solo pensaba en el trabajo en la gran ciudad de São Paulo se convertiría en este padre tan cariñoso? —bromeé.

—Tu día llegará, Silvia. A pesar de tu «fuerte» personalidad, serás una madre estupenda.

— ¡Por Dios, Barreto! ¡No digas esas cosas! —Me santigué tres veces.

Todos se rieron.

Todos ríen.

—¿Cuándo podré ver a mi hermanito, papá? —preguntó Ana, ansiosa.

—En un rato, hija. He convencido al médico para que nos deje entrar a todos a ver a tu madre y al bebé, pero tendremos que darnos prisa. —La abrazó con cariño.

Tuvimos que hacer una fila y entramos casi en silencio; solo podíamos quedarnos diez minutos. Al principio fue un poco complicado, porque éramos un grupo demasiado grande intentando ocupar el menor espacio posible. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por una luz tenue, pero allí estaba ella.

María Cecilia.

Parecía que la hubiera atropellado un camión, la pobre. Nunca había visto una expresión tan agotada y pálida. Con el pelo revuelto y los ojos hundidos de quien ha atravesado una guerra. Pero al mismo tiempo, su expresión no podía ser más feliz; sostenía al bebé en brazos como si estuviera sosteniendo el mundo entero. Esa escena me hizo llorar en medio de una sonrisa, lo confieso. Otávio Barreto Junior apenas había llegado, y ya era tan querido por tanta gente.

Era fuerte. Rubicundo. Y tenía los mismos ojos de un azul intenso que Barreto. No solo se le parecía. Era su copia exacta. Ese azul casi insolente, que parecía desafiar al mundo desde el útero de su madre. La mandíbula ya marcada, la frente amplia. Era imposible negarlo.

Y hablando de su padre...

Se quedó junto a la cama todo el tiempo, con la mano apoyada en el hombro de su esposa y los ojos fijos en ella, más enamorado que nunca. Nunca había visto a ese director general tan arrogante y seguro de sí mismo parecer tan… vulnerable.

—¡Dios mío, mamá! Qué guapo es. —Ana Luiza fue la primera en acercarse a su hermano.

Después, José, doña Margarida y Tião. El resto de los presentes les siguieron enseguida. Hubo risas contenidas. Comentarios emocionados. Alguien bromeó diciendo que el bebé ya tenía cara de:

«El que va a mandar a todo el mundo».

María Cecilia se rió débilmente, estaba somnolienta. El padre Bento bendijo al bebé, deseándole una vida larga, llena de salud, amor y felicidad. Mientras tanto, yo me quedé parada cerca de la puerta.

Observando.

Intentando entender dónde debía encajar yo allí. Quería acercarme y felicitarles. Decir algo bonito. Algo a la altura de ese momento especial. Pero no sabía cómo actuar. Los momentos íntimos en familia siempre me han hecho sentir incómoda. Sabía negociar contratos millonarios, enfrentarme a los grandes tiburones de los negocios, plantarle cara a cualquiera que intentara menospreciarme.

¿Pero aquello?

Eso era diferente.

Era sagrado. Sentía como si estuviera invadiendo algo que no me pertenecía. Ese círculo de personas alrededor de la cama estaba formado por lazos antiguos, historias compartidas, recuerdos que yo no había vivido. Yo no formaba parte de aquello, me sentía una intrusa. Y, para ser sincera, solo quería salir corriendo de allí.

Creo que María Cecilia lo notó, porque levantó la cara por un instante y nuestras miradas se cruzaron. Me sonrió con cariño.

—Lo has conseguido, mamá. ¡Enhorabuena! —susurré.

—¡Gracias, Silvia! —me susurró ella a su vez.

En ese momento, el médico asomó la cabeza por la puerta de la habitación, recordándonos que se nos acababa el tiempo.

—Solo cinco minutos más, chicos, la mamá y el bebé necesitan descansar.

Dicho esto, el doctor se marchó. Aproveché la oportunidad y, como si mi salida fuera menos perceptible que mi permanencia, me fui a escondidas. Cerré la puerta con cuidado tras de mí y apoyé la espalda contra la pared, pudiendo por fin respirar lejos de todos esos sentimientos contradictorios sobre el sentido de pertenencia.

Lo único que quería era irme a casa a descansar, pero cuando llegué a la salida del hospital, recordé que había venido en el coche de Barreto, así que no tenía forma de volver a la finca.

—¡Maldición!

—Yo también me voy a casa. Puedo llevarte.

La voz de Severide sonó en un susurro, detrás de mí. Demasiado cerca, parecía incluso que me había leído el pensamiento. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi razón pudiera impedirlo.

—No hace falta. Me las arreglaré.

—Silvia...

Dijo mi nombre con calma. Pero sonó como una reprimenda.

Tragué saliva.

—Dejar que alguien te ayude tampoco te hace débil, ¿sabes? —me espetó, usando las mismas palabras del cura.

Cerré los ojos por un segundo. Respiré hondo. Lo peor era que tenía razón. Y eso me enfurecía.

—Está bien —cedí, sin mirarlo.

Caminamos en silencio hasta su camioneta. Podía sentir su presencia a mi lado, sólida, cálida, imposible de ignorar. Me senté en el asiento del copiloto y cerré la puerta con cuidado. Severide dio la vuelta y se subió también. El espacio pareció encogerse de inmediato.

El motor arrancó. Pero el aire dentro del coche seguía siendo pesado.

Cálido.

El granjero apoyó su mano callosa en el volante. Los dedos largos, fuertes. El antebrazo tensándose cuando metió la marcha.

No debía mirar.

Pero lo hice.

La tenue luz del amanecer atravesaba el cristal y dibujaba su perfil. La mandíbula marcada. La barba por hacer. La boca demasiado firme.

Mi respiración se volvió entrecortada. Desvié la mirada hacia delante intentando controlar la respiración, él me afectaba demasiado.

—¿Estás bien, Silvia? —Me miró de reojo.

—¿Tu hermana no viene con nosotros? —Respondí con otra pregunta; no quería quedarme sola con él durante todo el trayecto hasta la finca.

—¡No! Brenda quiere quedarse en el hospital con su amiga. —Puso el coche en marcha.

—Entendido —dije simplemente.

—¿Por qué te escapaste de la habitación sin despedirte de nadie? —Frunció el ceño.

—No me gustan mucho los niños, y a ellos tampoco les gusto yo.

—A mi hija le encantas, hoy me ha dicho que cuando crezca quiere ser igual que tú. —Asintió con la cabeza con una encantadora sonrisa en los labios.

—Belinha es una excepción, es una niña lista y sabe exactamente lo que quiere. Si tuviera una hija, querría que fuera igual que ella. —Dije sin pensar.

Severide apartó la vista de la carretera y me miró fijamente durante un instante, pero no dijo nada. El silencio se hizo palpable dentro del vehículo después de eso, se podía cortar con un cuchillo. Para empeorar las cosas, hubo un momento en el que extendió la mano para cambiar de marcha y sus dedos rozaron ligeramente mi pierna.

Fue un roce mínimo.

Accidental.

Pero fue como una descarga. Todo mi cuerpo reaccionó. Y Severide también lo notó. Lo vi. Su mano vaciló un segundo más de lo que debería. El aire se volvió pesado. Casi sólido.

—Lo siento —murmuró.

Pero no parecía arrepentido. Yo tampoco. Mi corazón latía tan fuerte que parecía una escuela de samba.

—No fue nada. —Me retorcí las manos en el regazo.

El coche siguió avanzando por la carretera oscura. Y cada segundo allí dentro parecía demasiado íntimo. Demasiado cercano.

Demasiado peligroso.

Lo miré de nuevo. Sin querer. Sin poder evitarlo. Él ya me estaba mirando. Sus ojos verdosos, clavados en los míos. Ahora no había duda en ellos. No había distancia. *Solo deseo contenido.*

Su mandíbula cuadrada se tensó.

Severide apartó la mirada primero, como si eso le hubiera costado un esfuerzo brutal. La tensión aumentó en el vehículo, pero ahora era sexual. Incluso yo estaba sudando, y no voy a decir dónde. Cuando la Finca Esperanza apareció delante, le di las gracias a Dios mentalmente. Pero cuando aparcó, el motor siguió encendido.

Ninguno de los dos se movió.

El silencio entre nosotros era diferente ahora, de esos que dicen más que mil palabras. Podía sentir que si me quedaba un minuto más... haría algo que no podría deshacer, así que abrí la puerta para salir antes de lanzarme sobre él.

—Gracias por traerme —le di las gracias en voz baja.

No respondió de inmediato. Sentí su mirada bajo el ala del sombrero deslizarse por mi rostro y detenerse en mi boca. Un calor recorrió mi piel, sobre todo entre las piernas, que a esas alturas ya temblaban.

—¡De nada! —dijo con voz grave.

Salí del coche con las manos temblorosas y sudando frío. Pero antes de cerrar la puerta, lo miré por última vez. Un error fatal. Sus preciosos ojos color pistacho seguían ardiendo. Como si estuviera a un segundo de perder el control, igual que yo. Cerré la puerta rápidamente, antes de que fuera demasiado tarde. La camioneta se quedó parada un momento.

Entonces, Severide se marchó.

Y yo me quedé allí, sola, con la peligrosa sensación de que, la próxima vez, no tendría fuerzas suficientes para dejar que ese hombre se marchara otra vez.

—¡Espero no tener más emociones fuertes por hoy!

Tiré el bolso lejos y me quité los zapatos de una patada, y me fui directamente a darme una ducha. Y, claro, me toqué bajo la ducha pensando en cierto paleto. Solo así para apagar el fuego que me quemaba el trasero. Ya estaba amaneciendo cuando por fin conseguí terminar mi ritual de belleza antes de dormir. Sin embargo, en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, sonó mi móvil.

—¿Quién llama a los demás tan temprano? —Contesté en medio de un largo bostezo.

Pero se me pasó el sueño en cuanto descubrí que era la asistente del «rey de los productos orgánicos». El todopoderoso había aceptado recibirme —en persona. Era de los que lo resolvían todo cara a cara. Y quería que fuera esa misma mañana. Eso significaba ir a Goiânia inmediatamente. Me arreglé rápidamente y salí prácticamente corriendo, con el corazón acelerado y la cabeza dando vueltas entre la ansiedad y la adrenalina. Si perdía esa oportunidad, todo el proyecto de la empresa de transporte podría desmoronarse antes incluso de empezar.

Le pedí prestado el helicóptero privado a mi jefe. Esa era mi oportunidad. Y yo nunca desperdiciaba una oportunidad. Cuando llegué a la empresa del todopoderoso, la secretaria abrió la puerta y anunció mi llegada.

Y entonces entré.

El impacto fue inmediato. Esperaba encontrarme con un anciano arrugado, de esos que huelen a naftalina y a arrogancia acumulada a lo largo de décadas. Un hombre que se desmoronaba, sostenido únicamente por el dinero y el ego.

Pero no.

El hombre que tenía delante era… diferente. Muy diferente. Era un hombre maduro —sí— pero un hombre maduro en forma. Hombros anchos, postura firme, el tipo de presencia que dominaba el ambiente sin esfuerzo. El pelo canoso, perfectamente peinado, no hacía más que aumentar su encanto. Y tenía ese aura inconfundible de pura riqueza.

Exactamente el tipo que sabía reconocer a kilómetros de distancia. El tipo de hombre que yo… apreciaba.

Mi mirada bajó instintivamente hasta su mano. Sin anillo de boda. Un pequeño detalle. Pero extremadamente relevante, que hizo que la comisura de mi boca casi se curvara en una sonrisa. Cuando volví a mirarle a la cara, me di cuenta de que él también me observaba. Sin disimular. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo, lenta, evaluadora.

Interesado.

Ah...

El rey de los productos orgánicos también tenía buen gusto. Sentí una silenciosa oleada de confianza recorrer mi cuerpo. Ese lenguaje mudo entre depredador y presa —aunque, en ese caso, ninguno de los dos era exactamente la presa.

Esbocé una sonrisa letal, porque en ese momento tuve la certeza de que nos llevaríamos muy bien.

Ese contrato ya era mío.

Capítulo 23



Severide

—Buenos días, princesa. ¿Cómo has dormido?

Besé la coronilla de mi hija, que estaba sentada en el alféizar de la ventana del salón, contemplando el paisaje con un puchero monumental. Sonreí. Ya sabía el motivo. Estaba enfadada —y, esta vez, no era conmigo.

Después de su huida, tuvimos una larga conversación de padre e hija. Desde entonces, nuestra relación iba mejor que nunca.

—Buenos días, papá. —La respuesta salió arrastrada.

—Déjame adivinar… ¿estás enfadada porque tu tía pasó la noche en el hospital con su amiga?

Cruzó los brazos.

—Ayer salisteis y me dejasteis sola con la pesada de Sonia, pero yo también quería haber ido a ver al bebé.

Su puchero se hizo dos centímetros más grande.

—No hables así de Sonia, cariño. Siempre os habéis llevado tan bien. ¿Qué ha cambiado?

Ella dudó.

—Sonia ya no es le...

—¡Buenos días, mis amores! Perdón por el retraso. —Sonia entró apresurada.

Y Belinha dejó de hablar, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

—Buenos días, Sonia. —Sonrió.

—¿Y tú, jovencita, te vas a poner el uniforme? ¿O pretendes llegar tarde al colegio?

—Está bien.

Belinha salió de la mano de la niñera, pero me lanzó una mirada con la cabeza gacha por encima del hombro.

— ¿Prefieres que yo te prepare para el colegio hoy, hija?

—¡No, papá! No pasa nada. —Ella sonrió, pero no con el mismo brillo de siempre.

—Luego terminamos nuestra charla, ¿vale? —le dije y ella asintió.

Sin embargo, durante el desayuno, la pequeña se quedó demasiado callada. Solo volvió a animarse cuando Brenda apareció por la puerta, tirando de su amiga para que se prepararan para el colegio. Aunque estaba ingresada tras el parto, la madre de Ana Luiza no le permitió faltar. Y, como toda la Fazenda Esperança estaba movilizada con la llegada del benjamín de la familia, me pidieron que las llevara a las dos.

—¡Tía Brendaaaa!

Belinha prácticamente voló a su regazo.

— Hola, gatita. ¿Me echaste de menos?

—¡Muchísimo! ¿Habéis visto al bebé? ¿Cómo es?

Ana respondió antes, eufórica:

—Mi hermanito es guapísimo. Tiene una voz preciosa y no para de llorar, además de esos ojones azules, tan listos, igual que los de nuestro padre. Ese de ahí va a dar más trabajo que yo.

— ¿Más que tú? —la provoqué—. Imposible.

—Ah, no me des la lata, Seve. —El golpecito en mi brazo salió automático.

—Chicas, la hora —advirtió Sônia.

—Ya lo sabemos, cariño —replicó mi hermana, resoplando.

—Pues daos prisa. Salimos en diez minutos.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

— Yo voy contigo, papá. Quiero copiar el maquillaje de mi tía. — Asentí.

Por supuesto, tardaron una eternidad. Y Donato aún quiso hablar conmigo antes de salir, así que íbamos más que retrasados.

—¡Buenos días, jefe! ¿A qué hora vuelve? —El anciano indígena se acercó a la ventanilla de mi camioneta.

—¡No muy tarde! Después de dejar a las niñas en el colegio, solo tengo que pasar por la exportadora para resolver algunos asuntos pendientes y luego vengo directo a casa.

—¡Genial, jefe! Porque he visto el inicio de una plaga en un bancal en la parte sur de la finca, tenemos que contenerla pronto, antes de que estropee el final de nuestra cosecha, que está siendo la mejor en muchos años. —Se quitó el sombrero de paja y se rascó la nuca, preocupado.

— ¡Lo solucionaremos, hombre, no te preocupes!

—¡De acuerdo! Ahora os voy a dejar marchar, buena clase, chicas.

—¡Gracias, Donato! —Las tres saludaron sonriendo.

Durante el camino a la ciudad, tuve que escuchar a mi hermana adolescente y a su amiga hablando de chicos todo el rato.

Por lo que entendí, el chico más guapo del colegio de las dos está interesado en Ana, pero ella no está interesada. Porque le gustan los hombres mayores, que al menos tengan barba y sepan atrapar a un buey fugitivo con el lazo. No pude evitar reírme, la chica tenía opiniones tan firmes como su madre, una vaquera de pura cepa.

En cuanto a mi hermana, cuando le pregunté si ella también tenía algún ligue en el colegio, puso cara de pocos amigos al instante. No se sentía cómoda hablando del tema. Ana se dio cuenta, porque cambió de tema. Comentó algo sobre que papá había prestado el helicóptero privado para que Silvia fuera a Goiânia por trabajo. No entré en detalles, pero sentí curiosidad por saber qué fue a hacer allí.

Después de dejarlas en el colegio, fui a la empresa de transportes a firmar la entrega de otro camión nuevo. Resolví algunos asuntos pendientes en el taller y perdí la noción del tiempo, ni siquiera me di cuenta de que ya era casi la hora de recoger a las niñas del colegio.

—¿Ya lo sabe, Severide?

Francisca apareció en el cobertizo, jadeando.

—¿Saber qué, pequeña?

Se ajustó las gafas, temblando.

—La señora Silvia ha cerrado un contrato millonario con el «rey de los productos orgánicos». Es realmente impresionante.

—¡Qué noticia tan estupenda! Pero, ¿quién es ese tal rey de los productos orgánicos?

—Un empresario muy poderoso, rico y guapo —se le escapó una sonrisa insinuante—. Doña Silvia envió una foto de los dos al grupo del equipo, hacen muy buena pareja.

Me mostró el móvil.

Y allí estaba.

Silvia Cabrini.

Sentada con elegancia en un restaurante que destilaba riqueza en cada detalle. Luz tenue. Copas de cristal. Una botella de champán casi vacía. Parecía más una cena romántica que una celebración.

Y al lado de la arpía indomable… estaba él.

Un hombre mayor. Cabello canoso bien cuidado, vestido con un traje que debía de costar más que la mitad del ganado de mi finca. La postura relajada de quien nunca ha tenido que pedir nada dos veces. El tipo de hombre acostumbrado a tenerlo todo. Incluso mujeres como Silvia.

Y él estaba demasiado cerca.

Lo suficientemente cerca como para que su brazo casi tocara el de ella. Lo suficientemente cerca como para invadir el espacio que, en mi cabeza, *era mío*. ¿Y Silvia? Estaba inclinada hacia el viejo, con un escote enorme que se desbordaba del vestido.

Y sonriendo.

No esa sonrisa sarcástica que me dedicaba a mí. No esa sonrisa desafiante. Era una sonrisa seductora.

Cálida.

—¿Por qué salió con ese tipo? —pregunté sin pensar.

—Han ido a comer juntos para celebrar la nueva asociación, y por la noche la señora Silvia dijo que el magnate la llevará a conocer su lujosa discoteca en Goiânia. —Francisca arqueó las cejas con malicia.

—¿Entonces va a pasar la noche allí con ese tipo?— solté en un arranque de ira.

—Por lo que parece, sí, señor. ¿No es romántico? —suspiró la secretaria.

—Claro —respondí secamente.

Salí de allí sin decir nada más. Cada paso era pesado. Cada respiración, un esfuerzo. Estaba enfadado. Enfadado con Silvia. Enfadado con ese viejo. Enfadado conmigo mismo.

Habíamos hecho el amor.

¡Joder!

Ella se había entregado a mí como nunca se había entregado a nadie. Como si me estuviera ofreciendo algo demasiado precioso para que el mundo lo tocara, y al día siguiente apenas me miró a la cara. Y ahora estaba sonriendo de esa manera tan despreocupada a otro hombre, como si nada hubiera pasado, solo porque el desgraciado es rico. E incluso iba a pasar la noche en Goiânia, solo para estar con él.

Me subí a mi camioneta, pero no arranqué el motor. Mis manos apretaban el volante con fuerza. No. No podía ir a recoger a las niñas al colegio así, así que inventé una excusa y le pedí a mi abuela que las recogiera y cuidara de ellas hasta que yo volviera. Lo cual no sería tan pronto, porque en el estado en que me encontraba en ese momento, necesitaba algo más fuerte que mis propios pensamientos.

Necesitaba olvidar.

O al menos adormecerlo.

Conduje hasta el bar de mi mejor amigo. Empujé la puerta y me recibió el reconfortante olor a alcohol; parecía incluso que ya me estuvieran esperando. Era temprano y, por suerte, el local estaba vacío. Podría beber a mi antojo, sin nadie que me diera la lata.

—Por fin la margarita ha decidido aparecer de nuevo —bromeó Marcos, detrás de la barra, limpiando un vaso.

No me reí.

No había nada gracioso dentro de mí.

—Pásame lo más fuerte que tengas.

Me analizó en silencio.

—Vaya… apuesto a que hay una mujer de por medio.

Apoyé las manos en la barra, con los músculos tensos.

—La hay —respondí, con voz ronca—. Y una que va a acabar conmigo.

Mi amigo no dijo nada. Solo cogió una botella de aguardiente y me sirvió.

Me bebí el trago de un trago.

El líquido me quemó al bajar por la garganta, pero no fue suficiente.

Nada sería suficiente.

—Esa chica de la gran ciudad que vino a ayudar a los agricultores, *¿no*? —preguntó él con curiosidad—. Me acuerdo de ella, porque llamó la atención de todos en la inauguración del bar.

Asentí.

—Silvia Cabrini. —pronuncié su nombre como si fuera una herida abierta.

Otra copa.

— ¿Y qué ha hecho para que estés tan cabreado?

—Se ha ido hoy *a* Goiânia —le conté—. A cerrar un contrato importante para la empresa de transportes.

— ¿Eso no debería ser bueno, tío?

—¡Sí! ¡Pero no tenía por qué liarse con nuestro nuevo cliente, joder! Tanto es así que hasta va a pasar la noche allí hoy para conocer la discoteca de lujo del tío; apuesto a que luego se acostarán juntos. —Las palabras salían como veneno.

Otra ronda.

—A eso se le llama celos, amigo. —Marcos me miró fijamente.

—No —gruñí.

Se rió, sin piedad.

—Claro que no. Solo estás aquí emborrachándote a plena luz del día, en un bar, porque la mujer que amas está con otro hombre.

La palabra quedó suspendida entre nosotros.

Ama.

No lo negué.

Porque, por primera vez, no pude mentirme ni siquiera a mí mismo. Estaba completamente enamorado de aquella mujer y, verla con otro hombre, hizo aflorar ese fuerte sentimiento como un tornado que pasa a mil por hora arrasando con todo. Sobre todo, con mi cordura.

—Silvia parecía feliz con él —murmuré.

—¿Y tú no querías que ella fuera feliz?

Cerré los ojos y respondí en mi mente.

«No».

Porque quería que Silvia fuera feliz conmigo. Y solo de pensar que en ese momento estaba con otro hombre, me volvía loco.

—Hoy no soy el dueño del bar. Solo seré tu mejor amigo, así que suéltalo todo desde el principio, la historia de vosotros dos. —Marcos cogió un vaso y se sentó frente a mí.

Y hablé. Lo conté todo. Desde el primer día. De la partida de billar. Luego, de su salto desafiando el suelo de tierra después de que se le averiara su coche importado. De su mirada llena de fuego. De su boca afilada. Conté de la noche en que perdí el control e hicimos sexo salvaje bajo la ducha. De su sabor. Del calor de su cuerpo.

De cómo tembló cuando se entregó a mí.

—Hubo una noche en la que Silvia me pidió que hiciera el amor con ella —dije, en voz baja—. Dijo que quería saber qué se sentía al ser amada.

—¡Vaya, tío, eso fue intenso!

—¡Muchísimo! Fue como si hubiera conocido a la verdadera Silvia, esa que se esfuerza por ocultar al mundo.

—¿Y a la mañana siguiente, cómo fue? —Marcos no podía ocultar su curiosidad.

Se me oprimó el pecho.

—Se quedó desconcertada. Distante, como si nada hubiera pasado entre nosotros.

— ¿Y qué hiciste?

La respuesta me avergonzó.

—Me alejé.

Él frunció el ceño.

—¿Te alejaste?

—¡Sí! Le di espacio, no quería que se sintiera presionada.

Mi amigo soltó una risa seca.

—¡Eres un puto idiota, Severide!

Apreté los dientes.

—Pensé que era lo correcto, ¿vale?

Él negó con la cabeza.

— A ver si lo entiendo. La mujer creció sin amor. Sin seguridad. Se entregó a ti por primera vez… y tú desapareciste cuando ella se sintió confundida.

Cada palabra suya era un puñetazo.

— ¿Y ahora, el pringado está celoso porque la ha visto feliz en compañía de otro hombre? — Terminó de clavarme el cuchillo en el pecho.

Apreté el puño.

—¿Eres mi amigo o mi enemigo, Marcos?

Se inclinó, con la mirada firme.

—Soy tu amigo. Y por eso te voy a decir la verdad que no quieres oír.

Silencio.

—Te has comportado como un imbécil insensible, y si no vas a por ella ahora… perderás a esa mujer para siempre. Si no es para ese viejo rico, será para otro tipo más listo que tú —concluyó.

Y la imagen de la foto volvió a mi mente. La sonrisa de Silvia. El hombre seguro de sí mismo a su lado, que formaba parte del mundo que ella tanto amaba. Algo primitivo se despertó dentro de mí.

Algo posesivo.

— ¿Y si ya es demasiado tarde, Marcos?

Marcos me puso la mano en el hombro.

—Pues lucha de todos modos, amigo.

No lo pensé. No dudé. Me levanté. Salí del bar con la sangre hirviendo en las venas. Me subí a la camioneta, arranqué el motor y salí disparado. Pisé a fondo. Goiânia estaba a horas de distancia. Pero ninguna distancia en el mundo era demasiado grande cuando se trataba de la mujer que *amaba*, y ya no podía negarlo ni ante mí mismo ni ante el mundo.

—¡Ya voy, arpía indomable! —grité con la cabeza asomada por la ventanilla de la camioneta, embargado por la euforia y también por un poco de alcohol en la sangre.

Me enfrenté a la carretera que tenía delante como un hombre poseído por la pasión. El motor rugía bajo mis manos, vibrando al unísono con mi propia sangre. El asfalto corría bajo los neumáticos como un río negro. No sentía cansancio. No sentía hambre. No sentía nada más que esa necesidad bruta de llegar hasta Silvia.

De verla.

De decirle lo que debería haberle dicho semanas atrás.

Horas más tarde, ya de noche, las luces de Goiânia aparecieron en el horizonte. La ciudad era enorme. Mucho más grande de lo que recordaba. Edificios altos. Avenidas anchas. Luces por todas partes. Gente que nunca dormía. Gente que vivía demasiado rápido.

Busqué en Google el nombre de la discoteca del rey de los productos orgánicos y me dirigí directamente allí; lujoso era poco para definir aquel lugar que ocupaba casi una manzana entera de la calle.

—*¡Joder!* Nunca van a dejar que alguien como yo entre en un sitio *tan elegante* como este —constaté.

En la cola, en la entrada, solo había gente vestida de gala, hombres con trajes a medida y mujeres con vestidos largos y joyas caras. Sin embargo, aun así, no estaba dispuesto a rendirme. Iba a entrar en esa discoteca de una forma u otra, o no me llamaría Severide Ferreira.

Capítulo 24



Silvia

La discoteca de mi nuevo cliente no era solo una discoteca. Era un templo del exceso. Las luces ámbar se reflejaban en el mármol italiano del suelo, lustres de cristal carísimos descendían del techo como cascadas congeladas, y el aroma de los perfumes caros se mezclaba con el aroma amaderado del whisky añejo que circulaba en bandejas de plata. La música sonaba baja, elegante —jazz moderno con ritmo electrónico—, lo suficiente para permitir las conversaciones… o fingir afinidad entre los invitados, todos con la nariz en alto.

El rey de los productos orgánicos tenía nombre y apellido: Roberto Ventura. Cultivado. Maduro. E increíblemente encantador. Me había recogido en limusina en el hotel donde me alojaba, en Goiânia. Me abrió la puerta como un caballero de película antigua, con la mano firme en mi cintura mientras entraba en el coche. Durante el trayecto, habló de expansión internacional, exportaciones a Alemania, certificaciones europeas y no sé qué más. Confieso que casi me quedo dormida con ese tema tan aburrido.

Cuando llegamos a la discoteca, se empeñó en presentarme a todos sus amigos. Todos tan ricos como él. Sonrisas ensayadas. Risas calculadas.

—Esta es Silvia. La mente detrás de la nueva empresa de transporte más prometedora del interior de Goiás —dijo, halagándome, con la mano posada posesivamente en mi espalda.

Me sentí incómoda.

Lo extraño era que yo debería estar feliz. Al fin y al cabo, ese era mi entorno natural. Pero, por primera vez en mi vida… me sentí fuera de lugar. Era como si ya no perteneciera a ese mundo de gente rica y conversaciones vacías. Tanto es así que, mientras una socialité presumida hablaba de lo difícil que era elegir entre pasar el verano en Grecia o en Ibiza, me sorprendí a mí misma pensando en lo mucho que me gustaba el agradable olor de la tierra mojada por el rocío de la mañana en Nova Aurora.

Me había acostumbrado a la belleza pura de la naturaleza y a la forma libre en que vivían los animales y, lo más importante, me sorprendí pensando en la gente sencilla de Nova Aurora, que necesitaba tan poco para ser feliz.

¡Oh, no!

Eso solo significaba una cosa muy aterradora para mí: echaba de menos la tranquilidad de Nova Aurora. Esa maldita ciudadecita olvidada en medio de la nada, que hasta hace poco solía odiar.

—Definitivamente hay algo muy mal en mí… —murmuré sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó Roberto, con su sonrisa galante.

Esbocé una sonrisa forzada.

—He dicho que voy a fumar un cigarrillo fuera. Ahora vuelvo, con permiso.

Él inclinó la cabeza, demasiado elegante para replicar.

Me escabullí sin decir nada.

La terraza de la discoteca daba a la entrada principal, donde los coches importados llegaban en fila ordenada. Saqué el cigarrillo

del bolso, el mechero dorado… mis manos estaban extrañamente inquietas.

Cuando me llevé el cigarrillo a la boca y me incliné para encenderlo, oí un murmullo diferente del sonido controlado de la fiesta.

Miré hacia abajo.

Un alboroto en la entrada.

Cinco enormes guardias de seguridad intentaban contener a un hombre que claramente no encajaba en aquel ambiente. Botas sucias de tierra. Pantalones vaqueros raídos. Camisa a cuadros. Sombrero de vaquero echado hacia atrás.

Se me paró el corazón.

—No puede ser…

El cigarrillo se me cayó de la boca.

Incluso a distancia, reconocería ese cuerpo en cualquier lugar. La postura firme. Los hombros anchos. La terquedad plasmada en la forma en que se resistía al intentar ser dominado.

Severide Ferreira.

¿Qué hacía ese paleto testarudo buscando pelea a la puerta de la discoteca más exclusiva de Goiânia? Que, por cierto, quedaba muy lejos de su casa.

Sin pensarlo, eché a correr.

Los tacones resonaron por el pasillo, casi enganchándose en el dobladillo de mi vestido largo, ignorando las miradas curiosas. Cuando llegué a la entrada, la escena era aún peor de cerca. Cinco gigantescos guardias de seguridad intentaban contener al granjero enfurecido, pero él parecía movido por pura obstinación.

—¡No me voy a ir de aquí hasta que hable con ella!

La voz de Severide sonó cargada de furia, mientras uno de los hombres lo sujetaba con una llave al cuello. Estaba realmente

dispuesto a irrumpir en el lugar costara lo que costara.

—¡Quítale las manos de encima ahora mismo! —ordené.

Los guardias de seguridad dudaron.

—Está conmigo —afirmé.

Se hizo un silencio sepulcral. Uno a uno, los hombres soltaron a Severide. Quedó libre. Respirando con fuerza. La mandíbula apretada. Los ojos, más oscuros, ardiendo cuando se encontraron con los míos.

Y, por primera vez en toda aquella noche, no me sentí fuera de lugar. Me sentí exactamente donde debía estar.

En casa.

—Silvia… —dijo Severide, acercándose rápidamente.

Su mirada era diferente. Había urgencia. Casi desesperación.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —estallé, empujándole el pecho con fuerza—. ¿Y encima montando un escándalo en la puerta de una discoteca de lujo? ¿Quieres que te vuelvan a arrestar, paleto?

Ni siquiera se movió con el empujón. Solo me miró.

—Necesitaba verte. Y tenía que ser hoy.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano grande, cálida y callosa, de quien realiza trabajos pesados, tomó la mía. Con una delicadeza que nunca antes había visto en él.

—¿Estás bien, Severide?

—Dios mío… *estás* tan guapa. —Ignoró mi pregunta.

Me acarició la mejilla, con el pulgar rozando mi piel como si fuera algo demasiado precioso para romperlo. Cerré los ojos instintivamente.

¡Maldita sea!

Mi cuerpo siempre lo reconocía antes que mi razón; no habría podido apartarlo en ese momento ni aunque hubiera querido.

—¿Te está molestando este hombre, Silvia? Ya he ordenado que llamen a la policía.

La voz fría y controlada de Roberto Ventura cortó el momento como una navaja. El «rey de los productos orgánicos» apareció detrás de mí con una postura impecable y una mirada altiva. Analizó a Severide de arriba abajo y puso una expresión de puro desprecio; casi se podían oír sus pensamientos ofensivos.

—¡No hace falta meter a la policía en esto, Roberto!

—¡Claro que sí, Silvia! Me han informado de que estaba intentando irrumpir en mi discoteca, y eso es inadmisible.

La forma en que dijo *«mi* discoteca» denotaba posesión. Control. Estatus. Y el asco en su mirada al encarar a Severide no hacía más que aumentar, y eso me puso de los nervios y me hizo perder el resto de la paciencia.

—Este hombre está conmigo, no tienes por qué preocuparte. —Le agarré la mano a Severide, acercándolo mucho a mí.

Roberto arqueó una ceja.

—¿Estás bromeando, verdad, Silva?

—No, y los dos ya nos vamos —declaré con firmeza—. Ha sido un placer hacer negocios con usted, me pondré en contacto pronto para hablar solo de negocios.

—Si te vas con ese vagabundo, avergonzándome delante de mis amigos, olvídate de nuestra asociación. —Tuvo la osadía de amenazarme.

—Pues si usted, un empresario con tantas décadas de experiencia en el mercado, no sabe separar los negocios de su vida personal, quien insiste en cancelar nuestra asociación soy yo, querido. ¡Que pase buena noche!

—Vete ya, zorra, en realidad nunca quise hacer negocios contigo, solo quería llevarte a mi cama. —Gritó el desgraciado con el ego herido.

—¿Qué has dicho? ¡Hijo de puta! —Severide se abalanzó sobre él con los puños cerrados.

—¡Ya basta de líos por hoy, paleto! —Salí tirándole con fuerza de la mano, sintiendo las miradas curiosas sobre nosotros, pero no me importó.

En cuanto me metí en la camioneta de Severide, aparcada allí cerca —esa vieja y ruidosa camioneta que olía a cuero y gasolina rancia—, exploté.

—¡Todavía no me creo que estés aquí de verdad! ¿Te das cuenta del lío que has montado? —grité furiosa.

Mientras él solo me observaba en silencio.

—Hemos perdido un puto contrato millonario, y ahora estamos jodidos. Los agricultores ya están casi al final de la cosecha, y no he conseguido suficientes compradores para todo el producto, como había prometido.

Hablaba sin respirar, gesticulaba dentro de la cabina como si estuviera loca.

—¡Eres completamente irresponsable, Severide! ¡Impulsivo! ¡Irresponsable y sabes mejor que nadie cómo sacarme de quicio! —Mi pecho subía y bajaba aceleradamente, estaba furiosa.

—Te quiero, Silvia.

Lo dijo así.

De la nada.

Sencillo. Crudo. Directo.

Las palabras me golpearon como una ola gigante. Me quedé paralizada. El mundo pareció encogerse, no sabía si estaba alucinando o si aquello era realmente verdad.

—¿Qué has dicho? —pregunté, atónita.

Respiró hondo, con la mirada fija en la mía. Sin ironía. Sin defensas.

—No sé muy bien cuándo pasó —su voz sonó ronca—. Pero te quiero. *Locamente*. Pienso en ti cada segundo del día. Y estar cerca de ti sin poder tocarte… es una tortura sin fin.

Declaró.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, ni siquiera podía respirar.

—Sé que no represento nada de lo que forma parte de tu mundo —continuó él—. No tengo ropa cara, un coche importado ni una mansión gigantesca, y mucho menos sé hablar con elegancia. Pero sé trabajar. Sé proteger. *Sé amar como te mereces.*

—Severide, yo... —Empecé a decir, pero él cubrió mis labios con los dedos.

Luego se inclinó un poco más hacia mí, acercando nuestros rostros, y concluyó:

—Te juro que si me aceptas tal y como soy... mientras viva, nunca más me alejaré de ti y haré todo lo que esté en mi mano *para* convertirte en la mujer más feliz del mundo —concluyó con un largo suspiro, como si hubiera expulsado algo que llevaba mucho tiempo atascado en la garganta.

—¡No lo entiendo, Severide! ¿Por qué yo? —pregunté sin comprender—. Soy una maldita narcisista, interesada y egoísta que solo se aprovecha de la gente.

—Lo sé, Silvia. Y te quiero tal y como eres —afirmó.

—Eso nunca funcionaría, Severide. No sé cómo amar a nadie.

—Yo te enseñaré —replicó con seguridad.

— ¿Y si me lleva toda una vida aprender?

—¡Esperaré! Soy un hombre paciente cuando quiero algo, y nunca antes en mi vida he querido nada tanto como te quiero a ti —declaró mirándome fijamente a los ojos.

La camioneta quedó en silencio.

Afuera, la música lejana de la discoteca seguía sonando. Coches de lujo llegaban y salían. Pero allí dentro… solo existíamos nosotros dos. Y mi traicionero corazón ya sabía la respuesta incluso antes de que pudiera abrir la boca. Tanto que no me di cuenta de que estaba llorando. Solo me di cuenta cuando Severide llevó la mano a mi rostro, su pulgar áspero limpiando una lágrima que había caído.

Su tacto era demasiado cuidadoso para un hombre tan bruto, tan cerrado, tan metódico. Se me hizo un nudo en la garganta. No sabía qué decir. Ninguna respuesta parecía suficiente para algo tan grande. Así que hice lo único que mi cuerpo supo hacer.

Lo besé.

Fue un beso ardiente. Desesperado. Hambriento. Severide soltó un sonido ronco contra mi boca y me atrajo hacia él, levantándome sin esfuerzo. Y cuando me di cuenta, ya estaba sentada en su regazo. Mis manos subieron por su cuello, sintiendo la piel caliente, la barba rozando ligeramente mis dedos. El beso se hizo más profundo, más lento, más intenso.

Podía sentir su erección creciendo cada vez más, rozando contra mi intimidad; él me deseaba tanto como yo a él.

—Creo que será mejor que nos vayamos a otro sitio, paleto… —murmuré contra su boca, sin poder dejar de besarlo—. Antes de que nos arresten por atentado contra el pudor.

Esbozó una media sonrisa torcida, con los ojos de un tono más oscuro ardiendo en llamas.

—Iré donde tú quieras, arpía indomable. —Me apretó el trasero con firmeza, arrancándome un suspiro involuntario de los labios.

—De acuerdo. Pero yo conduzco esta chatarra, te llevaré a un lugar donde, sin duda, no te impedirán la entrada. —Me reí, jadeando.

Severide me soltó a regañadientes y cambiamos de sitio dentro de la estrecha cabina. Me senté en el asiento del conductor, ajustándome el vestido, intentando recuperar algo del control que hacía tiempo que había desaparecido. Mientras, mi compañero a mi lado intentaba disimular la enorme erección que se le marcaba bajo la tela de los pantalones.

Durante el trayecto, Severide no dejaba de mirarme. Como si yo lo fuera todo. Como si yo fuera lo único que existiera.

—Te ves muy bien al volante de mi chatarra, ¿lo sabías? —Su gran mano se deslizó por el costado de mi cuerpo hasta encontrar la abertura de mi vestido.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando sus dedos tocaron mi muslo, subiendo lentamente, posesivos, como si estuvieran redescubriendo un territorio que siempre había sido suyo.

Sin pedir permiso, el muy cabrón me apartó las bragas a un lado e introdujo un dedo en mi coño empapado.

—Si no quieres que nos pase algo, será mejor que quites esa mano traviesa de ahí. —Grité cuando empezó a entrar y salir de mí, lentamente.

—No hay problema, lo terminaré más tarde... —Sacó el dedo de mí y lo lamió justo delante de mí, provocándome.

Respiré hondo con el cuerpo en llamas, conduje sin decir adónde íbamos. Solo sabía que no quería volver a ese mundo de gente estirada y snob. Llevé a Severide a un club de música country al otro lado de la ciudad; nunca había estado allí, pero vi una *publicación* en Instagram que decía que era chulo.

En cuanto entramos, me di cuenta de que Severide se relajó visiblemente. Era su ambiente. Pedimos una cerveza bien fría. Fue la primera, la segunda, varias. No dejamos de besarnos ni un segundo, simplemente no podíamos estar lejos el uno del otro.

—Ven a bailar conmigo, Silvia. —Dejó su botella de cerveza sobre la barra y me tendió la mano.

—¡No! No sé bailar este tipo de música, y menos aún con estos tacones tan altos. —Intenté negarme.

—¡No te preocupes por eso! —Se agachó delante de todo el mundo y me quitó las sandalias, depositando un beso en cada uno de mis pies.

Era imposible decir que no después de ese gesto de cariño y ternura. La pista de baile giraba a nuestro alrededor, pero yo solo sentía a Severide. Su calor. Su olor. La forma hambrienta en que me miraba. Nos reíamos. Nos provocábamos. Y en ese ambiente, nos quedamos en el club hasta que cerró; el dueño del local casi tuvo que echarnos para que nos fuéramos.

De allí, cuando las calles ya estaban difuminadas por las tenues luces de las farolas y por el alcohol, nos fuimos a mi hotel. Ya habíamos cruzado la puerta devorándonos el uno al otro. En un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos desnudos revolcándonos en la cama. Severide y yo hicimos el amor, como si nada más en el mundo exterior importara.

En ese momento, los dos nos convertimos en uno.

Capítulo 25



Severide

Me desperté sintiéndome ligero, como si estuviera en el paraíso, una sensación agradable que no hacía más que crecer en mi pecho. Sonreí con los ojos aún cerrados, el cuerpo pesado, satisfecho de una forma que no recordaba haber sentido antes. Silvia y yo habíamos pasado una noche salvaje que, si por mí fuera, nunca habría terminado.

—¿*Estoy* soñando? —murmuré, con la voz ronca por el sueño, al sentir unas uñas afiladas arañándome el pecho.

—Ah, claro que no estás soñando, cariño —susurró al oído.

Abrí los ojos lentamente. Y vi a una mujer hermosa como un ángel de pie, cerca de la cama, iluminada por la suave luz que entraba por las ventanas panorámicas de cristal de la habitación del hotel. Por un segundo, pensé que todavía estaba soñando.

—No te he preparado el desayuno —dijo, cruzando los brazos con ese aire de superioridad que yo conocía bien—. Pero pedí todo lo que había en la cocina del hotel, porque no sé qué te gusta comer para desayunar.

Señaló con la barbilla hacia el carrito que había al lado. Había comida suficiente para alimentar a toda una familia. Fruta cortada,

panes, huevos, zumo, café, yogur, cosas que ni siquiera sabía cómo se llamaban. Pero no fue eso lo que me llamó la atención. *Fue ella*. Descalza. Llevaba solo mi camisa a cuadros, que obviamente le quedaba enorme, cayendo sobre su cuerpo pequeño y curvilíneo, pareciendo más bien un vestido corto. Los botones apenas abrochados dejaban al descubierto trozos de su piel, y mis marcas de la noche anterior estaban allí, esparcidas como recuerdos vivos de todas las veces que hicimos el amor.

Para rematarme del todo, el pelo rizado de Silvia, que tanto amo, estaba todo revuelto, cayéndole sobre la cara aún hinchada por el sueño. Nunca había estado tan guapa, y era toda mía.

—Sabes, tengo mucha hambre…

—¡Genial! Entonces levántate y ven a comer conmigo.

—Ah, claro que voy a comer, tengo muchísima hambre, pero no de comida.

Me levanté y corrí hacia ella, mis manos encontrando su cintura sin pedir permiso. Su cuerpo reaccionó inmediatamente a mi tacto, como si estuviera hecho para encajar con el mío.

Levanté a Silvia en mis brazos y ella soltó una risita, rodeándome el cuello con los brazos.

—Estás loco, Severide…— soltó un gritito cuando la tiré de nuevo a la cama, sobre las sábanas arrugadas que aún conservaban nuestro olor. —¿Nunca te cansas del sexo, paleto?— me provocó, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—No, contigo, megera —le mordisqueé la curva del cuello—. Y más aún así, tan sexy, con mi camisa sobre tu delicioso cuerpo.

Llevé las manos hasta el primer botón. Lo desabroché lentamente. Luego el segundo. Y cuando sus pechos quedaron al descubierto, mordí uno y luego el otro. Silvia soltó un gemido, retorciéndose de placer. Pero no paré, solo estaba empezando. Mi boca descendió siguiendo una línea recta, dejando besos sobre su piel caliente, sintiéndola estremecerse debajo de mí.

Cada reacción suya era leña para el fuego que ardía dentro de mí, quería darle el máximo placer posible. Por eso, cuando llegué a la parte que tanto ansiaba, hundí la cara entre sus piernas y la penetré con la lengua. Silvia me tiró suavemente del pelo, soltando un suspiro bajo que casi acabó con el poco control que me quedaba.

Le mordisqueé el clítoris mientras introducía un dedo en su interior. Luego dos, devorándola sin prisas. Y cuando Silvia alcanzó un clímax intenso, chupé hasta la última gota de su delicioso líquido.

—¡Madre mía, paleto! No me importaría ser tu desayuno todos los días. —Sonrió jadeante, con el cuerpo aún en espasmos por el reciente orgasmo.

—Me alegro de saberlo, arpía. —Me coloqué entre sus piernas y me hundí en ella sin pensar en el mañana.

Y solo después de hacer el amor tres veces esa mañana, los dos por fin desayunamos y luego nos bañamos juntos en la espaciosa bañera del hotel de lujo en el que se alojaba.

—¿Por qué te has puesto seria de repente? —Le pasé champú por el pelo.

—Estoy preocupada, no sé qué vamos a hacer ahora sin la colaboración con el rey de los productos orgánicos. —Suspiró profundamente.

—Ya se nos ocurrirá algo —entrelacé mis dedos con los suyos —. *Juntos.*

— ¿Y si no lo conseguimos? Todos esos agricultores cuentan conmigo, no puedo decepcionarlos.

—Y tú no les decepcionarás, así que quédate tranquila, preciosa. Yo pensaré en algo para resolver esto, no necesitamos el dinero de ese viejo aprovechado.

Besé su espalda, que estaba tensa, pero enseguida se relajó con mi caricia.

—Está bien, confío en ti. —Levantó la cara y me besó.

Hicimos el amor en la bañera… y después en prácticamente todos los rincones de aquella habitación demasiado elegante para mi realidad. Pero llegó la hora de irnos, hicimos el check-out y, cuando salíamos del hotel, entró una familia hablando animadamente, felices como si vivieran dentro de un anuncio de margarina.

El chico, de unos trece años, hablaba emocionado, gesticulando sin parar.

—Oye, papá, ¿la televisión de mi habitación tiene cable? ¡Quiero ver la final del campeonato de baloncesto!

—Claro que sí, hijo —respondió el hombre, con una sonrisa tranquila—. Pero no te vas a quedar despierto hasta tarde, porque a tu madre no le gusta, ¿verdad, cariño?

Se inclinó y besó la mejilla de la mujer, que era visiblemente más joven. En ese momento, a mi lado, sentí que el cuerpo de Silvia se tensaba. La miré. Se le había ido todo el color de la cara.

—No puede ser… —susurró, como si el mundo acabara de salirse de sus cabales.

—¿Conoces a estas personas? —pregunté, intuyendo ya que aquello no iba a acabar bien.

Ella se rió. Pero no era una risa de verdad. Era amarga, entrecortada.

—Por desgracia, sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas casi de inmediato.

—¿Y quién es él?

—Ese hombre… es mi padre. —Su voz sonó fuerte debido a la rabia—. Y, por lo que parece, ha cumplido su sueño de tener un hijo varón.

Su padre se quedó paralizado al oírlo. Se giró lentamente. Y cuando sus ojos se encontraron con los de Silvia… ya no había forma de negarlo. Era como si se hubiera vaciado todo el aire de la habitación.

—Silvia… —murmuró él, visiblemente conmocionado—. ¿Qué haces en Goiânia, hija?

Ella soltó una risa breve e irónica, que no tenía nada de humor.

—Ahora lo entiendo —dijo, cruzando los brazos, tratando de mantenerse firme—. Por qué el señor viajaba tanto… y siempre le decía a mi madre que era por trabajo.

La incomodidad era palpable. La mujer a su lado parecía no saber dónde esconder la cara.

—Voy a llevar a Gabriel a comer algo, cariño —dijo apresuradamente, tirando del niño de la mano—. Ya volvemos.

—¡No, mamá, quiero quedarme! ¡Quiero saber por qué nadie me ha dicho nunca que tengo una hermana!

—Yo también acabo de enterarme, hijo. Pero luego lo hablaré con tu padre. —Le lanzó una mirada fulminante al hombre.

Luego se alejaron rápidamente, dejando a los dos cara a cara.

Padre e hija.

Y un abismo enorme entre ellos.

—Hablemos en un lugar más discreto, Silvia —pidió él, en un tono bajo, casi suplicante.

—No voy a ir a ningún sitio contigo —replicó ella al instante, firme, con los ojos ardientes—. Y creo que sería mejor que le contaras a mamá lo de tu otra familia… o se lo contaré yo.

Sin esperar respuesta, me agarró de la mano. Tenía los dedos helados. Y temblaba. Nos fuimos de allí sin mirar atrás. El silencio entre nosotros era pesado, asfixiante. Podía sentir lo mucho que aquello había destrozado algo dentro de ella.

Cuando subimos a mi camioneta, por fin dije:

—¿Estás bien, preciosa?

Ella soltó un largo suspiro, con la mirada perdida en la nada.

—No… —admitió, en voz baja—. Pero me pondré bien. Cuando salgamos de esta ciudad… cuando todo esto quede atrás.

Entonces, como si fuera un esfuerzo físico, esbozó una pequeña sonrisa.

Que no engañaba a nadie.

—De acuerdo —respondí simplemente, arrancando el motor.

Puse el coche en marcha. Durante todo el trayecto, Silvia no volvió a sacar el tema. Y yo lo respeté. Subí el volumen de la radio, dejando que la música llenara el silencio que ella no era capaz de afrontar. Poco a poco, noté que su respiración se estabilizaba, que su cuerpo se relajaba contra el asiento. Cuando llegamos a Nova Aurora, su estado de ánimo ya había vuelto a la normalidad.

Volvía a estar feliz.

Pasé por casa de mi abuela para recoger a mi hermana y a mi hija. Y, cuando nos vieron a Silvia y a mí juntos… sus sonrisas fueron inmediatas.

—Ahora sé por qué habías desaparecido, hermano. —Brenda me guiñó un ojo al subir al asiento trasero de la camioneta y ver a Silvia.

—¡No empieces, Brenda! —La miré por el retrovisor con el ceño fruncido.

—Déjala en paz, Severide, solo está bromeando. —Silvia le guiñó un ojo por el retrovisor.

—Hola, guapa, ¿por qué estás en el coche de papá? —preguntó mi hija.

—Está aquí porque ahora estamos juntos, como pareja. —Besé el dorso de las manos de Silvia, que sonrió tímidamente.

—¡Por fin lo han hecho público, gracias a Dios! —celebró mi hermana.

—¿Eso significa que ahora la chica guapa es tu novia de verdad y que puede ir a la fiesta del Día de la Madre de mi colegio, papá? —Los ojos de Belinha brillaron mientras sacaba la invitación toda arrugada de la mochila.

— Bueno, si ella quiere, por mí está bien. —Le daba carta blanca.

—No me perdería este evento por nada del mundo, pícara.

Silvia se giró hacia el asiento trasero y le tocó la punta de la nariz a mi hija haciéndola sonreír, y luego cogió la invitación con cariño de su madre y la guardó en el bolso. Mi hija no dejó de sonreír después de eso, parloteó durante todo el camino.

—Bueno, yo me quedo aquí —dijo Silvia cuando aparqué frente a la verja de la finca Esperanza.

Confieso que, después de todo lo que hemos vivido, me resultaba muy difícil dejarla marchar, aunque fuera por poco tiempo.

—Bienvenida a la familia, cuñadita —mi hermana le lanzó un beso dramático.

—¡Gracias, guapa! —Silvia le devolvió el beso.

—¿Por qué no te casas con papá y te vienes a vivir con nosotros, guapa? —Belinha puso cara de perrito abandonado.

—Bueno, es muuuuy pronto para eso, princesa —Silvia le pellizcó la mejilla regordeta—. Pero te prometo que te visitaré siempre que pueda, ¿vale? —La pequeña asintió.

Entonces llegó el momento de que Silvia se despidiera de mí, se sentía cohibida de darme un beso delante de las niñas. Así que, cuando levantó la mano para decir adiós, la atraje hacia mí y le robé un beso.

—¡La chica guapa y papá se han besado en la boca! —Mi hija esbozó una sonrisita adorable.

—¿Viste, Belinha? ¡Tu papá lo hizo muy bien!

—Ya basta de bromas, las dos, y decid adiós a Silvia.

—Adiós, Silvia —dijeron juntas.

—Adiós, chicas —sonrió con encanto y luego se volvió hacia mí con una mirada seductora—. Nos vemos luego, paleto.

—Claro, arpía —asentí con la cabeza.

Entonces ella se marchó y nosotros seguimos nuestro camino a casa. No podía borrar esa sonrisa enamorada de mi rostro; creo que seguiría así durante bastante tiempo.

Capítulo 26



Silvia

A pesar de que el viaje a Goiânia, por negocios, no había salido exactamente como esperaba, y de que todavía estaba superando el hecho de descubrir que mi padre había mantenido en secreto otra familia todo este tiempo, volví a la Finca Esperanza con la energía más que renovada. Y el motivo de ello tenía nombre y apellido.

Severide Ferreira.

El hombre sencillo del campo que logró algo que nadie había conseguido antes: derribar todas mis barreras, una tras otra, sin ningún esfuerzo. Lo cual, en cierto modo, era una afrenta para mí. Al fin y al cabo, durante años me enorgullecí de mi corazón de hielo. Me mantuvo centrada, fuerte e implacable.

Pero ese paleto insolente…

Él transformó todo ese hielo en fuego.

Un fuego indomable, que ahora corría por mis venas en un torbellino de emociones que ni siquiera sabía que era capaz de sentir. *Deseo. Pasión. Expectativa.* Una felicidad inquietante que me dejaba sin suelo bajo los pies.

Y, para empeorar las cosas… Me gustaba eso.

Me gustaba más de lo que debería.

Aun así, no tenía ni idea de adónde iba a parar todo aquello. Mi plan siempre había sido claro, trazado con rigurosa precisión: quedarme en Nueva Aurora solo el tiempo suficiente para salvar a los agricultores en quiebra, demostrarle a mi jefe que podía volver a confiar en mí… y luego marcharme y seguir hacia algo más grande. Hacer realidad mi sueño de convertirme en una directora ejecutiva respetada en tierras extranjeras y vivir el famoso sueño americano.

Ser poderosa. Intocable.

Una mujer a la que nadie se atrevería a subestimar.

Pasé años preparándome para este camino. Años sacrificando todo y a todos los que se cruzaron en mi camino sin ningún remordimiento. Los sentimientos siempre fueron un lujo que nunca me permití. Y ahora estaba allí… corriendo el riesgo de dejar que un paleto del interior —absurdamente atractivo— desbaratara por completo mi vida.

Pero, ¿cómo iba a resistirme?

Severide había entrado en mi vida como una tormenta de verano: cálida, intensa e inevitable. De esas que llegan sin previo aviso y, cuando pasan, lo dejan todo diferente.

Intenté resistirme.

Dios sabe que lo intenté.

Pero cada mirada suya parecía atravesarme la piel. Cada caricia encendía algo dentro de mí que ya no sabía cómo apagar, y tal vez eso me hacía débil. Me convertía exactamente en el tipo de mujer que siempre juré no ser nunca, el tipo guiado por el corazón y no por la razón.

Sin embargo, por primera vez en mi vida… no quería pensar en las consecuencias. No quería calcular riesgos. No quería planificar el siguiente paso.

Solo quería darme el lujo de sentir.

Quería vivir cada segundo de ese delicioso caos que Severide Ferreira había despertado en mí, viviendo el aquí y ahora sin pensar en lo que me deparaba el futuro.

—¡Y que sea lo que Dios quiera! —Respiré hondo.

Pero, al cruzar la puerta de la casa principal, me di cuenta de que el lugar estaba lejos de ser tranquilo. La finca estaba patas arriba. El nuevo miembro de la familia había llegado, y con él vino una pequeña revolución. Entré en la sala justo en el momento en que Barreto luchaba valientemente contra un pañal desechable. El hombre parecía estar librando una batalla medieval contra un trozo de tela con solapas adhesivas.

Sostenía al bebé con extremo cuidado, como si fuera una pieza de cristal de gran rareza… mientras intentaba entender cuál era el lado correcto del pañal. Por la expresión concentrada —y completamente perdida— de su rostro, era obvio que nunca había hecho aquello antes. Pero María Cecilia estaba durmiendo en el dormitorio, exhausta tras el parto, y Barreto claramente había decidido que ella necesitaba descansar.

Así que el pobre estaba allí, siendo un padre estupendo y enfrentándose solo a esa misión casi imposible.

—Por tu cara de felicidad, Silvia, todo salió bien con el rey de los productos orgánicos en Goiânia —comentó mi jefe, sin apartar la vista del pañal, como si estuviera intentando descifrar un mapa del tesoro.

Me acerqué, apoyé la cadera en la mesa y miré la escena riendo.

—No salió bien —respondí con una media sonrisa—. Pero fue mejor así.

Pasé el dedo suavemente por la mejilla del bebé. Él esbozó una sonrisa minúscula, como si se estuviera divirtiendo con el espectáculo del padre torpe.

—¿Por qué mejor así? —preguntó.

—Es un hombre despreciable, estaba más interesado en llevarme a la cama que en la transportadora. —Me encogí de hombros.

Barreto finalmente levantó la vista hacia mí, con el ceño fruncido, claramente sorprendido.

—¿Desde cuándo el carácter de alguien se ha convertido en un criterio para que Silvia Cabrini no cierre un contrato millonario?

Crucé los brazos.

—¡No me des la lata, Barreto!

Abrió la boca para replicar, pero yo levanté la mano antes.

—Voy a llamar a la señora Margarida para que te ayude con eso antes de que le pongas ese pañal en la cabeza al bebé en lugar de donde debe ir —bromeé.

Barreto miró al bebé.

Luego a la fralda.

Luego a mí.

Por la duda en su expresión… estaba casi segura de que, de hecho, todavía no sabía cuál era el lado de delante. Salí riendo por el pasillo. Detrás de mí, oí a Barreto murmurar algo indignado… mientras el bebé soltaba un ruidito que se parecía mucho a una carcajada.

*

El resto del día transcurrió en ese ambiente agradable; a pesar del desorden causado por la nueva rutina con un bebé en casa, la Fazenda Esperança parecía diferente, como si hubiera adquirido un nuevo brillo, casi mágico, con la llegada de esa pequeña vida. El llanto de Junior, que surgía de vez en cuando, ya

no sonaba como una molestia… sino como un recordatorio de que algo bonito había comenzado allí.

Todos parecían más ligeros. Más felices. Incluso yo. Lo cual era extraño, teniendo en cuenta que nunca he sido precisamente fan de los niños. Pero después de la cena, María Cecilia prácticamente me obligó a coger a su hijo. Puso al bebé en mis brazos antes de que tuviera tiempo de protestar. Y durante unos segundos… realmente lo sostuve.

Pero en cuanto empezó a llorar, el pánico me atravesó como un rayo; no tenía ni idea de qué hacer para que se callara.

—No, no, no… ¡eso no está en mi contrato de trabajo con su marido! —murmuré, devolviendo rápidamente al bebé a su madre.

María Cecilia se echó a reír mientras lo cogía de nuevo; yo me quedé tan traumatizada que incluso me fui a mi habitación. Me di un baño largo, dejando que el agua caliente resbalara por mi cuerpo, intentando relajarme. El plan era sencillo: acostarme, dormir temprano y descansar, porque al día siguiente continuaría la batalla en busca de nuevos clientes para la empresa de transportes.

Pero, en cuanto me acosté… me di cuenta de que eso no iba a pasar. Di vueltas en la cama de un lado a otro.

Una vez.

Dos.

Diez.

No podía dejar de pensar en Severide; casi no nos habíamos enviado mensajes durante el día. Estaba ocupado combatiendo una plaga que había surgido en uno de los bancales de patatas de la granja. Sabía que eso exigía trabajo duro, horas en el campo, preocupación constante. Y a esas alturas, probablemente ya estaría durmiendo, totalmente agotado.

Y yo debería estar haciendo lo mismo, pero me quedé mirando al techo unos segundos más… hasta soltar un suspiro de irritación.

—¡Al diablo!

Me levanté de la cama de un impulso. Me eché por encima del camisón una bata de seda blanca y salí de casa intentando no hacer ruido. Solo sería una salida rápida. Una visitita inocente al vecino guapo, volvería antes de que alguien se diera cuenta de mi ausencia.

Atravesé el prado hasta la finca de Severide sin problemas; la noche estaba iluminada por la luna y yo estaba decidida a verlo. Intenté ser discreta… pero en cuanto me acerqué a la mansión, me di cuenta de que la luz de su habitación estaba apagada. Entonces, cogí una piedrecita del suelo y la lancé contra la ventana.

Pero no obtuve respuesta. Esperé unos segundos, y nada.

—Genial, Silvia… genial. Has venido hasta aquí para nada —murmuré para mis adentros.

Ya estaba a punto de rendirme y volver a casa cuando oí pasos detrás de mí.

—El señor no está en casa, señorita.

Me giré sorprendida.

Se acercaba un hombre, todo manchado de tierra, con las botas cubiertas de barro. Era mayor y tenía rasgos indígenas muy marcados en el rostro. Me tiré de la bata instintivamente, ajustándola mejor sobre el camisón.

Ahora me sentía realmente ridícula por no haberme cambiado de ropa antes de salir; estaba tan desesperada por ver a Severide que ni siquiera pensé con claridad.

—¿Y dónde está? —pregunté, intentando parecer despreocupada.

—Hasta hace un momento estábamos combatiendo la plaga en los bancales —explicó el hombre—. Pero el jefe se ha ido a la cascada a darse un chapuzón. Dijo que no quería llevarse nada malo de la plantación a casa.

—Muchas gracias, señor.

Apenas terminé la frase y ya me estaba alejando, casi corriendo, con una sonrisa que no podía contener. Seguí por el camino que llevaba al valle. Directo a la cascada.

Directo hacia Severide.

Llegué allí casi sin aliento; el sendero descendía por el valle iluminado por la luna llena, que aquella noche parecía absurdamente grande, derramando una luz plateada sobre las piedras mojadas y sobre el agua que corría con fuerza entre ellas.

Y entonces lo vi.

Severide emergía del agua en ese preciso instante. Se pasó las manos por la cara, apartando el agua, mientras el pelo mojado le caía sobre la frente. El resplandor de la luna dibujaba cada línea de su cuerpo, cada músculo definido del pecho y del abdomen.

Por un segundo, simplemente me quedé allí. Observando a ese hombre divino.

—Dios mío… —murmuré en voz baja.

No lo pensé dos veces.

Me quité la bata de seda, que se deslizó por mis hombros y cayó al suelo de piedra. La camisola siguió su camino poco después. El agua de la cascada estaba fría cuando entré, pero apenas la sentí. Toda mi atención estaba puesta en él. Severide se sobresaltó un poco al percibir mi presencia, abriendo los ojos como platos por un instante, sin creer lo que estaba viendo.

Pero pronto el sobresalto se transformó en una sonrisa maliciosa... de esas que ya tienen un montón de guarradas pasando por la cabeza.

—Justo estaba pensando en ti, arpía indomable —deslizó la mano por su pecho musculoso.

El agua le llegaba a la cintura, pero no ocultaba absolutamente nada. Mi mirada bajó automáticamente hacia su

enorme y dura polla… y arqueé una ceja.

—Sí… —murmuré, divertida—. Lo estoy viendo, paleto.

Su sonrisa se volvió aún más peligrosa. Severide dio un paso hacia mí, con el agua ondulando alrededor de su cuerpo.

—Desde la última vez que los dos estuvimos en esta cascada… —dijo con voz ronca—, no puedo quitarme una cosa de la cabeza.

Me detuve a pocos centímetros de él.

—¿Y qué sería eso, guapo?

No respondió de inmediato.

Solo deslizó una mano firme por mi cintura, atrayendo mi cuerpo contra el suyo con una facilidad absurda. El calor que irradiaba su piel contrastaba con el agua fría.

—La fantasía de follarte salvajemente… —murmuró al oído—. Apretada contra estas rocas.

Mi corazón se disparó.

Levanté la mirada hacia la suya, sintiendo su aliento rozar mi piel.

—Qué coincidencia… —susurré—. Porque yo también he pensado mucho en eso.

La sonrisa de Severide se volvió aún más maliciosa. La luna se reflejaba en sus ojos como si estuvieran en llamas. Y en ese momento tuve la certeza de una cosa.

No había venido hasta allí solo para una visita rápida.

Las piedras mojadas brillaban, y el sonido constante de la cascada envolvía el valle como una música antigua, profunda, casi hipnótica. Severide me atrajo hacia él, sus manos firmes sujetándome por la cintura como si fuera algo precioso… y al mismo tiempo imposible de dejar escapar.

Mi cuerpo se pegó al suyo, podía sentir cada uno de sus músculos bajo mis manos, cada respiración más pesada, cada latido acelerado del corazón que parecía acompañar al mío. Cuando me levantó y me apoyó contra la pared de piedra de la cascada, un escalofrío recorrió toda mi piel.

El agua resbalaba por nuestros cuerpos, mezclándose con el calor que crecía entre nosotros. Severide me miraba como si fuera lo más bello que existiera en ese mundo. Y tal vez, en ese momento, lo era. Acercó su rostro al mío, su aliento cálido rozando mis labios antes del beso. Y cuando nuestras bocas se encontraron, fue de manera urgente, cargado de todo lo que ambos habíamos estado tratando de contener durante tanto tiempo.

Me aferré a sus hombros, sintiendo la fuerza de los brazos que me sostenían con tanta seguridad. Cuando finalmente me penetró, se me escapó un suspiro. Hicimos el amor en aquella cascada, nuestros cuerpos se unían con urgencia y ternura al mismo tiempo, como si cada caricia fuera una promesa silenciosa.

En ese momento, no existía el pasado.

Ni futuro.

Solo nosotros dos.

Nuestros corazones latiendo al unísono, perdidos en esa hermosa noche que comenzó en la cascada y terminó por la mañana en la cama de Severide. Me desperté con el ruido del gallo cantando afuera. Un sonido fuerte, insistente, completamente incompatible con la vida que siempre había llevado. En cualquier otra circunstancia, habría cerrado los ojos con fuerza, irritada, maldiciendo el interior, a los animales y a cualquier cosa que no tuviera un botón de silencio.

Pero aquella vez… sonreí.

Porque estaba más feliz que nunca entre los fuertes brazos de Severide, el único lugar donde me había sentido verdaderamente segura en toda mi vida. Su mano descansaba pesadamente sobre mi

cintura, posesiva incluso mientras dormía, como si su cuerpo se negara a correr el riesgo de dejarme marchar. Su pecho musculoso subía y bajaba lentamente contra mi espalda, y el calor de su piel me envolvía como una manta invisible.

Giré un poco la cara, observándolo sin prisas. Dormía profundamente. Cansado. Las dos últimas noches de sexo salvaje habían sido intensas. La primera en Goiânia, después de que aquel loco cruzara el estado en su camioneta destartalada tras de mí y pusiera mi mundo patas arriba con una declaración de amor que aún resonaba dentro de mi pecho.

Y la segunda, allí, en tu finca, donde realmente nos entregamos en cuerpo y alma el uno al otro bajo la cascada, a la luz de la luna.

—¿Cómo consigues ser aún más guapo cuando duermes, paleto? —Suspiré profundamente.

Severide parecía más joven mientras dormía. Las duras líneas de su rostro se habían suavizado. La tensión constante que llevaba sobre los hombros había desaparecido. Era como si hubiera soltado toda la tensión que llevaba mucho tiempo cargando sobre los hombros y se hubiera permitido ser feliz de nuevo.

Y a mi lado...

Dejé escapar un largo suspiro y, muy despacio, llevé la mano hasta su rostro. Mis dedos recorrieron los rasgos rústicos de la piel marcada por el sol, la barba corta rozando ligeramente la punta de mis dedos. Se movió un poco, pero no se despertó, solo me atrajo más hacia él por instinto.

Sonreí de nuevo. Nadie me había hecho sentir así nunca. Tan segura. Tan deseada.

Tan… feliz.

Y lo más aterrador de todo era que él lo conseguía con tan poco. Sin grandes promesas, riqueza ni estatus.

Bastaba con estar a su lado y la magia se producía.

Me quedé allí, observándolo dormir durante un buen rato. Después, decidí ir a la cocina a beber un vaso de agua, tenía la boca seca. Me deslicé lentamente fuera de los brazos de Severide, con cuidado de no despertarlo. Su brazo aún intentó retenerme por reflejo, los dedos apretando ligeramente mi cintura antes de ceder al peso del sueño profundo.

Tuve que reírme, estaba completamente agotado. Yo le había quitado toda su energía. Cogí su camisa a cuadros del suelo y me la puse; me gustaba porque tenía un olor que era solo suyo. Pura testosterona. Caminé descalza por el pasillo de la casa de madera barnizada, sintiendo el suelo frío bajo mis pies, guiada únicamente por la suave luz que entraba por las ventanas.

El canto del gallo aún resonaba afuera, mezclado con el sonido lejano del viento soplando entre los árboles. Abrí la nevera y cogí una botella de agua. Pero, cuando cerré la puerta… me llevé un susto. Sônia estaba parada justo detrás de mí. Inmóvil. Con los ojos fijos en la camisa de su jefe que yo llevaba puesta.

La expresión de la mujer era sombría. Dura. Me llevé la mano al pecho, con el corazón a mil.

—¡Madre mía! ¿No es demasiado temprano para que estés aquí? —exhalé nerviosa—. Casi me matas del susto.

Ella no respondió de inmediato. Solo siguió mirándome con esa mirada fría, evaluando cada detalle.

Entonces dijo:

—Nunca formarás parte de esta familia. Así que vete antes de que esto te salga mal. —La astuta mujer por fin soltó sus garras.

Por un segundo, pensé que había oído mal. Pero no. Realmente había tenido la osadía de amenazarme. Levanté lentamente una ceja; Sonia no tenía ni idea de con qué serpiente se estaba metiendo.

Llené el vaso de agua con calma, deliberadamente, sin apartar la mirada de ella antes de soltar mi veneno.

—Quien no forma parte de esta familia eres tú, querida —la puse en su sitio—. Tú solo trabajas aquí.

Llevé el vaso a los labios y bebí despacio, dejando que el silencio se prolongara entre nosotras. Cuando terminé, hice un pequeño gesto burlón con la mano abierta en el aire, pidiéndole que esperara.

—Y creo que es mejor que no vuelvas a hablarme en ese tono amenazante —continué, con voz baja y peligrosa—. O será peor para ti.

Le puse el vaso vacío en la mano, dejando claro cuál era su lugar en aquella casa.

—Soy capaz de destruirte en un abrir y cerrar de ojos, ni siquiera verías de dónde vino el golpe. —Le dejé claro mi mensaje y pasé junto a ella sin mirar atrás.

Volví al dormitorio y me tumbé con cuidado, acurrucándome de nuevo junto a Severide. Él murmuró algo ininteligible y se movió, acercándose automáticamente. Cerré los ojos. Pero entonces sentí una presencia.

Abrí los ojos y me incorporé un poco, viendo una pequeña figura de pie junto a la cama.

Belinha.

Llevaba un pijama rosa, el pelo rubio a la altura de los hombros revuelto, y se abrazaba la mantita contra el pecho. Sus grandes ojos azules brillaban en la penumbra, llenos de miedo.

—He tenido una pesadilla… —susurró.

Se me derritió el corazón, así que levanté la sábana.

—Ven aquí, mi amor. No tienes por qué tener miedo.

No lo dudó. Corrió hacia la cama y se metió entre nosotros, acurrucando su pequeño y cálido cuerpecito con confianza. Sonreí y le acaricié el pelo para que volviera a dormirse.

Fue entonces cuando oí un sonido familiar.

—Tú también puedes venir, Berenice —llamé a su fiel compañera.

La cerdita entró en la habitación trotando, como si lo hubiera entendido perfectamente. Se subió torpemente a la cama, y tuve que contener la risa mientras la acomodaba a nuestros pies.

Contemplé aquella escena.

Severide durmiendo profundamente a mi lado. Belinha acurrucada contra mi pecho. Una cerdita ocupando el resto del espacio. Negué con la cabeza, incrédula. Si, hace unos meses, alguien me hubiera dicho que yo, una publicista de prestigio, estaría en esa cama, habría mandado internar a esa persona sin pensarlo dos veces.

Pero, para ser sincera, en ese momento, no había ningún otro lugar en el mundo en el que quisiera estar que no fuera allí. Acabé volviéndome a dormir, y cuando desperté ya era tarde, la luz del sol ya estaba alta invadiendo la habitación. Por un instante, me sentí confundida, sintiendo el vacío a mi alrededor. Extendí la mano, esperando encontrar el cuerpo cálido de Severide, pero solo encontré sábanas frías.

Abrí los ojos del todo. Severide ya no estaba allí. Belinha tampoco, ni siquiera la cerdita Berenice. Me senté lentamente en la cama, aún envuelta en el cómodo silencio de la casa, hasta que algo me llamó la atención. Sobre el mueble junto a la cama, había un vestido. Sencillo. Ligero. Del color del verano: un amarillo suave que recordaba al sol naciendo en el horizonte.

Junto a él, descansaban una rosa roja y una pequeña nota doblada. Cogí la nota con cuidado y la abrí.

«Cuando te hayas vestido, reúnete con nosotros en el jardín. Hace un día precioso para desayunar al aire libre».

Sonreí sin darme cuenta. Doblé la nota con cariño, como si fuera algo demasiado precioso para arrugarlo, y me acerqué la rosa

a la nariz. El aroma era delicado, fresco. Me coloqué la flor en un lado del pelo, observando mi reflejo en el espejo por un segundo.

Parecía… diferente.

Más ligera.

Más viva.

Me puse el vestido casi corriendo, sintiendo cómo la ligera tela acariciaba mi piel, fui al jardín y encontré a Severide, Brenda y Belinha sentados en una preciosa mesa de desayuno. El día era perfecto, soleado y con un cielo azul precioso sin una sola nube.

—Buenos días, preciosa —Severide sonrió en cuanto me vio llegar—. Espero que hayas dormido bien.

Como un auténtico caballero, se levantó de inmediato y me acercó la silla para que me sentara.

—He dormido como un angelito… gracias —respondí, sentándome y agarrándole discretamente la mano por debajo de la mesa.

Severide me apretó ligeramente los dedos, en un gesto cómplice.

—Te queda muy bien el vestido de mamá —dijo Belinha con la dulce sinceridad de una niña.

Sonreí, sorprendida y profundamente conmovida.

El vestido que llevaba había pertenecido a la difunta esposa de Severide. Cuando me lo ofreció aquella mañana, me di cuenta inmediatamente de lo mucho que significaba. Sabía lo mucho que él la había amado… y, precisamente por eso, aquel gesto llevaba consigo un peso silencioso de confianza.

—Gracias, amor mío. —Me incliné y besé a Belinha en la mejilla.

—¡Dios mío, qué escena tan conmovedora! —interrumpió Brenda, llevándose la mano al pecho de forma dramática—. Pero

ahora vamos a comer, gente, porque me muero de hambre.

Ella fue la primera en lanzarse a la abundante mesa del desayuno, repleta de panes recién hechos, fruta, queso y café recién hecho. Y nosotros la seguimos de cerca. Entre bocado y bocado, la conversación empezó a fluir con naturalidad. Hablamos de tonterías, nos reímos a carcajadas con las anécdotas de la granja y, por un momento, el tiempo pareció ralentizarse.

Observaba todo a mi alrededor —a Severide sonriendo, a Belinha contando algo animada, a Brenda discutiendo con alguien por el último trozo de tarta— y algo dentro de mí se calmó.

Fue la primera vez que realmente me sentí parte de un momento en familia. Allí, con esas personas, no tenía que demostrar nada a nadie.

Simplemente podía ser yo misma.

Capítulo 27



Severide

El día era demasiado bonito para desperdiciarlo dentro de casa. El sol aún era suave y una ligera brisa mecía las hojas de los mangos que rodeaban la preciosa mesa del desayuno puesta en el jardín. Silvia parecía sentirse completamente a gusto allí. No dejaba de sonreír mientras charlaba con Brenda y jugaba con Belinha. Había algo en aquella escena que me dejó en silencio, así que me quedé observando la interacción entre las tres.

Mi hija cogió un trozo de pan y lo mojó con entusiasmo en el cuenco de mermelada de fresa. El resultado fue previsible. En cuestión de segundos, tenía la mitad de la boca completamente manchada de rojo.

—¡Belinha! —mi hermana se rió.

Pero antes de que ninguno de nosotros pudiera reaccionar, Silvia ya se había inclinado hacia delante y se había ocupado de la situación.

—Oye, pequeña traviesa... —dijo ella, riendo en voz baja.

Con una servilleta, Silvia le limpió la boca a mi hija con una delicadeza que me conmovió. Belinha se quedó quieta, mirándola con esos ojos grandes y confiados. Y yo seguí observando en

silencio, sintiendo algo extraño y cálido extenderse dentro de mi pecho.

Ver a Silvia con mi hija de esa manera... natural, cariñosa, como si siempre hubiera formado parte de nuestra vida... me hizo enamorarme un poco más de ella.

Quizás mucho más.

Todavía estaba perdido en esos pensamientos cuando un grito de mi hermana me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tenéis que ver este vídeo que me ha enviado Ana Luiza!

Levanté la vista de inmediato.

Brenda tenía el móvil en la mano, con esa expresión de quien acaba de descubrir un escándalo nacional.

— ¿Qué te dije sobre usar el móvil en la mesa, Brenda? —la regañé, cruzando los brazos.

—¡Ahora no, hermano! ¡Esto es serio! ¡Silvia se ha hecho famosa!

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que famosa?

Silvia, curiosa, extendió la mano y cogió el móvil de mi hermana. Dos segundos después, casi se le cae el aparato.

—Oh… Dios mío… —Se le cayó literalmente la mandíbula.

Me incliné para ver la pantalla y a mí también se me cayó la mandíbula.

—¡Joder! —Fue lo único que pude decir.

Alguien había grabado la discusión de Silvia con el rey de los productos orgánicos, en la puerta de esa maldita discoteca de lujo en Goiânia. El vídeo mostraba exactamente el momento en el que él decía, con toda la arrogancia del mundo, que nunca había tenido

interés en hacer negocios con ella, que solo quería llevársela a la cama.

Y también mostraba a Silvia poniendo al viejo en su sitio. Con clase. Con rabia. Y sin bajar la cabeza.

—¿Cuántas visualizaciones tiene esto? —pregunté, ya que no entendía muy bien de internet.

—¡Caramba! Ya tiene más de un millón —Brenda abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué?! —Atónito, casi me caigo de espaldas.

—¡Y el vídeo ni siquiera lleva veinticuatro horas publicado! —Silvia se llevó la mano a la boca mientras empezaba a leer los comentarios, estaba en estado de shock.

Y con razón, porque todo Internet se había volcado en masa para cancelar al rey de los productos orgánicos. La gente estaba indignada por la forma en que le había hablado a Silvia, quien, según los relatos de varias mujeres, no había sido la primera víctima. Era un comentario tras otro destrozando al viejo arrogante. Todo el mundo estaba de su lado, elogiando su valentía.

Llamando a Silvia «una inspiración».

Diciendo que por fin alguien había puesto en su sitio a ese acosador repugnante, haciendo justicia por tantas otras mujeres que no tuvieron el mismo valor de enfrentarse a él por tratarse de una figura importante.

—¡Caramba! Todavía no me creo que esto esté pasando de verdad. —Silvia tardó exactamente cinco minutos en salir del estado de shock.

Cinco.

Después de eso, la publicista que llevaba dentro tomó el control de la situación como un general en el campo de batalla. Empezó a teclear en el móvil a una velocidad de vértigo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté curioso.

Ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—Aprovechando mi momento de fama —respondió, concentrada.

Había un brillo decidido en su mirada, el de quien sabe cómo hacer que las cosas sucedan cuando se presenta una gran oportunidad.

— ¿Y cómo piensas hacerlo exactamente, Silvia?

—Si este vídeo se ha vuelto viral, tenemos que aprovechar toda esa atención a nuestro favor —explicó—. Si no, mañana todo el mundo se habrá olvidado.

Mi hermana ya estaba prácticamente pegada a su lado, curiosa.

—Dios mío, me encanta cuando te pones en modo mujer de negocios. —La expresión de Brenda se iluminó, admirada.

En pocos minutos, Silvia creó una cuenta de Instagram para la empresa de transportes. Pero cuando llegó a la parte del nombre, se dio cuenta de algo importante.

—¡Oh, no! Ahora que lo pienso, la empresa de transportes aún no tiene un nombre oficial.

—Sé que se te ocurrirá algo increíble, como todo lo que haces. —Le guiñé un ojo y ella me lanzó un beso.

Silvia pensó durante unos segundos mientras miraba a su alrededor, con la vista recorriendo sin prisa los interminables bancales de coles de mi granja. Y con una expresión de pura paz, sonrió.

—¡Ya lo sé! —Sus dedos volvieron rápidamente al teclado.

—¿Puedo saber qué nombre ha elegido, señorita? —pregunté.

Giró la pantalla hacia mí, mostrándome la cuenta de Instagram que había creado para la empresa de transporte. El

nombre elegido era *Sabor da Terra*, y como eslogan, la siguiente frase impactante:

«Eres lo que comes».

Algo sencillo. Contundente. Imposible de olvidar.

—¡Perfecto! —Me incliné y besé sus labios.

—Ahora viene la parte más importante. —Silvia encendió la cámara del móvil.

Y con un sencillo vestido de verano que le había prestado mi difunta esposa, sin maquillaje ni tacones, se limitó a arreglarse el pelo suelto en voluminosos rizos y empezó a grabar un vídeo allí mismo, sentada en el jardín de la finca.

«Hola a todos. Me llamo Silvia Cabrini, la mujer del vídeo que se está haciendo viral en Internet. También soy una de las fundadoras de la empresa de transporte de productos orgánicos Sabor da Terra, cuya sede se encuentra en Nova Aurora, una pequeña ciudad del estado de Goiás».

Su voz sonaba firme, segura y profesional. Habló sobre el vídeo que estaba circulando por Internet, agradeció los miles de mensajes de apoyo que había recibido y dijo algo que me hizo admirarla aún más.

«Quiero dar las gracias especialmente a las mujeres que han compartido conmigo sus propias historias de acoso en las últimas horas. No estáis solas, nadie puede silenciarnos».

Brenda permaneció en silencio a su lado, con los ojos llorosos. Incluso Belinha parecía prestar atención, a pesar de que no tenía la edad suficiente para comprender un tema tan importante para las mujeres.

Entonces Silvia sonrió encantadoramente a la cámara y continuó:

«Para terminar, ya que soy el tema del momento, quiero decir que nuestra empresa de transporte está abierta a firmar contratos

con empresas interesadas en trabajar con los mejores productores ecológicos del país».

Guiñó el ojo con encanto, al estilo de una chica de anuncio.

«Porque aquí creemos que la comida de verdad viene de la tierra pura, sin pesticidas… y merece llegar a la mesa de la gente con respeto, cuidado y mucho amor».

Silvia terminó el vídeo con una sonrisa preciosa capaz de conquistar a cualquiera, y lo publicó. Todos nos quedamos mirando el móvil como si estuviéramos esperando a que explotara una bomba. No tardó ni un minuto. El dispositivo empezó a vibrar. Primero una notificación. Luego dos. Luego diez. Después, simplemente no paró más.

Mensajes. Una legión de seguidores.

Grandes empresas etiquetando el perfil.

A partir de ahí fue una auténtica locura. El lunes, el teléfono de la empresa de transporte no dejó de sonar ni un segundo. Antes del mediodía, ya habíamos hablado con más empresas de las que imaginaba que existían en todo el país. Cadenas de supermercados, distribuidoras, restaurantes famosos. Todos se peleaban por convertirse en nuestros clientes, una experiencia increíble para quienes estamos empezando en el mercado como nosotros.

Si antes no teníamos suficientes contratos, ahora no sabíamos cuál elegir. Silvia incluso concedió una entrevista a una gran cadena de televisión en abierto, y lo bordó, como era de esperar. Al final de esa semana, yo ya estaba completamente aturdido. Era tarde y todos en la oficina se habían ido, solo quedábamos nosotros dos.

Silvia estaba sentada en su mesa con tres hojas de cálculo abiertas, manejaba dos portátiles, al mismo tiempo que hablaba por teléfono y negociaba sin parar. Cuando por fin terminó la última llamada, levantó la vista hacia mí con una sonrisa cansada… pero radiante.

—Bueno, creo que ya hemos terminado por esta semana… —Estiró el cuello de un lado a otro.

—Lo hemos hecho muy bien, nos merecemos un descanso. —Respiré hondo.

—¿Lo hemos hecho bien? Lo hemos petado, Severide. Hemos vendido hasta el último grano de la cosecha de todos nuestros agricultores y hemos cerrado contratos para los próximos dos años —celebró animada.

Pestañeé, tratando de entender.

—¿Para los próximos dos años?

—¡Sí! Y esto es solo el principio. Con el capital que tenemos ahora, podemos expandirnos a otros estados, ayudando a otros pequeños agricultores a distribuir sus productos por todo Brasil —explicó eufórica.

Miré a esa hermosa mujer que tenía delante, admirado. Ni siquiera parecía aquella chica presumida de la gran ciudad que no pensaba en nadie más que en sí misma. Y ahora estaba allí, emocionada ante la posibilidad de ayudar a otras personas a prosperar en la vida y a vivir con dignidad.

—Has sido lo mejor que le ha pasado a esta ciudad en los últimos años, ¿lo sabías? —Le cogí la mano—. Sobre todo en mi vida.

Declaré apasionadamente.

Justo después, nos estábamos besando en plena oficina. Silvia estaba sentada en la mesa de su despacho, con las piernas enroscadas en mi cintura, mientras yo la besaba con sed, como si hubiera pasado años en el desierto.

—Eres completamente irresistible, ¿lo sabías, paleto? —murmuró contra mis labios, riendo en voz baja.

—Tú eres más, arpía indomable—deslicé la mano por su muslo, subiéndole la falda lápiz.

Silvia esbozó esa sonrisa pícara que siempre me hacía olvidar la mitad de mis principios. Inclinó la cabeza y me besó de nuevo, esta vez más despacio, como si estuviera poniendo a prueba mi cordura. Mis manos le sujetaban la cintura con firmeza mientras ella se movía un poco sobre la mesa, atrayéndome aún más hacia ella.

Fue en ese preciso momento cuando la puerta de la sala se abrió de golpe y nos pilló por sorpresa.

—¡Por Dios! *Vosotros* dos no *respetáis* ni siquiera el lugar de trabajo —mi abuela entró sin pedir permiso.

Casi me da un ataque de tanta vergüenza. Di un salto hacia atrás tan rápido que casi tiro una silla. Silvia también se apartó al instante, arreglándose el pelo e intentando parecer mínimamente compostada mientras la señora Gertrudes nos miraba con los brazos cruzados.

Una mirada penetrante.

—¡Abuela! ¿Qué hace usted aquí?—solté, todavía tratando de recuperar el aliento.—¿Por qué no avisó que venía?

Silvia estaba roja como un tomate.

Yo también debía de estarlo.

—¿Avisar? —repitió ella, arqueando una ceja—. ¿Desde cuándo tengo que avisar que voy a visitar a mi nieto al trabajo?

Abrí la boca… y la volví a cerrar.

¡Claro!

—Lo siento, abuela, me alegro de que hayas venido. Pero ¿podemos hablar en mi despacho, por favor?

—No he venido aquí para hablar contigo, chico.

Entrecerré los ojos.

—Entonces, ¿con quién ha venido a hablar? —pregunté.

Doña Gertrudes no respondió. Solo levantó la mano y señaló directamente a Silvia. Esta parpadeó dos veces, claramente

sorprendida.

—¿Ha venido a hablar conmigo?

Ella tragó saliva.

Mi abuela dio un paso hacia ella, analizando a Silvia de pies a cabeza como si estuviera evaluando un caballo de pura sangre antes de comprarlo.

El ambiente se volvió tenso.

—Sea lo que sea, puede decirlo delante de mí, abuela —le cogí la mano a Silvia—. Estamos juntos, y va en serio.

—Tienes cinco segundos para desaparecer de mi vista, Severide.

—¡Sí, señora! Ya me voy. —Me rasqué la nuca y di un paso atrás.

—¡Ni se te ocurra salir de esta habitación, Severide! —Silvia me miró con malicia.

— Lo siento, guapa, pero cuando la señora Gertrudes da una orden, más vale obedecer.

Pasé junto a ellas, todavía un poco desconcertado. Le di un beso en la mejilla a Silvia. Luego, un beso en la mejilla a mi abuela. Y salí de allí prácticamente corriendo; de ninguna manera me quedaría en medio de la línea de fuego de dos mujeres con el mismo genio de un perro.

Capítulo 28



Silvia

Severide se escapó.

No hay palabra más elegante para describir lo que hizo. Simplemente salió corriendo por la puerta, dejándome sola en la sala con su abuela para esa «charla» de la que, hasta ese momento, no tenía ni la más remota idea de qué se trataba. Aún pude oír el ruido de la puerta cerrándose tras el cobarde, y durante unos segundos me quedé mirando en esa dirección, esperando que volviera, asomara la cabeza por la puerta y dijera que era una broma, que no me iba a abandonar en esa situación tan tensa.

Pero no volvió.

¡Idiota!

Aquello me dejó en una situación completamente nueva para mí. Nunca había pasado por algo así en mi vida. Los hombres con los que me había involucrado antes eran solo… sexo. Nada más. Encuentros intensos, llenos de deseo, pero vacíos de cualquier tipo de compromiso. Nunca hubo reuniones familiares, presentaciones formales ni ese tipo de expectativas que implicaran conocer a padres, abuelos o cualquier otra persona importante en sus vidas.

Y ahora allí estaba yo.

Sentada frente a la abuela del hombre del que estaba completamente enamorada, y sin tener la más mínima idea de cómo actuar o hablar. La señora Gertrudes estaba sentada en la silla frente a mí, con las manos apoyadas sobre la mesa y los ojos fijos en mí. No era una mirada neutra. Mucho menos acogedora. Era una mirada evaluadora, como si estuviera analizando hasta mi alma, tratando de decidir si merecía o no formar parte de la vida de su nieto.

Eso me puso tan nerviosa que tuve que respirar hondo antes de decir nada.

—¿Le apetece un café o un vaso de agua, señora Gertrudes? —pregunté, intentando sonar educada.

No respondió de inmediato. Se limitó a seguir analizándome durante unos segundos, lo que hizo que mi estómago se contrajera aún más por los nervios. Intenté mantener una sonrisa educada en el rostro, pero estaba segura de que parecía más una sonrisa forzada que otra cosa.

Entonces, por fin, habló.

—¿Qué intenciones tiene con mi nieto, señorita? Porque cuando él se enamora de alguien, es para siempre.

La pregunta fue seca, directa, sin ningún intento de suavizar las palabras. Fue como un disparo a quemarropa. Respiré hondo, sorprendida por la franqueza de aquella señora. Mi primer impulso fue intentar formular una respuesta perfecta, algo que sonara correcto, algo que pudiera complacerla. Pero, después de todo lo que ya había vivido en la vida, me di cuenta de que mentir o intentar parecer algo que no era sería el peor camino posible.

Así que decidí hacer algo que rara vez hacía. Ser completamente sincera.

—Voy a ser muy sincera con usted… —comencé, sintiendo que mi propia voz se volvía más baja y vulnerable—. No sé mucho sobre el amor.

Ella levantó ligeramente las cejas, pero permaneció en silencio, esperando a que continuara.

—Vengo de una familia que… no conoce el significado de esa palabra.

Los recuerdos de mi infancia pasaron por mi mente como sombras inquietantes. Frialdad, indiferencia, relaciones rotas. Nada que se pareciera al cariño verdadero.

Tragué saliva con dificultad antes de continuar.

—Pero puedo garantizarle una cosa. Lo que siento por su nieto es el sentimiento más fuerte… y más hermoso que jamás he sentido por alguien.

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que hacer una pequeña pausa para poder seguir hablando.

—Sé que usted y yo empezamos con mal pie cuando llegué a esta ciudad —continué, recordando claramente la primera impresión nada amistosa que nos causamos mutuamente—. Pero ya no soy esa persona grosera; esta ciudad me ha cambiado de alguna manera.

Levanté la vista y miré directamente a la señora Gertrudes.

—Y le prometo que haré todo lo que pueda para que le caiga bien… y me acepte en su familia.

Cuando terminé de hablar, me di cuenta de que tenía las manos sudorosas por los nervios. Mi corazón latía tan fuerte que podía sentir los latidos resonando en mi pecho. Doña Gertrudes permaneció en silencio durante unos segundos. Solo fueron unos segundos, pero a mí me parecieron una eternidad.

Ya me estaba preparando para escuchar algún sermón sobre cómo no era lo suficientemente buena para su nieto, o sobre cómo él se merecía a alguien mejor. Pero entonces ella suspiró lentamente, y algo en su expresión cambió.

La mirada dura dio paso a algo más suave.

Más cálida.

—Solo por tu honestidad, *hija…* ya *te* has ganado todo el respeto y la admiración de esta *vieja*.

Antes de que pudiera reaccionar, extendió las manos sobre la mesa y me tomó las mías. Fue solo en ese momento cuando me di cuenta de lo mucho que me temblaban las manos.

—Y te garantizo una cosa —continuó, con voz firme y cargada de ese dulce acento del interior—. Todo el amor que no has recibido de tu familia… *lo* recibirás por duplicado en la nuestra.

Esas palabras me impactaron de una forma para la que no estaba preparada. Entonces se levantó de la silla y, sin dudar, rodeó la mesa y me atrajo hacia ella para darme un abrazo.

Fue un abrazo fuerte, cálido y lleno de cariño. Y fue allí, en los brazos de aquella mujer sencilla, pero con un corazón inmenso, donde todas mis defensas finalmente se derrumbaron. Las lágrimas comenzaron a caer sin control, pero eran de alegría.

La sensación de pertenencia es maravillosa.

Me sentía como si, por fin, ya no estuviera sola en el mundo.

—Ya puedes dejar de escuchar detrás de la puerta, Severide —dijo, haciéndome reír.

—¡Lo siento, abuela! —Severide entró avergonzado.

—Ven aquí y únete a nuestro abrazo, tonto —le llamé y vino corriendo.

Después de dejar a la señora Gertrudes en casa, Severide me llevó a dar una vuelta. Aparcó en lo alto de la carretera para que admiráramos la puesta de sol abrazados mientras tomábamos una cerveza; fue increíble disfrutar de ese momento de paz después de la intensa semana que habíamos tenido.

—¿Eres feliz?

Me acarició la espalda con cariño; estábamos sentados en la capota de su camioneta, admirando los últimos rayos de sol que pintaban el cielo de naranja.

—Nunca he sido tan feliz, hasta me da miedo que pase algo malo que lo estropee todo. —Sentí un escalofrío, todo aquello parecía demasiado bueno para ser verdad.

Y como si el universo me hubiera escuchado...

En ese momento, mi móvil sonó en el bolsillo. Era mi padre. Antes de nuestro encuentro en Goiânia, nunca me llamaba. Es decir… nunca jamás. Y con mi madre no era diferente. Ni siquiera aparecieron en el hospital cuando sufrí una sobredosis de medicamentos el año pasado. Quien se encargó de todo el papeleo, hasta que llegó Barreto, fue mi chófer.

Y ahora… que había descubierto el sucio secretito de mi padre, no paraba de llamarme. Quería acercarse a mí, para controlarme. Quería asegurarse de que me callara.

—¡Mintiendo como un cabrón! —Miré el móvil vibrando en mi mano, su nombre parpadeando en la pantalla como una alerta.

—¿No vas a contestar? —preguntó Severide, con voz tranquila, mientras me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No. —Negué con la cabeza.

Ignoré la llamada. El móvil dejó de sonar… y, segundos después, volvió a sonar. Insistente.

—No va a rendirse, Silvia.

—¡Lo sé! Pero aún no estoy preparada para hablar con mi padre —admití, contemplando el final de la puesta de sol—. Al menos no hasta que le cuente la verdad a mi madre.

Severide se quedó en silencio un instante, como si estuviera reflexionando.

—¿Y cómo sabes que aún no se lo ha contado? —preguntó con cautela.

—Porque mi madre aún no ha montado ningún escándalo… —respondí, fría—. Ni ha intentado echarme la culpa de alguna manera, como siempre hace.

Suspiré, apretando con fuerza el móvil entre los dedos.

—Creo que ya basta de hablar de tus padres por hoy, señorita. —Cogió mi móvil y se lo guardó en el bolsillo, y luego me besó.

Acabamos haciendo el amor como locos en el capó de la camioneta de Severide y también en el asiento de cuero roto, y fue una delicia.

Capítulo 29



Severide

La cosecha de patatas de mi granja por fin había llegado a su fin, al igual que en las tierras de varios productores asociados a la empresa de transporte. Ahora solo quedaba cumplir con las entregas, que comenzarían en breve. Había sido una buena cosecha, fruto de meses de duro trabajo. El sol quemándome la nuca, las manos callosas, los amaneceres que empezaban incluso antes de que cantara el gallo. Todo el mundo en la granja se había dejado la piel. Por eso siempre me empeñaba en celebrar el final de la cosecha con los peones. Era una antigua tradición por aquí.

Nada sofisticado. Solo una gran hoguera en el suelo de tierra, mesas improvisadas con tablas apoyadas en caballetes, carne asándose lentamente en el brasero, cerveza helada pasando de mano en mano y una guitarra que solo dejaba de sonar cuando ya era de madrugada.

Era sencillo.

Pero era nuestro.

Invité a Silvia, que aceptó sin dudarlo. Pensé que le vendría bien desconectar un poco del trabajo. En los últimos días, no había parado de correr de un lado a otro organizando todo para la

inauguración oficial de la empresa de transportes, prevista para dentro de dos semanas.

Cuando la vi cruzando el prado, no pude evitar esbozar una sonrisa enamorada.

—Y ahí está ella...

El vestido ligero bailaba con la cálida brisa nocturna mientras Silvia caminaba. El pelo suelto, en rizos salvajes, le caía sobre la cara. Sus ojos atentos observaban cada detalle de la finca… hasta que finalmente me encontraron. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, la chica de la gran ciudad sonrió maravillosamente.

No vino sola. Trajo a Ana Luiza; las dos caminaban del brazo, riéndose de algo gracioso.

—¡Hola, guapa! —mi hija salió corriendo hacia ella.

Silvia se agachó para abrazarla.

—¡Hola, mi amor! Qué guapa estás con ese vestido.

Le cogió la manita a Belinha y la hizo dar una vueltas para enseñarle el vestido lila con vuelo, con un lazo enorme en la espalda.

—¡Qué bien que te guste! Lo elegí yo.

Dijo la niña, orgullosa, antes de salir corriendo de nuevo a jugar con su cerdito por el patio.

Aproveché el momento y me acerqué.

—Por fin habéis llegado, preciosa.

Me incliné para darle un beso a Silvia, pero ella se apartó rápidamente.

—¡Aquí no, Severide! —susurró, sonrojada—. Todos los empleados de tu granja están mirando.

Antes de que pudiera responder, Donato se metió en la conversación.

—No tienes por qué avergonzarte, chica. Aquí todo el mundo ya sabe que vosotros dos estáis saliendo.

El comentario solo consiguió que Silvia se sonrojara aún más.

—¡Es verdad! —añadió Brenda, con una sonrisa pícara—. Hasta la cerdita mascota de mi sobrina ya sabe que vas a ser la nueva dueña de esta casa, mujer. ¡Así que relájate!

Todos se rieron, menos Sônia. Estaba sentada en un tronco cerca de la hoguera, escuchando todo con una expresión agria. No hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar lo mucho que le molestaba aquella situación. Sin embargo, tarde o temprano, yo encontraría a alguien. Y su enamoramiento agudo por mí terminaría de una vez por todas.

Nunca le di ninguna señal de interés. Para mí, Sônia siempre fue como una hermana. Tenía que entender que, aunque Silvia no existiera, nunca pasaría nada entre nosotros de todas formas.

—La pija de la gran ciudad como dueña de una finca… —bromeó Ana Luiza—. Nunca te imaginé en ese papel, Silvia.

Todos se rieron aún más.

—Dios mío… creo que necesito una cerveza. —Silvia me arrebató la botella de la mano y le dio un generoso trago.

—¿He oído mal… o alguien ha hablado de una nueva dueña de esta finca? —En ese momento apareció quien faltaba.

Era mi amigo Marcos, con esa sonrisa burlona de siempre —especialmente cuando sabía que tenía razón. Y en este caso la tenía. Si no hubiera sido él insistiendo en que fuera a buscar a Silvia a Goiânia, quizá nada de esto habría pasado.

Los dos juntos y tan felices, el éxito de la empresa de transportes. Mi vida no podía ser más perfecta.

—Silvia, este es Marcos —dije—. Mi mejor amigo y padrino de mi hija.

Luego señalé a la mujer que estaba a su lado.

—Y ella es Marisa, su esposa. La mujer más paciente del mundo por aguantar a este imbécil.

Marisa se rió.

—Ni me lo digas, Severide. Tu compadre todavía me va a volver loca.

Silvia y Marisa se cayeron bien casi al instante. En pocos minutos ya estaban charlando junto a la hoguera como si fueran amigas de la infancia. Brenda y Ana Luiza se unieron a ellas, y pronto las cuatro estaban completamente sumergidas en ese delicioso caos de charla entre mujeres.

—¡Hemos tardado, pero ya hemos llegado con la comida, gente! —anunció mi abuela, sacando un montón de recipientes del maletero de su Fiat Uno plateado.

Trajo comida suficiente para alimentar a toda una manada de peones hambrientos; la señora Gertrudes siempre se pasaba de la raya cuando se trataba de cocinar.

—Y yo he venido también, para ayudar a comer. —El cura saludó a todos con la mano; es todo un personaje.

Y así, la noche siguió animada en nuestra fiesta de fin de cosecha. Los peones cuchicheaban entre ellos, riéndose y comentando en voz baja que el jefe, que solía ser tan duro, ahora andaba con una sonrisa torcida y la mirada ablandada cada vez que la guapa forastera pasaba cerca.

Y yo ni siquiera podía negarlo.

Silvia me hacía feliz con solo estar ahí.

—¡Vamos a calentar la garganta *para* cantar, gente! —Donato se sentó en un banco improvisado.

Afinó la guitarra y empezó una de esas canciones que hablan de amor sufrido, orgullo herido y hombres testarudos que tardan en entender lo que sienten.

Pero cuando lo entienden…

Es para siempre.

Conociendo a Donato como lo conocía, estaba segura de que había elegido esa canción especialmente para mí.

—¡Ese viejo indio! —Sonreí sacudiendo la cabeza.

La hoguera crepitaba con fuerza, lanzando chispas al cielo oscuro. El fuego iluminaba rostros sudorosos y felices. Brenda reía a carcajadas cerca de las llamas. Belinha y Ana Luiza intentaban asar malvaviscos —o «machirelo», como insistía en decir mi hija—, compitiendo para ver cuál de las dos dejaba que se quemara menos.

—¡Mira, papá! ¡Este *machirelo* ha quedado perfecto!

Belinha vino corriendo hacia mí con el palito en la mano, el rostro iluminado por la hoguera.

Me agaché y lo examiné con atención.

—Está perfecto, de verdad. Igualito que la dueña. —Le toqué la punta de su nariz respingona.

— ¡Se lo voy a dar a la chica guapa!

Belinha salió corriendo de nuevo hacia Silvia, feliz como una perdiz. En ese momento, me di cuenta de que Sônia observaba la interacción de las dos con una expresión triste. Seguía sentada en el mismo tronco de árbol, un poco apartada del círculo de conversación. Con un vaso de cerveza en la mano, los hombros rígidos.

Eso me hizo sentir mal; Sônia me ayudó mucho con mi hija tras la muerte de mi esposa. Estuvo a mi lado en los días buenos y en los malos. Leal. Trabajadora. Siempre presente.

Pero ahora parecía… fuera de lugar aquí en la finca. Como si ya no formara parte de aquello, y eso no era justo. Así que cogí dos brochetas con malvaviscos y me acerqué a ella para entablar conversación.

—No te he visto comer nada esta noche, Sonia. —Me senté a su lado en el tronco y le tendí uno de los pinchos.

Ella lo miró durante unos segundos antes de cogerlo.

—Gracias —dijo.

Pero no parecía agradecida, parecía enfadada conmigo. Nos quedamos en silencio mientras el malvavisco empezaba a dorarse en el fuego.

—Mira… —comencé con cautela— sé que no te cae muy bien Silvia.

Su mandíbula se tensó.

—No es cuestión de que me guste.

—Va a pasar mucho tiempo aquí ahora —continué—. Solo quería que intentaran llevarse bien.

Sônia soltó una risa seca. Sin ningún tipo de humor.

—¿Llevarnos bien? —Me miró de frente.

Sus ojos estaban diferentes.

Duros.

—Ella no es mujer para ti, Severide.

—Eso lo decido yo.

—Sí... —murmuró ella—. Pero nunca se te ha dado bien darte cuenta de cuándo te están engañando.

Eso me irritó.

—¿De qué estás hablando?

Sonia se quedó mirando la hoguera durante unos segundos antes de responder.

— Las mujeres con un pedigrí como el suyo no se enamoran de verdad de hombres como tú. Solo juegan y luego te descartan.

—Entonces, ¿crees que Silvia es demasiado buena para mí?

—La verdad es que tú eres demasiado bueno para esa snob engreída, Severide.

Por fin me miró a los ojos.

—Pero no te das cuenta porque estás hechizado, tanto que acabas de conocerla y ya la has traído a tu casa… a tu familia… a la vida de tu hija.

—Ya basta, Sonia. He intentado ser paciente contigo, pero si no eres capaz de respetar a la mujer que amo, tendremos un gran problema. —Respondí secamente.

—Ya lo he entendido, Severide, puedes estar tranquilo, no diré nada más sobre tu reina.

Arrancó el malvavisco del pincho y lo tiró directamente al fuego.

—Porque me voy a ir, puedes buscar a otra idiota para que sea la niñera de tu hija. —Se alejó por el patio sin mirar atrás, marchándose.

Me quedé sin reacción alguna; después de cinco años trabajando en la granja, Sônia se fue sin siquiera despedirse de mi hija. Belinha ni siquiera se dio cuenta de cuándo se fue, estaba entretenida jugando.

—¡Ya era hora! No me fío de esa mujer. —La voz de Silvia me hizo girarme.

Estaba parada justo detrás de mí, con los brazos cruzados, los ojos fijos en el mismo punto hacia donde se había ido Sônia.

—Sônia no es mala persona —respondí—. Solo está confundida con lo que siente por mí.

—No es solo eso, Severide.

—¿Entonces qué?

Silvia descruzó los brazos y se llevó las manos a las caderas.

—Me mira como si quisiera matarme, creo que piensa que estoy ocupando su lugar, no sé.

Me quedé en silencio.

— Tampoco exageres, Silvia. Ha cuidado de mi hija desde que era un bebé, nunca haría daño a nadie.

—¿Por qué defiendes tanto a esa mujer? ¿Acaso te gusta? Porque parece que sí.

—No me puedo creer que esté viendo a Silvia Cabrini celosa...

—¡No estoy celosa! —protestó ella—. Solo creo que tenías que traerme malvaviscos... ya que soy tu novia.

Una palabra resonaba en mi cabeza.

— ¿Novia, eh?

La atraje hacia mí por la cintura.

—Sí —respondió ella, desafiándome con esa sonrisa provocadora—. ¿O es que tus intenciones conmigo no son serias, paleto?

Incliné la cara hacia su cuello.

—Ah… son muy serias. —Besé la suave piel justo debajo de la oreja—. Puedes estar segura de eso.

Mi boca encontró la suya, en uno de esos besos ardientes que te hacen olvidar que estás en público.

—¡Cuidado, no te la tragues entera, jefe!

El grito de uno de los peones hizo que todo el mundo se echara a reír, incluso Silvia y yo. Esos payasos eran insoportables. Fue una noche divertida, nos fuimos a dormir juntos con el canto del gallo.

Capítulo 30



Silvia

Entrar en la mejor tienda de ropa de Nueva Aurora con aquel pequeño séquito femenino fue casi como invadir un parque de atracciones. Se acercaba la inauguración de la empresa de transportes y todas queríamos algo especial para la ocasión. No era un evento cualquiera. Aquello representaba meses de trabajo, discusiones, apuestas y sueños.

Quería que todo fuera perfecto.

Brenda, obviamente, era la más animada del grupo. En cuanto cruzamos la puerta de la tienda, prácticamente se zambulló entre los percheros de vestidos.

—¡Dios mío, mira esto! —exclamó, tirando de una percha—. ¡Si por mí fuera, saldría de aquí en bancarrota!

Belinha salió saltando detrás de ella, con la mirada brillante como si cada vestido fuera un tesoro.

—¡Este parece el vestido de Cenicienta! —Belinha pasó la mano por la tela.

Me reí al ver el entusiasmo de las dos. Siempre me ha encantado la moda. Las telas, los cortes, los colores… eso siempre

me ha fascinado. Estar allí eligiendo vestidos para una ocasión tan importante era casi un regalo.

María Cecilia, por su parte, parecía vivir en otra dimensión. Sentada en un sillón en un rincón de la tienda, no se despegaba del móvil.

—Vas a acabar haciendo un agujero en ese teléfono —le dije.

Levantó la vista, visiblemente preocupada.

—Barreto se ha llevado al bebé a dar una vuelta para que yo pueda probarme la ropa con tranquilidad… pero, ¿y si está llorando? ¿O tiene hambre? ¿O si Barreto le pone el abrigo equivocado?

—Maria Cecília —le dije—. Es el padre del niño, no un secuestrador.

Antes de que ella respondiera, Ana Luiza apareció a nuestro lado con una expresión de asco, sujetando el vestido con evidente repulsión.

—Odio llevar vestidos —declaró.

La madre suspiró.

—Llevar un vestido de vez en cuando no te va a matar, hija. No puedes ir en vaqueros, sombrero y botas de cuero a todas partes.

Ana Luiza puso una cara de disgusto enorme.

—Pero mamá… parezco una maria-mijona cuando llevo falda.

Brenda, que volvía del probador con tres vestidos en el brazo, soltó una carcajada.

—«Chica de pueblo»… ¡esa fue buena, amiga!

—¡No la animes, Brenda! —se quejó María Cecilia.

Me acerqué a Ana Luiza y examiné el vestido que tenía en la mano.

—Este realmente no te queda bien. El color no resalta tu tono de piel —coincidí.

Ella me miró aliviada por mi sinceridad.

— ¿Lo ves?

—Tranquila —continué, sacando otro modelo del perchero—. Reto aceptado. Voy a encontrar un vestido que te guste.

Ana Luiza se llevó las manos a la cintura, la terquedad personificada.

— Lo dudo.

—Cuando termine contigo, parecerá que has salido de una revista de moda y todos los chicos del evento querrán invitarte a salir.

—¡Dios me libre! Me gustan los hombres de verdad con la testosterona a tope, no los chavales. —Puso cara de disgusto.

—¿Cómo es eso, Ana Luiza Barreto? —La madre de la chica casi se desmayó.

—¡Es verdad, mamá! Me gustan los hombres con H mayúscula que llegan y hacen que las cosas sucedan, no los chavales blandos que ni siquiera saben cómo ligar con una mujer —confirmó, para desesperación de su madre.

—¡Dios mío! Si tu padre oye eso, le da un infarto. —María Cecilia se llevó la mano al pecho, exagerando.

—Yo prefiero a los hombres románticos, de esos que regalan flores y bombones. —Brenda asomó la cabeza por la puerta del probador, suspirando.

—Bueno, mi tipo, como ya sabéis, es un granjero rudo con una voz grave que te hace temblar las piernas —dije, sacando cara de risa.

—Basta ya de hablar de hombres, traviesas, y vamos a elegir ya nuestro look perfecto porque mi bebé necesita mamar pronto. —

María Cecilia arrastró a su hija hacia uno de los probadores.

La tarde transcurrió así, entre bromas y carcajadas. Los vestidos eran aprobados, descartados, cambiados. Brenda aparecía con un modelo más extravagante que el anterior, mientras que Ana Luiza se quejaba de cada falda que se le acercaba. Pero al final conseguí encontrar un modelo que ella al menos consideró «ponible».

María Cecilia no era muy exigente; cualquier cosa le parecía estupenda, así que eligió rápidamente. Y yo estaba ayudando a Belinha a probarse el vestido que había elegido, de muy buen gusto, por cierto.

—¿Te gusta, cariño? —Me arrodillé ante ella.

Le arreglé el dobladillo mientras se miraba en el espejo. Belinha dio una vuelta tímida y la falda giró suavemente alrededor de sus piernas.

Esbozó una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

—Me gusta mucho.

—A mí también, amor mío. Te queda perfecto —respondí.

Mientras arreglaba la tela, una mujer que se probaba ropa en el espejo de al lado nos miró y sonrió.

—Vaya, mamá… qué hija tan guapa tienes. ¡Enhorabuena!

Por un segundo, el tiempo pareció detenerse. Levanté la vista hacia Belinha. Ella lo había oído. Había algo diferente en su expresión. Una mezcla de esperanza, alegría… y algo más profundo, algo que me conmovió de una manera inesperada.

Podría habérselo explicado a la mujer. Podría haberle dicho que no era su madre biológica. Pero entonces Belinha me cogió de la mano, mirándome a través del reflejo del espejo. En ese instante quedó claro: hay cosas que no necesitan explicación.

Solo le sonreí a la mujer.

—Gracias. Mi hija es realmente preciosa.

Belinha esbozó una enorme sonrisa. Entonces volvió a girar con el vestido, ahora con confianza. La falda giró como un pequeño remolino azul. Me quedé allí mirándola, sintiendo una especie de amor diferente, *el amor maternal*.

—¡Te queda perfecto, hija!

Miré a un lado y vi a Severide en la tienda. Ni siquiera me di cuenta de cuándo había llegado. Estaba tan guapo como siempre, con un sombrero marrón y una camisa clara remangada hasta los antebrazos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, guapo?

—El tiempo suficiente para ver lo guapas que estáis las dos juntas.

Severide cogió a la niña en brazos y me rodeó con el brazo por los hombros, besándome en los labios acto seguido.

—¿Ya habéis terminado las compras, chicas? Porque este bebé no para de llorar. Creo que quiere a su madre.

Barreto también apareció en la tienda, desesperado. Sostenía al bebé y un biberón con una mano, empujaba el carrito con la otra y aún llevaba una bolsa bajo el brazo.

—No hemos terminado, amor. Todavía nos queda por elegir el vestido de la protagonista del evento —dijo María Cecilia, y todas me miraron.

Estaba tan entretenida ayudando a las chicas a elegir sus vestidos que me olvidé de elegir el mío.

—Yo no soy la protagonista de nada, Ceci.

—Ah, sí que lo eres —confirmó Brenda—. Esa empresa de transporte solo existe por tu culpa.

Fingí estar mirando algunos vestidos para evitar el tema.

—El proyecto es de todas. Fue un trabajo conjunto.

—Sí, lo fue. Pero la idea fue tuya, cariño. Y te mereces llevar el vestido más bonito de la tienda, que en mi humilde opinión es este.

Severide se acercó al maniquí del escaparate, donde había un vestido rojo sin tirantes, bordado con piedras brillantes. Precioso. El mismo que, en realidad, ya me había llamado la atención desde que llegué.

—Si a mi novio le gusta este vestido, entonces será este el que me ponga en la inauguración de la empresa de transportes. —Le guiñé un ojo.

—Qué maravilla. Todo el mundo ya ha elegido qué ponerse. Ahora vámonos, por el amor de Dios, antes de que este niño se seque las lágrimas de tanto llorar. —Barreto mecía a su hijo sin parar, de una forma graciosa.

—Tranquilo, cariño. Dame a nuestro hijo. Solo tiene hambre.

—La verdad es que creo que todo el mundo tiene hambre, mamá. —Ana se acarició la barriga, que no paraba de rugir.

—¿Entonces vamos a comer todos juntos, Severide? Hay un restaurante estupendo aquí cerca.

—Por mí, ¡trato hecho, Barreto!

Fue una escena divertida ver a Severide y Barreto peleándose en caja para pagar la cuenta de la tienda. A regañadientes, los dos aceptaron dividirla a medias.

—¡Maldita sea! Si hubiera sabido que iban a pelearse por pagar la cuenta, habría elegido más cosas —refunfuñó Brenda, y nos reímos.

Pasamos el resto del día juntos, en familia. Algo que, en la mayoría de los casos, no tiene nada que ver con los lazos de sangre. Al fin y al cabo, nuestro hogar es donde nos sentimos amados.

Capítulo 31



Silvia

Llegó el día de la inauguración de la empresa de transporte *Sabor da Terra*, y fue todo un éxito. Severide y yo cortamos juntos la cinta roja ante una pequeña multitud animada formada por los vecinos de la ciudad que, esa mañana, se habían puesto sus mejores galas para celebrar ese momento tan especial con nosotros. Nova Aurora se dio a conocer en todo el país tras la entrevista que concedí a la televisión, y todos estaban muy orgullosos de ello.

En cambio, las cosas para el entonces «rey de los productos orgánicos» no iban nada bien. Perdió a varios socios importantes y las acciones de la empresa se desplomaron más del sesenta por ciento. Una pérdida de cientos de miles de reales. Por no hablar de la montaña de demandas a las que se enfrentaba, presentadas por varias mujeres a las que ese canalla había acosado.

—Señoras y señores, hoy hemos dado un gran paso en la economía agrícola de esta ciudad.

Todos aplaudieron.

—¡Bien hecho, Silvia!

Mi jefe y su familia me saludaron desde lejos con una enorme sonrisa. A su lado estaba la abuela de Severide junto con las niñas;

ella fotografiaba cada uno de nuestros movimientos con una cámara más antigua que una momia.

—Y más que eso, hoy hemos demostrado que cuando se cree de verdad en algo y se trabaja duro por ello, nuestros sueños sí que pueden hacerse realidad. —Severide me cogió la mano, cómplice.

—En este momento, damos inicio a la primera entrega de Transportadora Sabor da Terra.

Hice la señal a los conductores. Acto seguido, una larga fila de camiones comenzó a salir de la finca, uno tras otro, como si fuera una procesión de esperanza hacia un nuevo futuro. En los laterales, todos llevaban estampado nuestro eslogan:

«Eres lo que comes».

Los camiones partieron cargados con nuestros productos orgánicos personalizados, rumbo a diversas ciudades del estado de Goiás. El ambiente era de pura celebración. Sonaba música country en directo cerca del almacén principal, había mesas repletas de comida a voluntad y se servían bebidas sin parar. Los agricultores circulaban entre la gente con sonrisas de orgullo en el rostro. Habían vendido hasta el último grano de la cosecha de ese año y ahora tenían contratos garantizados para los dos años siguientes.

Era imposible no sentir el peso de aquel logro. Y formar parte de él significaba mucho para mí.

—Con permiso, pueblo de Dios. Me gustaría decir unas palabras.

El padre Bento pidió la palabra en medio de la fiesta. La música bajó de volumen y todos se volvieron hacia él. Con una cálida sonrisa, comenzó un discurso.

—Quiero dar las gracias especialmente a la señorita Silvia, que nunca se rindió con nosotros, incluso cuando muchos no creían en su proyecto.

Me miró con cariño.

—No hace falta que me dé las gracias, padre. ¡Solo hice mi trabajo! —respondí, sintiendo cómo se me sonrojaba el rostro.

En ese momento, Severide me apretó la mano, como si quisiera transmitirme fuerza.

—No, hija. Hiciste mucho más que eso —continuó el padre—. Salvaste el sector agrícola de la región y devolviste la esperanza a muchas familias, que solo no perdieron sus tierras gracias a tu fuerza de voluntad.

—Qué bonito, padre… así me va a hacer llorar.

Sonreí, tímida, cuando todos empezaron a aplaudir. No estaba acostumbrada a tantos elogios. Normalmente, la imagen que tenían de mí no era precisamente positiva.

—En lugar de llorar, hija, ¿por qué no dices unas palabras a estas personas que te admiran tanto como yo?

Me puso el micrófono en las manos. Respiré hondo, tratando de ignorar el nudo en el estómago.

—Agradezco de corazón el cariño del padre, pero esto… —comencé, mirando a mi alrededor a todos esos rostros conocidos— nunca ha sido obra de una sola persona.

Algunos agricultores asintieron.

—Ha sido un trabajo en equipo. Nunca lo habría conseguido sin el apoyo total de Severide…

Le lancé una mirada rápida, y él me observaba con esa media sonrisa apasionada.

—Y… sobre todo, sin la dedicación de cada uno de vosotros, que habéis trabajado duro en las plantaciones, sin perder nunca la fuerza de voluntad, la esperanza y la fe.

Se escucharon más aplausos. Negué con la cabeza, un poco avergonzado por tanta atención.

—Pero ya basta de discursos… —dije, levantando el micrófono con una sonrisa—. Hoy es día de fiesta.

La multitud se emocionó.

—¡Que vuelva la música, por favor!

Segundos después, el acordeón volvió a sonar, las guitarras lo acompañaron y la fiesta continuó aún más animada.

—Enhorabuena. Lo has hecho muy bien, mi amor.

Severide se acercó y me besó en la mejilla.

—¿Qué he hecho? Es que soy genial en todo lo que hago. —Me encogí de hombros, divertida.

Él se rió.

—Ahí está la vieja Silvia, tan convencida como siempre.

De repente, empezó a hacerme cosquillas en la cintura y me eché a reír a carcajadas, intentando soltarme.

— ¿Bailas conmigo, papi?

Belinha tiró del bajo de sus pantalones.

Severide detuvo inmediatamente el ataque de cosquillas y se volvió hacia ella.

—Por supuesto, señorita.

Hizo una pequeña reverencia elegante, tomándole la mano como un auténtico caballero. Los dos se dirigieron a la pista de baile, y yo me quedé allí contemplando aquella escena.

Y, sinceramente… mi corazón se derretía un poco cada vez que veía la preciosa relación de padre e hija que tenían.

—Has cumplido con tu parte, Silvia Cabrini.

Barreto apareció a mi lado, sosteniendo dos copas de champán.

—¿Y en algún momento dudaste de que no lo conseguiría, jefecito? —pregunté, aceptando la copa.

—Ni por un segundo.

Levantó la copa y brindamos.

— Y tal y como acordamos, la presidencia de la nueva sede de mi empresa en Estados Unidos es tuya. Puedes irte cuando quieras.

Barreto también había cumplido con su parte del trato.

Pero ahora… las cosas eran diferentes.

—A propósito, Barreto… creo que los planes han cambiado.

Miré hacia la pista de baile. Severide hacía girar a Belinha en el aire mientras ella reía a carcajadas, completamente feliz.

Y, siendo sincera…

Ya no podía imaginar mi vida sin esos dos.

—La decisión es tuya, Silvia —dijo Barreto—. Pero te confieso que me alegro de tenerte aquí en Nova Aurora. Para mí, ya formas parte de la familia.

—Muchas gracias, Barreto. —Le di un abrazo.

—¿Quién diría que la snob de la gran ciudad se dejaría seducir por un granjero viudo? —bromeó, el muy bastardo—. Se lo voy a contar a todo el mundo en la empresa de São Paulo.

—¡Si lo haces, te mato!

Le di un golpecito en el brazo. Luego dejé a Barreto allí y me dirigí a la pista de baile. Porque, en ese momento, lo único que quería era bailar con mi guapo granjero y nuestra preciosa princesa.

Me lo estaba pasando muy bien. Bailaba animadamente con Belinha, mientras esperaba a que su padre nos trajera algo de beber, cuando, de repente, una voz cortó el aire como una navaja.

—Qué bonito… —la voz estaba cargada de veneno—. Tu padre murió por tu culpa, y tú aquí, en esta ciudad en medio de la nada, divirtiéndote con estos paletos asquerosos.

Mi cuerpo se paralizó al instante. Un frío me subió por las entrañas, lento, cruel. Me giré lentamente.

Y allí estaba ella.

Mi madre.

Impecable como siempre, toda vestida de negro. Ni un solo cabello fuera de lugar. Ninguna emoción fuera de control… excepto el odio en sus ojos, más intenso de lo que jamás había visto.

Mi corazón se disparó, latiendo con demasiada fuerza, descoordinado.

—¿Cómo que… mi padre murió por mi culpa? —mi voz salió entrecortada, casi irreconocible—. ¿Qué está diciendo?

—Sí. Muerto. Y enterrado —dijo secamente.

Las palabras salieron como piedras, y sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

—Y imagínate la sorpresa que me llevé —cruzó los brazos con una elegancia calculada— cuando la otra esposa de tu padre apareció en el velatorio llorando… con el hijo que tuvieron juntos.

Cada palabra era una navaja.

— La última vez que vi a ese bastardo, no era más que un bebé.

—Entonces… ¿ya sabías de su otra familia? —pregunté, conmocionada, tratando de entender qué era lo más absurdo de aquella situación.

Levantó la barbilla, altiva.

—Siempre lo supe todo, y lo acepté perfectamente —añadió, como si hablara de algo trivial—. Porque la amante de mi marido hizo lo que yo no pude.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Hizo realidad su sueño, le dio el hijo varón que yo nunca pude darle… ya que tú destruiste mi cuerpo cuando naciste, y yo ya no pude volver a quedarme embarazada. —Me lo echó en cara, por milésima vez.

Pero esta vez fue como recibir una bofetada.

—Y por eso, mamá… —mi voz temblaba, pero no podía parar —: me has castigado toda la vida, ¿no?

—Y, por lo que parece, no fue suficiente —replicó, dando un paso hacia mí.

Instintivamente, retrocedí.

Pero ella siguió avanzando.

—¡Porque solo haces tonterías, Silvia! —¿Tenías que amenazar a tu padre, no?— El tono se elevó, cargado de furia. —¡Tenías que obligarlo a contarme su sucio secretito!

—Pensé que era lo correcto. —Mi corazón se oprimió aún más.

—Hizo lo que tú querías, ¡enhorabuena! —aplaudió—. Me contó toda la verdad que yo ya sabía.

Se acercó aún más.

Demasiado cerca.

—Y, en cuanto terminó… se desplomó delante de mí. Sufrió un ataque fulminante. —Contó y se me cortó la respiración—. Y yo perdí al amor de mi vida, por tu culpa, Silvia.

—Nunca imaginé que eso pudiera pasar, ¡lo siento mucho! — El llanto brotó sin control, desgarrándome la garganta.

Las lágrimas comenzaron a caer antes incluso de que me diera cuenta. Mi mente daba vueltas. Las llamadas. Las llamadas insistentes de mi padre. Su nombre parpadeando en la pantalla.

Y yo ignorándolas todas.

Una. Por. Una.

Y ahora mi padre estaba muerto, y nunca más podría hablar con él.

—¿Por qué lloras, guapa?

Belinha, que todavía estaba a mi lado, cogiéndome de la mano, me miró confundida. Severide por fin regresaba con las bebidas y se dio cuenta de que algo iba mal de inmediato; dejó nuestras bebidas sobre una mesa y cruzó la pista de baile en unos segundos.

—¿Qué está pasando?

Sus ojos se posaron primero en mí. Luego en mi madre. El ambiente a nuestro alrededor cambió. Silencio. Tensión.

—No me dirás que estás saliendo con este paleto —se rió con amargura—. ¡Dios mío! No haces más que decepcionarme.

El desprecio en su voz era casi palpable. Severide no respondió. Solo me rodeó la cintura con un brazo firme. Un gesto sencillo, pero que me mantuvo en pie.

Porque, en ese momento, sentía que iba a derrumbarme.

—Señora —dijo él, con una calma peligrosa—, quizá este no sea el mejor lugar para este tipo de conversación.

Mi madre soltó una risa seca.

—Ah, no estoy de acuerdo. Porque mi hija parece estar perfectamente a gusto bailando y riendo, mientras su propio padre se pudre en la tumba por su culpa.

—¡Ya basta! —La voz de Severide sonó baja.

Pero firme.

Mi madre levantó la barbilla.

— ¿Y quién te crees que eres exactamente, chico?

Severide no dudó.

—El hombre que no va a permitir que le hables así a tu hija, nunca más.

El silencio a nuestro alrededor se volvió opresivo. Los granjeros observaban la escena. La música ya se había detenido. Barreto se acercó para intentar ayudar; él sabía de mi pésima relación con mis padres.

Pero yo apenas podía respirar en ese momento. Mi única reacción fue salir corriendo sin rumbo fijo. Solo quería estar sola.

Capítulo 32



Severide

Todo iba perfecto en la fiesta de inauguración de la empresa de transportes, pero entonces apareció la madre de Silvia y arruinó la celebración en cuestión de minutos. Al principio, nadie se dio cuenta de lo que había pasado. La música seguía sonando, la gente charlaba, reía, brindaba. Pero, de repente, la persona que más había luchado por esa victoria fue humillada por su propia madre delante de todos.

La mujer le anunció a su hija la muerte de su marido sin el más mínimo tacto, y además la culpó de todo. Silvia salió corriendo, llorando, sin rumbo fijo.

—Espera, Silvia, hablemos. —Corrí tras ella.

—Creo que es mejor que no, Severide. Dale un respiro. —El cura me sujetó del brazo.

—No te preocupes por esa inútil de mi hija. A esa niña mimada siempre le ha encantado montar un drama para llamar la atención.

La bruja cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y bebió, tranquilamente.

—¡Dios mío! Me imagino lo horrible que debe de haber sido para Silvia crecer con una madre sin corazón como tú —espeté.

—¡Baja el tono cuando te dirijas a mí, paleta insolente!

—Ya es hora de que te vayas, Sandra. No eres bienvenida aquí —Barreto echó a la mujer.

—Qué decepción, Otávio Barreto —lo miró con desdén—. Pensé que un hombre rico como tú tendría una vida más interesante, pero vives escondido en este agujero con tu patética familia.

—¿Cómo has llamado a mi familia, serpiente? —Maria Cecília se abalanzó sobre ella con el bebé en brazos.

—Mejor me voy ya. A la gente del campo le encanta montar jaleo —se bebió el resto de la copa—. Podéis seguir con la fiesta, haced como si ni siquiera hubiera estado aquí.

La mujer por fin se marchó, y el ambiente pareció aligerarse. No pude esperar más y fui en busca de Silvia. Quería que supiera que no estaba sola en ese momento difícil. Pero no estaba por ninguna parte. Pregunté a algunas personas, pero nadie sabía decirme adónde se había ido; era como si hubiera desaparecido por completo.

La desesperación empezó a apoderarse de mí. Barreto también estaba muy preocupado y me ayudó a buscarla.

—Tenemos que encontrarla, Severide —se pasó la mano por la cara, pensativo—. No sé si lo sabes, pero Silvia lleva mucho tiempo luchando contra graves problemas relacionados con los antidepresivos.

—Lo sé, por eso estoy tan preocupado —suspiré, angustiado.

—Vamos a poner esta ciudad patas arriba, pero la encontraremos —me aseguró.

Asentí.

Cogimos mi camioneta y empezamos a recorrer la ciudad. Pasamos por la plaza, por delante de la iglesia y por la pequeña cafetería de la esquina donde Silvia solía parar en su descanso del trabajo. Y nada. Aun así, seguimos buscando. Sin resultado. Por la tarde, Barreto volvió a casa, pero dijo que me avisaría si tenía alguna noticia. Prometí hacer lo mismo.

Yo también me fui a casa, porque creía que ella podría aparecer allí en cualquier momento. Pero pasaron las horas… sin rastro de ella. Cuando llegó la noche, el cielo se oscureció por completo y una tormenta comenzó a formarse en el horizonte. Primero llegó el viento, levantando polvo en la carretera y haciendo que los árboles se inclinaran con fuerza. Luego los relámpagos rasgaron el cielo. La lluvia cayó poco después. Fuerte. Intensa. Las gotas golpeaban el techo con tanta intensidad que el sonido resonaba por todas las habitaciones.

Yo estaba en la sala, yendo de un lado a otro sin poder parar. Con cada minuto que pasaba, mi angustia parecía crecer. Las niñas ya estaban en la cama. Belinha preguntó por Silvia antes de dormir, y yo no supe qué responder. Menos mal que mi abuela apareció en la finca para pasar la noche con nosotros; sabía que no podría lidiar con todo eso solo.

—Severide, hijo mío… siéntate un momento. —Me hizo una señal con la mano.

Mi abuela estaba en el viejo sillón junto a la ventana, observando cómo caía la lluvia afuera. De vez en cuando me miraba mientras caminaba por la sala, notando mi nerviosismo.

—No puedo.

—Llevas casi una hora dando vueltas por esta sala.

Me llevé la mano a la nuca, sintiendo el peso de la preocupación.

—Debería haber ido a buscarla antes —murmuré.

—No digas eso, querido.

—Vi su mirada, abuela —continué, en voz más baja—. No era solo tristeza, había mucho dolor.

—Silvia es una mujer fuerte —dijo ella con calma—. Está bien. Solo necesita un tiempo para ordenar sus pensamientos.

—No sé... Parecía completamente perdida. —Miré por la ventana.

La lluvia seguía cayendo con fuerza.

—Aparecerá —dijo mi abuela con convicción—. A veces las personas necesitan perderse un poco antes de encontrar el camino de vuelta.

Mi abuela intentó tranquilizarme, pero era imposible. Intuía que Silvia me necesitaba en ese momento. Pero no podía hacer nada más que esperar a que ella viniera a mí cuando estuviera lista.

Y eso fue lo que hice.

Mi abuela se fue a dormir y yo pasé la noche en vela en el salón. Ya era de mañana cuando oí un ruido en la puerta. Me levanté corriendo y la abrí.

Era Silvia.

Apenas podía mantenerse en pie de lo mareada que estaba. No olía a alcohol. Era algo más fuerte.

—He tenido una recaída, Severide… lo siento —dijo, con la voz arrastrada.

A continuación, cayó en mis brazos; en su mano llevaba un frasco de medicinas.

—Ahora voy a cuidar de ti. Todo va a salir bien —le aseguré.

A continuación, cogí a Silvia en brazos con cuidado y la llevé dentro de nuestra casa. Porque, a partir de ese momento, no dejaría que Silvia se alejara de mi lado. Cuidaría de ella y me aseguraría de que se sintiera amada y segura.

Para siempre.

Después de acostarla, llamé a un médico conocido que vivía cerca, y apareció en menos de diez minutos para examinarla. Dijo que la cantidad de medicamento que había tomado Silvia no requería llevarla al hospital y que, tras muchas horas de sueño, se despertaría bien.

Cuando el médico se marchó, le cogí la mano a Silvia y no me he separado de ella desde entonces. Quería que supiera que ya no estaba sola.

Capítulo 33



Silvia

Me desperté lentamente, como si estuviera emergiendo de un fondo muy profundo. Me latía la cabeza de una forma casi insoportable, y cada parte de mi cuerpo parecía pesada, dolorida, como si me hubiera atropellado un tractor.

—¡Ay, mi cabeza! —susurré, tardando unos segundos en entender dónde estaba.

La habitación estaba a oscuras y en silencio. Las cortinas cerradas solo dejaban entrar un tímido rayo de luz. Alguien me sostenía la mano. Giré la cara con dificultad y vi a Severide sentado junto a la cama, inclinado sobre mí. Tenía los ojos cansados, como si llevara horas en esa misma posición.

Pero, cuando se dio cuenta de que estaba despierta, algo en ellos se iluminó.

—Gracias a Dios que te has despertado, amor mío… —murmuró, aliviado—. Ya empezaba a preocuparme.

Se inclinó y me besó la frente con cuidado, como si fuera algo demasiado frágil para el mundo. Tragué saliva, tratando de ordenar los pensamientos que aún parecían nadar en la niebla.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —pregunté, con un hilo de voz.

—Casi un día entero —respondió, acariciándome el pelo lentamente, como si ese gesto lo tranquilizara tanto como a mí.

Cerré los ojos por un instante.

Un día entero.

¡Caramba!

El recuerdo volvió con toda su fuerza. La llegada inesperada de mi madre. La noticia de la muerte de mi padre. El vacío. La presión que me oprimía el pecho hasta que no podía respirar. Y después… las pastillas.

Y, al final, la vergüenza me quemaba por dentro.

—Lo siento… —murmuré, sin atreverme a mirarlo. —Te he decepcionado, Severide.

Mi voz sonó ronca, entrecortada.

—Pensé que podría manejarlo todo sola… pero no pude. Después de un año limpia… tuve una recaída —admití, devastada.

Severide no se alejó. No me juzgó. Solo me sujetó la barbilla con delicadeza y me levantó la cara hasta que me vi obligada a mirarlo a los ojos.

—No me has decepcionado, Silvia.

La firmeza de su voz me atravesó.

—Ni por un segundo. —Sus dedos apartaron un mechón de mi cara.

—Lo único que necesito es que entiendas una cosa, de una vez por todas, Silvia… —continuó, en voz más baja—. Ya no estás sola, y lo que le pasó a tu padre no fue culpa tuya, no puedes pagar por sus errores.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta y las lágrimas comenzaron a caer. Severide tenía razón, había vivido toda una vida

a la sombra debido al rechazo de mis padres. Ya no podía castigarme por sus errores, así que seguiría adelante.

—No tienes que huir cada vez que te sientas perdida —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Porque puedes contar conmigo. Siempre.

—¿De verdad prometes que nunca me abandonarás, Severide?

—Te lo prometo de todo corazón, amor. —Me atrajo con cuidado hacia él para abrazarme.

En ese momento, con la cara escondida contra su pecho y sus fuertes brazos rodeándome, me di cuenta de que era exactamente lo que necesitaba.

Alguien que se quedara.

Incluso estuviera totalmente destrozada.

—Te juro que nunca más me meteré una pastilla en la boca, Severide… —sollocé, luchando por contener el llanto.

—Me alegro —respondió con una media sonrisa—. Porque ya tiré el frasco que trajiste ayer, y espero no volver a ver otro dentro de esta casa.

—No lo verás, ¡te lo juro con todo mi corazón!

—No necesitas esas porquerías, Silvia —continuó acariciándome la cara con el pulgar—. Eres mucho más fuerte que eso.

—Gracias por ser mi refugio, Severide. ¡Te quiero! —Por fin pronuncié las tres palabras mágicas, llevaban mucho tiempo atascadas en mi garganta, pero no sabía cómo decirlas.

—¿Podrías repetirlo, por favor? Creo que no te he oído bien. —Sonreía como un tonto.

—¡TE QUIERO!—repetí en voz alta y clara, llenándole la cara de besos—. ¿Sabías que es la primera vez que le digo eso a alguien?

—Me honra saber que, una vez más, soy el primero en tu vida. —Inclinó la cabeza y me besó con una ternura astuta.

Fue un beso largo, tranquilo, lleno de cariño. Pero uno de los peones llamó a la puerta avisando de que había surgido un problema en la granja y que Severide tendría que ayudar a Donato a resolverlo.

Severide suspiró, claramente contrariado.

—Quédate a tu aire, amor mío— me besó en la coronilla—. Esta casa también es tuya ahora. Volveré contigo tan pronto como pueda.

Observé por la ventana mientras él salía al galope en su caballo, y el silencio que quedó en la habitación pareció crecer a mi alrededor.

Demasiado grande.

Demasiado vacío.

Y, con él, llegaron los síntomas de la abstinencia.

Mis manos empezaron a temblar. Me latía la cabeza. Y todos los pensamientos parecían girar en torno a una sola cosa: las malditas pastillas. Empecé a tener un ataque de pánico, así que cogí mi móvil y llamé a mi psicóloga; hacía mucho tiempo que no hablábamos.

—Sabía que volverías, Silvia. —Me recibió con todo el cariño del mundo, y le prometí que nunca más le colgaría la cara.

Hablamos durante mucho rato, la puse al día de todos los últimos acontecimientos. Y cuando Vanda colgó, ya me sentía mucho mejor. Terapia y vida. Sin embargo, las ganas de tomarme los benditos antidepresivos seguían siendo grandes.

—Necesito salir… respirar un poco —murmuré para mí misma.

Me levanté de la cama apresuradamente, intentando ignorar el escalofrío que me recorría la espalda. Pero, en cuanto abrí la puerta del dormitorio, casi me choco de frente con Sônia.

Y, esta vez, la loca sostenía un cuchillo.

—Esta es la última vez que te advierto que dejes en paz a *mi* Severide o yo...

Crucé los brazos, perdiendo ya la paciencia.

— ¿O qué, querida?

Sus ojos echaron chispas.

—Si fuera tú, no me lo jugaría, ¡presuntuosa!

Era imposible no darse cuenta de lo que estaba pasando allí. Esa mujer siempre había estado enamorada del jefe —y, para ser justa, no podía culparla.

Un hombre como Severide…

Cualquier mujer que trabajara allí acabaría enamorándose de él. Yo misma, que siempre había sido difícil de conquistar, había caído rendida ante su encanto.

Imagina a las pobres mortales como la astuta de Sonia.

—Ah, claro que lo pago —respondí, riendo—. Y lo pago en dólares, querida, porque soy una descarada.

Eso fue suficiente para enfurecerla. Se abalanzó hacia mí.

—¿Todo bien por aquí, Sônia?

La voz firme de doña Gertrudes resonó por el pasillo. Y la niñera malvada se quedó paralizada al instante.

—Sí, todo va bien, doña Gertrudes. Solo estaba a punto de matar una gallina para el almuerzo.

La abuela de Severide arqueó una ceja.

—No te preocupes, hoy preparo yo el *almuerzo*. Tómate el día libre y vete *a* casa —le ordenó.

Sonia apretó los labios.

—Mi jefe es su nieto. No recibo órdenes de usted.

Doña Gertrudes le quitó el cuchillo de la mano con una calma impresionante.

—Yo mando sobre Severide. Y Severide manda sobre ti, querida. Así que da lo mismo.

Señaló la puerta con la cabeza.

—Ahora vete *a* casa. No te lo voy a repetir.

Sonia se marchó refunfuñando.

—Esto no va a quedar así.

Cuando desapareció, suspiré.

—Creo que no le caigo muy bien, señora Gertrudes.

La anciana soltó una carcajada.

—Es envidia, hija mía. Lleva cinco años trabajando aquí y nunca ha conseguido seducir a mi nieto. Y *tú* acabas de llegar y ya lo has atrapado en tu red.

Me tiró del brazo y me llevó a la cocina riéndose. No sé si la señora Gertrudes se dio cuenta de que estaba luchando contra el síndrome de abstinencia de los malditos antidepresivos, pero hizo todo lo posible por distraerme aquella mañana. Dijo que necesitaba ayuda para preparar el almuerzo, aunque era obvio que yo no sabía ni por dónde empezar.

La verdad es que apenas sabía encender la cocina. ¿El resultado? Un desastre monumental. Y muchas risas. Las niñas llegaron del colegio y se unieron a nosotras en la cocina, animando aún más el ambiente.

—¿Sabes lo que falta aquí? —dijo Brenda—. ¡Música!

Encendió una vieja radio sobre el fregadero y, de repente, las cuatro estábamos cantando y riendo mientras cocinábamos.

— Madre mía… —dijo una voz detrás de nosotros—. Me he ido solo un ratito y las mujeres de esta familia ya se han adueñado de todo esto.

Me di la vuelta y me encontré a Severide apoyado en la puerta de la cocina, sonriendo. Mi corazón dio un vuelco al oír la palabra *«familia».*

Me había incluido a mí también.

—Tienes que ampliar el equipo de los chicos, nieto —bromeó su abuela—. Si no, vamos a tomar el control de tu granja de una vez por todas, ¿verdad, chicas?

—¡Síííí! —respondieron Brenda y Belinha al unísono.

Severide se rió. Y yo me quedé en silencio; esa idea de tener un hijo nunca se me había pasado por la cabeza, ni siquiera por un segundo.

—Todavía es muy pronto para hablar de hijos, pero me encanta la idea de tener un mini yo haciendo travesuras por estas tierras. —Me guiñó un ojo con todo su encanto, y sentí que se me encendían las mejillas.

Apenas habíamos empezado una relación y él ya hablaba de hijos. El hombre estaba realmente decidido a construir una vida a mi lado, y a mí me gustaba cada vez más esa idea.

—Mejor almorcemos antes de que se enfríe la comida —dije rápidamente, intentando desviar la atención de esa conversación sobre hijos.

Cogí unos platos para ponerlos en la mesa, pero Severide me los quitó de las manos.

—Déjame ayudarte, preciosa. —Nuestros dedos se tocaron por un segundo, y nuestra mirada fue diferente a la de aquella vez.

Fue como una promesa silenciosa de que, a partir de ese momento, todo iría bien. Porque estábamos juntos y nada, ni nadie, sería capaz de separarnos.

Capítulo 34



Severide

Después de que el huracán de la madre narcisista de Silvia pasara por Nueva Aurora, la ciudad volvió a respirar en paz. Aún me venía a la memoria la destrucción que aquella mujer causó con su breve aparición, como una tormenta de verano: llegó haciendo ruido, derribando todo lo que encontraba a su paso y dejando un rastro de destrucción por donde pasaba.

Sin embargo, como ocurre con toda tormenta, volvió a salir el sol.

Silvia también volvió a mí.

Los primeros días, la mantuve bajo vigilancia, sin hablar mucho. Sabía que dejar los antidepresivos después de una fuerte recaída no era fácil. De vez en cuando surgían lapsos de abstinencia: un silencio más prolongado, una irritación repentina o una mirada perdida cuando creía que nadie la observaba. Sin embargo, aun así, Silvia se mantuvo firme y cumplió su promesa. No se volvió a meter ninguna pastilla en la boca.

Y, para mi sorpresa, se recuperó rápido —más rápido de lo que esperaba—. En poco tiempo, ya estaba de nuevo sumergida en el trabajo, como si nada hubiera pasado. De hecho, parecía aún más decidida, con mejor humor que nunca. La empresa de transporte

prosperaba. Los agricultores estaban satisfechos, y los camiones salían casi todos los días cargados de productos orgánicos hacia todo el estado.

Después de mucho tiempo, Nueva Aurora por fin tenía algo de lo que enorgullecerse, y Silvia era la principal responsable de ello. El triste episodio de la inauguración con su madre quedó rápidamente en el olvido. La ciudad tenía un talento especial para seguir adelante.

Y yo también.

Fui a recoger las cosas de Silvia a la Finca Esperanza; ahora ella vivía conmigo. Nuestra vida de pareja no podía ir mejor. Nos llevábamos bien en prácticamente todo: en el trabajo, en casa, fuera de casa… y sobre todo en la cama. Ya casi no discutíamos. Después de todo lo que habíamos pasado, parecía inútil perder el tiempo con discusiones sin importancia.

Resolvíamos las cosas hablando… o riendo… o, la mayoría de las veces, de una forma mucho más interesante. La química sexual entre nosotros era surrealista, algo electrizante.

Nos convertimos en compañeros.

De verdad.

A Brenda, por supuesto, le encantó la novedad de tener a alguien más en casa: una mujer a la que admiraba. Ganó oficialmente una cuñada y, lo que es más importante, una nueva amiga con quien cotillear. Las dos pasaban horas charlando en el salón, intercambiando confidencias y, sobre todo, ropa.

Brenda no paraba de pedir prestados los vestidos y zapatos elegantes de Silvia —tantos que se podría abrir una tienda.

—Vives en una granja, cuñadita —decía, metida dentro del armario—. Ya no vas a necesitar todo esto, así que puedes compartirlo conmigo.

Silvia se apoyó las manos en las caderas, riendo.

—Sí que lo necesito, querida. Una mujer nunca sabe cuándo va a necesitar unos tacones de más.

—Es verdad, por eso me voy a quedar con este en mi habitación por si surge alguna emergencia —respondió Brenda, cogiendo ya un par de zapatos rojos y saliendo corriendo, feliz como una perdiz.

Pero quien más se benefició de la nueva rutina fue Belinha. La niña parecía vivir en un estado permanente de felicidad, tanto que ni siquiera echó de menos a la niñera. Sônia no volvió a la finca desde el día de la fiesta de fin de cosecha, cuando pidió la baja tras nuestra breve discusión sobre Silvia. Ni siquiera apareció para recoger el sueldo de ese mes; simplemente desapareció de nuestras vidas.

Mi hija se tomó bien la noticia. De hecho, parecía aún más feliz después de saber que su niñera ya no volvería. Ahora, quien la llevaba al colegio casi todos los días, antes de ir a trabajar a la empresa de transportes, era Silvia. Por la tarde, al salir de la oficina, pasaba a recogerla. Era una rutina sencilla, pero significativa para la pequeña.

Me daba cuenta de ello en los detalles.

En la forma en que Belinha corría a abrazar a Silvia cada vez que la veía, o en cómo le contaba cada detalle del día durante la cena. Le pedía que le cepillara el pelo por la noche y le contara un cuento antes de dormir. Las dos se llevaban realmente muy bien.

Y esa semana iba a pasar algo muy importante: la tan esperada obra de teatro para celebrar el Día de las Madres. Mi hija estaba ansiosa. Durante días, ensayó sus líneas por toda la casa, caminando de un lado a otro como una actriz profesional. Se había aprendido cada palabra de memoria con un cuidado impresionante.

El gran día, se despertó incluso antes de que sonara el despertador. Cuando bajé a la cocina, ya estaba vestida con el uniforme del colegio, sentada a la mesa, balanceando sus piernecitas mientras tomaba leche con galletas.

—Buenos días, princesa. —Le di un beso en la coronilla.

Ella levantó la mirada hacia mí, con una enorme sonrisa.

—Buenos días, papá, ¡hoy es el gran día!

—Lo sé, hija. Y estoy muy emocionado por ver tu obra. —Le guiñé un ojo mientras preparaba un café bien fuerte.

Silvia apareció poco después, con rulos en el pelo y las uñas recién pintadas, terminando de secarse el esmalte al estilo de una recién casada. También se había levantado temprano para arreglarse para el evento; al fin y al cabo, todas las madres de las compañeritas de Belinha estarían allí, y ella quería estar impecable.

—¿Quién es la niña más guapa del mundo que está lista para brillar en el escenario? —preguntó, llevándose el dedo a la barbilla, fingiendo pensar.

Belinha levantó la mano inmediatamente.

—¡Yo!

—Estoy segura de que lo vas a petar, pequeñaja. —Silvia le llenó la cara de besos—. Incluso he comprado una cámara nueva para grabarlo todo, incluso el backstage, empezando ahora mismo.

Corrió a buscar la cámara y empezó a grabar a todos en la cocina.

—Oye, cariño, sonríme. ¡Estás muy serio! —dijo, apuntando con la cámara mientras yo tomaba mi café.

—Te quiero, cariño, pero no se me da muy bien estar delante de una cámara. —Me tapé la cara, avergonzado.

—¡Pues yo nací para brillar delante de una lente, hermano! —Brenda empezó una coreografía loca delante de la cámara.

—¡Ven, Belinha! ¡La estrella del espectáculo tiene que aparecer entre bastidores!

Silvia hizo una señal desde detrás de la cámara, y la pequeña saltó de la silla para unirse al extraño baile de su tía, pareciendo un

espantapájaros descoordinado. Las risas de las tres inundaron la cocina. Nuestras mañanas se volvieron así desde que cierta forastera vino a vivir con nosotros, trayendo buena energía a nuestras vidas.

—No quiero aguar la fiesta, pero la profesora de Belinha nos ha pedido que lleguemos antes —dije—. Tarda mucho en ponerse el disfraz.

—No te preocupes, Severide. ¿Te has olvidado de que soy la mejor publicista de este país? Soy genial con el vestuario y el maquillaje. Cuando termine, nuestra pequeña estrella será la más guapa del escenario.

Silvia se jactó, mientras Brenda cogía la cámara y empezaba a grabar en su lugar.

—¿De verdad te vas a quedar conmigo en el camerino antes de la obra, como las otras mamás? —preguntó mi hija, emocionada.

—Claro que sí, cariño. Estaré a tu lado hasta el último segundo antes de que salgas al escenario.

—Muchas gracias, te quiero. —Belinha la abrazó por las piernas.

—No hace falta que me des las gracias. Yo también te quiero. —Los ojos de Silvia se llenaron de lágrimas.

—Este momento ha sido perfecto, chicas —dijo Brenda, sollozando detrás de la cámara.

Después de eso, la casa se convirtió en un caos con tres mujeres arreglándose al mismo tiempo. Hasta la cerdita Berenice llevaba su mejor ropa para el evento. Silvia revisó la mochila de Belinha por tercera vez. Yo ya estaba esperando a las tres dentro de la camioneta, con el motor encendido, cuando Donato apareció en la ventana, casi matándome del susto.

—¡Así me vas a dar un infarto, hombre! —me llevé la mano al pecho, todavía jadeando.

—Solo he venido a ver si todo va bien por aquí, jefe. Hoy me he despertado con una sensación extraña… Creo que va a pasar algo malo…

—Deja de decir tonterías, Donato, porque no quiero ninguna energía negativa en el gran día de la presentación de mi hija en el colegio.

—Espero estar equivocado, pero no sé… —me miró a mí, luego a la mansión con esa mirada mística suya, y luego se marchó.

—¡Ya estamos listas! —Las mujeres por fin llegaron.

Brenda acomodó a su sobrina en la sillita del asiento trasero, sentando a Berenice con cuidado en su regazo, luego se sentó junto a las dos y se abrochó el cinturón.

—Perdona por el retraso, cariño. —Silvia se sentó a mi lado, guapa como una estrella de cine, llamaría la atención de todos en el colegio.

—Nadie se ha olvidado de nada, ¿verdad? —pregunté, girando la llave.

El motor rugió. Silvia y Brenda asintieron, pero Belinha dijo:

—¡Espera!

Miré por el retrovisor.

—¿Qué pasa, hija?

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Me he olvidado de algo importante!

Suspiré, sonriendo.

—Date prisa, entonces, hija. Todavía tenemos que pasar a recoger a la abuela.

—¡Vale, papá!

Le entregó a Berenice a la tía y salió corriendo hacia la casa. Me quedé mirándola por el retrovisor mientras subía los escalones y

desaparecía por la puerta.

Pasaron dos minutos.

Luego cinco.

Fruncí el ceño.

—Esta niña está tardando mucho…

—Voy a ir a buscarla, cariño. —Silvia también estaba preocupada.

—Gracias, cariño. —Le di un beso rápido en los labios.

Ella entró en casa. Pasó el tiempo… y nada. Mi inquietud crecía. Algo iba mal.

Ya estaba abriendo la puerta para ir a buscarlas cuando oí un grito:

—¡AYUDA!

Era la voz de Silvia, desesperada. Mi corazón se aceleró.

— ¡Espera en el coche, Brenda! — Corrí hacia el interior de la casa.

— ¡SILVIA!

Mi grito resonó por toda la sala. Entonces lo volví a oír, procedente del pasillo:

—¡SEVERIDE!

Corrí en esa dirección. Al llegar a la habitación de mi hija, la escena me heló la sangre. Silvia estaba arrodillada en el suelo.

Belinha, en sus brazos.

Desmayada.

Tenía la cabeza echada hacia atrás y le salía espuma blanca por la comisura de los labios. Por un segundo, no pude pensar. Aquello parecía una pesadilla.

—¡Dios mío!— Corrí hacia ellas.—¿¡Qué ha pasado?!

Silvia estaba pálida.

—¡No lo sé! —dijo, desesperada—. ¡Entré y ya estaba así!

—Belinha —la llamé, tocándole la cara—. Despierta, por favor, papá está aquí.

Ella no reaccionó.

—¡Tenemos que llevarla al hospital ahora mismo, Severide! —dijo Silvia, con voz temblorosa.

No perdí ni un segundo más. Cogí a Belinha de sus brazos; el cuerpo de mi hija estaba flácido, sin fuerzas.

—¡Vamos!

Salimos corriendo de la casa. Brenda y Berenice todavía estaban en la camioneta cuando aparecimos.

—¿¡Qué ha pasado?! —gritó Brenda al ver a su sobrina inconsciente.

—¡Al hospital! —fue todo lo que pude decir.

Silvia se sentó en el asiento delantero mientras yo acomodaba a mi hija en su regazo. Arranqué con la camioneta. Nunca había conducido tan rápido. Mi mirada alternaba entre la carretera y Belinha todo el tiempo; creo que nunca había sentido tanto miedo en mi vida.

—Aguanta, hija… —murmuré varias veces, sin saber si podía oírme.

Cuando llegamos al hospital, todo sucedió muy rápido. En cuanto entramos con ella en brazos, aparecieron unos enfermeros y se la llevaron inmediatamente.

—Señor, tiene que esperar aquí —dijo una enfermera, impidiéndome entrar.

—¡Pero es mi hija!

—La cuidaremos bien, no se preocupe.

Las puertas se cerraron y me quedé parado en medio del pasillo, sin poder hacer nada. Me temblaban las manos. La imagen de ella inconsciente no se me iba de la cabeza: la piel demasiado fría.

—Por favor, Dios, no me quites a mi hija. —Me pasé la mano por la cara, tratando de controlar la respiración.

El aire parecía no entrar bien en los pulmones. Fue entonces cuando sentí una mano apretar la mía.

—Se va a poner bien, Severide. —Silvia se quedó a mi lado, intentando darme fuerzas.

—Tengo tanto miedo de que mi hija muera. —Me derrumbé y ella me abrazó con fuerza.

—Necesito a un responsable para rellenar el formulario de la paciente —dijo la recepcionista.

Pero yo no estaba en condiciones de hacerlo en ese momento.

—Déjame hacerlo a mí —se ofreció Silvia, con la ayuda de Brenda.

Cada segundo parecía una eternidad. El pasillo parecía estrecharse a medida que pasaba el tiempo, y nadie traía noticias. Ya había pasado casi una hora desde que se llevaron a Belinha a urgencias: una espera agonizante. Yo caminaba de un lado a otro, incapaz de quedarme quieta. No tuve valor para llamar a mi abuela y contarle lo que había pasado; ya me bastaba con ver a Brenda, que no dejaba de llorar ni un segundo.

Silvia permaneció inmóvil, sentada en la sala de espera, todavía en estado de shock. Nuestra mañana perfecta en familia se había convertido en una pesadilla de un momento a otro.

—Por fin…

Carraspeé cuando la puerta finalmente se abrió. Un médico salió de la sala.

—¿Es usted el padre de la niña?

—Sí, doctor, ¿cómo está mi hija?

Respiró hondo antes de responder.

—Ahora está estable, pero su caso sigue siendo delicado.

Las piernas me fallaron de alivio. Pero él continuó:

—Lo que ha pasado ha sido muy grave; si hubieran tardado cinco minutos más… su hija habría muerto.

El suelo se desvaneció bajo mis pies.

Cinco minutos.

Cinco malditos minutos, y habría perdido a mi hija para siempre. Un miedo antiguo volvió como una niebla oscura y sofocante. Ya había perdido a su madre, y me llevó años superar el duelo.

La idea de volver a perder a alguien a quien amaba me paralizó. No pude responder.

Fue Silvia quien preguntó:

—¿Qué enfermedad tiene, doctor? Esta mañana estaba tan bien, tan animada con la obra del Día de la Madre en el colegio…

El médico negó con la cabeza.

—En realidad, la niña no tiene ninguna enfermedad.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —Entrecerré los ojos, confundido.

Me miró con seriedad.

—Su hija casi muere porque ingirió una gran cantidad de medicamentos fuertes. —Explicó, y mi corazón se aceleró.

—¿Qué tipo de medicamentos?

—Antidepresivos. Bastante fuertes.

En ese mismo instante, miré a Silvia. Una mirada dura, cortante. Ella había jurado que nunca más se metería eso en la boca, y mucho menos lo traería a mi casa.

—Yo no tengo nada que ver con eso, Severide —dijo con firmeza.

—Si no eran tuyos, ¿de dónde salieron entonces? —grité.

—Una enfermera lo encontró en el bolsillo de la chaqueta de la niña —Sacó un frasco casi vacío del bolsillo de la bata blanca.

Sentí un nudo en la garganta al leer el nombre en la etiqueta: Silvia Cabrini.

—¡Juro por Dios que eso no es mío! —dijo ella, en estado de shock—. ¡Estoy limpia desde la última recaída!

Pero, en ese momento… las pruebas estaban ante mí. Y solo podía ver la imagen de Belinha en mis brazos, casi muerta.

—Apártate de mí, Silvia —dije, con la voz cargada de rabia.

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¡Tienes que creerme! —casi se arrodilló.

—¡Tu maldita adicción casi mata a mi hija! —estallé—. ¡Y nunca te perdonaré por eso!

Ella empezó a llorar.

—Escúchame, por favor… yo no hice eso. —Me agarró del brazo.

Me solté con fuerza.

— ¡Vete de aquí!

—¡Tranquilo, Severide! —Brenda intentó intervenir. —No tienes por qué tratarla así, intenta al menos darle un voto de confianza.

—¡No te metas, Brenda! —le lancé una mirada severa.

La ira me dominaba.

—Hablemos… déjame explicarte…

—¡Vete, Silvia! —repetí con voz gélida. —Tu llegada a esta ciudad fue un error. No quiero volver a verte nunca más.

Se quedó quieta unos segundos, con los ojos llenos de lágrimas, como si esperara que volviera sobre mis pasos.

Pero no volví.

Al final, Silvia se marchó. La eché no solo del hospital, sino también de mi vida.

—¿Cómo pude ser tan irresponsable…? —murmuré para mis adentros.

Mi hija casi muere.

Y la culpa, en el fondo, era mía. Por actuar como un idiota enamorado. Por llevar a mi casa a una mujer adicta a la que apenas conocía, y permitir que esas porquerías se acercaran a una niña indefensa.

Y ahora quien estaba pagando el precio de mi error era mi hija, y nunca me lo perdonaría.

Capítulo 35



Silvia

Me echaron del hospital como a un perro sarnoso. Las puertas automáticas se cerraron detrás de mí con una ráfaga de aire frío y, por un momento, me quedé parada, tratando de entender lo que acababa de pasar. Nunca había visto a Severide así, dominado por el odio.

«No quiero volver a verte nunca más».

Las palabras aún resonaban en mi cabeza. Mi corazón se había hecho mil pedazos y mis piernas estaban demasiado débiles para llevarme a ningún sitio. Di unos pasos por la acera y acabé sentándome en el bordillo, completamente perdida. Entonces lloré. Las lágrimas brotaron sin control, resbalando por mi rostro mientras intentaba respirar entre sollozos.

Me dolía físicamente el pecho, como si tuviera un cuchillo clavado allí, girando lentamente.

La niña más dulce que conocía casi muere. Y su padre creía que la culpa era mía.

Severide no dudó ni un segundo. Me echó de su vida sin mirar atrás. Y lo peor… es que tenía muchas razones para hacerlo. Todas las pruebas estaban en mi contra.

—Esto no tiene sentido… —sacudí la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos.

¿Cómo apareció ese frasco en la finca? ¿Y con mi nombre?

Ni siquiera tomaba esa marca barata de antidepresivos. Mi proveedor en São Paulo solo trabajaba con los mejores productos, su clientela era exclusivamente gente de la élite.

—Tienes muy mala cara, querida. —Oí la voz del diablo a mis espaldas.

Giré el cuello y vi a Sônia, con una expresión burlona en el rostro. Estaba diferente, guapa. Llevaba ropa nueva, toda maquillada y con el pelo arreglado como si acabara de salir de un salón de belleza.

Si yo estaba muy mal en ese momento, ella estaba en su mejor momento.

—¿Qué haces aquí, Sonia? —pregunté con recelo.

Ni siquiera llamamos a la abuela de Severide para contarle lo que había pasado; queríamos esperar a que el médico viniera a hablar con nosotros primero para tener más información sobre el estado de Belinha.

—Me enteré de lo que le pasó a nuestra niña por culpa de tu asquerosa adicción, Silvia. Y he venido a dar todo mi apoyo a su padre —dijo con descaro, conteniendo la risa.

— ¿Y cómo te enteraste de lo que pasó si nadie lo sabía?

—¡No es asunto tuyo! —Intentó zafarse, pero no se lo permití.

—Fuiste tú, ¿verdad? —lancé sin pensar.

—¿Yo qué, eh, pija presumida? —Se hizo la tonta, pero de tonta no tenía nada.

—Lo has montado todo solo para fastidiarme, lo único que aún no sé es cómo has tejido esa red de mentiras.

—¡Pues demuéstralo! —Su expresión se tornó triunfante—. Dudo mucho que alguien crea a una adicta que tuvo una recaída hace poco; todos los hechos están en tu contra.

Me lo echó en cara, y lo peor era que tenía razón. Sin pruebas, nadie me creería. Y mucho menos Severide.

—¡Te juro por Dios que te haré pagar caro lo que le hiciste a Belinha, desearás no haberte cruzado nunca en mi camino!

Apreté los puños para no lanzarme a por ella allí mismo, delante de todo el mundo; mi situación ya era lo suficientemente mala.

—Mira, qué miedo tengo. —Agitó la mano en el aire, burlándose de mí.

—Ríe mientras puedas, Sonia. Porque tu felicidad durará poco.

—El perro que ladra no muerde, cariño —me tiró el pelo a la cara—. Te avisé que dejaras en paz a *mi Severide*, ahora aguanta las consecuencias.

La psicópata entró en el hospital contoneándose como si estuviera en una pasarela, pensando que había ganado la guerra, pero esta apenas estaba empezando.

—No sabes con quién te has metido, Sonia. —Me sequé las lágrimas y dejé que mi lado frío y calculador tomara el control.

Tenía que resolver esa situación cuanto antes; Belinha nunca estaría a salvo con esa mujer cerca. Así que fui en busca de pruebas. Mi ventaja era sencilla: Nova Aurora es pequeña, y sabía por dónde empezar. Fui a la única farmacia de la ciudad y me quedé escondida hasta la hora de cierre. Quería pillar al hijo del dueño saliendo solo.

Si Sônia había conseguido ese frasco allí o con algún proveedor suyo, haría que el chico hablara.

—Ahí estás. —Aceleré el paso cuando lo vi salir.

Fui tras él, pero, en cuanto me reconoció, el gamberro salió corriendo, asustado. Seguramente aún recordaba el día en que le amenacé con meterle un paquete de compresas en el culo si volvía a *acosar* a Brenda por ser una chica trans.

—¿Por qué me estás siguiendo? ¡Te juro que nunca más he hablado con esa chica de mierda! —gritó mientras corría.

—¡Tú eres el cabrón, idiota!

Hablando de Brenda, apareció de la nada y derribó a mi informante con una patada certera entre las piernas.

—Ay… eso dolió… —gimió, encogido en el suelo.

—¿Qué haces aquí, Brenda? Deberías estar en el hospital con tu familia.

—No podía dejarte irte así del hospital, así que fui a buscarte. Escuché tu conversación con Sonia y te seguí hasta aquí, pensé que necesitarías ayuda para desenmascarar a esa vaca.

—Te lo agradezco, pero no quiero que tengas problemas con tu hermano por mi culpa. Yo me encargo de resolver toda esta mierda sola. —Agarré al chico por el cuello de la camisa.

—¿Qué tengo yo que ver con eso, señorita? —El gordo estaba a punto de echarse a llorar.

—Necesito saber si tú y tu padre vendéis esa marca de antidepresivos sin receta. —Le mostré la foto en el móvil.

—¡Ni hablar! ¡Mi padre es honesto! ¡Solo vende con receta y registro en la farmacia! —respondió, casi sin aliento.

—Entonces, ¿cómo se puede conseguir este tipo de cosas de forma ilegal en una ciudad pequeña como esta? —Brenda amenazó con otra patada.

— ¡No lo sé, joder! ¿Puedo irme ya?

—Estás mintiendo, habla de una vez. —Le apreté más el cuello y casi se echa a llorar.

A pesar de su cuerpo musculoso, no era más que un llorón, un niño de papá.

—¡Vale! —suspiró—. Hay un chico… compro algunas cosas con él para mantenerme en *forma*. No se puede estar tan guapo solo entrenando duro, ¿sabes?

— Ve al grano, criatura. — Brenda puso los ojos en blanco.

—Bueno, como te decía, ese tipo vende de todo… ¿entiendes? Como un traficante, pero no como esos peligrosos y armados hasta los dientes que vemos en las películas. —El pesado no paraba de hablar.

—Nombre y dirección. Ahora, señor anabolizantes.

El cobarde lo soltó todo.

Brenda y yo fuimos directamente al lugar.

La casa estaba en uno de los mejores barrios de la ciudad — completamente diferente de lo que esperaba. Llamé al timbre y un hombre corriente abrió la puerta, con un periódico en la mano. Se oía a los niños jugando dentro, era solo un padre de familia como cualquier otro.

—¿Este es el traficante? —susurró Brenda, sorprendida.

—Hablen bajo. Mi mujer puede oírnos —cerró la puerta, amortiguando el sonido—. ¿Qué quieren? Tengo todo tipo de productos...

—¿Vendes este tipo de medicamento? —le mostré la foto.

Le echó un vistazo rápido.

—Ese no lo tengo en stock, vendí el último frasco ayer. Una mujer muy insistente.

—Y esa venta casi mató a un niño de seis años —dí un paso adelante—. Ahora vas conmigo a la policía y testificarás contra esa mujer por intento de asesinato.

—No me meto en líos con la policía —respondió con firmeza —. Solo vendo. Y esa mujer pagó muy bien por el producto.

—Solo tienes que dar sus características a la policía, deja el resto en sus manos.

—La mujer es muy fácil de describir, es...

El hombre lo describió con detalle, y la imagen de la mujer se formó perfectamente en mi mente.

Y no era Sonia.

El mundo a mi alrededor se volvió borroso.

—¡Dios mío! —Mi voz salió en un susurro, mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla.

—¡Joder! —murmuró Brenda—. Esto no me lo esperaba.

Ella me cogió de la mano y yo cerré los ojos un segundo, intentando recuperarme de otro golpe de la vida. Y esta vez, fue de los grandes.

—Tenemos que ir al hospital ahora mismo, Brenda. —Las dos salimos corriendo.

No había tiempo que perder, o podría pasar lo peor. La vida de Belinha aún corría peligro.

Capítulo 36



Severide

Aquél había sido, sin duda, el día más largo de mi vida. La noticia de que Belinha estaba ingresada se extendió por la ciudad como el fuego por la paja seca. En pocas horas, la mitad de Nueva Aurora ya lo sabía, y mucha gente se presentó en el hospital para dar apoyo y ofrecer ayuda. Sônia fue la primera en aparecer, pero parecía más preocupada por llamar mi atención que por mi hija.

Así que fui directo al grano y le pedí que se marchara. Sobre todo porque Belinha no podía recibir visitas por el momento. Solo un acompañante. Sin excepciones. No salí de aquella habitación por nada del mundo. Ni para comer, ni para descansar. Mi abuela llegó a enviarme una fiambrera a través de recepción, preocupada como siempre, pero la comida quedó intacta sobre la mesa.

No tenía hambre. No sentía nada más que una opresión constante en el pecho. Lo único que quería era ver a mi hija abrir los ojos. Quería asegurarme de que realmente estaba fuera de peligro, de que aquella pesadilla había terminado de una vez por todas. Pero el médico había sido claro: incluso después del lavado de estómago, el efecto de los medicamentos aún tardaría un tiempo en desaparecer. No había una previsión exacta de cuándo despertaría.

Y, aun así, no me movía de allí.

Tenía que estar allí cuando eso sucediera. Necesitaba ser la primera persona que ella viera al despertar, para que supiera que su padre estaba allí… y que nunca más dejaría que le pasara nada malo.

Nunca más.

Fue en ese estado, entre el cansancio y la vigilia constante, cuando oí que se abría la puerta.

Una enfermera entró en la habitación con pasos tranquilos, llevando una mascarilla blanca y sosteniendo una tablilla. Su presencia parecía rutinaria, casi reconfortante en aquel ambiente tan cargado.

—Buenas noches, he venido a comprobar los signos vitales de la paciente —dijo ella.

—Buenas noches… muchas gracias.

Ella comenzó a revisar los aparatos, anotando algunos datos con calma. En un momento dado, sin mirarme directamente, sugirió:

—¿Por qué no va a tomar un café a la cafetería del hospital? Yo me quedaré aquí unos minutos.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo cómo el peso del cansancio por fin se hacía notar.

—Un café me vendría bien… —admití—. Pero no quiero alejarme de mi hija.

—Puede irse tranquilo, señor. Yo la vigilaré.

Dudé. Mi cuerpo pedía descanso, pero mi instinto me gritaba que me quedara.

Aun así, acabé cediendo.

—Vuelvo enseguida.

Salí de la habitación a paso ligero. Justo en el momento en que pisé el pasillo, sonó mi móvil. Era Donato.

Contesté enseguida.

—Hola, Donato. ¿Todo bien por ahí?

Al otro lado, su voz sonaba diferente. Más grave. Más cargada.

—Jefe… vuelvo a tener esa mala sensación.

Eso fue suficiente para ponerme en alerta.

Ese viejo indígena nunca se equivocaba.

—Pase lo que pase… no te alejes de nuestra niña. Ella todavía está en peligro —me pidió.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Está bien —respondí sin dudar—. No me alejaré de ella.

Colgué y volví corriendo. No pensé. No pregunté nada. Solo volví.

Cuando empujé la puerta de la habitación, la escena que se presentó ante mí me heló la sangre. La «enfermera» estaba inclinada sobre la cama, presionando una almohada contra la cara de mi hija.

Por un segundo, no pude reaccionar.

Entonces grité.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!

Se asustó y giró la cara. La mascarilla se le había caído. Y la reconocí. Al instante.

Era la madre de Silvia.

Tenía los ojos completamente desorientados.

—¡Atrás o la apuñalo! —gritó, sacando unas tijeras grandes y apuntando directamente a mi hija.

Levanté las manos lentamente, intentando no empeorar la situación.

—Tranquilo… hablemos…

—¡No te acerques!

— ¿Por qué está haciendo esto? ¡Mi hija es solo una niña!

—He estado observando a su familia durante los últimos días —respondió, con la mirada perdida—. Y me he dado cuenta de lo mucho que Silvia quiere a esa niña. Así que se la voy a quitar… igual que ella me quitó a mí el amor de mi vida.

Se me heló la sangre.

—Dios mío… —mi voz falló—. Silvia dijo la verdad. Ese frasco de medicinas no era suyo…

—Por supuesto que no —sonrió con crueldad—. Fui yo quien lo puso en la habitación de la niña… con la ayuda de su antigua niñera.

Reveló.

Me sentí como si me hubiera atropellado un camión fuera de control.

—¿Sonia? —pregunté incrédulo—. ¿La señora contó con su ayuda para cometer esa crueldad?

—Bastó con ofrecerle una miseria y ella aceptó —respondió con desdén—. Como conocía bien la finca, entró en la calada de la noche sin dificultad.

Parecía… orgullosa.

—Pero la pobre no estaba interesada en el dinero, te quería a ti —continuó con detalles—. Una vez que la niña muriera, culparías a Silvia. Quedarías devastado, de luto… y Sonia tendría la oportunidad perfecta para reconquistarte.

La ira me subió, ardiente, quemándome el pecho.

—Pero mi hija es una luchadora. Y no murió —repliqué, con la voz temblorosa de furia—. Y usted vino aquí a terminar el trabajo.

Ella se rió como si fuera obvio.

—Al fin y al cabo, no eres tan tonto como pareces, paleto.

—Vosotras dos no vais a salir impunes de esto. Os pudriréis en la cárcel por los crímenes que habéis cometido. —Apreté los puños.

Su sonrisa se desvaneció.

—Pero antes… —apretó las tijeras entre los dedos— te voy a quitar todo.

Se me paró el corazón.

Levantó la mano, amenazando con abalanzarse sobre mi hija. Pero, de repente, la puerta se abrió de golpe.

—¡Policía!

Silvia entró, acompañada de dos policías. Su rostro estaba pálido, pero su postura… firme. Decidida.

—Por favor, mamá… no lo hagas —suplicó, con la voz cargada de emoción—. Necesitas ayuda.

La mujer soltó una risa amarga, entrecortada.

—¿Ayuda? —espetó—. Si yo no puedo ser feliz ahora que he perdido a mi marido, Silvia… tú tampoco lo serás.

Apuntó con las tijeras en mi dirección.

—Y mucho menos con ese granjero y su preciosa hijita.

Los policías se colocaron inmediatamente en posición.

—¡Suelte esas tijeras ahora mismo, señora! —ordenó uno de ellos, descargando el arma.

Yo miraba de uno a otro, tratando de entender cómo habíamos llegado a ese punto. Apenas podía respirar.

—Siento mucho que haya perdido a mi padre, mamá… —Silvia dio un paso al frente, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No dé ni un paso más! —gritó la mujer, apretando las tijeras con más fuerza.

Sostenía la hoja con ambas manos… apuntando directamente al corazón de Belinha. Y, en ese instante, tuve la certeza de que nunca había sentido tanto miedo en mi vida.

—Si se mueve, dispararé —advirtió el policía con firmeza.

—¡No! —intervine, desesperado—. Por favor… resolvamos esto sin violencia. Nadie tiene por qué salir herido aquí, señora.

Intenté, con todas mis fuerzas, llegar a algún atisbo de cordura en aquella mujer.

—Es imposible que alguien me haga más daño del que ya tengo —respondió, con la voz quebrada—. Ya no tengo motivos para vivir, así que no tengo nada que perder.

—¡Pero esta niña no tiene la culpa de nada, mamá! —insistió Silvia.

—¡La única culpable aquí eres tú, Silvia! Quiero que sufras el resto de tu vida —dijo con frialdad.

El tiempo pareció detenerse. Y lo único que podía hacer… era rezar para no perder a mi hija en ese momento.

—Entonces tendrás que matarme. Porque no voy a dejar que le pongas la mano encima a esa niña —Silvia no cedió.

—Ya que quieres que las cosas terminen así, ¡de acuerdo! — Desprendió un golpe contra su propia hija.

Y yo no pensé. Solo actué. Me lancé delante y sentí la hoja atravesarme el pecho. El dolor fue cálido, intenso, pero lejano.

—¡SEVERIDE!

La voz de Silvia fue lo último que oí antes de que todo se oscureciera. Cuando desperté, sin saber cuánto tiempo había pasado, me dolía todo el cuerpo. Me costó abrir los ojos por la luz, pero me di cuenta de que estaba en una habitación de hospital.

—¡Hola, papá!

De repente, oí la dulce voz de mi hija. Pensé que estaba soñando; eso era todo lo que necesitaba en ese momento.

—Hola, mi amor. —Giré el cuello y vi su preciosa carita; nos habían puesto en la misma habitación.

Extendí la mano y le cogí la suya, quería asegurarme de que no estaba soñando.

—¿Sabías que roncas como el tractor de la granja? —La pícara se rió a carcajadas; aquello fue música para mis oídos.

—¡Qué mentira, hija! Yo no ronco, parezco un ángel durmiendo.

—¡Sí que roncas, papá! —Se rió aún más fuerte.

Entonces vi algo moviéndose debajo de su manta, y enseguida su cerdito de peluche asomó la cabeza.

—¿Cómo has acabado en el hospital, Berê? —le pregunté riendo.

—Lo traje escondido en mi bolso, pero es nuestro secreto, ¿verdad, Belinha? —Silvia apareció en mi campo de visión, más guapa que nunca.

Pero estaba distante, como si los dos fuéramos dos extraños.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Mejor que tú, sin duda, Severide.

Se acercó tímidamente.

— ¿En qué pensabas para ponerte delante de esas tijeras? Por muy poco no mueres. Tuviste una hemorragia grave y te tuvieron que llevar urgentemente al quirófano; estuviste más de una semana en coma.

—Lo volvería a hacer todo de nuevo, para protegerte.

—Te lo agradezco, pero no puedes poner tu vida en peligro así, tienes una hija que criar.

Los dos miramos a Belinha, que jugaba a los médicos con su cerdito.

—¿Y tu madre? ¿Qué le pasó?

—Se volvió loca de una vez y la llevaron a un hospital psiquiátrico en São Paulo —respondió con tristeza.

— ¿Y Sônia? ¡Ella también tiene que pagar por lo que hizo!

—Ya lo está pagando, Severide. La detuvieron y la acusaron de varios delitos, incluido intento de asesinato.

—De verdad espero que algún día puedas perdonarme por no haber confiado en ti, Silvia —tragué saliva—. Lo dije en un momento de ira; solo la idea de perder a mi hija ya me vuelve completamente loco —concluí.

—En realidad, quien tiene que perdonarme es usted, Severide —dijo ella—. Siento mucho todo lo que ha pasado por culpa de esa loca de mi madre.

Una esperanza fugaz, casi desesperada, se encendió dentro de mí.

Pero duró poco.

—Pero prometiste que nunca te irías de mi lado… —continuó ella—. Y soltaste mi mano a la primera oportunidad que se te presentó.

—Silvia, yo… —Empecé a decir, pero de repente empezó a entrar un montón de gente en la habitación.

Mi abuela y mi hermana, el padre Bento, Marcos y su esposa, Donato y todos los peones de la finca; casi no cabían todos.

—Hola, mi querido nieto, qué bien que te hayas despertado. —Mi abuela me ahogó en un abrazo de oso.

Por encima de su hombro, vi a Silvia marcharse discretamente, y tuve la impresión de que esa sería la última vez que la vería.

Capítulo 37



Silvia

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Silvia? —Mi jefe me ayudó a meter la maleta en el coche.

—Sí, Barreto. Ser directora general de una empresa en Estados Unidos siempre ha sido mi sueño. Estoy segura de que allí seré muy feliz.

Dije, aunque sin creerlo del todo. Quizás, si lo repetía lo suficiente, se haría realidad.

—¿No vas a despedirte de nadie? —preguntó María Cecilia, con los ojos llorosos—. La gente de la empresa de transportes se va a quedar destrozada.

—Odio las despedidas, Ceci. Así que mejor así —bromeé con el bebé en su regazo—. Pero dejé toda la documentación en mi despacho. Os las arreglaréis sin mí.

—Ya me había acostumbrado a tenerte cerca… —Ana Luiza me abrazó con fuerza—. Nova Aurora no va a ser lo mismo.

— Tampoco exageres, mocosa. Puedes venir a visitarme cuando quieras.

Sentí que las lágrimas amenazaban con brotar, así que decidí marcharme antes de derrumbarme.

—Mejor me voy. Quiero salir a la carretera antes de que anochezca.

Me metí en el coche y saludé con la mano.

—¡Avísame cuando llegues a São Paulo! —gritó Barreto.

—¡Claro que te avisaré!

Y, por fin, me fui de aquella pequeña ciudad que un día tanto deseé abandonar.

Pero no estaba feliz.

Mientras salía en coche de la Finca Esperanza, las lágrimas no dejaban de correrme por las mejillas. Me había enamorado de aquel lugar. Lo echaría de menos todo.

De todos.

Sobre todo de Severide… y de su familia. Pero no había futuro para nosotros. No después de lo que mi madre le había hecho.

—¿Tú también has venido a despedirte de mí, chica? —Sonreí entre lágrimas mientras miraba por la ventana.

Mi yegua, Atena, corría a lo largo de la valla, acompañando al coche como si quisiera quedarse conmigo hasta el último instante.

Eso solo hizo que mi partida doliera más. Lloré durante todo el viaje hasta São Paulo. Cuando llegué a mi ático, empecé a empaquetarlo todo, organizando mi mudanza definitiva fuera del país.

—¡Maldición! —Mientras ordenaba una caja, la cámara se cayó y se encendió sola.

Apareció el vídeo de la última mañana que pasé en la cocina de la finca de Severide; estábamos tan emocionados por ver la obra de Belinha, pero todo salió mal. Perdí la cuenta de cuántas veces vi la misma grabación, mientras me terminaba una botella de vino.

Me desperté con una resaca terrible y llegué tarde al vuelo. Me arreglé a toda prisa. El aeropuerto estaba lleno, ruidoso, lleno de vida… y, aun así, me sentía vacía. Caminaba entre la gente como si fuera invisible. Facturé la maleta demasiado despacio para alguien a punto de cruzar el océano. Era como si cada segundo fuera un intento de posponer lo inevitable.

Cuando me di cuenta, ya estaba sentada en primera clase, con el cinturón abrochado y las manos inmóviles en el regazo. Afuera, el avión se preparaba para despegar.

Por dentro…

Intentaba convencerme de que estaba haciendo lo correcto.

—Todo va a salir bien, Silvia…—Respiré hondo y me volví hacia la ventanilla.

Si no pensara demasiado, quizá dolería menos. El recuerdo de Severide era tan intenso en mi mente que casi podía sentir su perfume allí, impregnando todo a mi alrededor.

—No puedo creer que te fueras a ir sin despedirte de mí. —Oí una voz grave que conocía muy bien.

Mi corazón se detuvo. Y cuando volví la cara, el mundo entero se detuvo con él.

Severide estaba allí.

Con el sombrero, la camisa clara que marcaba su cuerpo musculoso, las botas de cuero… y esa mirada ruda de hombre de campo. La misma mirada que me hacía sentir la mujer más amada que jamás haya pisado este planeta.

Me quedé preguntándome cómo me había encontrado en una ciudad tan grande. Apuesto a que Barreto tenía algo que ver en eso, sin duda.

—Y tú has venido hasta São Paulo, Severide, cuando deberías estar descansando… —lo miré fijamente— y te has colado en mi vuelo… ¿solo para decirme eso?

Intenté parecer firme. Pero mi corazón traicionaba cada palabra.

—Iría hasta el fin del mundo por ti, Silvia. —Se acercó, ignorando todo y a todos a su alrededor.

Para él, solo existía yo.

—Ya me has visto. Puedes irte. Estás retrasando el vuelo. —Crucé los brazos y aparté la mirada.

—No quiero que te vayas, cometí un error… pero te amo. —Suplicó, y yo dejé escapar las lágrimas que había estado conteniendo.

Quería creerlo. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero recordé el momento en que él me abandonó cuando las cosas se pusieron realmente feas, sin siquiera darme el beneficio de la duda antes.

—Ahora es demasiado tarde, Severide. Nosotros dos nunca funcionaríamos. Somos de mundos diferentes.

—¡Tú eres mi mundo, Silvia! —declaró.

Y pude oír el suspiro de al menos la mitad de las mujeres presentes en aquel avión, incluidas las azafatas, babeando descaradamente por aquel hombre guapísimo.

—Ya he tomado mi decisión, ¡lo siento! —Volví la cara hacia la ventanilla.

—No hagas eso… dame una oportunidad de arreglar las cosas, por favor —suplicó.

Cerré los ojos con fuerza.

—Vete… antes de que te arresten, Severide.

—No me voy a ningún sitio sin ti, mi amor —insistió el testarudo.

Eso casi me hizo ceder.

Casi.

—Ah, sí que te vas, Don Juan. —La llegada de los policías del aeropuerto cortó el momento.

Se lo llevaron agarrando a Severide por los brazos y empujándolo fuera del avión, mientras él seguía gritando mi nombre.

—¡Silvia! ¡No te vayas! ¡No nos abandones!

Su voz se fue alejando… hasta desaparecer. El silencio que quedó fue pesado, incómodo. Todos me miraban.

—Lo… lo siento por esto…—murmuré a la pareja de ancianos sentada a mi lado.

El señor sonrió y dijo:

—No sé qué error cometió ese chico… pero vino desde muy lejos, se coló en un avión por ti y te declaró su amor delante de todo el mundo.

—No es la primera vez que hace algo así… —Puse los ojos en blanco, llenos de lágrimas, en medio de una sonrisa.

Recordando aquella vez que Severide intentó colarse en una discoteca de lujo en Goiânia, solo para hablar conmigo.

—Hoy en día no hay muchos hombres románticos así, querida —la esposa del señor me tomó la mano temblorosa—. Así que corre y ve tras él, antes de que sea demasiado tarde.

Aquello me atravesó.

—Si tú no vas, señorita, ¡yo iré! —dijo una simpática azafata, entregándome la maleta.

Y, en ese instante, dejé de pensar. Me desabroché el cinturón, me levanté y corrí por el pasillo, yendo tras mi amor. La gente empezó a aplaudir. Bajé las escaleras casi tropezando, con el corazón a mil, buscándolo.

Entonces encontré a Severide.

Parado en medio de la multitud de gente que pasaba apresurada a su lado, tenía los hombros caídos y la mirada triste.

—¿Un día difícil, paleto? —bromeé.

Severide giró la cabeza hacia mí en ese mismo instante. Cuando nuestras miradas se cruzaron, una sonrisa iluminó su rostro. Se acercó a mí con urgencia, como si no pudiera esperar ni un segundo más para tocarme. Cuando nos abrazamos, el mundo entero volvió a encajar.

Entonces, el único hombre al que he amado en mi vida me besó, durante un largo rato.

—No te fuiste… —me susurró al oído, con la voz entrecortada.

—¿Y cómo iba a irme? —murmuré—. Viniste hasta São Paulo y casi te detienen solo para decirme que me amas. —Negué con la cabeza, riendo entre lágrimas.

—En realidad, no vine solo.

Arqueé una ceja, confundida. Severide señaló a un lado y mi corazón se llenó de ternura al ver a su abuela, a Brenda y a Belinha sosteniendo un cartel en el que se leía:

«Te queremos, Silvia».

—¡Yo también os quiero! —dije con la voz entrecortada.

Porque, en ese instante, supe… que ya no era solo una forastera en esa historia… que por fin formaba parte, de verdad, de esa familia.

Capítulo 38



Severide

Ni siquiera parecía real que ya hubiera pasado casi un año desde aquel día en el aeropuerto de Guarulhos, en São Paulo. A veces, cuando me paraba a pensar, todavía me veía corriendo por aquel vestíbulo como un loco, con el corazón en un puño, pensando que iba a perder a Silvia para siempre. Pero al final ella no se fue. Recordaba, con una claridad casi dolorosa, el momento en que le cogí la mano y le prometí que nunca más la soltaría.

Y no la solté.

Desde entonces, hemos aprendido a caminar juntos. No porque la vida se haya vuelto fácil, sino porque decidimos, cada día, elegirnos el uno al otro, incluso cuando era difícil. Hicimos oficial nuestra unión ante la ley de los hombres y la de Dios, en una preciosa ceremonia oficiada por el padre Bento. Fue algo sencillo, tal y como queríamos. Lo organizamos todo allí mismo, en el bosque a los pies de la cascada, el lugar elegido por la novia, su rincón favorito de la finca.

Solo estaban presentes las personas importantes en nuestra vida. Familia y amigos cercanos. Nunca olvidaré el instante en que vi a mi novia caminando hacia mí; Barreto la llevó hasta el altar. Su vestido blanco se mecía con el viento, su cabello suelto reflejaba la

suave luz del atardecer, y su mirada… permaneció todo el tiempo clavada en la mía.

Ese fue un momento que marcó nuestra historia, que en realidad apenas estaba comenzando. Después de la boda, la vida no solo continuó. Floreció. La empresa de transporte creció rápidamente, de una forma que ni yo, ni nadie en Nova Aurora, podría haber imaginado. Sabor da Terra dejó de ser solo un proyecto prometedor y se convirtió en una marca respetada en todo el país.

La empresa se expandió rápidamente, trayendo prosperidad a todos en la ciudad, ganó fuerza, se hizo un hueco… y abrió puertas a muchos productores que antes no tenían voz. Y Silvia… Se convirtió en el corazón de todo aquello. Una directora ejecutiva admirada, firme, inteligente. De esas que no necesitan levantar la voz para ser escuchadas. Luchaba con ahínco por los pequeños productores, defendía cada contrato como si fuera algo personal.

Y aun así, Silvia conseguía ser una madre y una esposa estupenda. Y eso que nuestra familia estaba creciendo.

Y mucho...

Cuando Silvia se quedó embarazada, ya fue un susto. Nadie se lo esperaba. Ni yo, y mucho menos ella. Pero lo que vino después… nadie podría haberlo previsto. Gemelos.

Dos niños.

Que pronto vendrían al mundo.

Dos corazones que ya latían con fuerza en el vientre de la mujer a la que amaba. Pedro y Miguel. Los nombres ya estaban elegidos, cargados de significado, de promesas, de futuro.

Y, por si toda esa felicidad no fuera suficiente, nuestra hija mayor vivía días de pura euforia. Belinha no cabía de alegría por su nuevo papel de hermana mayor. Andaba por la casa con un orgullo casi palpable, hablando de sus hermanos a cualquiera que quisiera escucharla —y hasta a quien no quisiera también.

Pero aquel día había algo aún más especial. Este año, por fin, participaría en la obra del Día de la Madre en el colegio. Silvia, por supuesto, siguió cada detalle: los ensayos, el vestuario, el peinado, hasta la forma en que la profesora organizaba a los niños en el escenario.

Era como si, en el fondo, necesitara asegurarse de que, esta vez, todo saliera perfecto.

—¿Por qué tardan tanto en empezar? —murmuró mi esposa, ansiosa, con la mirada fija en el telón cerrado, como si pudiera obligarlo a abrirse a la fuerza.

Sonreí, inclinándome lentamente para besar su barriga ya enorme, y aún solo estábamos en el quinto mes de embarazo.

—Tranquila, amor… ya va a empezar.

Ella soltó un suspiro, pero no apartó la mirada ni un segundo.

—¿Me he perdido algo?

La voz entrecortada vino acompañada de pasos apresurados. Brenda apareció a nuestro lado, tratando de recuperar el aliento mientras se dejaba caer en la silla reservada.

—Tuve un examen sorpresa en el curso de preparación —explicó, aún arreglándose el pelo.

Asentí con la cabeza, un poco divertido. Ella y su amiga Ana estaban completamente centradas en entrar en la mejor universidad de São Paulo. Esa idea todavía me inquietaba… mi hermana yéndose a vivir tan lejos. Pero las dos ya se habían metido en la cabeza que querían vivir la experiencia de la gran ciudad —y nadie les iba a quitar eso.

Mi padre nunca volvió a buscar a Brenda —y, aunque volviera, no le permitiría llevársela. Es mi hermanita, y haría cualquier cosa para que fuera muy feliz.

—No te has perdido nada —respondí—. La señora Gertrudes también acaba de llegar.

Señalé discretamente hacia la puerta, donde una anciana llena de energía lo observaba todo con orgullo. Mi abuela era ahora la dueña de la mejor posada de la región; cuando mi situación financiera se estabilizó, me empeñé en derribar el establecimiento y reconstruirlo desde cero.

—Y no ha venido sola, querido… —completó Silvia, con una risita cargada de segundas intenciones.

Seguí su mirada y vi a Donato junto a mi abuela.

Los dos estaban demasiado cerca para ser «solo amigos». Desde la época en que Belinha y yo estuvimos hospitalizados, esa cercanía había aumentado… y nadie allí era tan ingenuo como para no darse cuenta de lo que realmente estaba pasando.

¿Y, sinceramente?

Yo lo apoyaba. Donato era un hombre íntegro, leal… alguien en quien confiaría con los ojos cerrados.

—¡Dios mío… va a empezar! —exclamó Silvia emocionada a mi lado.

Y entonces, como si el mundo hubiera decidido detenerse por un instante…

—¡Hola, mamá! —Belinha apareció en el escenario, radiante.

Vestida de ángel, con delicadas alas en la espalda y una aureola brillando sobre su cabeza. Pero nada allí era más luminoso que su sonrisa —esa sonrisa abierta, de oreja a oreja, capaz de iluminar cualquier lugar.

—Hola, hija… ¡estás perfecta, como siempre!

Ella lanzó un beso al aire, con la voz entrecortada incluso antes de que comenzara la obra.

Y yo sabía exactamente por qué. Porque, cada vez que Belinha la llamaba «mamá»… algo dentro de ella se derretía. La primera vez había sido inesperada, una mañana cualquiera, sin

previo aviso. Un simple «mamá» que lo cambió todo. Desde entonces, Silvia nunca volvió a ser la misma.

—Está creciendo tan rápido… —murmuré, sintiendo cómo se me hinchaba el pecho de un orgullo que apenas cabía en mí.

En el escenario, Belinha empezó a actuar. Y no había vacilación. No había miedo. Solo confianza.

«Mamá, eres mi sol todos los días,

la que llena mi mundo de amor y alegrías.

Me cuidas con tanto cariño,

que nunca me siento sola».

Cada palabra parecía atravesar el espacio y dar de lleno en mi esposa. Sus ojos se llenaron de lágrimas, todo su cuerpo rendido a la emoción que ya no podía contener.

Quién lo hubiera dicho…

Que aquella mujer, antes tan dura, tan cerrada, casi indomable… se convertiría en una madre tan profundamente cariñosa.

Y el gran amor de mi vida.

Después de la presentación de Belinha —que, por cierto, fue lo más bonito que he visto en mi vida—, metí a todo el mundo en la camioneta y les dije que tenía una sorpresa. Mi abuela y Donato nos siguieron en su coche.

—¿Adónde vamos, amor? —preguntó mi esposa, desconfiada, pero con una sonrisa que empezaba a asomar.

—No te lo puedo decir, cariño. ¡Lo siento!

Seguí conduciendo.

Cuando me desvié de la carretera principal y empecé a subir por el valle, vi por el rabillo del ojo el momento exacto en que mi

Silvia se dio cuenta.

—¡No me lo puedo creer! —Su sonrisa se iluminó.

—Pues sí que puedes creerlo, cariño! —Le cogí la mano y se la besé.

—Cuéntanos ya, papá, ¿adónde vamos? — Belinha no pudo contener la curiosidad.

—¡Al mejor restaurante del mundo, hija! Está en la cima de la montaña, donde mi historia de amor y la de tu padre comenzaron de verdad. —Mi esposa la miró con cariño por el retrovisor.

—¡Qué romántico! —suspiró mi hermana.

Esta vez, el restaurante no estaba vacío. Más bien al contrario: estaba lleno, iluminado, lleno de vida. Risas, música de fondo, gente charlando… un ambiente completamente diferente al de la primera vez que estuvimos allí.

Aparqué y bajé primero, dando la vuelta para abrirles la puerta. Silvia salió despacio, acariciándose la barriga. Y, cuando entró en el restaurante… se detuvo. Su mirada recorrió cada mesa, cada rostro…

Y entonces la emoción se apoderó de ella.

—¿Qué está pasando aquí, amor? —preguntó, con la voz entrecortada.

Sonreí.

Porque era exactamente esa reacción la que quería, de pura emoción. Allí estaban todos los que formaban parte de nuestra historia: Barreto, con toda su familia; el padre Bento, conversando animadamente como siempre; Marcos y Marina, sentados uno al lado del otro; Francesca e incluso la psicóloga de Silvia, que vino desde São solo para acompañarnos en ese momento especial.

El medio hermano de Silvia y su madre también vinieron, y mi esposa acabó acercándose a ellos. Gabriel es un buen chico, y se alegró de saber que tiene una hermana.

—Vinieron a la inauguración de nuestro restaurante, cariño —le dije, mirándola a los ojos.

Por un segundo, Silvia se quedó en silencio.

Asimilando la noticia. Y entonces…

—¿¡Nuestro?!

Se llevó la mano a la boca, con los ojos llenos de lágrimas… de pura felicidad.

—¡No me lo puedo creer! Severide… ¿te has vuelto loco? —se rió, abrazándome con fuerza.

—Estoy loco por ti, mi amor. —Nos besamos bajo una calurosa salva de aplausos.

Silvia y yo somos más que una historia improbable. Somos la prueba viviente de que, por mucho que la vida nos destroce, siempre hay un camino de vuelta.

Hacia un lugar donde el amor insiste en florecer de nuevo.

Epílogo



Silvia

El sol ya se estaba poniendo cuando cabalgaba por los pastos de la finca. El cielo tenía ese tono dorado que solo aparece al final de la tarde, pintando todo a mi alrededor con una luz cálida y suave. El viento me acariciaba suavemente la cara, haciendo que la tela de mi vestido de flores se balanceara al ritmo de mi yegua. Atena avanzaba firme bajo mí, como si supiera exactamente el camino y ya me conociera tan bien como yo había aprendido a conocerla en los últimos años.

Y pensar que, hace un tiempo, apenas soportaba estar cerca de los animales.

Ahora…

Sentía como si tuviera una conexión especial con cada uno de ellos, al igual que sentía una conexión real con cada rincón de aquel lugar. La granja me había transformado.

O tal vez…

Por fin había encontrado el lugar al que realmente pertenecía. Cuanto más pasaba el tiempo, más me enamoraba de aquella vida en el campo: de la sencillez, del silencio solo roto por los sonidos de la naturaleza, de la forma en que los días parecían más bonitos allí.

Aunque… *«tranquila»,* definitivamente, no era la palabra adecuada.

Porque, si había algo que la vida ya no había sido desde que Severide y yo decidimos formar una familia… era tranquila. Primero llegaron los gemelos. Pedro y Miguel. Un susto de esos —dos a la vez— que puso nuestra rutina patas arriba. Al principio fue un caos: noches sin dormir, llantos por doquier, pañales sin fin… pero también fue amor y felicidad por partida doble.

Y, cuando por fin empezamos a acostumbrarnos…

Llegó otro susto.

Otro embarazo inesperado.

Esta vez, un solo bebé, al que llamamos Antonio. Mi marido casi explota de felicidad cuando descubrió que era otro niño. Según él, ahora el «equipo masculino de la familia» estaba completo.

Negué con la cabeza, riéndome para mis adentros, mientras tiraba ligeramente de las riendas.

—¿Me puedes echar una mano aquí, cariño?—la voz de mi marido resonó por toda la finca.

Tenía un tono… sospechoso.

Fruncí el ceño y espoleé ligeramente a Atena, guiándola hasta la casa. Y, cuando llegué… tuve que contener la risa. Los gemelos estaban completamente cubiertos de barro, sumergidos en un charco junto con la cerda Berenice —que, por cierto, ya no tenía nada de pequeña. El animal era enorme, debía de pesar casi cien kilos, y parecía divertirse tanto como ellos.

Y, por si fuera poco… el pequeño, Antonio, estaba colgado de la punta de una manguera.

—Me voy cinco minutos… —murmuré, divertida—. Y vosotros ya estáis echando la casa por los suelos.

Severide estaba en medio del caos, claramente intentando resolver la situación… sin éxito.

Levantó la vista cuando me vio.

—¡Por fin has llegado, cariño! Necesito ayuda.

—Claro, amor.

Bajé tranquilamente de la Atena.

Pero, en lugar de separar a los chicos… cogí un buen puñado de barro del suelo y se lo tiré directamente a él. El barro le dio de lleno en su camisa favorita, por cierto.

Por un segundo, silencio.

Y entonces…

Los niños estallaron en carcajadas.

—¡GUERRA DE BARRO! —gritó Antonio, soltándose de la manguera y corriendo a coger más.

Severide se pasó la mano por la cara, incrédulo.

—Ah, no lo has hecho, Silvia…

Crucé los brazos, sonriendo.

—Sí que lo hice, paleto.

—Entonces me has declarado la guerra, arpía indomable.

Salió corriendo tras de mí.

Para entonces, Pedro y Miguel ya estaban tirando barro a todo lo que se movía.

—¿¡Alguien ha dicho guerra de barro?!

La voz vino de la casa.

Belinha apareció corriendo. Nuestra primogénita ya era una jovencita, pero con el mismo brillo travieso en los ojos. Y no se lo pensó dos veces antes de meterse en el lío.

—¡Niños, ayudad a mamá a atrapar a papá!

— ¡*Me* apunto! — gritaron los cuatro al unísono.

—¡Eh! —protestó Severide, retrocediendo—. ¡Eso no es justo!

Pero ya era demasiado tarde.

—¡ATACAD! —grité.

Y nos lanzamos.

Todos juntos.

Corriendo tras papá por el patio, riendo, resbalándonos, tirándonos barro sin la más mínima dignidad. Severide salió disparado, intentando escapar, pero riéndose tanto como nosotros. Y allí, en medio de aquel desorden, de aquella suciedad, de aquel caos completamente fuera de control…

El paleto y su arpía indomable estaban, por fin, viviendo su «felices para siempre».

FIN…

Agradecimiento

A ti, que has llegado hasta aquí, mi más sincero agradecimiento. Leer una historia es mucho más que seguir unas páginas: es permitir que los personajes entren en tu vida, que las emociones te atraviesen y que, por unos momentos, sientas como si todo eso también fuera tuyo. Y eso es exactamente lo que has hecho con la historia de Silvia y Severide.

Gracias por cada minuto de tu tiempo, por cada suspiro, cada sonrisa, cada lágrima y, sobre todo, por abrir tu corazón a este viaje tan intenso, imperfecto y, al mismo tiempo, tan verdadero.

Silvia y Severide no son solo personajes. Están hechos de dolor, nuevos comienzos, errores y valentía, igual que todos nosotros. Y saber que has caminado a su lado, que has animado, que te has enfadado, que te has emocionado… es algo que no tiene precio.

Nada de esto tendría sentido sin ti. Con todo mi cariño, gracias por formar parte de esta historia. 💛

